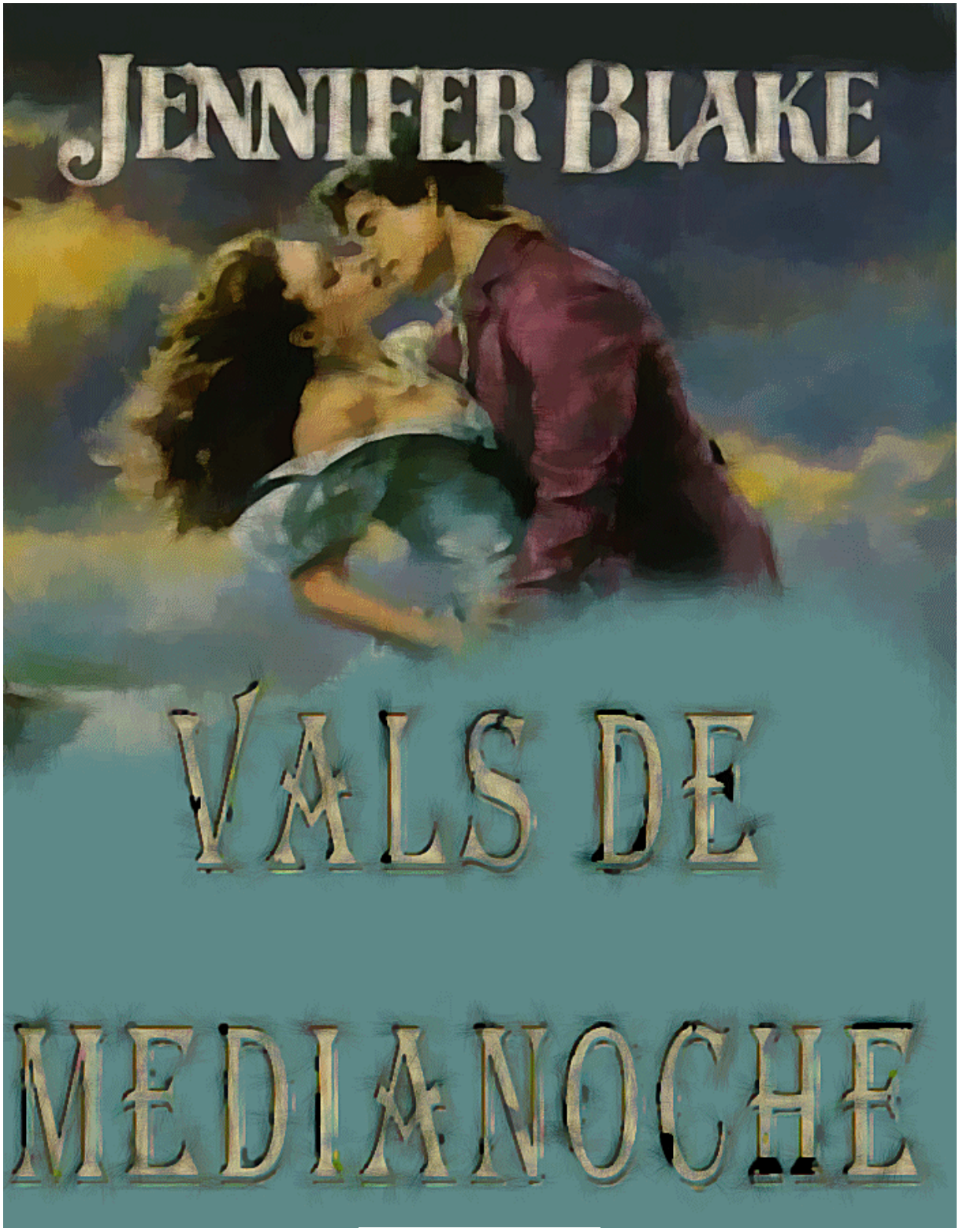
Vals de Medianoche
Jennifer Blake



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

La fuerza del viento golpeó la puerta de entrada a espaldas de Amalie Peschier Declouet, borrando el ruido de la lluvia que caía a mares sobre el suelo de la galería. La joven se detuvo un momento sobre el felpudo, para echar atrás la empapada capucha de su manto y limpiar el barro de sus botas cortas. Las gotas de lluvia centelleaban en los suaves rizos castaños, reflejando sus extraños brillos de color azul plateado. Formaban cuentas en sus cejas y sus pestañas oscuras, adheridas al cutis de rosa, mojando su cara en forma de corazón. En el salón donde estaba había un gran espejo con marco de estilo Chippendale, pero Amalie no le echó siquiera un vistazo. Mientras sacudía las gotas, distraídamente, se volvió hacia la puerta del saloncito de M'mère, que daba al salón de la izquierda, pues de allí provenía un sonido de voces.

-Debo negarme, por supuesto, mi querida *tante* Sophia. Es increíble que se te ocurriera semejante cosa, pero el solo hecho de que me llamaras para sugerírmelo me deja atónito.

-Estás ofendido, *cher, y* eso te honra. Pero si piensas en el asunto sin emoción verás que...

Madame Sophia Declouer se interrumpió en medio de la frase ante la impetuosa entrada de Amalie. Unas manchas de color subido le aparecieron en los altos pómulos, donde la piel estirada parecía papel, en tanto echaba un rápido vistazo al hombre sentado en la silla, frente a ella, al otro lado de la repisa de mármol. El hombre se puso de pie, con dominado garbo; sus ojos azules se entornaron al fijarse en Amalie.

Había una atmósfera tensa en el coqueto saloncito. Amalie olvidó la urgencia de su mensaje en cuanto se fijó en el visitante, pero de inmediato volvió a mirar a su suegra.

-Perdone, M'mère -dijo, sofocada-. Me pareció que... es decir, sólo esperaba ver aquí a Julien.

-No tiene importancia, *ma chère.* -La anciana esbozó una sonrisa forzada, a la vez que recobraba la compostura-. Acércate. ¿No recuerdas a Robert el primo de Julien?

-Creo que nos presentaron en la boda -comentó ella, mientras se acercaba con la mano extendida.

-Por supuesto -confirmó Madame Declouet, con una risa que aún sonaba estridente-. Robert fue el padrino de Julien.

Amalie recordaba a duras penas a un hombre alto que estaba junto a Julien, ese día, tres meses antes; pero el velo le impedía verlo con claridad, y más tarde hubo demasiadas caras nuevas. Por entonces apenas conocía a su novio; mucho menos podía conocer a su primo. Pero desde aquel día había oído hablar mucho de Robert Farnum.

-Sí, claro -dijo cortés.

El le tomó la mano; sus dedos fuertes, endurecidos por el trabajo, se cerraron en torno de los de ella. Cuando inclinó la cabeza, en una reverencia muy ligera, la luz grisácea de las ventanas arrancó reflejos a sus ondas de

pelo oscuro. También relumbró, por un instante, en las profundidades azules y oscuras de sus ojos, revelando una expresión de intensa valoración.

Amalie le sostuvo la mirada durante un largo instante. Sus dedos cosquilleaban con un calor que le palpitaba brazo arriba, hasta confundirse con el acelerado latir del corazón. Cobró súbita conciencia de la fuerza masculina que podía existir en un hombre, de su voluntad, su decisión y su energía; nunca había experimentado eso con Julien, ni siquiera con Etienne, su primer novio. Quedó inmóvil, sin poder respirar ni apartar la vista, ni siquiera responder a ese saludo convencional. Sin motivos evidentes, se sentía vulnerable y desprotegida.

-Robert ha pasado estas últimas semanas en el norte, por cuestiones de negocios relacionadas con la maquinaria de su ingenio azucarero -explicó madame Declouet.

Amalie retiró la mano con un pequeño tirón, dedicándose con gratitud al tema de conversación ofrecido.

-Sí, así me ha dicho Julien. Espero que haya cerrado un negocio ventajoso, señor Farnum.

El sonrió; era un movimiento de los labios que acentuaba las curvas de pasadas diversiones en su boca, pero no le llegaba a los ojos.

-Por favor, llámame Robert. Sí, fue ventajoso.

Lo había dicho con demasiada sencillez como para que sonara a jactancia, pero Amalie tuvo la sensación deque Robert Farnum no solía fracasar. Le echó una mirada inquisitiva, con el entrecejo fruncido. Era de tez oscura, sin la frescura olivácea de los criollos franceses que ella conocía, pero con el color bronceado de quien pasa largas horas bajo el sol subtropical de la Luisiana sureña. Tenía cejas negras y gruesas sobre los ojos hundidos, festoneados de pestañas oscuras; su nariz era de un diseño clásico; los labios bien definidos, parecían cincelados en granito sobre el mentón decidido. La sencilla chaqueta azul oscura, quedaba estirada sobre sus anchas espaldas. Por debajo llevaba una camisa blanca abierta en el cuello y metida dentro de los pantalones de montar. Las botas mostraban manchas de lodo, pero relumbraban con las cadenas de un pulcro par de espuelas de plata. El parentesco con Julien era innegable: se parecían mucho en el color, la estatura y la amplitud de los hombros. La diferencia estaba en los modales.

-Muy bien, primo Robert -respondió ella, forzando sus labios rígidos para que sonrieran.

-*Ma chère* -observó madame Declouet-, tu mano está chorreando agua sobre la alfombra. ¿A dónde fuiste con este diluvio?

Amalie se volvió hacia ella, aliviada.

-¡Oh, M'mère! -dijo, dando a su suegra el apelativo que prefería, acuñado por Julien en su infancia-, eso era lo que venía a decirle. Vengo del brazo. Sir Bent dice que está ascendiendo el agua y que se saldrá del cauce a media tarde; bien puede inundar la parte baja de la casa, a menos que se levante una barrera de bolsas de arena. Ha conseguido ayuda de los otros hombres de las barracas, pero hacen falta más, y monsieur Dye no aparece por ninguna parte.

M'mère frunció el entrecejo.

¡Qué hombre más desagradecido! Nunca está a mano cuando se lo necesita.

Patrick Dye era el capataz de la plantación Belle Grove: un irlandés bamboleante, con más autoestima que responsabilidad. Por mucho que Amalie intentara cobrarle aprecio, ese hombre no le gustaba. Aun así, en tal situación se le necesitaba para organizar el trabajo y dirigir a los peones hasta concluirlo.

-¿No habrá ido a la ciudad? Si enviaran a alguien a buscarlo, tal vez volvería a tiempo.

-O tal vez no.

-¿Y qué se puede hacer?

A nadie le llamaba la atención que Amalie hubiera acudido a su suegra y no a su esposo. Julien no se interesaba por la plantación y mostraría una suprema indiferencia ante la perspectiva de tener barro en la casa. Después de todo, la mansión había sido edificada sobre pilares de dos metros setenta, que constituían un sótano elevado, justamente teniendo en cuenta esa posibilidad. Los cuartos de ese sótano se utilizaban, principalmente, para almacenamiento y alojamiento de criados, si bien el comedor estaba también allí. Las habitaciones principales utilizadas por la familia, ocupaban, en cambio el piso siguiente. Por lo tanto, cualquier daño sufrido sería leve y Julien no tomaría en cuenta la horrible suciedad ni el esfuerzo que demandaría limpiarla.

Como M'mère sacudió la cabeza, Robert Farnum intervino:

-Podéis dejarlo por cuenta mía.

-¿Por cuenta suya? -Amalie giró en redondo para mirarlo.

Al mismo tiempo, M'mère dijo:

-Pero, ¿y tu propia casa?

Robert Farnum respondió a su tía, pasando por alto la sorpresa de Amalie.

Los Sauces está en tierras más altas, como recordarás. Voy a hablar con sir Bent, pero dudo que las aguas lleguen hasta allí. Hasta ahora nunca ha pasado.

-Te estaríamos muy agradecidos, siempre que puedas, *mon cher.* ¿Estás seguro?

-Estoy seguro.

Robert se apartó de su tía y avanzó hacia la puerta.

-Espere -dijo Amalie-. Lo llevaré hasta donde está sir Bent.

El se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta entornada.

-Puedo ir solo.

-Y tú, hija, debes quitarte esa ropa mojada -intervino la suegra con voz de sermón.

Amalie hizo una mueca y echó hacia atrás los bordes del mantón, antes de apartar la vista de M'mère para fijarla en el hombre. La mirada azul de Robert Farnum la recorría desde la coronilla hasta los pies, estudiando la delgada elegancia de su cuerpo, más destacado que disimulado por las ropas mojadas. Probablemente él no esperaba que ella se sorprendiera ante esa rápida inspección, pero de todos modos la joven se ruborizó hasta la raíz del pelo. Lo que estaba por decir se perdió en un escalofrío que le corrió por los nervios.

-Tía Sophia tiene razón, al menos en este aspecto -dijo él, con voz tensa.

Luego, echando una dura mirada a su tía, se marchó rápidamente con una expresión parecida al alivio.

Ya en su alcoba, Amalie entregó su manto mojado a la camarera que había acudido a su toque de campanilla. La muchacha, con una exclamación de sorpresa, estrujó el bajo para dejar caer el agua en la bacinilla, pero bajó la voz ante un gesto de Amalie, que señalaba la puerta de comunicación entre su dormitorio y el de su esposo. Aquellas anchas puertas corredizas se podían abrir, convirtiendo los dos dormitorios en uno solo, pero en esos momentos estaban cerradas, como siempre. Julien no solía levantarse antes de las once; a veces dormía hasta el mediodía.

La muchacha se puso solemne inmediatamente. El amo de Belle Grove podía mostrarse lánguido e indiferente con respecto a la plantación; también podía ser el malcriado de toda la casa, desde su madre hasta sir Bent, pero no se lo podía fastidiar impunemente.

En silencio, Amalie se dejó desvestir y poner una bata de suave franela blanca, ribeteada con cintas y encajes. La muchacha iba a soltarle el pelo para que se secara, pero Amalie la despidió con una sonrisa y se encargó de eso ella misma, mientras se llevaban sus ropas al lavadero. Con la cabellera colgándole por la espalda y un cepillo de carey en la mano, se acercó a la ventana. La lluvia seguía cayendo detrás de los cristales, serena e implacablemente, igual que en las últimas semanas, en tanto el invierno se convertía en primavera. A veces Amalie tenía la sensación de que había llovido sin cesar desde su boda.

Robert Farnum. No, no recordaba con claridad haberlo visto aquel día, concentrada como estaba en el hombre con quien iba a casarse. Qué excitación la suya, qué nerviosismo. Todo había sucedido con mucha celeridad. La carta de madame Declouet a tía Ton-Ton, donde se proponía la alianza, había sido recibida en noviembre. En febrero del año siguiente estaban casados, con la excusa de que nadie contraía matrimonio en la triste temporada de Cuaresma. De lo contrario, hubieran debido posponer la boda hasta después de Pascua, cuando todos estarían a punto de abandonar Nueva Orleans para ir al campo.

Amalie vivía entonces con su tía abuela, madame Antoinette Peschier, en su casa de las Felicianas. No tenía pensado casarse, en realidad, con su avanzada edad de veinticuatro años, ya se consideraba solterona.

A los diecisiete años se había comprometido con Etienne Baudier; era un enlace por amor. Etienne era hijo del mejor amigo de su padre, un joven dulce, protector, amable. Ella estaba radiante de felicidad. Y entonces se inició una cadena de acontecimientos, de muertes, que pareció no tener fin. Su padre contrajo la fiebre del oro que asolaba el país y se marchó a California, desde donde enviaba cartas fascinantes que, de pronto cesaron de llegar. Un médico les hizo llegar un hatillo con sus pertenencias y una carta garabateada, sin muchas explicaciones sobre lo que había causado su muerte. De todos modos, era definitivo. El dinero que él había llevado para financiar sus exploraciones había sido tomado en préstamo, con la casa como garantía, junto con las tierras, y fue imposible recobrarlo. Amalie y su

madre, vestidas de luto, se mudaron a la casa de tía Ton-Ton, pues no tenían otros parientes cercanos. Su madre nunca logró recobrarse de la doble pérdida de marido y hogar. Fue volviéndose más silenciosa, más pálida, mes a mes. Por fin, justamente cuando concluían los dos años de luto oficial (uno de negro y otro de gris y violeta), sucumbió a la melancolía. Como debía pasar otro año de luto riguroso antes de que se pudiera llevar a cabo la boda entre Etienne y ella, los padres del joven lo enviaron a Europa, en un gran viaje que no duró un año, sino dos. Volvió más maduro, con un toque de lustre cosmopolita, pero ansioso por desposar a Amalie. Comenzaba el verano, pero en el campo eso no tenía importancia y los planes para la boda siguieron adelante. El le había encargado hacer un brazalete especial en Francia; dos semanas antes de la boda fue a Nueva Orleans para recibir el valioso envío. Corría el mes de junio de 1853. Antes de que terminara el verano, la fiebre amarilla mató a diez mil personas en la ciudad. Etienne estuvo entre ellas. Amalie llevó luto por dos años más. Y entonces llegó la carta. Tía Ton-Ton conocía a madame Declouet desde que ambas llegaron a las Felicianas, cuarenta años antes, siendo jóvenes recién casadas. Las privaciones y los terrores compartidos en esa zona todavía salvaje las habían hecho íntimas amigas. Al morir el primer esposo de madame Declouet, ella se mudó, para volver a casarse más adelante, pero las dos seguían manteniendo correspondencia.

Los matrimonios de conveniencia no eran desacostumbrados entre la aristocracia criolla de Luisiana. La alianza de dos familias era cuestión muy importante, que no se dejaba en manos de los jovencitos. Aun durante el noviazgo existían asuntos que debían ser cuidadosamente sopesados por los adultos: la capacidad del joven de mantener a una esposa, la dote de la muchacha, la posición social de ambas familias y la pureza de la sangre, que no debía tener rastros de café con leche. Con frecuencia, lo que parecía un matrimonio por amor era producto de cuidadosas maniobras efectuadas por las madres de la pareja. Más adelante, aun cuando todo estaba en orden, nunca se dejaba al joven a solas con su prometida, ni siquiera en ocasión de la propuesta matrimonial, y sólo se le permitía un casto beso después de oficializado el compromiso. Siendo así las cosas, no pareció muy extraño que madame Declouet solicitara la presencia de su buena amiga, Ton-Ton, con su sobrina Amalie, en su casa de Nueva Orleans, con el objeto de estudiar a la joven como futura esposa de su hijo Julien.

Al principio, Amalie se negó. Estaba bastante satisfecha con su vida de entonces: vivía con su tía abuela, hacía visitas, recibía a sus conocidos y era útil en la casa. Su relación con Etienne había durado tantos años que, después de planear su vida alrededor de él y perderlo, no quería pensar en otro hombre.

Tía Ton-Ton se enojó. Amalie no podía seguir de ese modo, de luto por el pasado, ni debía considerarse indispensable para su pobre tía vieja; ¿acaso ella no tenía cinco hijos y quince nietos para cuidarla? La sobrina sería una estúpida si dejaba pasar semejante oportunidad, pues no volvería a presentársele ninguna tan ventajosa. Casada con Julien Declouet, gozaría de grandes riquezas, prestigio y lujos: joyas, vestidos de París, los mejores carruajes, viajes al extranjero. Residiría en la zona de jardines de Nueva Orleans durante la temporada de invierno, para asistir a la ópera. El otoño y

la primavera pasarían descansadamente en Belle Grove, sobre el brazo muerto del río, el Teche, cerca de Martinville; y las brisas marinas de la Isla Dernière atemperarían los calores del verano, pues la familia Declouet tenía un chalet en esas playas del golfo. Por otra parte, aun si esas perspectivas no atraían, quedaba por pensar en la compañía de un esposo, del amor que le inspirarían los hijos concebidos en esa unión. ¿Qué más podía pedir?

¿Respeto, ternura, dedicación? Hasta esas cosas parecían posibles, Julien era un hombre muy atractivo, de gran encanto y buen porte. Al conocerlo pensó que sería fácil amarlo. El cortejo consistió en dos reuniones, estrechamente vigiladas por una dama de compañía, tal como era la costumbre. Hasta la declaración y la petición de matrimonio se hizo en compañía de su tía abuela. Al aceptarlo, recibió como recompensa un gentil beso en la frente. Pero en sus ojos oscuros había una promesa, un auténtico afecto. Amalie pensó que, después de tantos años sombríos, todo saldría bien.

La larga boda fue una prueba difícil. Ella esperaba con mucho nerviosismo los cinco días siguientes, que la tradición ordenaba pasar recluidos, pero sus temores no tenían base. Julien, con mucha comprensión, sugirió que los emplearan en conocerse mejor, sin las tensiones de la intimidad física. Dormían separados, en las alcobas contiguas. Amalie se sintió muy agradecida por esa actitud de su flamante esposo, tan sensible. ¡Qué grandes eran sus esperanzas de que el matrimonio fuera un éxito!

Antes de que pudieran iniciar la vida de pareja casada, sin embargo, había que efectuar una ronda de visitas a los parientes, río arriba y abajo y por los brazos muertos de la zona. Julien insistió en adquirir ante todo, un vestuario nuevo para Amalie, categorizando de insulsos los vestidos que ella había comprado para su ajuar. Había pasado demasiado tiempo de luto para manejarse bien con la moda.

No se podía negar, por cierto, que su esposo tenía un gusto excelente. La acompañó en cada visita a la modista, la ayudó a elegir las telas que mejor se ajustaran a su tipo y los modelos recién llegados de París. Ni siquiera entonces estuvo satisfecho: la arrastró por todos los establecimientos en busca de sombreros, guantes, zapatitos y joyas que dieran el toque final a sus numerosos conjuntos. Nunca en su vida se había sentido tan mimada e importante para alguien; parecía ser infinitamente preciosa para su esposo.

Y por fin, una noche, despertó y lo encontró junto a su cama. Experimentó un cosquilleo de excitación al ver que se tendía a su lado. Sus besos fueron dulces y cálidos, suaves sus caricias; ella estaba lista para ser su esposa; ya no tenía miedo. El la abrazó, la acarició, le quitó el camisón. Luego, nada.

Se apartó de ella y quedó tendido, con la vista perdida en la oscuridad. En un principio, Amalie no comprendió; temía haber hecho, en su inexperiencia, algo erróneo que le hubiera repugnado. Trató, ineptamente, de reavivar su deseo, pero él le detuvo las manos y la apartó de sí. Y acabó llorando, sofocado por un dolor que ella no podía comprender, aunque también tenía las mejillas mojadas de lágrimas. Dos veces más lo tuvo en su lecho: una vez, a bordo del buque, después de terminar las visitas

requeridas; la siguiente, tras llegar a Belle Grove para pasar allí la primavera. Siempre fue igual.

Amalie se apartó de la ventana, pasándose el cepillo por la enredada humedad de la cabellera. El aire del cuarto estaba frío; no vendría mal un fuego. Dio un paso hacia la campanilla, pero se detuvo. No, no podía quedarse en ese cuarto mientras el cauce crecía hasta inundar Belle Grove. Tenía que ayudar en algo, de cualquier modo. Había descubierto que mantenerse ocupada era un excelente antídoto contra las cavilaciones sombrías. En realidad, no se arrepentía de haberse casado; Julien era un buen compañero cuando así lo deseaba, cuando se quedaba en la plantación en vez de buscar diversiones en St. Martinville hasta la madrugada.

Muchos hubieran dicho que era una estupidez dar tanta importancia a la unión física entre hombre y mujer, que bien podía alegrarse de no cargar con eso. Muchas veces, en los años pasados con tía Ton-Ton, las ancianas que venían a visitarla, olvidando la soltería de la muchacha, tocaban esos temas sin bajar la voz. Amalie no estaba tan segura de eso. En ciertos momentos la inundaba una dolorosa necesidad de que la abrazaran, de sentir la fuerza de un hombre en oposición a la propia.

Amaba a su esposo, por supuesto. Al menos, a veces experimentaba un afecto protector por él. Le encontraba muchas cualidades admirables: consideración, generosidad, el arte del cumplido galante. Era apuesto: moreno, alto y de porte aristocrático. Sin embargo, su gracia, su desenvoltura, sus buenos modales y su sonriente encanto le parecían, muchas veces, una afrenta. Entonces hubiera querido pegarle, hacer algo caprichoso y perverso para arrancarlo de esa pose de estudiada indiferencia, para atraer su atención y no sentirse inútil como mujer.

¿Y qué sentía él por ella? No era cosa segura, pero Amalie temía que su afecto se basara, sobre todo, en un excesivo interés por mantenerla cómoda.

Quedó inmóvil. ¿No sería esa situación la que servía como tema de conversación en la salita de M'mère, un rato antes? Eso hubiera explicado el azoramiento de M'mère y las peculiares miradas recibidas de Roben Farnum. No todos los días se conoce a una mujer casada y virgen. Desde luego, vale la pena mirar por segunda vez a semejante ejemplar, siquiera para averiguar qué le impide al esposo hacerla suya.

Un ardoroso rubor le subió lentamente a los pómulos. No, no era posible. Sin embargo, M'mère estaba enterada de la situación. La anciana había aprovechado la oportunidad, al menos cinco o seis veces, para hacer delicadas preguntas. Bien vistas las cosas, todos los habitantes de la casa podían estar enterados. Las criadas que limpiaban los cuartos debían saber que ella dormía sola, pues las sábanas de su cama no se arrugaban, y nadie había tocado el cuenco con grasa de ganso purificada y perfumada que habían dejado en la mesa de luz, para ablandar la primera resistencia. O tal vez nadie sabía nada; a veces ella arrugaba las sábanas y aplastaba la almohada vecina por cuestión de orgullo.

No. Era intolerable. No podía creer que su suegra hubiera hablado de semejantes cosas con el primo de Julien. No tenía sentido. Se estaba dejando llevar por la imaginación. Sin duda hablaban de algún aburrido detalle sobre el manejo de la plantación, y el interés de Robert en ella había sido mera curiosidad por ver si se sentía cómoda en Belle Grove.

Un momento después, Amalie salió de su cuarto luciendo un limpio vestido de popelina sobre tres enaguas, tan sólo, y sin miriñaque que le estorbara los movimientos. Con el pelo recogido en una trenza sobre la coronilla, se sentía pulcra y competente, lista para prestar ayuda en lo que fuera. Fue directamente al salón, volviéndose hacia la puerta trasera que conducía a la galería alta y a la escalera exterior de la parte trasera.

Belle Grove había sido construida en los primeros años del siglo xix, cuando todos los armarios, las chimeneas y las escaleras interiores estaban sujetos a impuestos. Como resultado, la casa tenía dos escaleras, una delante y una atrás, por fuera, pero ninguna por dentro. Las dos chimeneas cerradas servían a cuatro hogares, y había armarios en vez de roperos.

Dentro no había vestíbulo. Todos y cada uno de los siete cuartos del piso principal se comunicaban entre sí. El salón ocupaba el centro de la casa; sus puertas se abrían a la galería interior y a la de fuera. A su izquierda estaba el dormitorio de M'mère, su salita y otra alcoba cedida a Chloe, la ahijada de la anciana. A la derecha, los dormitorios de Julien y Amalie; él ocupaba la parte trasera y ella, el medio. Había otro cuarto en la parte delantera, conocido como "cuarto de la virgen", amueblado como dormitorio adicional; en circunstancias normales, allí deberían dormir las hijas de Amalie y Julien, pues la única entrada era a través del dormitorio materno, con lo que se impedían las visitas nocturnas o las escapadas de las muchachas en edad casadera. Los hijos varones se alojaban en el gran cuarto bajo el tejado, hasta llegar a la edad en que la conducta vocinglera y el lenguaje sucio se convirtiera en ofensivo para las señoras de la casa. Entonces se los trasladaba a las *garçonnières,* pequeños edificios de dos pisos, levantados a ambos lados de la casa, que también se empleaban para alojar a los huéspedes solteros.

-¡Amalie! Espera un momento, ¿quieres?

Amalie, que había empezado a bajar la empinada escalera, se volvió ante la llamada. Una sonrisa curvaba las líneas generosas de su boca, encendiendo el castaño sombrío de sus ojos, cuyos iris estaban rodeados por extraños anillos de color gris azulado. Una muchacha de diecisiete años, bastante regordeta, con bucles negros relucientes y enorme falda, se acercó deslizándose desde el salón. Era Chloe. Tomó a Amalie del brazo, de un modo que estuvo a punto de hacerles perder el equilibrio a ambas.

-¡Qué torpe soy! Uno de estos días me voy a romper la cabeza, como me ha dicho Julien más de mil veces. ¡Quiera Dios que no le rompa la cabeza a otra persona, al mismo tiempo!

-Ya lo creo -dijo Amalie, apresuradamente.

-Pero ¿no te parece excitante? Lo de la inundación, digo. No había pasado nunca desde que vivo aquí.

Amalie miró hacía las *garçonnières* y los edificios exteriores, donde la lluvia inundaba los surcos de caña azucarera, que se extendían hasta donde daba la vista. Nada hubiera podido ser más apacible. En tono seco, dijo;

-Sí, mucho.

Chloe plantó el pie contra el suelo fingiendo fastidio, e hizo un mohín con sus labios plenos.

¡A mí me parece que sí! Y George está enloquecido; pero no por el peligro, fíjate, sino por su Eros. ¡El muy tonto! Ahora va a hablar con Roben para pedirle bolsas de arena con que proteger a esa cosa horrible.

-Mi querida Chloe, ¿cómo puedes decir que es horrible?

-No lo lamento en absoluto, te lo aseguro. Cualquier cosa que me robe la atención de mi enamorado es, a mis ojos, algo totalmente espantoso.

Chloe no era sólo la ahijada de madame Declouet, sino también pariente lejana. Vivía con la familia desde los diez años, con consentimiento de sus padres, felices de liberarse de una entre sus quince hijos. En los años siguientes se la había educado con la perspectiva de desposarla con Julien.

Pero fue un error criarlos juntos: acabaron siendo como hermanos, y no muy bien avenidos, además. El desdén era mutuo y ferviente; Chloe había recibido a Amalie con mucha gratitud, pues la salvaba de casarse con Julien. Y el joven no perdía oportunidad de señalar las faltas de la muchachita, desde sus modales ruidosos hasta cualquier vestido descosido. Sin embargo, los unía un vinculo de afecto. Tal vez era esa la causa de la extremada cautela con que Julien veía la inclinación de la niña por George Parkman, el experto en parques inglés, contratado para transformar los terrenos de Belle Grove en algo parecido a un jardín.

-Estoy segura de que el Eros es una pieza muy valiosa -dijo Amalie, tranquilizadora, en tanto comenzaba a bajar la escalera.

-¿Y qué importa eso, si George arriesga su vida por él y me deja desprotegida?

-Reconozco que es triste verse abandonada por una estatua de bronce, pero aquí no corremos ningún peligro.

Chloe siguió a Amalie, soltando un resoplido.

-Se morirá de frío.

-¿El Eros?

-¡No, George, por supuesto! Aunque bien podría ser, si estuviera vivo, ya que está tan... sin ropa...

-¿George? -inquirió Amalie, con tanta inocencia como pudo fingir.

-¡No, el Eros! -replicó Chloe, roja, mientras clavaba en Amalie una mirada sombría. De inmediato suspiró-. George terminará afectado de los pulmones, lo sé.

-Pero piensa lo agradecido que estará cuando tú lo atiendas.

El rostro de la muchachita se encendió por un instante, pero luego sacudió la cabeza.

-Está acostumbrado a la lluvia de Inglaterra, y dice que nuestra primavera es muy cálida. Supongo que no le pasará nada.

-Yo sólo espero que los hombres encargados de las bolsas de arena no perezcan todos con esta lluvia. Han de estar empapados.

-Los peones están habituados, y el primo Robert también, porque en Los Sauces no hace más que cazar patos y venados. Los criados de la casa, en cambio, tal vez no estén tan preparados.

Habían pasado de la galería inferior al comedor del sótano elevado. Dejando a un lado un enorme aparador de caoba, con su correspondiente espejo, salieron a la galería inferior del frente.

La lluvia seguía salpicando el suelo de ladrillos. A través He sus hilos plateados se veían las siluetas oscuras de los hombres que trabajaban en el

camino circular, a unos doscientos metros. Entre ellos, un hombre iba y venía, montado a caballo, señalando, dirigiendo, gritando para hacerse oír a pesar de los truenos. Más cerca de la casa, los grandes robles del prado se balanceaban suavemente.

Debido a su curso zigzagueante, el brazo muerto del río se llamaba Teche, palabra con que los indios choctaws designan a la serpiente. Era una vía de buen tamaño, tal vez de sesenta metros de amplitud, pero nunca se habían construido terraplenes, debido a que el canal era muy profundo y el nivel del agua había descendido mucho en los últimos siglos. Sin embargo, ese año el deshielo de primavera, tardío y denso, había colmado los ríos y arroyos, los pantanos y los brazos muertos. La lluvia incesante de las últimas semanas, agregada a eso, había sido demasiada.

Entre el brazo muerto del Belle Grove, la tierra se elevaba suavemente, pero la casa y sus construcciones adyacentes se alzaban sobre un punto más levantado, sembrado de robles y magnolias. Al parecer, la barrera de bolsas tenía como finalidad encerrar la casa en un semicírculo, para evitar que la inundación llegara hasta allí.

-¿Acabarán a tiempo? -preguntó Amalie, casi para sus adentros.

-Si alguien puede hacerlo, ese es el primo Robert. -La respuesta de Chloe demostraba una impresionante confianza.

-Es un hombre extraño -arriesgó ella.

-¿Y qué se puede esperar del hijo de un *coquin americain?*

Un tunante americano. Era el apelativo aplicado comúnmente a los marineros de río que, en tiempos anteriores, llevaban sus productos desde Kentucky para vender en Nueva Orleans; por sus modales rudos, el modo ruidoso en que festejaban sus recientes riquezas y su propensión a la pelea, los colonos franceses, de larga residencia, los encontraban despreciables.

-Sin embargo, es sobrino de M'mère.

Bastó con una mirada levemente inquisitiva para que Chloe informara.

-¡Oh!, fue un tremendo escándalo, te lo aseguro. Ella era la hermosa Solange Declouet, niña mimada de Nueva Orleans y orgullo de su padre. El, un rudo gigante de Kentucky: Jonathan Robert Farnum. El gigante ve a la bella morena en su galería y queda petrificado. Trata de entrar a la casa, pero no se le permite. Entonces la llama a gritos y ella, medio desmayada, es llevada adentro por su madre y su doncella. Después lo encuentra dondequiera que va. El más aceptable de sus pretendientes lo desafía a un duelo y el hombre le pega un balazo en el codo. Luego soborna a la doncella de Solange para hacerle llegar un mensaje. Solange se reúne con él en la catedral donde suele ir a rezar. El está hechizado. Ella se siente extrañamente atraída, pero eso no puede ser. Vuelven a encontrarse y alguien los ve. Entonces se combina un apresurado casamiento con el pretendiente herido. Ella jura que no se casará y se dispone a entrar en el convento. El americano, al enterarse la secuestra; los casa un sacerdote, en la lejana Poste de Natchitoches. Sólo tras el nacimiento de un hijo varón logra la pareja reconciliarse con la familia.

-¿Y ese hijo era Robert?

-Por supuesto.

-Y la plantación, Los Sauces, ¿era la dote de Solange, puesto que está junto a la propiedad de los Declouet?

-No. El americano, como su hijo, era hombre de mucho éxito. El compró esas tierras para que su Solange fuera feliz, cerca de su familia.

-Y luego apareció M'mère, viuda joven, y se casó con el hermano de Solange -adivinó Amalie.

-Creo que no, que ya se habían casado. Ella era bastante madura cuando nació Julien, casi demasiado para tener hijos.

-Comprendo. Robert parece... llevarse muy bien con M'mère.

-No te extrañe. La madre de él murió de parto cuando Robert tenía cinco o seis años. Poco después, su padre y el marido de M'mère murieron juntos en un accidente con el bote, mientras cazaban patos. M'mère recogió al sobrino de su esposo para consolarlo y para que sirviera de compañero a Julien. Por eso Robert la considera su segunda madre; le tiene mucho afecto y, tal vez, gratitud.

-Claro, por eso Julien y Robert están tan unidos. Tienen casi la misma edad. -Julien tenía veintinueve años; su primo, uno o dos más.

Chloe asintió.

-Son muy buenos amigos.

-Tanto que ninguno de los dos se dio prisa por casarse.

Amalie sabía muy bien, por lo que se había dado a entender en su presencia, que Robert Farnum no estaba casado.

-¿Qué necesidad tienen los hombres de casarse, dime? Tienen bailarinas, cantantes de ópera y amantes estables. ¿Qué son una esposa, hijos y bienestar doméstico junto a semejantes diversiones? ¡Algunos hasta prefieren mantener relaciones con una estatua de bronce! -Chloe dio una palmada de furia. De inmediato, al ver a Amalie, se cubrió la boca con los dedos-. ¡Ay, mi lengua! Hablaba en general, *ma chère.*

-Nunca supuse que ninguno de ellos fuera célibe -replicó ella, tratando de mantener cierta compostura.

El rostro de Chloe se despejó.

-No te escandalizas. Me alegro. Son demasiadas las mujeres que fingen, cosa que detesto. De fijo, no sé, por supuesto, pero he oído rumores. Robert nunca ha tenido una amante fija; antes prefería a las cantantes de ópera, aunque hace algunos años tuvo cierta relación con una mujer casada. Dicen que, cuando él se aburrió del asunto, ella quiso quitarse la vida tomando veneno para ratas.

-Es despreciable destruir el hogar de otro hombre -dijo Amalie.

-Sí, Julien, que yo sepa, nunca hizo nada por el estilo. Sólo tenía una amante fija, una jovencita que le consiguió M'mère ya que no tenía padre que se encargara de eso. Pero puedes quedarte tranquila: antes de la boda le asignaron una pensión y él no ha vuelto a verla.

-Comprendo.

Amalie prefería no pensar en Julien abrazando a una amante fija; sin duda había hecho el amor con ella, tal vez hasta engendrado hijos, cosa que ella jamás tendría.

-¿Preferirías que no te lo hubiera dicho? -preguntó Chloe, preocupada-. Te pido perdón con toda el alma, pero siempre se me zafa la lengua. Y si sabías una parte, me pareció mejor que lo supieras todo.

Pero tú no deberías saber nada de todo eso.

-Eso es una tontería, el tipo de cosas que siempre dice M'mère. ¿Cómo voy a saber comportarme en el mundo si se me mantiene ignorante de sus costumbres?

En ese momento, Chloe desvió su atención hacia la silueta de un hombre que avanzaba tambaleándose bajo la lluvia. Llevaba un pesado objeto de bronce, inexpertamente envuelto en sacos de arpillera, y avanzaba más o menos en dirección a la *garçonnière.* Ella lo llamó y le hizo señas, logrando que George Parkman cambiara de rumbo para encaminarse hacia la galería.

Amalie se demoró apenas lo suficiente para saludar al inglés y ayudarlo a liberarse de su carga. Luego, mientras Chloe comenzaba a regañarlo, desvió la vista, una vez más, hacia los hombres que trabajaban bajo la lluvia. Sus ojos pardos siguieron a la erguida figura del jinete, que mantenía las riendas tensas con una mano, mientras hablaba con un peón. La espalda de su chaqueta chorreaba agua y se adhería a sus músculos. De pronto giró en la silla de montar y miró hacia la casa, echando el sombrero hacia atrás.

Amalie, apartando la vista a duras penas, giró en redondo y entró nuevamente en la casa.

2

Amalie se dedicó a sus tareas de costumbre dentro de la casa. Comenzó por verificar que los diversos dormitorios, con excepción del de Julien, estuvieran debidamente limpios, con las camas tendidas, bacinillas y aguamaniles vacíos y las alfombras bien barridas. La despensa necesitaba una limpieza, pero eso tendría que esperar. Estaban escasos de servicio, ya que los dos hombres encargados de las labores domésticas más pesadas estaban en el río, mientras que Charles, quien servía de mayordomo, tenía demasiado que hacer con evitar que las criadas salieran a la galería para agitar los plumeros hacia los trabajadores.

Preparó las raciones para el personal y para la cocina, utilizando las llaves de las distintas despensas, que pendían de una cadena prendida a su cintura. Analizó el menú del día con la cocinera antes de salir a caminar a lo largo del brazo. Por esa mañana, todo estaba hecho, salvo la visita a la enfermería, donde debía curar los inevitables cortes, quemaduras, dolores y fiebres, empleando el ajado volumen de *Medicina doméstica* que M'mère le había entregado junto con los llaveros.

Era asombrosa la suma de responsabilidades que su suegra había puesto en sus manos en las últimas semanas, sobre todo teniendo en cuenta el temperamento autocrático de M mere, y Amalie solía preguntarse cuáles serían los motivos. ¿Sería una prueba para ver si ella era capaz de asumir las cargas y las responsabilidades de una plantación grande? ¿O tal vez M'mère no estaba tan bien como fingía? La anciana seguía moviéndose por la casa con porte majestuoso, pero también lento. Sus modales, a la hora de comer, eran espléndidos, pero apenas probaba los ricos platos puestos ante ella. Todas las tardes se retiraba a su cuarto, para lo que ella denominaba "un periodo de reposo"; sin embargo, más tarde era evidente que dormía con pesadez, pero sin beneficio. Amalie, que tenía el sueño ligero, sabía que su suegra pasaba malas noches, pues la había despertado, muchas veces, el ruido de sus pasos al ir y venir por el dormitorio.

Al salir a la galería superior del frente, en busca de una criada para que limpiara unes huellas grasientas encontradas en el mármol de una mesa, Amalie se detuvo a contemplar a los hombres. La estremeció el viento helado que soplaba por la galería, haciendo llegar la lluvia y la humedad. Los hombres que trajinaban en el lodo, cargando las bolsas al hombro, tenían aspecto miserable. Semejante esfuerzo demandaba fortaleza y energías. Necesitarían mucha comida y algo caliente para beber a mediodía; difícilmente podrían interrumpir el trabajo el tiempo suficiente para volver a las cabañas.

Por esa vez, la visita a la enfermería podía esperar. Amalie, decidida, cruzó la casa y descendió las escaleras traseras para ir a la cocina.

Era casi mediodía cuando abandonó la casa, con el mantón en el brazo y un paraguas en la mano. Se detuvo en medio del salón, distraída su atención por un ruido de metal contra metal y movimiento de pies en la galería del frente. Con el entrecejo levemente fruncido, giró en esa dirección.

La galería superior había sido transformada en sala de esgrima. Allí estaban Julien, con una camisa de cuello abierto y pantalones ceñidos sujetos por tirillas a los pies descalzos, y Tige, adversario y ayuda de cámara. Tige era hijo de Charles, el mayordomo, y vestía más o menos igual. Los floretes que usaban tenían botones en las puntas, pero los dos hombres no llevaban ni máscaras ni protectores en el pecho. La ventaja, en cuanto a habilidad, corría por cuenta de Julien, pero Tige contaba con cautela, decisión y un mayor alcance. El encuentro no era desigual en absoluto, pues el ayuda de cámara había aprendido el arte de la esgrima junto con Julien, en la sala de armas del maestro mulato Bastile Croquere. Su esposo quería tener n compañero de esgrima siempre a mano; por eso había hecho arreglos para que Tige se adiestrara al mismo tiempo que él.

Julien le echó un vistazo.

-Buenos días, amor mío. ¡Qué luz das a este día tan opaco!

-Gracias, Julien. ¿Sabes lo del río?

-Lo sé -fue la réplica, algo sofocada, al recobrarse del ataque dado por Tige a la primera señal de distracción-. Seguramente piensas que yo debería estar allí, bajo la lluvia, trabajando junto a Robert por la salvación de todos.

-Parece que tu primo se las arregla muy bien.

-También yo pienso lo mismo -replicó él, con una sonrisa, en tanto paraba una estocada perfecta con facilidad-. Pero ¿piensas reemplazarme uniéndote a sus equipos de trabajo?

-Difícilmente. Si te refieres a mi paraguas, quiero encargarme de que los hombres reciban algo de comer y de beber. -¡Plausible misión! Te bendecirán, sin duda, pero ya te consideran su *petite maitresse.* -Sí. ¿Has desayunado?

-Oh, sí. Mis deseos son pocos y se satisfacen fácilmente.

La doble intención y el dejo de ironía no eran cosa nueva. Amalie había aprendido a no darles importancia. Estaba segura de que no se dirigían contra ella, sino contra él mismo. Apenas pronunciadas esas palabras, Julien avanzó contra su oponente en un revoloteo de estocadas. Tige gruñó; el florete le voló de entre los dedos y se quedó sacudiendo la mano entumecida.

-Otra vez -dijo Julien, en tanto Amalie les volvía la espalda.

La cocina estaba aparte de la casa principal; en principio, para evitar el calor del fuego constante en los veranos, pero también para evitar la grasa en las paredes, el olor a comida y la posibilidad de incendios. Cada vez que se veía obligada a visitarla en un día como ese, Amalie ponía en duda, sin embargo, la prudencia de su ubicación.

Después de entrar, sacudió el paraguas y lo dejó a un lado para que escurriera. Colmaba el aire un sabroso olor a manzanas y canela, carne en guiso y cebollas. La cocinera, una mujer corpulenta, con la cabeza envuelta en un pañuelo y un delantal inmaculado sobre el vestido azul, se movía ligeramente entre el fogón y la pesada mesa de trabajo. Otra mujer tenía las manos metidas en una tina con agua caliente jabonosa; una más revolvía una olla de grasa fundida, en un extremo de la mesa. En el otro extremo, de pie, se veía a un negrito, con un pastel de manzana en una mano y un trozo de carbón en la otra. Estaba dibujando, y bajo su pequeño puño iba surgiendo la cabeza envuelta en un pañuelo, cuyas puntas sobresalían como

orejas de gato. La forma en que captaba el parecido con trazos simples era sorprendente.

-¿Tienes todo listo, Marthe?-preguntó Amalie, cuando la mujerona se volvió a saludarla.

-Claro que sí, mam'zelle Amalie. Listo y cargado en la carreta. Lo que no sé es quién va a llevarlo, porque monsieur Dye acaba de venir a llevarse a Zeke, el de los establos, que acaba de uncir la muía. Charles es buen hombre y mayordomo de lo mejor, pero no puede abandonar la casa y, además teme mucho a los animales. Y los demás están con monsieur Robert.

Amalie no se oponía a que la llamaran mademoiselle, pues sólo a las mujeres desconocidas, que llevaban al marido detrás, se les daba el título de madame. Todas las mujeres de una casa, hasta las viejas con bisnietos en las rodillas, recibían el apelativo de mam'zelle. A ella se la llamaba, además, *la petite maitresse,* el ama pequeña, en tanto que M'mère era *la grande maitresse,* el ama grande.

-¿Y si los hombres vienen a la cocina en tandas?

La cocinera sacudió la cabeza.

-M'sieu Robert no lo permitirá. Ningún hombre puede dejar su puesto mientras el trabajo no esté terminado. Es mejor así, pues no tiene tiempo para perseguir a los que no vuelven.

Y aunque lo tuviera, no creo que le gustara lo que m'sieu Dye podría hacer con el resto durante su ausencia.

Dye, el capataz, había vuelto una hora antes. Amalie lo había visto llegar y había visto, también, la confrontación entre él y Robert Farnum. Aunque no pudo oír lo que dijeron, era obvio que al capataz no le había gustado ese recibimiento.

-Iré yo.

La propuesta provenía del muchachito dibujante, que había dejado su trozo de carbón y las miraba. Se lo conocía bajo el nombre de Isa; había llegado a Belle Grove siendo niño con su madre. La madre había muerto de parto algo después, y el huérfano había pasado de cabaña en cabaña. Por entonces era un muchachito inteligente, de nueve o diez años, cuya perfección física quedaba impedida por un pie zambo. Como no podía jugar al ritmo de los otros niños y le costaba ejecutar las pequeñas tareas encargadas al grupo, solía refugiarse en la cocina, donde la cocinera lo toleraba, siempre que no le estorbara en el trabajo. Amalie había notado que la observaba mucho cuando ella iba a la cocina. Una o dos veces hasta la había seguido hasta la casa, y en cierta ocasión la cocinera le había mostrado un dibujo hecho con carbón sobre la mesa: era, indudablemente, un retrato de *la petite maitresse.*

Amalie le sonrió, con un gesto de decisión.

-Sí -dijo-, y yo también.

La distancia era poca, al fin y al cabo, y la muía uncida parecía bastante dócil, hasta aburrida, a pesar de la lluvia que le empapaba los flancos. Amalie había salido sola con frecuencia, pasada su primera juventud, en el cochecito pequeño de su tía, para efectuar pequeñas diligencias por las que no valía la pena sacar el carruaje. Aquello sería diferente.

El único problema consistía en dejar el paraguas para tomar las riendas. Lo dejó a un lado y se levantó la capucha del mantón, descubriendo entonces que la lluvia se había reducido a una llovizna pareja. Mientras Isa, en la parte trasera, vigilaba las grandes cafeteras, las cacerolas de sopa y los canastos, ella agitó las riendas y puso la carreta en el camino que circunvalaba la casa, dirigiéndose hacia el río por entre los árboles.

Los hombres la vieron llegar, pero no dejaron de cargar sus bolsas. Se dio licencia a la mitad para que se acercaran a la carreta, donde devoraron pasteles y panecillos, acompañándolos con café y sopa antes de que pudieran enfadarse. Mientras comía el segundo grupo, Robert Farnum desmontó y caminó a lo largo del parapeto de bolsas, golpeándolo de vez en cuando con el pie. Había sólo tres hileras superpuestas; no era gran cosa, considerando lo grande del esfuerzo.

Amalie ató las riendas y bajó, haciendo señas a Isa para que le diera una taza limpia y una servilleta. Después de envolver un panecillo con jamón y un pastel en la tela, llenó la taza de café caliente y se acercó al primo de su esposo.

Cuando llegó a su lado, el viejo negro encorvado al que llamaban sir Bent estaba hablando con él en voz baja y seria. Se quitó el deformado sombrero e inclinó la cabeza para saludar a Amalie, pero siguió con lo que estaba diciendo.

-No me gusta, m'sieu Robert. Algo está conteniendo el agua. Debería estar ocho, diez, doce centímetros más alta, estoy seguro. Estoy pensando en esos troncos atascados en el cauce. ¿Qué pasará si crece? ¿Qué pasará si está conteniendo el agua y de pronto la deja pasar?

Robert lo escuchaba sin interrumpir. El anciano era famoso por su habilidad para pronosticar el tiempo. Ya fuera por la edad y la experiencia o por algún sexto sentido, sus predicciones merecían respeto, al menos en Belle Grove.

-Idioteces -dijo una voz áspera, desde atrás-. Ese viejo estúpido está poniendo excusas porque se equivocó y nos hizo trabajar como locos por nada.

-No, m'sieu Dye, yo no hago esas cosas -protestó sir Bent.

Era revelador que, como casi todos los esclavos de la plantación, llamara al capataz por su apellido. Esa formalidad era indicación de desconfianza y no de respeto.

El capataz era un irlandés de pelo rojo como la caoba, nariz empinada y labio superior corto, que daba la impresión, deliberada o no, de un aire burlón. Era apenas más bajo que Robert Farnum, pero de constitución más pesada, sobre todo a la altura del pecho.

Apuesto a su modo, se consideraba el favorito de las damas.

Robert le clavó una larga mirada.

-Esa teoría de los troncos atascados puede ser acertada. Se han estado amontonando desde hace rato, corriente arriba.

Los atascamientos eran obra de los árboles arrancados de las blandas riberas fluviales, que flotaban con la corriente, raíces al descubierto, hasta que los detenía un banco de arena o una curva cerrada. Cada tronco que flotaba se agregaba atrás al dique natural.

Patrick Dye se encogió de hombros.

-Crea lo que quiera, pero usted sabe que la gente los hace volar o los arrastra con botes.

-No siempre -La voz de Robert, aunque serena, estaba cargada de autoridad.

-Como quiera. Sigo diciendo que todo esto es trabajo perdido. -El capataz se volvió hacia Amalie con un tardío saludo. Sus ojos de avellana se demoraron en las suaves curvas de los pechos, tras la abertura del mantón, antes de detenerse en la comida que ella traía en las manos. Entonces se tocó el ala del sombrero.

-Muy amable, señora, por traernos algo de comer. ¿Eso es para mí?

Era la primera vez que ella veía a ese hombre sin estar Julien presente. La mirada que le había echado, sumada al dejo de insolencia de su tono y la suposición de que ella podía actuar como criada de un empleado subalterno, le provocó una reacción de enojo.

-No -dijo, con voz fría-. Es para el primo Robert.

Robert giró hacia ella.

-Disculpa. No me había dado cuenta.

Por el rabillo del ojo, Amalie vio el rubor de despecho que cubría el rostro del capataz y el modo en que la boca se le había tensado. Pensando que el hombre merecía ese revés, lo olvidó de inmediato y entregó la taza a Robert. Los ojos azules se fijaron en los suyos, pardos y profundos.

-Es decir -aclaró él-, sabía que estabas aquí, pero no que me habías traído esto. Gracias.

De pronto le llegó el calor de la taza metálica; con un suave juramento, tomó rápidamente el asa con la mano libre. Amalie torció levemente una comisura de la boca, pero logró mantener en calma el resto de sus facciones.

-No tienes por qué -replicó, ofreciéndole también la comida envuelta en la servilleta-. Es lo menos que podía hacer.

Luego dejó a los tres hombres y volvió a la carreta para poner en su sitio canastos, ollas y cafeteras. Cuando todo estuvo listo buscó a Isa con la mirada. Estaba a alguna distancia, cerca de la ribera, donde los cipreses y los sauces crecían hasta dentro del agua. De espaldas a ella, arrojaba palitos a la corriente precipitada. Amalie lo llamó, pero él no la oyó, debido al ruido del agua y a la lluvia, que volvía a caer en torrentes. Ella echó un vistazo a la muía. El animal parecía inquieto; movía los cascos y erguía las largas orejas, mirando los remolinos oscuros y lodosos del brazo muerto del río. Pero las riendas estaban bien atadas. Amalie se recogió las faldas y echó a andar hacia Isa.

Rugió un trueno; fue un gruñido grave, que se prolongó largamente, haciendo vibrar el suelo. Amalie levantó la vista con el entrecejo fruncido. Tardó un momento en comprender que el ruido no provenía de lo alto, sino desde la derecha. Detrás de ella, los hombres comenzaron a arrojar picos y palas para volverse hacia el cauce. De pronto resonó un chillido.

Por la curva de la corriente venía una corriente amarilla, a borbotones. En el agua arremolinada, girando como palillos de fósforos, se veían las siluetas oscuras y rectas de los troncos atascados.

Los hombres echaron a correr. Amalie vio que Isa giraba en redondo a tropezones. Con la boca abierta en un grito, renqueó hacia ella. Esos troncos triturarían todo cuanto se les pusiera en el camino.

La capucha del manto voló hacia atrás cuando Amalie echó a correr. Las faldas le estorbaban la marcha, envolviéndosele a los tobillos. Le costaba respirar. La ribera parecía imposiblemente lejana, tanto como los cañaverales del otro lado. Redobló sus esfuerzos, recogiéndose las faldas hasta las rodillas De pronto se encontró ciñendo al niño con un brazo para llevarlo medio arrastrándolo hacia la carreta.

El rugido de las aguas le colmaba los oídos. Además de los gritos de los hombres que trepaban hacia la elevación, detrás de la casa, los relinchos de la muía y sus patadas contra la carreta todo eso formaba un sonido incorpóreo. Isa estaba pálido una de sus manos se había enredado en la lana del mantón. Ella comprendió que le dolía el pie torcido, pero no podía hacer nada por ayudarlo. Le quemaban los pulmones y sentía una punzada en el costado. Faltaban unos pocos metros. Con un poco de suerte, la muía podría ganarle ventaja alguna. De lo contrario, en la carreta contarían con alguna protección.

Las riendas se habían soltado; lo notó al subir a Isa hasta el pescante. Las sujetó con una mano mientras se aferraba de las tablas para poner el pie en el estribo. La muía se levantó de manos y se lanzó hacia adelante en cuanto las patas delanteras tocaron el suelo, arrancándole las riendas de las manos.

Amalie se vio arrojada hacia atrás. La tierra salió a su encuentro con una fuerza que la dejó sin aliento. La carreta se alzó por encima de ella, que giró frenéticamente a un lado para dejarla pasar, a tumbos, arrastrada siguiendo a los hombres. Vio que Isa miraba hacia atrás, con la boca abierta en un grito, y vio desaparecer su negra cabeza al ser arrojado el niño contra las tablas del fondo. Era imposible oír algo, debido al tronar del agua. Además estaba desorientada por la caída y el estremecimiento de la tierra bajo sus pies. Se levantó, tambaleándose.

La inundación estaba cada vez más cerca. El agua cubría las riberas, llena de espuma, envolviéndose a sus tobillos. Dio un paso hacia la mole blanca de la casa, pero de inmediato la alcanzó la corriente. El agua le subió hasta las rodillas, haciéndola vacilar. Un golpe en la espalda, como un latigazo, le aplanó la caja torácica.

De pronto se sintió levantada en vilo. Con un grito sollozante, se aferró de los hombros del jinete que se inclinaba desde la silla, sujetándola. En ese momento vio el tronco oscuro que giraba sobre ellos. Se vio arrastrada contra el caballo, en tanto Robert Farnum daba un respingo, exhalando el aliento en una breve maldición que tenía un dejo de dolor. Taloneó a su caballo, haciendo que se lanzara hacia adelante. Luego se enderezó y puso a Amalie frente a su montura.

El agua succionaba en derredor, estrellándose, elevándose en llovizna, mientras el caballo trepaba penosamente la cuesta, entre pedazos de corteza y lodo. Amalie sintió en la cara el escozor de los fragmentos y, en el cuerpo, el rígido abrazo del hombre que la sostenía; la dureza de su torso, los músculos dilatados de las piernas, debajo de ella. Respirando con trabajo, giró en dirección a la carreta: los peones estaban sofrenando a la muía en la cuesta, al otro lado de la casa. Había hombres subidos a las ramas de los robles y corriendo por el barranco hacia las cabañas.

Habían salido del agua. La mole de la casa se interpuso entre ellos y los demás. El caballo alcanzó lo más alto de la cuesta y se detuvo allí. Robert y ella permanecieron inmóviles durante largos instantes. Amalie tenía la sensación de que el corazón iba a reventarle si seguía palpitando con tanta fuerza; sentía en el hombro los latidos del mismo Robert. Temblaba incontrolablemente, a pesar del abrazo que la rodeaba. La lluvia caía sobre ellos, helada, pero entre ambos cuerpos existía un calor húmedo que iba en aumento, envolviéndolos.

Amalie levantó lentamente la vista, hasta encontrar la mirada azul de Robert Farnum. Le quemó en los ojos, llena de una emoción a la que ella no podía dar un nombre, pero que parecía similar al dolor furioso. La lluvia le formaba arroyos en el bronce de la cara, rodeando la mandíbula tensa, hasta filtrarse por el cuello abierto de la camisa. Entre ambos había una fiera tensión, causada, en gran parte, por los tendones y los músculos de los brazos masculinos, duros como si se vieran obligados a abrazar una caldera encendida.

La recorrió un escalofrío. Hizo un esfuerzo por enderezarse, apartándose de él, con las pestañas bajas. Su voz sonó insegura al decir:

-Debo darte las gracias.

-En absoluto.

La falta de interés en la voz de Robert fue como un golpe Ella abrió con estupor los ojos y le echó una mirada. Estaba inexpresivo, aunque mantenía los ojos apartados.

-Claro que sí. De no haber sido por ti...

-Me alegro de haberte sido útil. Dejémoslo así, prima Amalie. Ese modo de mencionar el parentesco pareció deliberado.

-Como quieras, pero no voy a olvidarlo.

El inclinó la cabeza morena y señaló el frente de la casa.

-Es hora de que te deje en el suelo.

Por primera vez, Amalie notó entonces que tenían público. Julien, Tige y dos criadas estaban en el extremo de la galería, observándolos; al parecer esperaban que ellos los miraran, pues de inmediato el marido levantó el florete a manera de saludo. Ella alzó la mano, con una sonrisa forzada, en tanto Robert hacía que el caballo caminara en esa dirección, por el agua que ya había subido casi treinta centímetros ante la galería. La presión del agua acumulada por el bloqueo había sobrepasado las bolsas de arena, y el río chapoteaba contra las columnas de Belle Grove, inundando los cuartos del sótano. Ya estaba retirándose, pero si sir Bent estaba en lo cierto volvería a ascender.

-Un rescate muy gallardo -comentó Julien.

¿Era imaginación de Amalie, o su tono tenía cierto filo? Miró a su marido, mientras se acercaban para detenerse allí.

-¿Verdad que sí? -dijo, al fin.

-Vi lo que ocurría, pero no estaba en mi poder ayudar. ¡Nunca en mi vida me he sentido tan inútil! Estoy en deuda contigo, primo.

Robert se encogió de hombros.

-Quiso la suerte que estuviera allí.

-No. -Esa serena contradicción provenía de M'mère, que había salido a la galena-. Estaba predeterminado. Es la voluntad de *le bon Dieu.*

El hombre que sostenía a Amalie miró a la anciana con los ojos entornados.

-¿Blasfemia, *tante* Sophia?

-Es lo que yo creo.

-Eso no significa que yo pueda aceptarlo.

-¿Por qué no, si Julien está de acuerdo?

Robert giró en redondo, mirando fijamente a su primo, que se erguía en toda su estatura con la espada a un lado.

Una sonrisa sombría curvó los labios de Julien.

-He descubierto que siempre es mejor estar de acuerdo con M'mère.

El diálogo tenía un sentido subyacente que Amalie no pudo comprender, aun percibiéndolo. Inquieta, miró hacia la escalera que se elevaba hacia la izquierda, rígida ya por el esfuerzo de mantenerse apartada de Robert Farnum.

-Basta. -dijo M'mère, mirando a ambos hombres con el entrecejo fruncido-. Amalie está medio ahogada, Robert, y tú también. Sugiero que entréis.

-Llevaré a la esposa de Julien hasta el pie de la escalera, si él baja a buscarla.

-No hay necesidad -se apresuró a decir la joven-. Puedo caminar.

-Insisto.

Sin darle tiempo a discutir, hizo que su caballo subiera a la galería inundada y la siguiera hasta la escalera. Al llegar allí se detuvo y sujetó a Amalie con más fuerza, para impedir que se deslizara hacia los escalones. Julien, que había dejado el florete, bajó con ágil gracia hasta el tercer peldaño y, clavando en su primo una mirada dura, alargó las manos para tomar a su esposa por la cintura. En cuanto la hubo bajado, Robert se inclinó hacia adelante. En eso se oyó lo dificultoso de su respiración.

Ella se volvió en el peldaño para mirarlo, recordando el tronco de la inundación.

-Estás herido.

-No es nada; sólo una magulladura.

M'mère dijo desde arriba:

-Sube enseguida. Hay que curarlo.

-Deja que te ayude a desmontar -ofreció Julien, tendiéndole la mano mientras sujetaba las riendas.

-Seria mejor que volviera a Los Sauces.

-No seas tonto -replicó Julien-. ¿Quieres que te desmonte a tirones?

-Prueba.

Julien estudió la rígida postura de su primo en la montura, la tensión de sus hombros, y dejó caer las manos.

-En tu estado, estoy seguro de que podría hacerlo, pero nadie va a obligarte a nada. Eres tú quien decide.

Los dos se miraron mutuamente; los ojos azules parecían trabados con los pardos. Amalie los observaba con el entrecejo fruncido, tratando de descubrir qué se discutía bajo la superficie. Tenía la sensación de que era algo referido a ella, aunque pareciera imposible. Tal vez todo lo ocurrido la

estaba volviendo fantasiosa. Un momento después quedó convencida de que así era, pues Robert, con un gesto de asentimiento, desmontó del caballo.

M'mère le tocó el brazo desde atrás. Amalie giró en redondo, levantando sus faldas empapadas, y subió trabajosamente la escalera, con el brazo de su suegra a la cintura y Julien sosteniendo a Robert detrás de ambas.

3

A la mañana siguiente dejó de llover, para alivio de todos, aunque el cielo permanecía cubierto. La inundación permaneció con ellos durante cuatro días.

Para Amalie fue un período difícil Había cien cosas que hacer para que las condiciones de vida fueran soportables para los seres humanos a su cargo, y mil dificultades para llevarlas a cabo. Hubo que rescatar todos los muebles y la vajilla del comedor, secar las piezas de madera y lustrarlas para evitar manchas. La comida, preparada de antemano por la previsora Marthe, fue traída en piraguas desde la cocina y puesta en bancos improvisados en la galería hasta la hora de cenar. Como la cocina había quedado inutilizable, fue preciso llevar un conjunto de utensilios hasta un cuarto vacío de la *garçonnière,* cuyo hogar serviría para preparar los alimentos.

Como las plantas altas de aposentos para solteros estaban secas, George y su envuelto Eros estaban bastante cómodos. Amalie, al enterarse de que Roben tenía un hombro dislocado y una gran magulladura que no necesitaban atención médica, decidió brindar compañía al inglés y ordenó que se preparara un cuarto para el primo Robert en la *garçonnière,* en vez de alojarlo en la casa.

Los esclavos estaban bastante seguros, pues las cabañas habían sido construidas sobre pilares de noventa centímetros, o los alojados en la enfermería tuvieron que trasladarse a una de las cabañas. La mudanza se efectuó sin inconvenientes.

Los establos y los corrales para el ganado presentaban otro problema; no era posible dejar a los animales con el agua la rodilla. Por insistencia de Robert los caballos más finos fueron llevados a Los Sauces, junto con varias personas encargadas de instalarlos en tierras más altas.

Las cisternas que proporcionaban el agua a la casa y a las barracas estaban bajo tierra; por lo tanto, existía el peligro de que el líquido se contaminara Se requería una constante vigilancia para que cada gota utilizada en la alimentación estuviera bien hervida. Aun así hubo más de un caso de diarrea en las barracas. Amalie sólo podía rezar para que no aparecieran enfermedades contagiosas.

A los niños de las barracas les encantaban los terrenos inundados; pasaban todo el tiempo posible chapoteando en treinta centímetros de agua o paseando en una antigua piragua. Una mañana, al oír carcajadas en la parte baja de la casa, Amalie encontró a varios de ellos navegando por el comedor y la despensa. Se sintió medio bruja por expulsarlos, pero se consoló pensando que era por el bien de los niños.

El peligro estaba representado por las serpientes de agua que, desalojadas de sus escondrijos en las riberas del brazo muerto del río, nadaban por la casa y buscaban los rincones oscuros para ocultarse. Encontraron a dos enroscadas en la araña de cristal; otra apareció en la barandilla de una escalera. Julien y Robert, hasta el mismo George, pasaron

el primer día muy entretenidos, disparando contra las serpientes desde la galería superior. A pesar de que Robert llevaba el brazo herido en cabestrillo, los dos primos eran rivales parejos con un arma en la mano, y el inglés no se quedaba muy atrás.

El tiro al blanco no era el único entretenimiento para los hombres. También pescaban, jugaban al billar, chapoteaban en el agua o pasaban horas con los naipes. Después de la cena solían convencer a Amalie para que tocara el piano; ellos cantaban o arrebataban de sus bordados a M'mère y a Chloe para sacarlas a bailar. Con frecuencia, Julien ideaba sofisticadas versiones de juegos infantiles o montaba un teatro para aficionados, con la ayuda de las ropas viejas guardadas en la buhardilla. Chloe estaba muy bien dotada para lo melodramático; representó a una lady Macbeth que helaba la sangre, y a una lady Sneerwell tan apasionada que George, al verla, se tiró de la corbata como si se sintiera estrangulado.

Y allí estaba también Isa. Aterrorizado por la posibilidad de que la inundación se hubiera llevado a Amalie, había llorado sin cesar hasta que lo llevaron a verla. Cuando trataron de llevárselo, luchó como un gato salvaje, arañando y mordiendo, hasta que la muchacha, previendo que acabaría por lastimarse, hizo que lo dejaran con ella. Esa primera noche la siguió a todos lados; permaneció de pie tras su silla durante la cena; más tarde, en el salón, se tendió a sus pies. También trató de entrar en su alcoba, pero al negarse Amalie, con gran firmeza se acurrucó junto a la puerta y allí durmió hasta la mañana.

La joven pensaba que esa excesiva devoción acabaría por consumirse, pero no fue así. Isa era su sombra; estaba junto a ella en todo momento, dondequiera que estuviese. Finalmente dio en enviarlo a cumplir algunos encargos, a fin de apartarlo un poco de sí, pero el muchachito volvía en cuanto la tarea estaba cumplida. Julien comenzó a decir que era su paje, en broma sólo a medias, y Amalie fue aceptándolo gradualmente como tal. En muy poco tiempo llegó a depender de él.

Por lo tanto, Isa estaba con ella cuando, al retirarse las aguas, Amalie llamó a los dos peones y a las cuatro criadas de la casa para indicarles que retiraran el lodo de los cuartos inferiores, antes de que se secara. El cieno acumulado fue barrido por la puerta hasta la galería del frente. Se retiró a baldazos y golpes de escoba; las tablas de ciprés eran tan impermeables que la madera, en vez de hincharse quedó sin rastro alguno. En el comedor hubo que arreglar el yeso de las paredes y volver a encalar, pero en general hubo pocos daños.

Lo que representó otro problema fue el barro depositado en la galería del frente, pues el aire libre lo fue endureciendo, hasta dejar el sector convertido en una verdadera pocilga. El trabajo de limpiarlo quedó a cargo de los niños de las barracas, si bien ellos no se enteraron de que era un trabajo. Se les repartieron cepillos, estropajos y cubos de agua, otorgándoseles plena libertad para jugar cuanto quisieran. Todos patinaban entre grandes chillidos, embarrándose mutuamente de pies a cabeza, pero cuando Amalie volvió, poco después, la labor estaba casi terminada

-Isa -llamó, con voz lo bastante alta como para hacerse oír a pesar del bullicio-, corre a decir a Marthe que prepare panecillos y leche para mi equipo, y dos para ti también, que hoy has trabajado mucho.

Los niños se agolparon inmediatamente en derredor de ella, tironeándole del delantal que llevaba sobre el vestido, entre brincos incesantes.

-¡Voy yo! ¡Yo! -gritaban todos entusiasmados. Sus manecitas dejaron manchones de lodo en el inmaculado delantal blanco, pero a ella no le molestó. Estiró una mano para revolver los apretados rizos de una cabeza, de otra y otra, riendo ante el entusiasmo general, contagiada por tanta alegría de vivir.

Con tono leve, pero terminante, dijo:

-Corresponde que vaya Isa, pues es mi paje. Eso sí cuanto antes terminen, antes se les darán los panecillos.

Isa, con una sonrisa seráfica, irguió los hombros y marchó hacia la cocina; su cojera apenas era... visible. Los otros niños volvieron a disputarse amistosamente cepillos y estropajos, volcando el agua con tanto descuido que Amalie debió apartarse apresuradamente. Una niñita de unos cuatro años no tuvo la misma prontitud y resbaló en el suelo mojado, empapándose el vestido, además de darse un golpe en la mejilla. Amalie levantó a la pequeña llorosa, la puso de pie y, arrodillada junto a ella, le limpió la cara y las trenzas con un extremo de su delantal. La niñita se llevó un dedo a la boca y sonrió súbitamente. Amalie sintió que sus labios se curvaban en otra sonrisa y, siguiendo un impulso, estrechó a la pequeña contra sí. Por un momento los bracitos pardos se colgaron de su cuello con fuerza. Un momento después, la negrita correteaba, canturreando:

-Señora linda, señora linda.

Sin motivo visible, Amalie sintió la presión de las lágrimas. Al levantarse, medio cegada por ellas, no vio al hombre que la observaba desde la puerta sino cuando estuvo a punto de chocar contra él. Robert Farnum no se apartó para darle paso; permaneció con una mano apoyada en el marco de la puerta y la otra en su cabestrillo negro, con una expresión conmovida en sus ojos oscuros.

No era aquella la primera vez en los últimos días que Amalie lo sorprendía fijando en ella su atención. No podía acusarlo de seguirla, como Isa, pero era como si lo encontrara dondequiera que fuese. Esa fija mirada la ponía nerviosa. La obligaba a cuidar de su aspecto de un modo que no recordaba desde los quince años; por eso se vestía con cuidado, cada mañana, y hacía el esfuerzo de moverse con gracia, aun despreciándose por ello. En ese momento las mejillas se le encendieron de escarlata y el corazón le palpitó en la garganta, con una extraña aprensión, como si la hubieran sorprendido en una mala acción.

-Te gustan los niños -comentó él, bruscamente.

-Bueno, sí como a todas las mujeres, ¿no?

Descubrió que tenía los puños apretados y escondió rápidamente las manos en los bolsillos de su delantal. El alargó la mano sana y, antes de que Amalie pudiera retirarse, tocó con la punta del dedo una lágrima prendida a sus gruesas pestañas.

-A algunas les gustan más que a otras -respondió, con voz suave.

Súbitamente, Amalie se vio asaltada por el recuerdo de sus brazos, de los duros planos de su pecho y el relieve muscular de sus muslos, del calor húmedo que crecía entre ambos, a lomos del caballo. En ese momento se

había sentido segura; había experimentado también algo más, algo que no comprendía del todo y no se atrevía a analizar.

-¿Cómo está tu hombro? -preguntó apartando la vista para mirar a los niños.

-Un poco rígido, pero bastante bien.

-¿No pensabas ir a Los Sauces hoy? -preguntó ella, recordando que se había hablado de eso durante el desayuno, aunque M'mère se oponía a ese esfuerzo físico.

-Ya fui.

-¿Todo estaba en orden?

-Bastante. Se filtró un poco de agua en algunos de los edificios exteriores, pero no hubo daños.

En ese momento, el sol emergió de entre las nubes, esparciendo su luz dorada sobre la pendiente abierta delante de la casa. Amalie percibió de repente el perfume de las rosas mosquetas y del pasto fecundo, besado por el sol.

-Fuiste muy amable al volver -dijo, tragando saliva-. Sin duda tenías mucho que hacer en tu propia casa.

-Tengo un capataz digno de confianza, con la cabeza bien puesta, y Belle Grove está mucho más perjudicada. Ahora que el agua está bajando, hay que drenar los campos para que no se eche a perder la caña. Además, el molino y su maquinaria necesitan atención, igual que los graneros y casi todas las construcciones de la plantación. El trabajo será mucho en los próximos días; quizá lleve semanas enteras.

La sugerencia era evidente; Robert no confiaba en que Patrick Dye hiciera lo necesario sin supervisión; tampoco daba mucho valor a las directivas de Julien. Indiscutiblemente, su esposo se preocupaba muy poco por el estado de la propiedad. Esa mañana, al levantarse tardíamente, sólo había pensado en su velero, arrebatado de sus amarras por la inundación.

-Seguramente, M'mère te está muy agradecida por ese apoyo. Bueno si me disculpas yo también tengo mucho que hacer.

-Perdona -dijo él, grave la expresión-, no quería distraerte de tus tareas.

¿Era ironía lo que sonaba en su voz? Amalie no pudo saberlo, pero tampoco se demoró en averiguarlo.

Isa, ya por la distinción de su título de paje o por la creciente confianza en sí mismo, al disponer de un puesto fijo en Belle Grove, pareció crecer en estatura en los días siguientes; también se ganó cierta aceptación entre la banda de niños Aún seguía fuertemente ligado a la *petite maitresse* y ejecutaba con fidelidad cualquier encargo suyo, pero a veces, al caer la noche, se lo podía convencer para que participara en los juegos con los otros niños.

Comenzaba a oscurecer, un día, cuando subió apresuradamente la escalera para acercarse a Amalie, que leía sentada en la galería superior, aprovechando la última luz.

-¡Oh, mam'zelle! ¡Tiene que venir pronto, pronto! ¡M'sieu Dye está lastimando a nuestra Lally!

-¿Le está pegando?

Lally era una muchachita silenciosa y atractiva, de piel apenas morena, que estaba a punto de cumplir los dieciséis años. Estaba encargada de los

niños más pequeños de las barracas, mientras las madres trabajaban en el campo, y nunca había causado problemas.

-*Mais non, mam'zelle!* Quiere que lo acompañe a su cabaña y ella no quiere ir.

Una luz lóbrega subió a los ojos de Amalie, y dejó el periódico para levantarse. Entre los niños más pequeños de las barracas había muestras evidentes de esas aficiones del capataz, y las mujeres no hacían nada por ocultar el hecho. A Amalie se le había enseñado a pasar por alto esas cosas, pero en este caso se trataba de algo distinto. Aun así preguntó:

-¿Estás seguro de que Lally no está bien dispuesta?

-Forcejea y grita, pero los otros tienen miedo de ayudarla, ¡Venga, mam'zelle! ¡Por favor, venga!

Con Isa pisándole los talones, la joven bajó la escalera en un revoloteo de faldas y corrió a las barracas. Antes de llegar a la primera de las cabañas oyó los gritos y las súplicas de Lally. Un momento después vio a Patrick Dye, en el cenagoso sendero que llevaba a su casa; lo recorría a grandes pasos, arrastrando a la muchacha de un brazo. El pañuelo que Lally usaba para trabajar había caído hacia atrás, dejando en libertad su cabellera, más fina y lacia que la de sus compañeros. Tenía la boca hinchada y un hilo de sangre brotaba de un corte en un labio. En eso logró afirmarse sobre los pies y detener la marcha del capataz, mientras trataba de aflojar los dedos ceñidos a su brazo. Patrick se detuvo y giró en redondo para darle una bofetada.

-¡Suelte inmediatamente a esa niña!

Amalie, que todavía estaba a varios metros de distancia, no había tenido intenciones de hablar, pero las palabras parecieron brotarle de los labios por cuenta propia, cargadas de un disgusto frío y enojado. Le pareció que, si el irlandés obedecía, era más por sorpresa que por otra cosa.

Lally corrió al encuentro de Amalie, que seguía avanzando con paso firme, y cayó de rodillas ante ella, aferrándose de sus faldas.

-Ayúdeme -sollozó-. Se lo ruego en nombre de la Virgen: ayúdeme.

El capataz se adelantó con las manos apretadas. Amalie levantó el mentón, endurecidos los ojos pardos, y se puso deliberadamente delante de la muchacha. El hombre se detuvo.

-Vea, señora, no tiene por qué preocuparse. Esto es un asunto particular entre esa chica y yo.

-No estoy de acuerdo. Parece que usted pensaba obligarla.

Patrick Dye clavó una mirada asesina a Isa, que también estaba escondido a medias tras las faldas de Amalie.

-Pero no, no hay nada de eso. Ella estaba dispuesta, pero quería que le hiciera ciertas promesas.

-No, no, yo no quería nada -lloró Lally, levantando los ojos desbordantes de lágrimas.

-¿Qué clase de promesas, m'sieu Dye? -preguntó Amalie, con un dejo de desprecio.

-Claro, ahora lo niega, pero quería que la nombrara ama de llaves en mi casa, para dejar su otro trabajo y andar por allí sin hacer nada. Todas quieren lo mismo.

-Y eso es lo que usted promete siempre.

-No les prometo nada. Para ellas es un honor y lo saben bien.

La insolencia y la vanidad con que lo dijo convirtieron en cólera el enfado de Amalie.

-Pues Lally puede ignorar extrañamente ese honor. No vuelva a ponerle una mano encima.

El hombre soltó una risa que parecía un bufido.

-Me parece que esto es asunto de hombres. Hablaré con su marido, y usted hará mejor en dejar que me entienda con él.

-Me parece que usted no comprende -comenzó Amalie.

-Y a mí me parece que usted no comprende lo que es un hombre cuando deja a una mujer. Claro, qué puede saber usted…

Amalie quedó sin aliento, mirando al irlandés con estupor. No era posible que estuviera enterado de la situación entre ella y su esposo. Sin embargo, ¿qué otra cosa significaba su comentario? Le temblaban las manos de furia; tuvo que apretarlas hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Por un instante fugaz se lamentó de ser una dama educada; hubiera querido lanzar una palabrota. Pero al abrir los labios pálidos, habló con helada cortesía.

-Considérese despedido. Recoja sus cosas y retírese de esta plantación antes de que pasen veinticuatro horas.

-Oh, no, señora mía, nada de eso -dijo el capataz, directamente.

Apenas pronunciadas esas palabras, se oyó una voz masculina, grave y cortante.

-¿Quiere repetir eso, Dye?

Tan concentrados estaban ambos en la disputa que no habían visto aproximarse al jinete. Isa sí, y estaba tirando de la manga a su ama, aunque ella no le había prestado atención hasta entonces. Ante las palabras de Robert volvió bruscamente la cabeza. En los ojos azules había una chispa que parecía de admiración.

-¿Y bien? -dijo él, volviéndose hacia el capataz.

-Bueno, yo quise decir que sólo Declouet en persona tiene la facultad de despedirme. Me han renovado el contrato para esta temporada y no dice nada de que una mujer…

-¡Basta ya!

El capataz cerró bruscamente la boca, mirando a Robert de reojo. Aunque el mal genio le ardía en los ojos, era evidente que no tenía ningún deseo de enfrentarse a Robert. Su arrogancia resultaba pura bravata. Amalie lo comprendió con una feroz alegría, aunque no lo dejó traslucir.

Robert desmontó, sosteniendo las bridas con la mano izquierda. Aunque aún no podía usar ese brazo con desenvoltura, ya no llevaba el cabestrillo. Por lo tanto, pudo ofrecer el derecho a Amalie, preguntando;

-¿Puedo acompañarte a la casa?

-Desde luego -respondió ella, secamente-, pero esta muchacha viene conmigo.

Patrick se adelantó un paso.

-Oiga, no hay ninguna necesidad.

Amalie le clavó una mirada mortífera.

-Claro que hay necesidad. Levántate, Lally.

La muchacha, que había dejado de llorar, se puso de pie, echando al capataz una mirada temerosa; luego avanzó como un cangrejo hacia Isa.

-Hace mal en socavar así mi autoridad -insistió el irlandés, recorriendo con la mirada ardorosa el cuerpo de Lally, enfundado en una blusa informe y una falda de algodón.

-Usted mismo la socavó al utilizarla mal -replicó Amalie, en tanto aceptaba el brazo de Robert.

Patrick Dye dio un paso más. Amalie supuso que iba a tratar, una vez más, de detenerlos. Si no lo hizo, cabría atribuirlo a la dura mirada que Robert le echó por sobre el hombro. Se alejaron en procesión ellos dos en la vanguardia, seguidos por el caballo y los dos esclavos, dejando al capataz con los brazos en jarras. Al recordar la última expresión de aquellos ojos, Amalie comprendió que se había ganado un enemigo.

-La insolencia de ese hombre es increíble -comentó, cuando estuvieron a buena distancia-. No comprendo por qué Julien sigue dándole trabajo.

-Porque hace rendir bien a los peones y conoce bien el cultivo de la caña. Para algunos, eso es lo único que importa.

-¡No lo soporto!

El brazo de Robert estaba desnudo bajo sus dedos, pues se había quitado la chaqueta y llevaba las mangas vueltas hasta los codos debido al calor. Por lo común hubiera vuelto a ponerse la chaqueta antes de entrar en la casa, pues ningún caballero se presentaba de ese modo. El contacto de sus dedos contra la piel caliente, sobre el juego de sus músculos y sus tendones, resultaba extrañamente íntimo Le costó un esfuerzo de voluntad mantener la mano quieta.

-Es cierto que sólo Julien puede despedirlo. ¿Vas a pedirle que lo haga? -preguntó Robert, mirándola seria y largamente.

-Claro.

-En ese caso, creo que yo también haré algún comentario sobre la conducta de ese hombre. Sabe de caña y de peones, pero no tiene la menor idea de lo que es la tierra ni respeto por sus necesidades. Y no me gustaría tener en mi propiedad a un hombre capaz de dirigirse a una dama con el tono de voz que acabo de oírle.

Las emociones de Amalie estaban tan confusas, era tal su torbellino de enfado y desesperación, alivio y estúpida timidez por la presencia de ese hombre, que sólo se le ocurrió tartamudear:

-Sí... gracias...

Había pasado, tal vez, una hora y media cuando Amalie entró en el salón y se acercó a las puertas abiertas a la noche para apoyar la cabeza en el marco. La noche ardía de vida en el constante coro de las ranas; el aire suave traía el perfume de las flores. La oscuridad de la galería habría sido tentadora, de tener con quien compartirla.

Volvió la espalda a la noche y se acercó al piano. Después de sentarse en el taburete y levantar la tapa, dejó que sus dedos se movieran sobre las teclas. Por voluntad propia, buscaron las notas de un fragmento de Chopin. Necesitaba algo que la tranquilizara, algo que mantuviera a raya las voces de su mente, que la perseguían con la sospecha de haber cometido un error, varias semanas antes. Dejó que su cerebro vagara, buscando cualquier distracción.

Esa noche había llevado a Lally a su alcoba, para iniciar inmediatamente su adiestramiento como camarera. M'mère le había dicho, tiempo antes, que eligiera alguna, pero ella nunca encontraba oportunidad Lally era capaz e inteligente; su actitud tranquila se avenía perfectamente a las necesidades de Amalie. La muchacha estaría a salvo si pasaba la noche en el viejo cuarto de la niñera, en el piso bajo; después no habría problemas.

Su arreglo fue apresurado, desde el baño de asiento hasta el momento de ponerse el vestido de seda rosada. Quería disponer de tiempo para hablar con Julien antes de la cena. A pesar de la prisa, quedó muy conforme con el resultado conseguido por Lally, sobre todo en cuanto al peinado. La muchacha había aliviado la severidad de su habitual trenza, recogida sobre la coronilla, para formarle una cascada de rizos con las tijeras calientes. Al parecer, Lally no se sentía desdichada con su nuevo trabajo.

Rara vez se aventuraba Amalie a llamar a las puertas que comunicaban su dormitorio con el de Julien, pero después de lo ocurrido un momento antes le pareció justificado. Su esposo se mostró sorprendido, pero la acogió bien. Despidió a Tige y la escuchó en silencio, mientras se calzaba los zapatos, que, como todo su calzado, tenían a un lado una hebilla de bronce con sus iniciales, diseñada por él mismo. Al terminar le hizo una o dos preguntas, pero apenas pareció tomar en cuenta las respuestas. Por fin se encogió de hombros, diciéndole que Robert ya le había mencionado el asunto. En su opinión, ambos estaban armando mucha bulla por nada. Amalie debía quedarse con la muchacha, si así lo deseaba, pero él no tenía interés en ponerse a buscar otro capataz a esa altura de la temporada.

Hasta ese momento, Amalie estaba segura de que podría convencerlo, pues a él le importaría muy poco que el irlandés se fuera o no. Sin embargo, Julien se negó a continuar con la discusión y no dio importancia a las insolencias del capataz.

Ella hubiera debido decirle lo que Patrick había dado a entender: que los sabía marido y mujer sólo en apariencia. Probablemente eso le habría hecho cambiar de opinión, pero resultaba imposible expresar aquello en palabras ¿Cómo hace una esposa para decir a su marido que otro hombre se ha burlado cruelmente de su falta de pasión por ella?

Sin embargo, no fue esa la única razón para que ella guardara silencio. Estaba segura de no haber mencionado lo ocurrido en la alcoba conyugal a nadie, aparte de M'mère, y sólo bajo un interrogatorio intenso. No podía imaginar a la anciana haciendo comentarios al respecto con un hombre como Patrick Dye, aunque tal vez hubiera hablado de eso con Robert. Por lo tanto, sólo Julien podía haber hablado. Si su esposo era capaz de mencionar ante el capataz que su mujer no era capaz de atraerlo, ella prefería no enterarse.

Un ruido de pasos en la escalera de la galería le hizo levantar la vista. Robert se aproximó a la puerta, con el ágil dominio físico del hombre acostumbrado al aire libre, y entró en el salón. Vestía formalmente de negro, con corbata de seda blanca, y el nítido contraste daba a su piel bronceada un brillo de oro. Era un hombre de aspecto distinguido; hermoso a su modo, si a una le gustaba el aire rudo. Sin duda, a muchas les habría gustado, en otros tiempos.

La habitación había quedado en sombras. El se acercó a la lámpara que ardía en el centro de la mesa redonda y la llevó al piano, para depositarla sobre el mantón que adornaba el instrumento. Ella sonrió agradecida, y oyó sus pasos alejarse. Creyó oírlo salir a la galería del frente; pocos minutos después, perdida en las notas vibrantes de una sonata, dejó de pensar en él.

La música era una destreza requerida de ella como de toda señora, y no tenía pretensiones de ser una ejecutante destacada. Sin embargo, había sido su consuelo durante los años de luto. Como su tía abuela no aprobaba las exhibiciones emocionales, fueran de dolor o alegría, de enfado o felicidad, para Amalie era más aceptable dejar que la música expresara su sentimientos. Resultaba más digno de una dama.

"Más digno de una dama": cuánto había despreciado esa expresión, siendo jovencita, rabiando contra las convenciones que la sofocaban. Ahora estaba tan habituada a ellas que apenas notaba su peso, salvo cuando las utilizaba, ocasionalmente, como armadura protectora.

Pensó en Julien y en el tedio con que se negó a despedir a Patrick Dye. Por primera vez desde los diez años, Amalie hubiera deseado ser hombre, capaz como todo hombre de imponer su voluntad. Y bien habría podido ser hombre, por lo que conseguiría siendo mujer, en los largos años venideros.

Las últimas notas de la *Appasionata* de Beethoven estallaron en derredor, demorándose en el aire en tanto ella apartaba las manos. Súbitamente cansada, giró en el taburete y levantó la cabeza. Por algún motivo, no le sorprendió ver a Robert al otro lado de la habitación, descansando en una poltrona, con las piernas estiradas hacia adelante y los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía los ojos fijos en ella, y en su oscura profundidad azul se veía un resto de la misma valoración intensa que ella había notado la primera mañana, en el saloncito de M'mère.

Robert bajó los párpados; su mirada segura pasó al puñado de rizos, que relumbraban con destellos azulados; siguió la curva de la mejilla y la suave extensión blanca de los hombros, hasta la delicada sombra que marcaba la división entre sus pechos; luego siguió bajando y se detuvo en la esbelta cintura. Estaba inmóvil, como sólo puede estarlo un hombre que goce de absoluto dominio sobre sí mismo. De pronto levantó la vista.

Amalie bajó los ojos, pero no antes de haber visto, en la penumbra de los otros, el destello del deseo. Su concentración era tal que la aparición de Julien, en el vano de la puerta, le hizo dar un respingo.

-Si el concierto ha terminado -dijo su esposo, arrastrando las sílabas-, ¿querría alguien una copa de jerez?

La cena fue interminable. Julien había hallado su velero varado contra un árbol, corriente abajo, con el casco averiado y lleno de agua en sus tres cuartas partes; cuatro hombres de la plantación habían sido retirados de la excavación de zanjas para drenado, a fin de que levantaran la embarcación y la remolcaran hasta Belle Grove. Toda la conversación se redujo a las reparaciones necesarias, la pintura que pensaba aplicarle y las telas que había ideado para sus velas y toldos. Chloe comentó que los barcos la ponían amarilla y que no necesitaba preocuparse tanto para llevarla de pasco. Julien retrucó diciendo que, si bien eso era un duro golpe, se sentía capaz de soportar un día sin contar con su presencia.

Fue George quien impidió la disputa, al informar a Chloe que, por lo menos, le gustaría sentarse en el jardín que tenía planeado. Imaginaba un estanque, formado en la depresión dejada al quitar tierra para las bolsas de contención, con lirios acuáticos, azaleas en primavera y, en el invierno, el verde oscuro de los pinos y las magnolias.

Chloe se mostró de acuerdo, lanzando exclamaciones que llenaron de placer al inglés. Pero pronto estaba parloteando, con la misma animación, sobre la inminente visita de un elenco de ópera proveniente de Nueva Orleans, que se presentaría en St. Martinville. Esas presentaciones no eran raras, pues St. Martinville, a pesar de su pequeñez, se convertía en una meca durante el verano, gracias a los plantadores que se retiraban a las propiedades del Teche, para huir de los calores húmedos y pestilentes de Nueva Orleans. Julien, entusiasmado, intervino en la discusión sobre el talento del grupo, a quien todos habían visto en la ciudad en la temporada de invierno. Antes de que concluyera la comida, ya habían planeado una velada en el teatro de la ópera.

Todos abandonaron la mesa de comedor, que había vuelto a la inferior, y subieron juntos al salón. Según decían, en algunas casas norteamericanas era costumbre que los hombres permanecieran sentados a la mesa después del último plato, para beber brandy y oporto. Sin embargo, ningún francés hallaba más placer en la bebida que en la compañía de las señoras. Los cínicos aseguraban que esa momentánea separación era pura conveniencia, pues permitía que ambos sexos atendieran sin bochorno las necesidades causadas por una larga comida acompañada de vinos. Los criollos, que no veían motivo de azoramiento en esas funciones normales, observaban, divertidos, que todos eran humanos.

Convencieron a Amalie para que tocara el piano, y la muchacha, en un esfuerzo por mejorar su propio estado de ánimo, ejecutó algunos favoritos de Stephen Foster. Ocupada en buscar otra pieza entre las partituras, no oyó el comienzo de la discusión entre Julien y Chloe. Cuando levantó la vista, su esposo estaba de pie ante la jovencita.

-¿ y por qué voy a escucharte? -preguntó él-. La mitad de lo que dices es pura ficción ¡Qué modo de concedértelo do! No haces más que quejarte de tu suerte, pero vives con dos los lujos, sin que te falte nada. Para hacer tu existencia más interesante, ahora sólo te falta representar el papel femenino en una historia barata de amantes malhadados, ¿verdad?

-¡Julien! -exclamó M'mère en tono de reproche.

-Y ya que hablamos de concedérnoslo todo, ¿qué me dices de ti? -replicó la muchacha con magnífico desprecio-. Juegas al artista y a las artes dramáticas. ¡Ja! No puedes compararte siquiera con el pobre Adrien Persac, que sólo pinta casas y recorta figuras humanas de los figurines para pegarlas delante.

-¿Y tú eres un parangón de energía y creatividad para lanzar esas críticas? ¿Qué pasó con el tapiz que estabas bordando y dejaste tres meses escondido bajo el almohadón de la poltrona, hecho sólo a medias?

-¡Basta ya! -gritó la madre de Julien, levantándose.

De inmediato volvió a caer en la silla, con los ojos cerrados y una mano contra el corazón.

-¡M'mère!

Julien estuvo junto a ella en un instante para frotarle las manos. Chloe tomó el abanico que le colgaba de la muñeca y lo abrió con tanto vigor que el encaje de la cofia aleteó en tomo de la cara pálida de M'mère. Robert se acercó con un poquito de coñac y lo acercó a los labios de la anciana, insistiendo para que bebiera. Amalie, que se había levantado, recogió la lámpara del piano y la puso en una mesa lateral, para contar con más luz. George permaneció aparte, como hombre sensato que era, aunque tenía el color subido.

-Aflojadle la ropa -dijo Julien, preocupado.

Como Chloe no se movía, Amalie se adelantó para quitar el prendedor que cerraba el cuello de su suegra. La anciana sorbió el coñac con una mueca y abrió los ojos, ya con más color en las mejillas.

-¡Qué tonta! Seguramente me levanté demasiado deprisa.

El alivio encendió una sonrisa en la cara del hijo.

-Sí, supongo que fue por eso.

-No os preocupéis; ya estoy bien Si quieres darme un gusto, hijo, podrías leernos algo como sólo tú sabes hacerlo. *Evangeline,* de ese tal Longfellow, sería bonito.

Julien tomó el pequeño volumen de la biblioteca y lo abrió en la primera página, apoyado contra el piano. Los demás, obedeciendo a la voluntad de M'mère, tomaron asiento: Chloe junto a la anciana, Robert en un sillón, cerca de la puerta, y George a su lado.

Amalie se dejó caer en una silla más pequeña, junto a la poltrona moviéndola de modo tal que su rostro quedó en sombras.

Julien tenía, en verdad, sentido de lo dramático. Su voz subía y bajaba, jugando con las emociones y dando una inmediata sensación de realidad a la patética historia. Cuando murió la última sílaba, Chloe inspiró profundamente, secándose los ojos con el envés de la mano. M'mère soltó un largo suspiro. Poco después, todos comenzaron a retirarse a sus dormitorios.

Amalie, que estaba guardando las partituras, fue una de las últimas en abandonar el salón. Julien la miró un par de veces, mientras ponía en su sitio el librito. Cuando ella echó a andar hacia la puerta, ambos estaban ya solos.

-¿Amalie?

Ella se volvió con los ojos oscuros de sorpresa.

-¿Qué?

-Lamento no haber podido darte el gusto con respecto a Patrick -dijo él, adelantándose para detenerse frente a la muchacha. Se lo podría reemplazar, pero nadie garantiza que el próximo fuera mejor, y bien podría ser peor aún.

-Supongo que sí.

-Comprendo que no te guste, pero después de todo no tienes por qué tratar con él.

-¿Debo ignorarlo cuando lo vea en las barracas?

-Como quieras. Mientras lo toleres, no hace falta que seas cortés.

-El parece comportarse según esa misma regla.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el marido, frunciendo el entrecejo.

-Que Patrick Dye se comportó esta tarde de un modo muy descortés.

-Tal vez te parezca rudo, pero no cabe esperar otra cosa. Es un capataz, no un caballero.

Ella asintió, tiesa.

-Si a ti te conforma, a mí también debe conformarme.

-¡Ah, Amalie! -suspiró él, deslizándole por los brazos sus fuertes manos de esgrimista para tomarla por los codos-. Ya sabía que acabarías por comprender. Al fin de cuentas ha sido una pequeñez, no vale la pena discutir por eso.

En su voz y en su sonrisa había un dejo de súplica. Estaba ejercitando su considerable encanto para obligarla a compartir sus opiniones. Por más que estuviera en total desacuerdo, la gratificó verlo hacer ese esfuerzo.

-Después de todo, es responsabilidad tuya -reconoció, meneando la cabeza.

-Así es. Buenas noches, *ma chère.*

Y Julien se inclinó para apoyarle en la frente sus labios firmes, antes de soltarla.

Había una pequeña arruga entre las cejas de Amalie, mientras lo observaba salir a la galería, donde estaba la entrada principal de su dormitorio. Qué extraño... Julien nunca la besaba, salvo en la mano, con juguetona galantería. Se podían contar con los dedos de una mano el número de veces que había sentido, fugazmente, la presión de sus labios contra los propios. Sin embargo, ese beso había tenido la calidez del afecto, algo así como una bendición y... sí, un dejo posesivo.

4

Lally esperaba a Amalie en su dormitorio. Mientras la muchachita le quitaba el vestido y desataba su miriñaque y su corsé, Amalie dejó que sus pensamientos volvieran a Julien.

Si las relaciones conyugales hubieran sido normales, habría pensado que su esposo estaba dando muestras de celos. El día de la inundación lo había perturbado verla en brazos de su primo. La constante presencia de Roben parecía ponerlo nervioso, aunque ella sabía por M'mère, que si su sobrino comía con ellos u ocupaba los aposentos para invitados, no había en ello nada desacostumbrado.

Durante la infancia y la primera juventud, siempre se había dado por sentado que Julien y Robert comerían donde los encontrara la hora de hacerlo y dormirían donde estuvieran al caer la noche. Se prestaban la ropa con tanta frecuencia que costaba determinar qué prenda pertenecía a cada cual. Aun ahora, ambos se llevaban bien por momentos: reían mientras compartían la bebida, contaban anécdotas de sus expediciones de caza y pesca, y recordaban las travesuras juveniles. Sin embargo, esas conversaciones quedaban interrumpidas, con frecuencia, por incómodos silencios, en los que ambos clavaban la vista en sus copas. A veces, los ojos negros de Julien descansaban en su primo, con algo lóbrego en sus profundidades. Ese resentimiento ¿se debía tan sólo al modo en que Robert se había hecho cargo de Belle Grove, a pesar de que él mismo rechazaba esa responsabilidad? ¿O era por el interés del primo en su esposa, discreto o no?

Amalie no creía estar vanagloriándose. Algo en ella atraía la atención de Robert. De todos modos, eso no le preocupaba mucho: el primo de su esposo era hombre honorable; no cabía temer que franqueara los límites de la decencia. Sin duda era algo pasajero que moriría si ella no lo alentaba. Y no pensaba alentarlo, naturalmente.

Conteniendo un suspiro de tristeza, levantó los brazos para que Lally le pasara por la cabeza el camisón de batista blanca, bordado también en blanco por las monjas ursulinas. Tenía doce, todos parecidos, proporcionados por M'mère como parte de su ajuar.

Lally le soltó el pelo y se lo cepilló hasta dejarlo convertido en una cortina castaña, que llegaba hasta por debajo de su cintura. Luego le abrió la cama y, cuando Amalie estuvo acostada, dejó caer el tul del mosquitero, apagó la lámpara y salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Sus pasos se alejaron por la casa silenciosa.

Amalie, en la penumbra, cobró conciencia de la línea de luz que se veía bajo las puertas corredizas que daban a la alcoba de Julien. Pensó en su esposo, que se prepararía para dormir con la ayuda de Tige, pero no pudo oír ruido alguno en el cuarto vecino. Entonces giró la cabeza hacia el claro de luna que penetraba por las ventanas de cortinas de seda rosada.

De pronto se sintió sofocada por la falta de aire. Apartó bruscamente el mosquitero y bajó de la cama para avanzar hacia el sillón de terciopelo, instalado junto a la ventana abierta.

Se sentó con los pies ocultos bajo el cuerpo, cubriéndolos con el camisón, y aspiró profundamente el aire fresco de la noche, perfumado de rosas y jazmines, con la cabeza apoyada contra el respaldo. Más allá de la ventana, la luna plateaba las hojas de los robles y cubría de polvo diamantino las barbas de musgo que colgaban de las ramas. Por entre el ramaje se veía un fragmento de la superficie espejada del río.

Entornó los ojos al captar un movimiento. Había un hombre de pie bajo los árboles; su rostro y sus manos se percibían pálidamente, aunque sus ropas se confundían con la oscuridad Caminaba hacia el agua; se detuvo en un rayo de luna y volvió a avanzar.

¿Era Julien o Robert? Imposible decirlo. Por la estatura y el porte podía tratarse de cualquiera de los dos. Sin embargo, Robert tenía la costumbre de levantarse temprano, en tanto que Julien se quedaba levantado hasta muy tarde y dormía hasta entrada la mañana.

Si era su esposo, ¿qué estaba haciendo allí fuera? Un jardín oscuro no era su ambiente natural. ¿Acaso lo inquietaba la suavidad de la noche, la fecundidad de la estación? En ese caso, era comprensible, muy comprensible.

Levantándose bruscamente del sillón, volvió a la cama. Después de esparcir su cabellera por la almohada para evitar que se le enredara el cuerpo, cerró los ojos con decisión. Al cabo de un rato, la rigidez abandonó su cuerpo y pudo dormir.

La despertó el contacto de una mano, caliente, exquisitamente suave sobre su pecho, que envió un estremecimiento de deseo por sus sentidos, dejándola arrebatada y consciente. Abrió los ojos. Se había ocultado la luna y el cuarto estaba a oscuras. Una sombra se erguía a su lado, en el alto colchón, una presencia más sentida que vista. Era la mano de un hombre sobre su pecho, que acariciaba el pezón a través de la fina tela de su camisón.

Dio un respingo; su mano se levantó para sujetar ese brazo, en tanto preguntaba:

-¿Julien?

La palabra quedó sin terminar, pues él se inclinó para buscarle la boca. Sus labios, firmes y suaves, rozaron la sensible superficie de los de Amalie con el toque de fuego. Ella sintió el contacto fugaz y caliente de una lengua, que degustaba las comisuras dulces y vulnerables, probando la línea húmeda donde se unían. No hubo casi resistencia. Amalie seducida por la novedosa seguridad de su marido y la insidiosa languidez que se le filtraba en las venas, vaciló sólo un momento antes de entreabrir los labios.

El, con un gemido grave en la garganta, aprovechó instantáneamente esa suave rendición. Buscó, exploró los tiernos rincones de su boca, incrementando la ardorosa demanda hasta que ella, vacilante, impulsada por una profunda necesidad tocó su lengua con la propia. Elástico y colchón crujieron cuando él se le unió en la cama. La estrechó contra sí, de modo tal que Amalie pudo sentir el martilleo de su corazón; alargó la mano para deslizarle los dedos por el antebrazo, cerrándolos lentamente contra los músculos que sobresalían.

El, con aliento entrecortado, levantó la cabeza. Su boca caliente trazó un feroz sendero de besos a lo largo del mentón de Amalie, por la esbelta

curva de su mandíbula, hasta la sien. Le rozó con los labios los ojos cerrados, tocando con la lengua sus pestañas saladas, y cruzó el espacio entre las cejas con un beso suave, inhalando la limpia fragancia de ra cabellera, mezclada con el olor que despedía la almohada. Luego, con la urgencia de un sediento en busca de agua, buscó su boca una vez más.

Eso era nuevo: ese placer apasionado al tocarla. El reconocerlo liberó en Amalie un temor estrechamente contenido. Se aferró a él, deslizándole los dedos por el hombro y la columna del cuello. Con el aliento vacilante, enredó los dedos en el pelo crespo, apretando todo el cuerpo contra él. La parte inferior de su cuerpo tocó entonces la increíble dureza, el calor y la rigidez de su forma masculina. Sintió, a través de la batista, su desnudez, su necesidad de ella, y el corazón se le ensanchó, palpitándole contra las costillas. Esta vez no habría desilusión ni lágrimas.

-Amalie…

Las roncas sílabas sonaban a súplica, a plegaria. Los dedos, cálidos y algo ásperos, buscaron otra vez la curva de su pecho, siguieron el escote del camisón y encontraron la hilera de diminutas perlas que lo mantenían cerrado. La abotonadura cedió ante sus movimientos seguros. Lenta, cuidadosamente, él apartó la frágil tela. Amalie sintió el fresco aire nocturno contra la piel, el cálido toque de su aliento y, de pronto, su boca, contra la curva de su cuello. Un estremecimiento la recorrió toda al sentir el roce de su lengua en el hueco de la base, y se hizo más violento cuando él buscó el firme montículo del pecho.

Cuando él se retiró. Amalie soltó una suave protesta, pero él se limitó a deslizarse hacia arriba para bajarle el camisón desde los hombros, liberándole los brazos, y se inclinó para sepultar la cara en el valle del seno, aspirando su suavidad; luego su boca empezó a ascender lentamente, circulando en derredor de un pezón con minuciosa cautela. Ella contuvo el aliento. Su piel parecía relumbrar de calor. Al sentir la boca que se cerraba contra la punta de su pecho, se arqueó hacia él.

No había supuesto nunca que podía ser así, como un fuego en la sangre; tampoco había sospechado que ella misma podía ser tan apasionada. Se le había enseñado que ese era un deber para las mujeres. ¿Cómo adivinar que también podía ser un placer? Las mujeres de las barracas siempre lo sugerían, pero las señoras eran otra cosa. ¿O no?

Levantó los dedos temblorosos para tocar la cara de él, acariciando sus planos y sus ángulos, tocando tímidamente la boca que le acariciaba el pezón. El deleite crecía dentro de ella, expandiéndose hasta colmarle las ingles.

Tan arrobada estaba Amalie con las nuevas sensaciones que apenas reparó en la mano puesta en su cintura, bajando el camisón un poco más, apartando los pliegues de su vientre. Sólo cuando él apartó lo último que la cubría, dejando caer el camisón junto a cama, percibió ella su propia desnudez y se estremeció, no de frío, sino por la misma reacción. Antes de que pudiera hacer movimiento alguno, él había vuelto a capturarle la boca con sus labios firmes y sus manos volvían a vagabundear suavemente sobre ella.

Los duros dedos abarcaron con facilidad la mitad de su cintura, para bajar a cubrir la tierna curva de la cadera. Ella aspiró bruscamente ante ese

contacto íntimo, pero el aire permaneció encerrado en sus pulmones al girar él la mano hacia el pequeño triángulo sedoso que marcaba el vértice de los muslos.

Su contacto, insidioso y constante, atrajo la fundida erupción del deseo. Un escalofrío le corrió por la piel; se acercó más a él, ahogándose en la necesidad de fundirlo consigo. Su boca sabía dulce, y la seguridad de sus caricias era como un bálsamo. La dureza muscular de su cuerpo complementaba perfectamente la suavidad femenina; los huecos y ángulos se ajustaban con precisión a sus propias curvas. En la tensión del abrazo, ella podía sentir el rígido autocontrol que él estaba ejerciendo. En un éxtasis de entrega, separó los muslos, permitiendo el acceso a su carne húmeda. Cuando él la tomó, Amalie lanzó una exclamación ante el dolor punzante.

El había hallado su virginidad intacta. Con una exclamación ahogada, quedó inmóvil y retiró la mano; el beso se tornó más suave, como pidiendo disculpas.

Amalie giró la cabeza; con un hilo de voz susurrante, dijo contra la mejilla de él:

-En la mesa de luz hay grasa de ganso.

-No hace falta -fue la suave respuesta.

Antes de que ella pudiera protestar, lo sintió elevarse por encima de su cuerpo y apoyar la cálida humedad de su boca allí donde la había tocado.

La humedad natural, la suya y la de él, fue suficiente. Momentos después, la unión fue fácil, con sólo un instante de dolor que desapareció rápidamente ante el ritmo tranquilizador de sus movimientos. En apasionada gratitud, Amalie se aferró a él; al crecer su placer, se movió contra él; necesitaba, deseaba colmarse con su cuerpo profundamente. La sangre le corría por las venas; su piel estaba cubierta de sudor. Elevó el cuerpo para salir al encuentro de aquel poder infinito, de esa fácil fuerza. Las lágrimas subieron a sus ojos sin restricción: lágrimas de éxtasis y de alivio; había temido que ese deleite le estuviera negado para siempre. Eran, también, lágrimas de amor. Movió la cabeza de un lado a otro, apretando las palmas contra los duros músculos de aquellos hombros, que se mantenían a cierta distancia para no aplastarla con su peso.

Trepaba por ella aquella magia antigua, vivida, devora-dora: un estallido de maravilla. No había sino el hombre y el momento, y ella misma, abarcándolos a ambos en una exultación tan intensa que tenía un dejo de dolor. Al sentir la oleada liberadora, soltó un grito y se vio atrapada en un doloroso abrazo. El hombre quedó inmóvil.

Las lágrimas se negaban a cesar. Le inundaron los ojos y le corrieron por las sienes, hasta la cabellera. Trató de dominar su respiración irregular para no descubrirse. Tragó saliva, pero no podía contenerlas.

El se apartó, tendiéndose de costado para atraerla hacia sí. Como había quedado tendida sobre su propia cabellera, él liberó los sedosos mechones y se los apartó de la cara. Abarcándole la mejilla con una mano, le apretó la boca contra la frente y rozó sus párpados.

Al sentir la humedad de las pestañas se echó hacia atrás.

-¿Qué pasa, *chérie?* -susurró.

Ella sacudió la cabeza.

-N... nada.

-¿Te hice daño? -Las palabras suaves parecían una súplica.

-No -afirmó ella, con vehemencia-. Es sólo que tú... nosotros, hasta ahora...

El le apoyó un dedo contra los labios.

-Chist, creo que comprendo.

Pudo haber sido eso, o quizá los brazos que la rodeaban, la mano que le acariciaba el pelo; finalmente, el dolor cesó en su garganta y las lágrimas desaparecieron. Amalie descansó contra él, con su brazo como almohada y las piernas entrelazadas a las de su compañero. El cálido olor masculino le llenaba la nariz; su fuerza la sostenía. Aspiró profundamente y dejó escapar el aire con lentitud.

-¿Fue difícil la espera? -preguntó él, con un hilo de voz.

Ella logró asentir.

-Entonces, la próxima vez no debe demorarse tanto.

Ella tardó un momento en captar el significado; aun entonces no estuvo segura. Echó la cabeza hacia atrás para mirar aquella silueta oscura contra la sombra, intrigada por el tono levemente divertido, que sonaba extraño en Julien. De inmediato se aplacaron sus dudas, pues la boca de él se cerró sobre la de ella; sus manos, apoyadas en las curvas de la cadera, la estrecharon una vez más contra la parte inferior de aquel cuerpo, que estaba nuevamente dura y caliente.

Algo después, en horas de la madrugada, él se deshizo fuera de la cama y se inclinó a recoger sus ropas, o tal vez el batín. Amalie protestó, soñolienta, y recibió como recompensa un beso rápido y duro. Pero los pasos se retiraron; se oyó el roce de las puertas corredizas al abrirse. Luego se cerraron una vez más.

-A mam'zelle se la ve muy bien esta mañana.

Amalie, sentada ante su tocador, echó un vistazo a la criada que la estaba peinando. En los ojos de la muchacha había una luz sabedora y llena de tímido afecto. La había provocado la cama, con sus obvias manchas en las sábanas. Castigándote silenciosamente por haber dormido hasta tarde, perezosa, en vez de quitar las señales visibles, Amalie hizo lo posible por remediar el asunto.

-Gracias, Lally. Creo que sabes a qué se debe.

-¿Cómo, mam'zelle? -La criada era la imagen viva de la inocencia.

-No me molesta que conozcas de mis asuntos privados, puesto que estás tan cercana a mí; pero me dolería mucho saber que se habla de ellos en las barracas.

-Ah, no, mam'zelle, eso es algo que no haré jamás. ¡Le debo tanto por salvarme! ¿Cómo voy a pagarle tan mal, hablando a sus espaldas?

-Estaba segura de poder contar con tu lealtad.

-Pero sí, mam'zelle -aseguró la muchacha, con fervor, mientras le trenzaba los mechones relucientes-, siempre.

Cuando la criada se retiró, llevando las sábanas al lavadero, Amalie se contempló por última vez en el gran espejo del rincón. Era cierto que tenía buen aspecto. Tenía un suave rubor en los pómulos y brillo en los ojos; la piel, sobre el pudoroso escote de su vestido liláceo, relumbraba como las

perlas. Se sentía tan vibrante como su aspecto, pues los días venideros parecían ahora colmados de promesas, cuando antes se le habían antojado vacíos.

Al girar en redondo para caminar hacia la puerta, cobró conciencia del roce de sus muslos, aún enfundados como estaban en las bragas, de un modo que hasta entonces no había experimentado. El balanceo de las caderas, el susurro seductor de sus faldas, la hacían sentir más femenina que nunca, y la idea provocó una sonrisa de irónica diversión en sus labios.

Al abrir la puerta, Isa estuvo a punto de caer dentro del cuarto. Estaba sentado allí, con la espalda apoyada en la puerta, esperando pacientemente. Se levantó de inmediato, recogió el grueso acolchado sobre el que había dormido y, después de plegarlo pulcramente, lo guardó en la caja de madera que contenía paraguas, látigos, impermeables y sombreros de montar, en un extremo de la galería. Luego siguió a Amalie por la escalera, a tiempo para abrirle la puerta del comedor.

A su entrada se oyó el ruido de dos sillas al correrse; Julien y Robert se pusieron de pie. Amalie se detuvo sorprendida: esperaba encontrar allí sólo a M' mere, pues habitualmente desayunaban juntas. Robert tenía por costumbre hacerlo mucho antes; con frecuencia esperaba ante la puerta de la cocina para que le dieran un bizcocho y jamás con qué acompañar la taza de café, y tomaba todo eso de pie, antes de montar a caballo para recorrer la plantación. Por cierto, con frecuencia desayunaban por segunda vez, de modo mucho más abundante, en compañía de Julien, cuando su esposo se decidía a enfrentarse a la comida antes de mediodía; pero rara vez estaba presente cuando ella se sentaba a la mesa.

-Buenos días -dijo, enviando una mirada sonriente a Julien, por debajo de las pestañas.

Su esposo estaba de pie a la cabecera de la mesa. Isa le había apartado la silla del otro extremo de inmediato, en tanto los hombres volvían a sentarse.

Julien le devolvió brevemente el saludo; sus ojos oscuros no llegaron a encontrarse con los suyos. La respuesta de Robert fue cortés, pero breve; su boca tenía un aire ceñudo al apartar la vista de su primo para fijarla en ella. Amalie perdió en parte su animación, fue M'mère quien salvó la situación, preguntándole cómo había dormido y haciendo algún comentario sobre el calor que se sentía ya, a hora tan temprana.

Isa se puso la chaquetilla blanca, que estaba lista sobre una silla, junto a la puerta. Era igual a las que usaban los criados, cuyas voces se oían, bajas, en la despensa. Llenó una taza de café y la llevó cuidadosamente a Amalie. Ella le ayudó a ponerla en su sitio; luego el niño tomó su plato y le puso dos panecillos con manteca, una tajada de jamón y una naranja, ya mondada y desgajada. Ella le dio las gracias con una sonrisa fugaz y, tomando la taza con movimientos rígidos, bebió un sorbo de la aromática bebida.

La falta de respuesta de Julien, la ausencia de señales en cuanto al placer que podía haberle causado lo acontecido entre ambos, era espantosa. Pero, ¿qué cabía esperar? ¿Un abrazo apasionado? ¿Las miradas ardientes de un amante? No, nada tan dramático, pero sí alguna sugerencia de que la relación entre ambos había cambiado.

Por otra parte, la reserva de Julien podía significar, únicamente, que no le gustaban las demostraciones de afecto en público. De pronto comprendió que sabía muy poco del hombre con quien se había casado, a pesar de los meses transcurridos. Era un hombre reservado y, desde que volvieron a Belle Grove, llevaba su propia vida, bastante aparte de la de ella. Sin duda, todo eso cambiaría a partir de entonces.

Esforzándose por mantener la compostura, elevó la voz para hacerse oír desde el otro extremo de la larga mesa.

-Te has levantado temprano, Julien.

-No dormí bien. -Las palabras eran deliberadas, casi agrias.

-¿No? Tal vez te sea más fácil dormir si sales más de la casa durante el día; podrías montar más a caballo, por ejemplo.

-¿En compañía tuya?

El placer de saberse comprendida hizo desaparecer las sombras en los pardos ojos de Amalie.

-Sí, si quieres.

-¿Hoy?

-Podría intentarlo, sin duda.

-Lamento desilusionarle, pero esta mañana debo encargarme de las reparaciones del *Céfiro.*

Céfiro era el nombre de su velero. Ella bajó la vista al plato, jugando con un trozo de pan.

-Comprendo.

-Robert, en cambio, durmió tan bien que se ha levantado tarde y todavía no ha hecho su inspección. Sin duda, le gustaría contar con tu compañía.

-Sería un gran placer -replicó Robert, sin vacilar.

Ella arrojó una veloz mirada de soslayo al primo de su esposo, consciente, al mismo tiempo, de la expresión ansiosa con que M'mère observaba a su hijo. Con voz apagada, respondió:

-En otra ocasión, tal vez. Acabo de recordar que debo poner a las mujeres a cortar camisas. Hay varios peones en harapos.

-Tu devoción al deber es abrumadora -comentó Julien, reclinándose en la silla y apartando el plato, sin haber probado la comida-. Soy muy afortunado al tener una esposa tan diligente.

-Desde luego, y tan comprensiva-agregó M'mère, con tono áspero.

El hijo no prestó atención. La ironía con que se enfrentó a la mirada directa de Amalie era perturbadora.

-Hago lo que puedo -dijo ella.

-Tan dispuesta a complacer -murmuró su esposo.

Se oyó un fuerte ruido: Robert acababa de apartar su silla. Arrojó la servilleta y abandonó la mesa apresuradamente. M'mère se levantó de un salto, con una excusa inarticulada, y corrió tras él. Julien frunció el entrecejo y, con un suspiro, se pasó los dedos por el pelo.

-Te suplico que perdones mi malhumor, *ma chère*-dijo-. No es culpa tuya; hice mal en desquitarme contigo.

Ella tardó un momento en contestar.

-No tiene importancia.

-La tiene, por supuesto. No quiero que me odies.

-No podría odiarte -replicó ella, e inmediatamente comprendió que esas palabras eran la pura verdad.

-Sería mejor que lo hicieras.

Julien se levantó bruscamente y abandonó la habitación.

-¿Julien? -llamó ella.

Pero su esposo no se detuvo.

Amalie pasó un tiempo indeterminado sentada allí, con la taza a medio camino. Fue Isa quien la arrancó de esa inmovilidad, al retirarle la taza de la mano para volver a llenarla con café caliente. Ella lo bebió agradecida. Dejando en el plato los panecillos fríos y el jamón, se puso de pie para caminar en dirección a las barracas.

El día fue largo y duro. Amalie se mantuvo ocupada, tratando de no pensar en la noche pasada ni en las que vendrían. Puso a las mujeres a cortar y coser ropas de verano para los hombres, uno de los dos juegos que las esclavas cosían al año. También visitó la enfermería antes de volver a la casa para poner en marcha la limpieza de primavera.

Aunque todavía no se había iniciado oficialmente el verano, el sol, en esas latitudes sureñas, estaba calentando bastante. Difícilmente volverían a encender el fuego hasta el otoño, por lo tanto correspondía vaciar los hogares para limpiarlos. Las alfombras necesitaban una buena sacudida; luego se las salpicaría con tabaco para protegerlas de las polillas y quedarían guardadas en la buhardilla. Había que cepillar paredes y techos, blanquear la madera y retirar el polvo de los marcos.

Y como era perfectamente natural, en medio de ese trajín llegaron visitas.

Era un terceto de damas que llegó en un carruaje. Mesdames Lulú y Marie Oudry eran ancianas viudas, viejas amigas de M'mère; las acompañaba mademoiselle Louise Callot, una joven llena de risitas aniñadas, algo menor que Chloe. Las dos ancianas vestían de negro, lo cual les daba una palidez increíble y convertía sus ojos en trocitos de obsidiana. Louise, vestida de blanco virginal, se mostraba astutamente pudorosa. En cuanto se sentaron en el salón la de más edad declaró que habían llevado a la querida Louise para que tuviera compañía de gente más joven. Los padres estaban viajando por Alabama, pero volverían pronto para llevársela; al mismo tiempo visitarían a la querida Sophia y a su Julien, combinando un gran placer con los negocios.

Esa última referencia se debía a que monsieur Callot era corredor de caña y algodón, y su firma se encargaba de vender los productos de la plantación desde hacía varios años. Debido también a un parentesco lejano, ambas familias eran bastante amigas y se visitaban con frecuencia durante la temporada de invierno, en Nueva Orleans.

Durante esa visita, la mayor parte de la conversación corrió por cuenta de M'mère y Chloe, puesto que eran las más próximas en edad a las visitantes. Como el tema favorito de las ancianas era quién estaba a las puertas de la muerte y quién había pasado ese temible umbral, y siendo el interés principal de Louise su propia persona y sus conquistas más recientes, Amalie no lamentó mucho quedar fuera del diálogo. Aun así se tomó el trabajo de pedir pastelitos y el *eau de sucre* convenientes para la ocasión, y de prestar su presencia, como lo ordenaban las convenciones.

Pasó el rato bordando un mantel de damasco que necesitaba reformas, hasta que las visitantes se marcharon.

Poco después descubrió que Roben las había abandonado para regresar a Los Sauces, enviando a su ayuda de cámara para que retirara las pertenencias gradualmente acumuladas en la *garçonnière* de Belle Grove. Seguiría vigilando la plantación, por supuesto, y acudiría con frecuencia, pero le había parecido mejor marcharse. M'mère fingió no tener idea de los motivos de esa súbita decisión. A Amalie le pareció que los conocía. Por difícil que resultara creerlo, tenía la impresión de que la causa era el aire posesivo de Julien hacia ella.

Amalie nunca se había considerado sumamente atractiva. Su tía abuela le había remarcado mucho lo pasajero de la belleza física y la importancia de la gracia interior, sin alentar sus vanidades. Amalie sabía que su tipo moreno no tenía nada de vulgar, pero también comprendía que no causaba el efecto de la belleza rubia. No tenía motivos para pensar que la actitud de su esposo se debiera a una desesperada pasión por ella. Sus celos, si de eso se trataba, sólo podían compararse a los de un perro por su hueso. Si ella se había vuelto preciosa para él, de un momento a otro, era sólo porque había llamado la atención de otro hombre.

Eso no hablaba en absoluto en favor de Julien, como tampoco en el propio. No le gustó la conclusión a la que llegaba, pero dadas las circunstancias no había modo de evitarla.

Al atardecer, recostada contra una columna de la galería superior pasó un rato contemplando las luces rosadas y liláceas del crepúsculo reflejadas en el río, y el girar de las palomas, que volvían al nido. Frente a sí estaba la tierra removida donde George Parkman había iniciado la construcción de su estanque. A un lado, el inglés y Chloe paseaban bajo los árboles, mientras él le explicaba, una vez más, su visión de encantos florales. A su espalda se oía el rasguño de un carbón en el suelo de madera de la galería, donde Isa estaba dibujando. Hubiera debido ordenarle que no hiciera eso y que limpiara el carbón, pero no tenía fuerzas ni coraje para eso, considerando la dedicación del niño a ese pasatiempo y su inocente placer por los resultados.

Una paloma aleteó hasta posarse en la barandilla, a poca distancia de ella, y comenzó a acercarse de lado. Era gris, con puntos blancos en las alas y un brillo iridiscente en el cuello. Chloe solía arrojarles migajas por las mañanas, y sin duda eso era lo que el ave esperaba de ella, pues inclinó la cabeza, arrullando como para ganarse su voluntad. Amalie rió suavemente.

Isa levantó la vista. De inmediato, su carbón se movió en rápidos trazos. Un momento después, la imagen de la paloma estaba allí, en el suelo. Amalie se aproximó al dibujo.

-¡Qué maravilla eres, Isa! No sé qué harías si tuvieras más material para trabajar... ¡Pero por supuesto! -Como el niño levantó la vista, con una paciente pregunta en los ojos oscuros y líquidos, prosiguió-: Ve de inmediato en busca de Lally. Dile que necesito mi caja de pinturas, la que está en el último estante del armario. Después busca a Charles y dile que quiero un pliegue de papel para envolver.

El niño arrugó la frente.

-¿Va a pintar, mam'zelle?

-¿No me crees capaz? -lo acicateó ella.

-Mam'zelle es capaz de todo.

Conmovida por esa fe, ella contuvo una sonrisa.

-Hace algunos años tomé lecciones, pero no, no voy a pintar. Tú sí.

Los ojos negros se ensancharon.

-¿Yo, mam'zelle?

-Siempre que dejes de hacer preguntas y vayas a buscar lo que te he pedido.

Nunca lo había visto moverse tan deprisa. En realidad, tuvo miedo de que el apuro lo hiciera caer por las escaleras. A veces pensaba que ese pie lisiado le molestaba más a ella que al mismo niño. Pero no había nada que pudiera hacerse para remediarlo.

La luz ya era muy escasa. Amalie encendió una lámpara en el salón y esparció pinturas y papel bajo sus rayos, mientras Isa corría en busca de un vaso de agua para diluir las acuarelas. Ella le enseñó a recoger la pintura con el pincel, a diluir para representar el cielo y algunas otras cosas que recordaba. Luego dio un paso atrás y se quedó observándolo. Isa trabajaba con prontitud y sin errores; su expresión era de arrebato. Tan concentrados estaban que giraron en redondo, sobresaltados, al oírse la voz.

-Un alumno brillante, pero ¿estás segura de que haces bien?

-Primo Robert -exclamó ella-, ¿no habías vuelto a Los Sauces?

La sonrisa fue triste.

-Sí, pero M'mère me envió un mensaje urgente por cuestiones de negocios. Y aquí estoy, otra vez a cenar.

-¿A cenar? ¿Tan tarde es?

-Temo que sí.

-¡Y no me he cambiado! Disculpa, por favor.

Amalie ordenó a Isa que guardara los materiales y corriera a la cocina en busca de su comida. Permitía que la sirviera a la mesa, puesto que eso lo complacía, pero no se sentía cómoda pensando que mientras tanto estaba hambriento; por eso insistía en que él comiera siempre antes.

El niño cerró la caja de pinturas y se la puso bajo el brazo; luego se fue, con el vaso de agua en una mano y el dibujo, todavía húmedo, entre el pulgar y el índice de la otra. Amalie saludó a Robert con la cabeza y echó a andar hacia su cuarto.

-Espera, por favor.

Ella giró en redondo, con una sonrisa curvándole la boca, aunque su cabeza tenía una inclinación inquisitiva.

-No es asunto mío, pero ¿te parece adecuado tratar así a ese niño?

La sonrisa se evaporó.

-¿Así cómo?

-Mimándolo como a una mascota, conservándolo en la casa y cerca de ti.

-¿Crees que debería enviarlo fuera, con los otros, para que trabajara en el campo?

Los ojos pardos se habían vuelto duros, con un destello de acero, y en sus palabras había algo punzante.

-No -respondió él, también grave-, pero ¿qué será de él cuando te canses del juego? O más tarde, ¿cómo se sentirá cuando ya no sea niño, cuando ya no se le permita seguirte como un cachorrito?

-Si me sugieres que lo expulse…

-No sería la primera vez que pase algo así.

-¡Yo no soy capaz de hacer semejante cosa!

-Posiblemente, pero lo que estás haciendo bien puede ser peor. Es inteligente y tiene mucho talento, pero educarlo está prohibido Quizá no puedas contenerte, pero ¿y después? No tendrá aplicación para sus conocimientos y poco podrá hacer con sus obras. Sólo conocerá frustraciones y descontento. ¿Te parece pago digno para su confianza y su amor?

Ella le volvió la espalda, en un remolino de faldas, pero no se retiro.

-Yo… Tal vez tengas razón -reconoció, por encima del hombro-. Pero no puedo ignorarlo, dejar que vuelva a las barracas para que los otros niños se burlen de él. Eso sería también cruel, y además un desperdicio de talento.

-No es fácil saber qué es mejor.

-Tal vez no siga siendo esclavo; tiene poco valor como peón, y en Luisiana hay miles de negros liberados.

-A casi todos se los liberó hace años, antes de que el proceso se enredara tanto por detalles legales.

Una de las grandes ironías de los últimos años era que los mismos abolicionistas, al alentar a los esclavos para que buscaran ilegalmente la libertad, habían causado leyes que hacían mucho más difícil al propietario de esclavos liberarlos a voluntad. En otros tiempos, la manumisión no había sido rara, pues el esclavo se compraba a sí mismo o era adquirido por sus familiares, cuando no se le concedía la libertad por algún servicio especial. En la actualidad, lo más seguro era estipular la manumisión en el testamento del amo.

Por fin Amalie dijo:

-Sólo puedo hacer lo que me parece mejor.

-Sí. No era mi intención insultarte.

-Lo sé, por supuesto.

Ella giró la cabeza para mirarlo de frente y se retiró.

Más tarde, mucho más tarde, ya terminada la cena y la casa en silencio, se abrió suavemente la puerta entre su alcoba y la de su esposo. Julien se acercó sin hacer ruido y retiró el tul de mosquitero. Ella sintió que el colchón cedía bajo su peso. De inmediato sus brazos la rodearon para estrecharla.

-Perdóname -susurró él, contra su cuello, antes de que sus labios cálidos capturaran los de ella-. Perdóname.

Amalie se apretó contra él con un murmullo inarticulado. La sangre le corría velozmente por las venas y, muy dentro de ella, sentía la aceleración de la expectativa. Pero por alguna razón desconocida, tal vez por la franqueza con que hablaba ese atardecer, el rostro que vio en su mente, antes de apartarlo por la fuerza de su imaginación, no fue el de su esposo.

Era el rostro de su primo, Robert Farnum.

5

La planeada concurrencia a la ópera se fue convirtiendo gradualmente en una excursión para todo el día. Primero asistirían a la misa dominical en la iglesia de San Martín de Tours; seguiría el desayuno, en compañía de amigos en el Hotel Broussard. Después, durante la tarde, según la costumbre de Nueva Orleans, asistirían a la espectacular representación de la romántica ópera de Meyerbeer, *Les Huguenots.* Al terminar la función habría un baile, organizado por varios patrocinadores, de los cuales Julien formaba parte, y se llevaría a cabo en el gran salón del hotel.

Debido a las muchas horas que pasarían en la ciudad, se creyó mejor buscar hospedaje en el hotel, a fin de tener un lugar conveniente para cambiarse y descansar. Más aún, si querían estar en la iglesia antes de que las campanas dejaran de tañer, necesitaban estar cerca. Por lo tanto, se decidió que irían a St. Martinville el sábado por la noche.

Naturalmente, las damas necesitaban a sus doncellas y los caballeros, a sus ayudas de cámara. El hotel Broussard era bastante bueno, hasta donde se podía esperar, pero M'mère prefería llevar su propio juego de sábanas bordadas, almohadas y un par de alfombras, además de alguna lámpara y un par de cuadros para sentirse más a gusto. El cocinero del hotel era pasable, pero no tenía la mano de Marthe para la pastelería, de modo que haría falta una provisión de pasteles, bizcochos y panecillos, además de algunos jamones, embutidos, conservas y jaleas de Belle Grove, tan superiores. Charles debía estar presente para anunciar a las visitas, y también Isa sería indispensable para Amalie, ¿o acaso no habría todo tipo de mensajes y diligencias que llevar a cabo?

Por lo tanto, era una auténtica caravana lo que esperaba ante la casa el sábado por la tarde. La carreta, ya cargada con las provisiones y con los criados sentados en ella, era la primera, pues debía llegar a la ciudad con mucha anticipación a fin de tenerlo todo listo. Seguía la elegante calesa de Julien, pintada de verde oscuro con arabescos dorados. Atrás estaba la *Victoria,* sombría y elegante, con la capota recogida; a un lado pastaba tranquilamente el caballo de Roben.

Amalie vio, desde la galería, que Robert daba al cochero la señal de partida. El sol brillaba en su pelo oscuro cuando se volvió hacia su caballo para desatar las riendas del palenque. Puso el pie en el estribo y los músculos de sus piernas se abultaron bajo los ceñidos pantalones de montar. El gran bayo caminó hacia un lado, levantando la cabeza lleno de ánimos, pero Robert lo dominó con mano firme, desenvuelto y seguro en la montura.

-¿Mam'zelle?

Amalie giró. Pauline, la doncella de M'mère, estaba en la puerta que comunicaba la alcoba de la anciana con la galena. -¿Sí?

-Perdone, pero la *grande maitresse* quiere hablar con usted.

Estaban a punto de partir; M'mère ya hubiera debido estar lista para bajar.

-¿Ocurre algo?

La mujer, hermana mayor de la cocinera y no mucho más joven que la misma M'mère, se limitó a sacudir la cabeza.

M'mère vestía de seda gris, con un manto de seda negra sobre los hombros y un sombrero negro también. Estaba arrodillada en su oratorio, un pequeño banco acolchado, con soporte para las manos, puesto junto a su cama. Sus labios siguieron moviéndose en una silenciosa plegaria durante algunos momentos más. Luego, después de persignarse, se levantó con un suspiro.

-No quería dejarte esperando, *ma chère* -dijo, quebrando el suave crespón de su piel con una sonrisa-. Los viajes requieren la intervención de *le bon Dieu* para que no haya peligro, ¿verdad?

-Sí, M'mère -respondió Amalie, percibiendo que se esperaba alguna respuesta de ella.

-Pero antes de partir quiero darte un pequeño regalo.

-No, de veras... Ya me ha dado demasiadas cosas...

-Es sólo una muestra de mi amor y de mi gratitud, por la felicidad que has dado a mi hijo.

Junto a la cama había una pequeña caja de joyas. La anciana la tomó en las manos y levantó la tapa.

-Pero soy su esposa y es mi deber...

M' mere ignoró sus protestas. Después de retirar una bandejita, sacó la caja cubierta de terciopelo azul y la puso en la mano de Amalie.

-Has demostrado una comprensión de la que pocas habrían sido capaces, y por eso te honro. Por favor, no me desilusiones rechazando esto.

Amalie bajó la vista hacia el objeto. No estaba en absoluto segura de que su comprensión fuera tan grande como M'mère pensaba. En las últimas semanas, Julien había acudido a ella tal vez cinco o seis veces. En cada ocasión, la unión había sido un supremo placer físico y una conmoción emotiva tan intensa que ella apenas podía soportarla; sin embargo, por la mañana, cuando volvían a verse, era como si nada hubiera pasado. El se mostraba casi siempre agrio e impaciente aunque de vez en cuando le sonreía con su antiguo y extraño afecto. Tan carente de ardores eran sus modales a la luz del día que ella había llegado a preguntarse si no la estaría usando, meramente, si era sólo un mero receptáculo para su simiente; sentía que sus visitas eran sólo un deber. Por salvar su propio orgullo, había tratado de permanecer impávida debajo de él, de resistir a la pasión que él le despertaba. No podía. Cada vez que él se marchaba, dejándola en la oscuridad, como si dormir con ella hasta el amanecer le fuera insoportable, se sentía desquiciada.

-¡Abrela, *ma chère!*

Amalie obediente, levantó la tapa. Sobre satén blanco descansaba un collar de zafiros y diamantes, montados con perlas de cultivo y con pendientes haciendo juego. Era una joya para mujeres jóvenes, que combinaba la juventud de las perlas con la sofisticación de las piedras más brillantes.

Amalie levantó la vista, con los ojos rebosantes de lágrimas.

-Oh. M'mère...

-*Tiens!* No des tanta importancia a una nadería. Te lo pondrás para ir a la ópera y para el baile, naturalmente. Estoy segura de que te quedará muy bonito.

La anciana estaba complacida con su reacción; eso era evidente por la calidez que brillaba en sus descoloridos ojos pardos. Amalie se obligó a curvar los labios en una sonrisa, diciendo simplemente: -Gracias, M'mère.

-No tienes por qué darlas. Y ahora vamos, antes de que Julien y Robert suban a buscarnos.

Julien hubiera preferido viajar en su velero, que estaba en el amarradero de reparación, frente a la casa. No había lugar para todos ellos en la cubierta; por otra parte, los meandros del río hubieran agregado varios kilómetros a la distancia que debían recorrer. Más aún, Chloe se había negado terminantemente; se sentía bastante mal en el agua y no quería llegar al hotel con el color de los espárragos, sólo por dar el gusto a Julien.

Sin embargo, el velero tenía una ventaja sobre la *Victoria:* no levantaba polvo. En la ruta había mucho tránsito; en el aire pendía una nube parda, que cubría las cañas y los robles. A veces era tan espesa que se veían obligados a cubrirse la boca con un pañuelo. Chloe se quejaba de que era culpa de Julien, pues se había adelantado con George, dejando que ellos tragaran la estela de fino polvo. Tenía razón sólo en parte, dado que no eran los únicos en la ruta.

Cerca de St. Martinville vieron una casa rodeada de tantos calesas y carretas que la gente apenas podía caminar entre líos Los niños, enloquecidos de entusiasmo, se perseguían en círculos: los hombres, en grupos, reían y bebían en jarras que iban pasando de mano en mano; mientras tanto, las mujeres mayores se habían sentado en el porche, con los bebés en brazos. Bajo un árbol, las mujeres más jóvenes revolvían el contenido de tres grandes cacerolas. Bajo las ramas de otro árbol, un terceto de violinistas afinaba sus instrumentos. Las risas y el olor a pescado cocido llenaban el aire.

-¿Qué es eso? ¿Qué pasa? -preguntó Amalie.

-Es un *fais do-do,* una fiesta al estilo antiguo -dijo M'mère, saludando majestuosamente a las ancianas del porche.

-Vienen todos -agregó Chloe-. Comen, charlan, escuchan música. Después, cuando los niños están dormidos, las parejas de novios y los adultos pasan el resto de la noche bailando. Por la mañana irán a misa; después volverán a sus casas.

-Parece que van a divertirse -comentó Amalie.

-Oh, sí, mucho -concordó Chloe-, pero nosotros también.

A pesar de esa predicción, la noche del sábado pasó tranquilamente. Se instalaron en la suite reservada: una serie de alcobas que daban a un pequeño salón. Para Amalie fue un alivio descubrir que tenía un cuarto para ella sola. Después de una cena temprana, salieron a la galería superior, desde donde se gozaba de la vista del Teche, que Huía por la derecha, y conversaron con varios vecinos suyos; entre ellos estaban las ancianas señoras Oudry y mademoiselle Callot; quienes habían decidido lo mismo. También se vieron honrados con la excelsa compañía de varios miembros del elenco operístico que se alojaban en el hotel.

Al cabo de un rato. George, cansado de observar a Chloe, que estaba pendiente de cuanto decía el apuesto tenor, se la llevó a dar un paseo. Julien se alejó en busca de los otros entretenimientos que pudiera ofrecer la ciudad. M'mère inició una larga discusión con mesdames Oudry sobre el

diseño del mantel para el altar que pensaban donar a la iglesia. Roben entabló conversación con otro plantador sobre la zafra y la nueva maquinaria que había comprado en Filadelfia para su ingenio. Sin embargo, pocos minutos después apareció el criado del plantador con un mensaje de la esposa, que tenía dificultades para acostar a uno de los niños. Robert quedó solo.

Amalie le vio levantarse de la silla para acercarse a la balaustrada; contemplaba el Teche, con un hombro apoyado contra la columna. Ella dejó pasar un ratito antes de levantarse para acercarse a él. Una viña verde corría por la barandilla, que estaba cubierta por pequeñas estrellas blancas de jazmín, cuya fragancia la rodeó al rozarlas con las faldas. El se volvió para dedicarle una sonrisa; luego volvió a contemplar el agua.

Amalie se humedeció los labios. Una leve brisa susurraba entre las ramas del roble, agitando los helechos que crecían en sus ramas bajas y las grises barbas del musgo.

-¿Sabías que las barbas de musgo son un signo de luto entre los indios? -comentó ella, sin mirar a su compañero.

-¿De veras?

-Se dice que una vez, en las orillas del Teche, vivían una princesa y un valiente. Estaban muy enamorados e iban a casarse, pero la princesa enfermó. Al morir ella, fue enterrada a los pies de un roble. El valiente, en su dolor, había pedido sus largas trenzas negras, y las colgó de una rama por encima de su tumba. Con el tiempo se pusieron grises y el viento llevó los mechones de árbol en árbol, hasta que todos los árboles quedaron de luto en la tierra de los pantanos.

-¡Qué leyenda más encantadora! -dijo él, en tono cálido, con un dejo de indulgencia.

-Me la contó sir Bent.

El señaló el roble del hotel, donde se decía que la protagonista del poema *Evangeline* se había encontrado con su Louis en la vida real sólo para enterarse de que estaba casado con otra.

-¿Y sabes lo que dicen los acadios de los enamorados de Longfellow y su roble?

-Que se encontraron debajo de él -arriesgó el la, arrancando una hoja de jazmín para enroscarla entre los dedos. El sacudió la cabeza, con una sonrisa. -No, sobre el final de la historia. Como son una raza de gente alegre, prefieren los finales felices. Las leyes de la iglesia dicen que el casamiento es un sacramento que sólo se quiebra con la muerte, de modo que no pueden unir a la pareja en vida. Pero dicen que sus sombras se reúnen debajo de ese árbol. Aseguran que, si escuchas con cuidado cuando sopla el viento, los oyes reír… y hacer el amor.

Algo en su voz, al pronunciar las últimas palabras, provocaron un extraño sentimiento en el corazón de Amalie. Intentando una respuesta ligera, dijo:

-Creo que a mí también me gusta más ese final, aunque no estoy segura de que no sea invención tuya. Has sido muy amable, obviamente esa es una de tus virtudes Robert.

-¿Qué virtudes? -El se volvió para mirarla de frente, con una ceja arqueada donde se mezclaban la intriga y la burla.

-¿No te gusta la palabra? Sólo buscaba un modo de decirte que has sido muy amable al acompañar a M'mère en este paseo. Sin duda, no es lo que tú preferirías hacer.

-Te equivocas. Tratándose de *tante* Sophia, la amabilidad no tiene nada que ver. He recibido tanto de ella en estos años, que jamás podré devolvérselo. Por eso estoy siempre a su servicio cuando me necesita. Pero en este caso, también es un gusto, porque estoy disfrutando con este paseo.

Esas palabras confirmaron lo que Chloe había dicho a Amalie sobre él, explicando su devoción hacia la familia de Belle Grove. Sin embargo, ella no hizo comentarios. En cambio dijo:

-¿De veras? Estaba segura de que no te gustaba abandonar Los Sauces.

El giró para apoyar la espalda contra la columna y le dedicó toda su atención.

-¿Por qué dices eso?

-Últimamente vienes tan poco a la casa que te supuse muy dedicado a supervisar tu plantación. Probablemente hubo muchas cosas descuidadas mientras estuviste con nosotros, durante la inundación.

-En esta época del año hay mucho trabajo -respondió él, dando énfasis a la evasiva respuesta con un encogimiento de hombros.

-Pero no niegas que nos has estado evitando -sugirió ella, inclinando la cabeza a un lado para mirarlo de reojo. No dejó de observar cómo fruncía el entrecejo.

-¿No te parece que eso es mucho decir?

-¿Y a ti qué te parece?

-Con mucha frecuencia recorro Belle Grove a caballo. Ella asintió.

-Te he visto desde la galería, temprano por la mañana, pero no vienes a la casa.

Una sonrisa cortó la seria cara masculina.

-Se me ocurrió que ya estaba abusando de la hospitalidad.

-Sabes muy bien que no es así -contraatacó ella, sacudiendo la cabeza-. ¿Estás seguro de que tú... de que Julien y tú no habéis reñido?

-No, que yo sepa.

La respuesta fue serena e inmediata. Sin embargo, sus ojos se entornaron hasta tal punto que el espesor de las pestañas ocultaba la expresión. Ella tragó saliva.

-Tengo la sensación de que eso no es totalmente verdad. Tal vez soy yo quien te ha ofendido.

-Eso es imposible -respondió él, en voz baja.

El timbre de su voz hizo correr un estremecimiento en lo más íntimo de Amalie, pero trató de sonreír.

— Entonces confío en que...

— Permíteme -dijo él de repente.

Y alargó una mano para tocarle la suave curva de los pechos, justo sobre la línea del escote.

El impacto del placer la dejó sin aliento. Dio un paso atrás, apresuradamente, sintiendo el contacto de sus dedos como si fuera una marca a fuego. Lo miró con los ojos muy abiertos; las sombras azul grisáceas se intensificaron en la parda profundidad. Creyó ver que un rubor oscurecía la piel de Robert, aunque no podía estar segura, dado lo escaso de la luz. El

hizo un movimiento brusco con la mano. La mirada de la joven bajó a sus dedos.

- ¡Oh, una araña! -exclamó, percibiendo lo débil de su voz.

¿Era alivio o pena lo que la apresaba? No lo sabía, pero sí reconocía la súbita oleada de deseo que la había invadido ante la proximidad de él.

No sólo era apasionada en la cama, por lo tanto, sino también completamente vestida, en público y con un hombre que no era su marido. ¿Cómo era posible semejante cosa? Había tomado muy en serio sus votos matrimoniales. Nunca se había considerado promiscua en absoluto, ni especialmente susceptible a las necesidades de la carne. Sin embargo, había reaccionado ante Julien como nunca había soñado que fuera posible, y ahora sentía la misma acalorada necesidad con respecto a ese hombre. ¿Acaso su temperamento era tan depravado que, habiendo despertado a la pasión, después de tantos años estériles, podía sentirla por cualquier hombre?

-Supongo que estaba en la enredadera. -Robert arrojó a la pequeña araña por la barandilla-. ¿Qué estabas diciendo?

Ella tardó un momento en contestar.

-Nada. Sólo que... espero que vengas a visitarnos más a menudo. Sería un placer para M'mère.

-¿Y para ti? -preguntó él, inclinando la cabeza a un lado.

-Para mí también, por supuesto.

Y Amalie, con una sonrisa firme, se alejó. Sólo al llegar junto a la silla de su suegra miró hacia atrás. Robert la estaba observando, inexpresivo; pero la mano que la había tocado estaba cerrada con fuerza.

La misa de la mañana siguiente fue una ocasión muy solemne. El sacerdote, Pere Jan, era todo lo que se podía pedir de un eclesiástico; benévolo, interesado en los asuntos de la comunidad y dedicado, pero muy severo en cuanto al pecado.

Amalie, en compañía de las otras damas, salió tranquilizada en cuerpo y mente, además de hambrienta. Un enorme desayuno saludó el regreso al hotel. Se les recomendó descansar en sus habitaciones antes de enfrentarse a los rigores de la tarde y la noche, pero Chloe tenía otros planes.

Ni Robert, ni Julien ni George habían asistido a la misa. El inglés y Robert acompañaron a las damas durante el desayuno, pero este último desapareció en el salón de caballeros con una segunda taza de café y un periódico. Julien había salido más temprano, sin que Tige pudiera decir hacia dónde; sin embargo, bajo presión admitió que había mencionado algo sobre una pelea de gallos. Sin embargo, pudo asegurarles que m'sieu Julien no se había alejado mucho, puesto que había salido sin su calesa. Chloe, encantada de saberlo, mandó de inmediato que prepararan el vehículo y lo llevaran a la entrada del hotel.

Fue George quien estuvo a punto de cancelar sus disposiciones. Cuando se le informó que tendría el honor de pasear a Chloe con Amalie como guardián por las calles de la ciudad, se negó categóricamente. No era lo correcto que un caballero se apoderara sin permiso de un coche y de caballos ajenos, sobre todo si el caballero en cuestión era sólo un empleado a sueldo. Ni las protestas de Chloe, ni su mal genio o sus lágrimas lo hicieron cambiar de opinión; tampoco la afirmación de la muchacha en

cuanto a que él no era un empleado, sino un artista. Vivía por la generosidad del propietario de Belle Grove y no abusaría de él.

A M'mère le correspondió salvar el paseo, no sólo prometiendo dar explicaciones a Julien cuando volviera, sino también, prácticamente, ordenando a George que quitara a su ahijada de en medio para que ella pudiera descansar.

Chloe, una vez que se salió con la suya, se comportó como la más amistosa de las compañeras. Fue señalando las casas de la gente bien y relatando de modo entretenido, si bien algo malicioso, sus costumbres y sus parentescos. Los condujo por calles bien trazadas hasta cruzar el Teche, donde aseguró que había mansiones aún más opulentas.

George no estaba contento con su papel en ese paseo, por mucho que Chloe intentara convencerlo de que a Julien le importarían un bledo tantos escrúpulos. Sin embargo, la presión de su amada contra él -los tres estaban sentados juntos en el estrecho asiento- su cháchara alegre y su leve perfume, parecieron resignarlo a afrontar lo que el propietario del vehículo quisiera decir a su regreso. Una vez más, sin embargo, Chloe incurrió en su desaprobación cuando tomaron un camino serpenteante que se alejaba del río.

Con los rizos negros saltándole junto a las orejas y los ojos chisporroteantes, miró en derredor.

-¡Qué extraño! No creo haber estado por... ¡Oh!

-¿Qué pasa? -preguntó Amalie, inclinándose para mirarle la cara por debajo del sombrero.

-En realidad, sí que estuve por aquí.

-¿Sí?

-Vine con M'mère, el otoño pasado, aunque el camino parecía diferente, porque estaba oscuro. Usamos el carruaje, pero nos guió Pauline, su doncella.

Sonaba tan extraño que Amalie frunció el entrecejo, diciendo;

-No comprendo.

-Yo tampoco -agregó George.

-Vinimos por este camino y nos detuvimos en una casa que tenía crespones negros en la puerta. Yo me quedé en el carruaje, pero M'mère entró. Supongo que yo no debía saber dónde estábamos, y no lo habría sabido, de no ser por un diálogo entre Pauline y el cochero. M'mère había ido a presentar su pésame en esa casa que vemos allí. Es la de la amante estable de Julien. Había muerto el hermano menor de la muchacha; fue un suicidio.

Amalie giró rápidamente la cabeza para mirar a la casa. Era pequeña, construida con madera de ciprés blanqueada, con un amplio porche frontal y un tejado muy inclinado, con habitación en buhardilla. Estaba apartada del camino, con un roble a un lado y la verde sombrilla de un paraíso al otro; se la veía pulcra, limpia y sin detalles llamativos. No revelaba nada.

-Creo que ya hemos avanzado bastante por este camino -dijo George, ruborizado.

En la siguiente oportunidad, puso a la calesa en dirección contraria. Mientras volvían hacia la ciudad, comenzó a contarles, con mucha decisión y lujo de detalles, sobre su encuentro con un capitán, esa mañana, en la

galería. Al parecer, el marino acababa de volver de la China y conocía a otro que traía un cargamento de arbustos y plantas, cuidadosamente cargadas en tiestos, para proveer el mercado que proporcionaba el sur de los Estados Unidos para las plantas exóticas. George había hablado con la anciana madame Declouet quien le permitía graciosamente viajar a Nueva Orleans, a la llegada del barco, con autoridad para comprar de esa carga todo lo que considerara adecuado para Belle Grove.

Amalie prestaba poca atención, pues estaba pensando en la mujer que había sido amante de su esposo. También Chloe estaba pensativa. George, como recibía poca ayuda con la conversación, continuó especulando sobre las camelias y las azaleas que podía traer el embarque. Chloe. después de soportarlo durante algunos minutos, se volvió hacia él.

-Si no tuviste problemas en hablar con M'mère sobre tus preciosas plantas, ¿por qué no puedes volver a hablar con Julien para que nos permita comprometernos, aunque no nos casemos todavía?

George envió una mirada triste hacia Amalie, que hacía lo posible por parecer sorda.

-Dijo que lo pensaría si tú seguías pensando lo mismo dentro de un año. ¿De qué serviría presionarlo?

-Eso fue sólo una excusa; cree que no sé lo que quiero. Pero lo sé muy bien, y tú no lo dudas. Al menos podrías tratar de explicárselo.

-Es algo muy complicado, como he tratado de hacerte ver. Soy hijo menor y no tengo perspectivas de recibir una buena herencia. Sería extremadamente presuntuoso de mi parte insistir ante tu tutor para que pasara por alto esos detalles. Me sorprende que no me haya puesto ya de patitas en la calle por mis pretensiones.

-¿Cómo puedes hablar de pretensiones, tú, que eres hijo de un conde? Y me niego a creer que seas tan pobre. Viajaste desde Inglaterra cruzando toda América. Acababas de salir de un rincón perdido de la mano de Dios llamado Wisconsin cuando llegaste a casa.

-Fue por un legado -explicó él, paciente, con el tono que se usa para repetir una vieja historia-. Quise utilizarlo para ver tu país y reunir material para un libro sobre su flora; quería ganar reputación como botánico, a fin de relacionarme, en Inglaterra, con el tipo de gente que puede pagar a un experto en parques. Pero queda muy poco de ese dinero y no tengo mucho que mostrar a cambio.

-Piensas demasiado en el dinero -se quejó Chloe-. Entre nosotros es mucho más importante la familia, y la tuya es irreprochable. Mi dote es muy generosa y en Belle Grove hay lugar de sobra.

¿Y quieres que viva a costa de tus parientes?

-¿Qué tiene de malo? Ocurre con frecuencia. A ellos no les molestaría.

-Pero a mí sí -afirmó George, directamente.

-Pero podrías trabajar en los jardines, si sintieras la necesidad de ser útil, y escribir tu libro. Yo podría ayudarte a buscar especímenes y copiar tus borradores. En realidad, las cosas no serían muy diferentes de como son ahora, salvo que seríamos marido y mujer.

A modo de respuesta, él se limitó a sacudir la cabeza. Chloe, furiosa en su desilusión, se echó contra el respaldo, haciéndolo brincar en sus resortes.

-Lo que pasa es que le tienes miedo a Julien. Crees que, si lo presionas demasiado, te despedirá antes de que puedas terminar con tu precioso jardín. ¡No piensas más que en tierra y flores, flores y tierra!

-Pero sé razonable...

-¿Cómo voy a ser razonable si tú no haces el menor esfuerzo por nuestra felicidad? No quiero ser una solterona dedicada a hacer tapices. ¡Quiero ser tu esposa!

-Hice mal en hablar contigo sin obtener antes el permiso de tus parientes. Si no supieras lo que siento, no te sentirías tan desdichada.

-¿Desdichada? ¡ Me siento miserablemente mal! Pero la culpa no es tuya sino de Julien, por hacernos esperar. Prométeme que volverás a hablar con él. ¡Prométemelo!

-Por favor, Chloe, amor mío. Haces que Amalie se sienta incómoda, además de llamar la atención de un modo que, sin duda, no te gusta.

-¡Está bien! -gritó ella, incorporándose en el asiento-. ¡Si no hablas tú con él, hablaré yo!

George le clavó una mirada dura.

-Como gustes, pero no digas que lo haces por mi cuenta, pues Julien me dio su palabra hace dos meses de que volverá a considerar mi propuesta el próximo invierno, y yo confío en él.

Chloe no volvió a hablar, pero ni Amalie ni George cometieron el error de pensar que su decisión hubiera flaqueado. Permaneció erguida, con la vista fija hacia adelante, hasta que llegaron al hotel. Bajó sin decir una palabra y subió los peldaños, seguida por Amalie, mientras George, sentado en el carruaje, miraba un punto fijo entre las orejas del caballo. Por fin, reaccionando con una sacudida, envió la calesa a los establos.

El gusto por la ópera y el teatro había sido llevado a Luisiana por los primeros colonos franceses. La música allí era importantísima. Caminando por la calle se podían oír trozos de arias famosas de boca de alguna lavandera que caminaba con sus cestos de ropa en la cabeza, o de cualquier niñito que vendía pescado en el mercado francés. A las divas y los tenores de actualidad se los llenaba de tributos florales, se los recibía en las mejores casas y se los aplaudía espontáneamente donde fueran. En ningún lugar del mundo se oían gritos de "¡Bravo!" y "¡Otra!" más fervientes ni más prolongados.

Pero la ópera constituía también un acontecimiento social. Las mujeres se ponían sus ropas más finas, los hombres sacaban a relucir sus modales más gallardos y las jóvenes casaderas hacían lo posible para atraer a los buenos partidos al palco familiar durante los intervalos. Esas pausas eran también el momento de saludar a los amigos e intercambiar chismes, estudiar los atuendos de todo el mundo, pasear y beber ponche, aunque todo el mundo estaba siempre en su sitio cuando el telón volvía a levantarse.

Por lo tanto, el vestirse para ir a la ópera era una ocupación muy importante. Requería el peinado más complicado que una pudiera concebir y su criada o peluquera ejecutar. El vestido debía ser igualmente ornamentado, sobre todo porque casi todas las mujeres asistentes usaban el mismo color. Un visitante de Nueva Orleans había observado, cierta vez, que

las damas de los palcos eran como un enorme ramo de rosas blancas, y era rara la mujer que se atrevía a prescindir de esa elegante vanidad.

El traje de Amalie era de reluciente tarlatana blanca, con la falda superior recogida con cintas azules. Su cabellera estaba sujeta mediante cintas en una cascada de rizos; en las orejas y en el cuello lucía los zafiros regalados por M'mère. Después de tomar su abanico y su pañuelo, salió de su habitación hacia la salita de la suite.

Como obedeciendo a una señal, M'mère y Chloe salieron del cuarto que compartían. Chloe vestía de satén blanco, con sobrefalda de encaje recogida con ramilletes de rosas rosadas. M'mère iba de pálido gris perla, como correspondía a su edad y su viudez, pero se había echado sobre los hombros un chal de seda blanca.

-Muy bonito -dijo a Amalie, con satisfacción, al notar que llevaba el collar.

Y, después de aceptar los cumplidos por su propio arreglo, salió con las dos jóvenes a la galería, donde las esperaban los tres caballeros.

Robert giró inmediatamente; sus ojos se posaron en Amalie con el calor de la admiración. Iba a adelantarse, pero como Julien giró en redondo y avanzó hacia ella, se detuvo de repente.

-*Ravissante* -dijo el marido, tomándole la mano para llevársela a los labios. Había orgullo en su rostro al inspeccionarla, y retuvo los dedos de ella un momento antes de volverse hacia su primo-. ¿No te parece, Robert?

-Por supuesto que sí -fue la rápida respuesta. Y Robert inclinó la cabeza en un gesto de homenaje; su sonrisa sólo expresaba un cortés acuerdo, pero Amalie creyó captar un áspero desafío en la mirada que cruzaron los dos primos.

Resultaban asombrosamente parecidos, vestidos de traje negro y camisa blanca, lo cual constituía casi un uniforme para los caballeros en las reuniones nocturnas. Eran, fácilmente, los dos hombres más apuestos de la galería. Sin embargo, a la límpida luz del sol poniente, también eran muy distintos. Julien tenía un atractivo más elegante, con sus solapas de satén y el nudo de su corbata más intrincado. Sus ojos oscuros centelleaban como si lo divirtiera algún secreto. Su boca hizo un mohín al pasar la vista de Robert a su esposa. En el rostro tenía arrugas y sombras propias de la vida disipada, y su palidez igualaba casi la que Chloe lograra con sus modernos polvos de arroz. La cara de Robert. en cambio, era de bronce; severa, nada reveladora, aunque la curva del labio inferior resultaba sensual en su energía.

George, ignorando el juego oculto, se encaminó directamente hacia Chloe y le ofreció el brazo. M'mère se adelantó para deslizar la mano junto al codo de Robert, dándole un golpecito de abanico en la muñeca para castigarlo por su desatención. El se disculpó y le obsequió un cumplido; la sonrisa con que recibía el juguetón reproche era devastadora en su naturalidad. Julien puso la mano de Amalie por su brazo y todos abandonaron el hotel, dispuestos a cubrir caminando la breve distancia que los separaba del teatro, desde donde ya se podía oír a la orquesta que afinaba sus instrumentos.

El primer intervalo llegó con rapidez. Era tiempo de ver y hacerse ver; en el caso de las muchachas solteras, como Chloe, de atraer a los buenos

partidos. El número de jóvenes que se presentaran en su palco sería cuidadosamente anotado por todos los presentes, y la popularidad de la muchacha, juzgada según esa cifra. Fue una sorpresa, por lo tanto, que Chloe se levantara al caer el telón, en cuanto se encendieron las lámparas del palco.

-¿A dónde vas? -preguntó M'mère, ásperamente.

-Quiero caminar con Amalie y Julien, si a ellos no les molesta.

M'mère echó un vistazo a la pareja, que estaba junto a la puerta, y volvió a su ahijada.

-Pero ¿qué dirá la gente si no estás aquí?

Chloe levantó un hombro redondo y empolvado.

-No me importa.

-Si quieres un poco de ponche, tal vez M'sieu Parkman quiera...

-Puede quedarse a hacerte compañía, pues sin duda Robert tendrá visitas que hacer.

Robert clavó una serena mirada en George, que apartó los ojos, y la desvió luego hacia la muchacha.

-Por favor, mi querida Chloe, no dispongas de mi tiempo. Estoy bien aquí.

Chloe plantó el pie contra el suelo.

-¡Sólo quiero hablar con Julien!

-Baja la voz -susurró M'mère- y trata de comportarte como es debido. Todo el mundo está mirando.

Julien hizo un súbito gesto de impaciencia.

-Si vas a venir, ven. Pero te advierto que no estoy de humor para escenas.

La regordeta morena aceptó aquella poco gentil invitación sin hacerse rogar. Cuando llegaron al corredor, enlazó su brazo con el de Julien, al otro lado de Amalie, y lo miró con una sonrisa, parloteando sobre la obra y sobre la gente que los saludaba al pasear. La expresión resignada de Julien tomó un tinte sardónico, sobre todo cuando ella los condujo hacia un rincón discreto, cerca de la entrada.

Por fin él dijo:

-Bueno, Chloe, puedes considerar que ya me has ablandado lo suficiente. ¿Qué quieres decirme tan importante?

-Si vas a tomar esa actitud, prefiero no hablar. -La expresión de Chloe era indignada.

-Bueno. ¿Volvemos?

-¡No! No, yo... pensé que, siendo tan feliz en tu matrimonio con Amalie, podrías haber cambiado de opinión con respecto a mi matrimonio con George. Estamos muy enamorados y no hay motivos para mantenernos separados.

-Aparte del hecho de que él dispone de pocos medios con que mantener a una esposa.

-Sabes que eso es una mera excusa. Podríamos vivir muy cómodamente en Belle Grove.

-¿Y tú podrías respetar a un hombre dispuesto a semejante arreglo, capaz de depender contigo de la caridad ajena?

-En tu boca suena degradante, pero no tiene por qué ser así. De todos modos, George no está dispuesto. Es muy consciente de sus obligaciones, pero ¿qué vamos a hacer? No quiero esperar a que se haga famoso como diseñador de parques.

-Sí. Es muy probable que, para entonces, seas una vieja solterona.

-¡Cómo puedes decir algo tan horrible! ¡Sólo porque él no es plantador, ni abogado, ni algo igualmente aburrido y respetable!

-A mi modo de ver, no es nada en absoluto.

-Algún día lamentarás esas palabras, cuando se haga famoso por diseñar grandes parques públicos y jardines de placer.

-Sin duda, si estoy vivo entonces -dijo Julien, todavía cortés, ante la ira creciente de la muchacha.

-¡Anda, búrlate! George es un artista, y eso es mucho más de lo que se puede decir de ti. ¿En qué puedes considerarte útil, si no haces más que beber, practicar esgrima y darte aires de caballero, mientras Robert se encarga de manejar Belle Grove?

-¡Basta ya! -dijo Julien, con voz seca.

-Te crees muy artista porque hablas bien, porque te luces organizando obras y juegos o porque flotas en tu velero contemplando las nubes. No trabajas en nada. No tienes planes, ni objetivos, pero te atreves a lanzar críticas sobre George -dijo furiosa Chloe.

-Me atrevo a mucho más que eso -respondió el, con la cara enrojecida y la boca tensa-. Me atrevo a decir que no te casarás con ese títere inglés. No daré mi consentimiento, ni siquiera si George junta coraje para pedírmelo personalmente, aunque lo respetaría más en ese caso, por cierto.

-No es por George, en realidad. Lo que pasa es que, en tu opinión, todo el que vive en Belle Grove te pertenece. Crees que deberíamos inclinarnos a cada capricho tuyo, sin atrevernos a pensar por cuenta propia ni, desde luego, atrevernos a sentir lo que no te gustara. Bueno, yo no te pertenezco, nunca te pertenecí y no voy a pertenecerte jamás. Voy a casarme con George, y si tratas de impedírmelo, lo lamentarás.

Se produjo un breve silencio, mientras Chloe miraba a Julien con el pecho agitado y lágrimas de furia en los ojos oscuros. Lo interrumpió Robert, que carraspeó detrás de ellos.

-No quisiera interrumpir esta maravillosa exhibición de carácter, pero las voces de ambos llegan hasta el palco y M' mere está inquieta. Os ruega que volváis a vuestros asientos. Sugiero que obedezcáis, a menos que ambos prefieran volver inmediatamente a Belle Grove, con *tante* Sophia desmayada en el asiento.

Como para dar énfasis a sus palabras, se oyó la campanilla que anunciaba el tercer acto.

6

No abandonaron el teatro; eso habría sido llamar demasiado la atención; pero tampoco se demoraron en St. Martinville cuando acabó el entretenimiento de la velada.

El baile fue agradable. Un cuarteto de cuerdas proporcionó la música. La cena servida temprano fue buena, aunque no extraordinaria. Chloe, con expresión de desafío, concedió tres piezas a George antes de girar por la pista con una serie de jóvenes serios, arrebatados por el champán. Julien invitó a Amalie dos veces, guiándola por el salón con elegancia e implacable alegría. Luego solicitó la compañía de su madre y fue rechazado con una sonrisa y un reproche ante tanta impudicia. Cuando Amalie volvió a mirar en derredor, su esposo ya no estaba.

Robert no se acercó a ella. Había caído en las garras de la anfitriona, quien lo llevó a bailar con su hija, una tímida rubia que no apartaba los ojos de su corbata. Después de eso se retiró a la sala de caballeros, donde tenía lugar un fuerte juego de póquer.

Cuando M'mère se declaró fatigada y ansiosa de descansar en su propia cama, fue monsieur Broussard, el propietario del hotel, quien se ofreció para sustraerlo del juego. Amalie, a quien, como joven casada, se le prohibía bailar sino con su marido o con familiares cercanos, se mostró más que dispuesta a acompañarla a Belle Grove.

Como la cuenta estaba saldada y el equipaje cargado en la carreta, sólo faltaba pedir el carruaje e iniciar la marcha. Julien no apareció por ninguna parte; por lo tanto, George se vio obligado a acompañar a las señoras en el carruaje. Sin embargo, eso no le produjo ninguna molestia, pues el largo trayecto en la oscuridad fue una oportunidad excelente para apretarse contra Chloe en el asiento y tomarla de la mano bajo la plenitud de sus faldas. También tuvo la felicidad de que la muchacha le apoyara la cabeza en el hombro durante la última parte del viaje. Agotada por el entusiasmo, Chloe dormitaba o conversaba con él en voz soñolienta. M'mère, preocupada, miraba la oscuridad con la cabeza apoyada en el tapizado gris. Su expresión era de agotamiento y de leve aprensión.

Amalie trataba de no escuchar a Chloe y a George, de no percibir el golpeteo de los cascos con que Robert, a caballo, acompañaba la marcha del carruaje. Estudiándose las manos, entrelazadas en la falda, se preguntaba qué habría sido de Julien. Alguien había hablado de otra pelea de gallos, pero eran muchas las tabernas y los garitos en el camino del sur. Pensó también en la casa de su amante mestiza, también convenientemente próxima, pero la descartó. ¿No había dicho Chloe que se había despedido a la mujer en el momento del matrimonio? No había motivos para que él la visitara, sobre todo considerando las visitas nocturnas que hacía a su propia esposa. Volvería al cabo de un rato, cuando descubriera que el resto de la familia ya no estaba participando en los festejos.

Ya en Belle Grove, despertaron a Chloe de una sacudida. Robert, con mucho cuidado, ayudó a M'mère a bajar y le ofreció el brazo para subir las escaleras, mientras George ayudaba a Chloe y Amalie los seguía. Se despidieron en la sala y Amalie se encaminó a su propio cuarto.

Lally estaba esperándola. Desvistió a su señora y le puso el camisón, con una bata con bordes de encaje. Le soltó la cabellera y se la cepilló hasta convertirla en una cascada brillante; luego ofreció traer de la cocina un vaso de leche caliente, pero Amalie sacudió la cabeza, sonriendo, y la despidió. Sin embargo, en cuanto la muchacha llegó a la puerta ella volvió a llamarla.

-No he sabido nada de Isa. ¿Volvió con todos vosotros?

-Oh, Sí, mam'zelle. Pero el pobre estaba tan cansado de ver paisajes y de rabiar por no haber podido acompañarla a la ópera que se quedó profundamente dormido en el viaje. Charles lo puso en la cocina sobre un jergón.

-Bien, gracias.

La doncella le hizo una reverencia y salió, cerrando suavemente la puerta a sus espaldas. Amalie pasó un rato mirando el panel: luego apagó la lámpara y, en vez de acostarse, se acercó a la ventana y la abrió de par en par, echando hacia atrás las celosías.

El aire nocturno era suave y cálido, perfumado por la esencia de las rosas, los jazmines y el olor alimonado de las magnolias. La luna estaba casi llena, pero pendía ya próxima a ocultarse, despidiendo sólo una leve luz. Nada se movía. Los árboles estaban inmóviles, con las ramas y el follaje levemente plateados. El invernadero, con su sombra densa, era una silueta pálida sin definición.

Amalie aspiró profundamente, recostando la cabeza contra el marco de la ventana. Estaba un poco cansada, pero somnolienta no. Se sentía inquieta y con los músculos tensos. No estaba segura por qué. Parecía deberse más a la atmósfera que a un motivo en especial. Podía ser por la pelea, claro, y por ese extraño diálogo entre Julien y Robert. Y por el abandono de su esposo. Sin embargo no creía estar muy afectada por esas cosas. Tampoco, se dijo fieramente, por la escena con Robert la noche anterior.

No. Era sólo el resultado natural de una velada demasiado estimulante. Cerró los ojos escuchando otra vez la música de la ópera, la pasión y el *pathos,* las voces que llegaban al corazón.

¿Qué era eso? ¿Tanto la había afectado la música como para anhelar ahora la presencia de su amante? ¿Tan enamorada estaba de su esposo que necesitaba sus caricias? El pensamiento era novedoso, pero no lo rechazó. Gozaba, desde luego, con su contacto y con las sensaciones que él le despertaba.

Se apartó de la ventana para avanzar hasta el centro de la habitación, y pasó largos momentos contemplando el par de rectángulos oscuros: las puertas que comunicaban con la alcoba de Julien. Al cabo de un momento suspiró, dejando caer los hombros. Sin duda, las mujeres que buscaban a sus esposos eran impúdicas. Y de todos modos, él no había regresado.

Desvió su mirada hacia la puerta que daba al salón y avanzó hacia ella, para salir al cuarto oscurecido. Había una línea de luz bajo la puerta de la salita de M'mère. Mientras escuchaba creyó oír un ruido de pasos que iban y venían. Al parecer, tampoco la anciana podía descansar. ¿Era acaso la ausencia de Julien lo que la preocupaba, o el enredo de Chloe con el inglés? M'mère pertenecía al tipo de mujeres que se preocupaban por sus seres queridos. El rasgo era tierno, pero malo para el reposo.

La puerta exterior, que daba a la galena frontal, estaba cerrada con llave. Amalie volvió sobre sus pasos para probar la que conducía a la del lado opuesto. También esa estaba bien cerrada. Permaneció inmóvil un momento, antes de volver a su propia alcoba y abrir una de las puertas corredizas. Esperaba a medias encontrar allí a Tige, pero el dormitorio de su esposo estaba oscuro y desierto. La puerta exterior, que abría directamente a

la galería trasera, estaba sin llave, esperando el regreso de Julien. Se deslizó por ella y cerró tras de sí.

Sus pies descalzos no hicieron ruido alguno en los peldaños de ciprés. Sin zapatos, faldas amplias, ni pesadas enaguas, se sentía asombrosamente libre, ligera como el aire que henchía su camisón. El suelo de ladrillos de la galería inferior estaba fresco y algo arenoso. El césped del patio, entre las dos alas de las *garçonnières,* húmedo de rocío. Amalie caminó entre la mansión y uno de los edificios exteriores hasta salir al patio lateral...

Sonó un chillido, distante y fantasmal. Ella se detuvo a escuchar con la piel erizada. Cuando volvió a oírlo soltó el aliento con una suave risa: era un búho que lanzaba su grito de caza. ¿O llamaba a su pareja? De cualquier modo, a Amalie le resultó consolador saber que no era la única criatura despierta en la noche.

El último fulgor de la luna desapareció por debajo del horizonte y la noche se cerró por completo. Amalie siguió caminando, protegida por su tranquilizadora densidad, aspirando los aromas que portaba el aire húmedo, cargado de rocío. El perfume creciente de las rosas y los jazmines era como una droga para sus sentidos, expandiéndolos. Había belleza y libertad en la noche.

El invernadero, a la derecha, era una fantasmal forma bajo los árboles, un pálido faro. Giró hacia allí con pasos seguros, avanzando bajo los árboles sin prisa, pero regularmente.

El pequeño edificio rectangular estaba construido con un enrejado de tablillas de ciprés y tejado de madera. Tenía dos puertas, suelo de ladrillo y un banco a lo largo de las paredes. Estaba diseñado para servir de mirador hacia el río; constituía un retiro sombreado en el verano y el destino de los paseos en invierno.

Amalie entró por la puerta posterior y caminó hasta el frente. Al pasar se oía el suave borboteo del río, pero sólo se divisaba de vez en cuando algún destello del agua. Cruzó los brazos contra el pecho y apoyó un hombro contra el marco de la puerta, mirando hacia la noche. Sus pensamientos vagaban sin meta, desconectados, sin que ella tuviera deseo ni voluntad de dominarlos.

Detrás de ella se oyó un suave rasguido. Amalie giró la cabeza, pero no volvió a percibirlo; debían ser los soportes de los rosales y las glicinias, donde los pájaros anidaban con frecuencia. Al cabo de un momento se relajó, volviendo la mirada hacia los destellos del río.

-No te asustes -dijo el susurro de una voz grave a su oído, en tanto unos brazos fuertes la rodeaban-. Soy yo.

Ella se puso rígida, pero el abrazo no cedió. Una mano firme le sujetó el codo, mientras la otra se cerraba suavemente sobre la curva de su pecho.

-¡Julien! ¿No... no estabas en la ciudad?

-Acabo de llegar.

-Ya veo -le espetó ella, herida por el dejo burlón de su voz.

Pero un instante después se preguntó si no había estado dirigido contra él mismo.

-Corrí a casa en cuanto descubrí que os habíais marchado. ¿No merezco una recompensa?

Los labios cálidos le rozaron la mejilla, derivando hacia su boca; ella apartó la cabeza.

-Podría ser, si no me hubieras dejado plantada en el baile mientras te entretenías por tu cuenta.

-¿Preferirías que anduviera idiotizado detrás de ti, como un muchachito enamorado? No queda bien, *mon coeur,* que un hombre se muestre demasiado bobo por su propia esposa.

La sorpresa hizo que Amalie entreabriera los labios al girar hacia él, que aprovechó inmediatamente ese momento de descuido, aproximando su boca cálida y encerrándola entre las bandas de hierro de sus brazos. ¿Qué sentido hubiera tenido resistirse? El estaba allí, y también ella. Amalie, atrapada en una oleada de deseo, se tambaleó contra él.

Lo deseaba, quería sentir la piel desnuda contra la suya, recibirlo en ella con salvaje abandono. La fuerza de esa necesidad era tan pasmosa que arrancó la boca de la de él, ocultando la cara en la curvas de su cuello. El la sostuvo, rozándole la cabellera con los labios y estrechándola hasta tal punto que ella apenas podía respirar. De pronto su pecho se elevó con una aspiración profunda; el aire escapó lentamente y el abrazo se suavizó.

Ese modo de retirarse fue algo tangible, conquistado a duras penas. Amalie, al percibirlo, dejó escapar una leve protesta y se aferró a él, deslizándole los dedos entre las ondas del pelo. Con los ojos cerrados y las pestañas estremecidas, elevó la boca en busca de un beso.

El pronunció su nombre con un suspiro silencioso; esa única palabra era un ruego y una disculpa. Un momento después, Amalie sintió el hambre ardorosa de su boca en la suya. Era un posesión implacable, que no se podía negar.

El mundo dio un tumbo vertiginoso. Ella tardó un momento en darse cuenta de que él había girado lentamente, sosteniéndola en vilo, para volver la espalda a la puerta, que permanecía abierta. En la oscuridad más intensa del centro del invernadero, se hincó sobre una rodilla y la atrajo hacia sí. Luego la soltó para quitarse apresuradamente la chaqueta, que tendió en el suelo, y deslizó la bata desde los hombros para agregarla al improvisado colchón.

Ella, sin necesidad de que la instara, se dejó caer a su lado. Su respiración se aceleró. Estaba viva, y lo sentía en cada uno de sus poros. En el centro de su ser llameaba una jubilosa sensualidad, que ella acogía de buen grado.

El aire nocturno le tocó la piel, haciéndola estremecer. Un instante después, los brazos de él volvían a rodearla y a estrecharla contra sí, moldeando las curvas esbeltas y los huecos de sus formas a las propias energías. No importaba que ese acoplamiento al aire libre pudiera ser considerado depravación por todos cuantos se enterasen. No importaba que los vieran. Y lo mismo hubiera dado que el Teche creciera hasta tragárselos a ambos, o que el mundo, viejo y enfermo, se precipitara girando en su momento final. Nada importaba, salvo ese salvaje arrebato, esa gloria furiosa.

Ella era parte de él, como él de ella: inseparables, fundidos, dos partes de un todo. No había nada, ni realidad ni sueños, que no incluyera esa milagrosa unión. Ocultos por la oscuridad, ahogándose en el perfume de las

rosas y las glicinias, forcejearon a la par, con los miembros entrelazados y el aliento fervoroso, entremezclado. Buscando alivio, hallaron exultación; procurando placer, rozaron lo esplendoroso y lo sintieron asentarse en derredor.

Cantó un buho, luctuoso, a poca distancia. Una brisa se filtró por el enrejado de madera, susurrando contra las carnes húmedas. Los pétalos de una rosa demasiado abierta cayeron suavemente al suelo de ladrillos. Ellos no se movieron. Amalie tenía la cabeza apoyada en el hombro masculino, él había sepultado la cara en su cabellera enredada. Ambos cuerpos se fundían a la altura de las caderas entremezclados.

-*Je t'aime* -susurró él, en silenciosa reverencia-. Te amo.

Ella abrió los ojos.

-Oh, Julien...

Por una fracción de segundo lo sintió quedarse muy quieto, luego él le puso un dedo sobre los labios y presionó un beso suave en el mismo lugar. Liberó su brazo y se apartó de ella. Amalie, incorporándose, le oyó buscar sus pantalones y sus zapatos en la oscuridad.

-¿Qué pasa? -preguntó.

Sin contestar, él se inclinó para ayudarla a levantarse, recogió las ropas y se las entregó. Mientras ella apretaba el bulto contra el pecho, él le pasó un brazo por detrás de las rodillas y el otro tras la espalda para levantarla contra sí.

-¿Qué haces? -Había un estremecimiento de risa, tal vez de algo más, en la voz de Amalie.

La respuesta fue un susurro grave.

-Te devuelvo a donde corresponde.

-Es decir... Oh, bájame.

A manera de respuesta, él salió del invernadero y, sin prestar atención a las contenidas protestas de la joven, cruzó a grandes pasos el césped húmedo de rocío y, sin detenerse, subió la escalera hasta el piso alto, para aproximarse a la única puerta que estaba sin llave. Cuando se detuvo ante ella, Amalie, resignada, alargó la mano para hacer girar el pomo y la abrió.

El vaciló un instante en su propia alcoba. La muchacha creyó que iba a acostarla en el lecho, pero en cambio continuó hacia las puertas corredizas que llevaban al de ella. Estaban tan bien equilibradas que se abrieron con un golpe de hombro. Caminando con seguridad a pesar de la penumbra, él se acercó directamente a la cama y la dejó en ella. Luego tomó las ropas que Amalie aún sostenía.

-No te vayas -murmuró ella con voz grave, tomándolo por la muñeca.

¿Era pura imaginación suya, la tensión que contraía los tendones de ese brazo? Desapareció en cuanto él respondió con la suavidad de un suspiro:

-¿Cómo irme?

Ella se deslizó a un lado para hacerle sitio. El somier crujió bajo el peso del hombre que se tendía junto a ella, para rodearla con sus brazos, buscando con los labios la fragante seda de su pelo.

Sonriente en la oscuridad, ella se acercó más aún, tocándole el cuello con la punta de la lengua para degustar la sal de su piel.

-Duérmete, *chérie* -susurró él.

-No tengo sueño.

El le rozó la cintura y apoyó la mano en la curva del pecho.

-Yo tampoco.

Algo después, saciada, casi exhausta, se quedó dormida con la sensación de una mano en su cabellera, apartándole los mechones enredados de la cara. Cuando él se retiró, Amalie no se dio cuenta.

El sol brillaba con fuerza. Amalie dejó la casa, seguida por Isa, vistiendo un traje de montar azul con puños de mosquetero. En el tiempo que llevaba levantada, ya había sacado provisiones de los depósitos, desayunado aprobado los menús para ese día y verificado la confección de ropas veraniegas. Ahora pensaba visitar la granja, situada a cierta distancia de la casa, y vigilar la limpieza de la huerta que proporcionaba verduras a las cocinas. Pero antes de hacerlo quería disfrutar de un buen paseo a caballo.

Su castaño la estaba esperando cerca de la puerta. Ella agradeció con un gesto al palafrenero que lo sujetaba, junto con un poni para Isa. El hombre se mostró desilusionado por no acompañarla, pero no hacía falta, pues ella no iba lejos y contaba con Isa para buscar ayuda si se presentaba la necesidad.

Estaba cansada; le dolían músculos que nunca antes le habían causado problemas. No era de extrañar, se dijo, con la sombra de una sonrisa, al recordar la agotadora noche. De todos modos, su extraña enfermedad no era física. Había sido una desilusión no hallar a Julien en la cama al despertar. Después de lo que habían compartido durante la noche, era casi como una traición ese dejarla sola subrepticiamente.

Estuvo a punto de irrumpir en su cuarto y despertarlo para preguntarle por qué la había abandonado. Se lo impidió una timidez peculiar. A la luz del día Julien era muy diferente, mucho más formal que por la noche. Horas antes, sus frases de amor habían sonado sinceras, infinitamente adecuadas, pero a pleno sol resultaban extrañas. Si él la hubiera mirado con el afecto burlón de costumbre, ella no habría podido soportarlo.

Tomó por la carretera que llevaba a los sembrados, pasando por la capilla de la plantación, instalada por M'mère. El paseo era agradable. El leve viento matinal sacudía los interminables surcos de caña como a las olas de un verde mar. Todavía no apretaba el calor, aunque horas más tarde se haría potente. El verano se adentraba con celeridad. En pocas semanas se iniciaría la temporada de las altas temperaturas y sería hora de pensar en trasladarse a Isla Dernière. Ella anhelaba ese viaje, pues nunca había visto el golfo ni el océano. Decían que los baños de mar eran buenos para la salud, además de agradables. Pero había que ponerse ropas adecuadas. Tendría que mencionar a M'mère la posibilidad de encargar un traje.

La inundación había provocado pocos daños en los cañaverales. Acaso los había beneficiado con el rico limo depositado en las raíces al retirarse el agua. Aparecían abundantes, verdes y desacostumbradamente altos para esa época. Si no se producían vendavales, enfermedades o heladas tempranas, la zafra daría buenas ganancias.

A buena distancia se veía una escuadrilla de peones. Allí comenzaban los maizales, donde se cultivaba cereal para alimentar al ganado y para

proporcionar harinas a la alimentación humana. Los hombres estaban arando y atendiendo las plantas jóvenes. Un hombre, a lomo de caballo, vigilaba desde la ruta. Por un momento, ella lo tomó por Patrick, pues había reconocido su fuerte voz; luego notó que su porte era demasiado elegante; sus hombros, demasiado rectos. Un momento después vio al capataz de pie bajo un árbol.

El jinete era Robert, que giró la cabeza ante el ruido de cascos y levantó una mano a manera de saludo. Amalie agitó su látigo, pero no se acercó; en cambio tomó el desvío que la llevaría otra vez hacia la casa, pasando por la granja y la huerta.

-M'sieu Robert es un hombre bueno -dijo Isa, detrás de ella.

Amalie había olvidado, o poco menos, la presencia del niño. Se volvió a mirarlo con una sonrisa.

-Sí, en efecto.

-No como m'sieu Dye.

-No -reconoció ella, en tono seco.

-Entonces, ¿por qué no nos detuvimos a hablar con él?

Isa tenía el entrecejo fruncido por el sol, pero en su voz había sólo curiosidad.

-Estaba ocupado. No quise estorbarle. Además, tengo mucho que hacer.

-A veces viene a la casa grande. No siempre. Si viene hoy, le mostraré mi cuadro de las tortugas que nadan en el estanque de m'sieu George.

La sonrisa del muchachito era traviesa. Amalie sabía que hacía mal en darle alas, pero no pudo evitar una sonrisa. Esa mañana el inglés había descubierto con gran fastidio, no sólo un terceto de tortugas que tomaban sol en un trozo de madera, flotando en el centro del estanque, sino una pequeña víbora de agua que ondulaba en la superficie serena. Sin duda el primo Robert apreciaría la broma.

A pesar de las apariencias, no estaba esquivando a ese hombre, claro que no. ¿Qué motivos tenía para hacerlo, después de todo? Había experimentado una pequeña reacción física al contacto con él. Eso no significaba nada, salvo que era una mujer normal, con respuestas normales. No pensaba convertirlo en algo misterioso, lleno de emociones. No tenía el menor sentido. Y él no había buscado nada raro, sin duda. Era mejor olvidarse de todo, quitárselo de la cabeza, como si nada hubiera ocurrido. Hasta ese momento había logrado olvidarlo con ayuda de Julien. En la granja era día de batido. Amalie dio indicaciones a las mujeres y no se fue hasta que ellas iniciaron el largo proceso de agitar la leche hasta que la manteca subiera a la superficie. En la huerta inspeccionó los pulcros surcos de verduras, franqueada por canteros de frutillas y hierbas aromáticas. Dio órdenes para que se llevaran a la cocina verduras de hoja, cebollas y patatas, a tiempo para preparar el almuerzo, y volvió hacia la casa.

Como llegó por el lado de atrás, dejó su caballo en el establo y siguió camino a pie, mientras Isa correteaba torpemente a su lado. Ella aminoró el paso para ajustarse al del niño y, al acercarse a la cocina, lo envió en busca de un vaso de agua para él mismo y para ordenar que le llevaran café adonde M'mère estuviera. La anciana no salía mucho, pero le gustaba recibir informes de lo que estaba ocurriendo en la plantación.

Cuando empezaba subir la escalera trasera, echó un vistazo por la puerta del comedor, abierta a la galería del frente. Había una sombra en el suelo, arrojada por los rayos cálidos e inclinados del sol, y se oía el leve murmullo de una voz. Ella recogió sus faldas y echó a andar en esa dirección.

El comedor estaba oscuro, comparado con la luminosidad exterior. Se detuvo un momento para adecuar la vista a la penumbra. La mesa ya estaba lista para el almuerzo. La vajilla estaba puesta al revés para evitar que las moscas la tocaran, salvo uno de los vasos de agua. Amalie le dio la vuelta y siguió caminando hacia la puerta.

-¡Pero te digo que no quiero esperar!

-Baja la voz, mi querida Chloe, o la despertarás. Te aconsejo que cultives la paciencia. Es el modo más seguro de lograr lo que deseas.

La primera persona era, sin duda, Chloe. La segunda voz, firme, pero apenas más que un susurro, era la que Amalie había llegado a conocer íntimamente en las últimas semanas. Salió a la galería frontal con una sonrisa en los ojos y los labios entreabiertos para hablar.

Y se detuvo bruscamente. Chloe estaba en una mecedora, con los brazos cruzados contra el pecho y un mohín en la cara. M'mère descansaba, con la cabeza apoyada en el respaldo de un sillón y un chal sobre el regazo, cerrados los ojos. Un hombre, alto y moreno, permanecía de pie, de espaldas a la barandilla, con el rostro en sombras. Pero no era Julien, sino Robert.

La asaltó una sospecha, tan terrible en sus implicaciones que, por un momento, le fue imposible ver ni oír. Era maravillosamente lógica, perfecta en su aplicación a las circunstancias. Pero requería un engaño tan concertado, agregado a tal falta de consideración hacia ella, hacia su sensibilidad, que resultaba inconcebible.

Sin embargo, habría jurado que esa grave voz masculina era la del hombre que había dicho amarla, el mismo que había hecho el amor con ella en la turbulenta felicidad del invernadero, la noche anterior, el mismo que había visitado su lecho todas las noches anteriores.

7

Robert se irguió, con la mirada azul fija en el rostro pálido de Amalie. Chloe apartó la espalda del respaldo.

-Caramba -exclamó-, parece que alguien te ha pegado.

Amalie se dominó con un esfuerzo enorme y logró emitir una risa temblorosa.

-Efecto del sol, supongo.

-¿Qué, qué? -Era M'mère, que se incorporaba, parpadeando. Al volver la desteñida mirada vio a Amalie-. ¿Eres tú, *chère*? Ven a contarme qué has estado haciendo.

Pero ella necesitaba estar sola un momento y se aferró a una excusa cualquiera.

-Sí, enseguida. Debo ir a lavarme las manos. Pedí... que trajeran café. Supongo que vas a quedarte, primo Robert.

Incluyó a M'mère y a Chloe en una vaga sonrisa, pero no se decidió a mirar a los ojos a aquel hombre. Cruzó rápidamente la galería y subió la escalera. Ya en su cuarto se detuvo con brusquedad y cerró la puerta. Aspiró muy hondo y dejó escapar el aire con lentitud para calmarse. Al cabo de un momento, con manos temblorosas, vertió agua en el aguamanil de porcelana y se lavó con agua fresca. Mientras secaba las gotas, vio en el espejo sus ojos dilatados, llenos de espanto.

No, no podía ser. Era imposible, inconcebible. Ya una vez había cometido el mismo error; el día en que encontró a Robert hablando con M'mère en la sala, lo había tomado por Julien. Se estaba preocupando por nada, sólo porque tenían un parecido timbre de voz. ¿O no?

Arrojó la toalla y giró en redondo, con la vista fija en las puertas que comunicaban su alcoba con la de su esposo. Dio un paso hacia ellas; luego, otro. Velozmente, sin darse tiempo a cambiar de opinión, abrió las puertas y pasó al otro cuarto.

Las gruesas cortinas impedían la entrada al sol matinal también al aire. La alcoba estaba sumida en penumbras y olía a cerrado. Julien yacía en su cama, despatarrado y boca abajo, con la sábana amontonada contra la cintura. No llevaba camisa de dormir, puesto que tenía el torso desnudo, pero ella creyó ver la cinturilla de sus calzoncillos junto al borde de la sábana. El ruido de las puertas al abrirse, lo había despertado. Abrió un ojo, pero al ver que se trataba de Amalie se apresuró a cerrarlo otra vez.

Ella alargó una mano para tocarlo en el hombro, con una leve sacudida.

-¿Julien?

El ojo volvió a abrirse. Hubo un suspiro.

-¿Qué, *chère?*

Amalie se humedeció los labios.

-¿A qué hora volviste a casa, anoche?

Julien estudió la pregunta; luego soltó un gruñido y, después de desperezarse, clavó un codo en la almohada para levantar la cabeza.

-No estoy seguro de recordar -dijo, por fin-. De todos modos, no es decente hacer semejante pregunta a un hombre a esta hora de la mañana y

esperar que conteste, sin permitirle siquiera tomar un sorbo de café con leche para calmar los nervios.

-Te haré servir café si me dices cuánto tiempo estuviste en la ciudad después de que nos fuimos y qué hiciste al regresar.

-¿Es un examen, querida mía? -preguntó él, estudiando las facciones blancas y las manos apretadas contra la falda-. ¿Hice alguna estupidez, anoche?

Ella bajó la vista a sus manos, en tanto sacudía rápidamente la cabeza. Julien se incorporó un poco más. Su voz se tornó más áspera.

-¿Te hice daño, acaso?

-No, no -aseguró ella, apresuradamente.

-O dije algo que no debía. Tienes que disculparme. Creo que bebí demasiado.

Amalie levantó la vista. El estaba observándola, atentos los ojos oscuros.

-No parecías ebrio, desde luego.

-Me halagas, *chère.* A veces soy un patán muy torpe. Si hice cualquier cosa que te disgustara, te ruego que me perdones. Créeme, no fue mi intención.

El timbre grave de su voz estaba lleno de sinceridad. ¿Era el mismo tono? Tal vez; imposible saberlo. Amalie aspiró hondo.

-¿Recuerdas algo de lo que pasó anoche?

-Algo -repuso él, sosteniéndole la sombría mirada, mientras su boca bien moldeada se curvaba en una sonrisa.

Había sido él; ¿qué otra cosa podía insinuar sino eso? La correspondiente sonrisa de la joven fue trémula. Sin darse tiempo a cambiar de opinión, preguntó;

-Entonces ¿por qué me dejaste?

Julien frunció el entrecejo. En sus ojos entornados hubo una rápida sucesión de pensamientos.

- ¿Quieres decir después de...?

-Sí, después.

El hizo un gesto humilde y se frotó la barba crecida.

-Quería ahorrarte este espectáculo a la luz del día. Además, la verdad es que he dormido solo demasiado tiempo.

Ese último comentario tenía un dejo de audacia. Si él había estado ebrio la noche anterior, bien podía ser preferible que durmiera en su propia cama. Amalie apartó la idea, diciendo:

-Disculpa que te haya despertado. Si quieres bajar, Robert está en casa. Íbamos a tomar café.

-Creo que, por hoy -dijo él, lentamente-, puedo pasarme sin ver a mi querido primo. Prefiero tomar mi café aquí.

-Como gustes. -Amalie se volvió hacia la puerta.

-*¿Chère?*

-¿Sí?

-Nada.

Y Julien se dejó caer nuevamente sobre las almohadas con los ojos cerrados.

Después de tocar la campanilla para que acudiera Tige, Amalie reemplazó apresuradamente su traje de montar por un vestido de popelina amarilla y volvió a la galena inferior. Había logrado dormirse y estaba de buen humor, casi alegre. Isa había llegado detrás del café, llevando su dibujo de las tortugas. Ella lo alentó a mostrarlo, no sólo a Robert, sino a los demás. El niño se mostraba tímido, debido a la presencia de George, que se había reunido con ellos; sin embargo, se distendió al ver que el inglés reía, festejando la broma a su costa.

Varias veces, Amalie descubrió que su mirada se desviaba hacia Robert. Sin embargo él le prestaba poca atención, bromeando con George por las tortugas o con la tía por sus siestas, fingiendo que todos los males de la anciana se debían a sus noches disipadas. Amalie se horrorizó al pensar que había podido creer a ex hombre, tan viril y dueño de sí, capaz de rebajarse a tomar el puesto de Julien junto a su esposa. Después de todo, podía elegir entre las mujeres más bonitas; al menos, eso había dicho Chloe, y Amalie no lo ponía en duda. También cabía recordar que, descontando la noche anterior, Julien siempre entraba a su cuarto desde su propia alcoba. Si Robert lo había reemplazado, Julien tenía que participar en el engaño, y era demasiado orgulloso, demasiado posesivo para consentir algo así.

La molestó nuevamente recordar la perturbación que le había causado el leve roce de Robert, dos noches antes, pero descartó ese pensamiento. Había sido sólo cuestión de nervios. Pensar otra cosa era degradante y, además, llevaba a confusiones.

Aun así, cuando Robert se levantó para retirarse, ella le dejó besar a M'mère en la mejilla y abrazar a Chloe, pero recibió su inclinación de cabeza sin ofrecerle la mano.

Si hubiera querido seguir cavilando sobre sus tontas sospechas, no habría tenido tiempo. Esa tarde, un carruaje se detuvo en el camino. De él bajó un hombre corpulento y vivaz, de pelo rojizo entrecano, que tendió la mano a cuatro damas. Eran las amigas de M'mère, mesdames Oudry, con mademoiselle Louise y los padres de la muchacha, monsieur y madame Callot, quienes habían venido a llevársela. Pensaban quedarse en la zona unos pocos días, tal vez una o dos semanas, antes de volver a la ciudad.

Julien estaba allí para saludarlos y entretener al caballero. Como monsieur Callot era el agente que proporcionaba casi todo lo necesario para la plantación, además de vender las cosechas, ambos tenían muchos temas de conversación. Quizá Julien se interesara muy poco en el cultivo de la caña, pero las ganancias eran importantes para él. Se ordenó servir licores en la galería inferior, en tanto las mujeres, para escapar a la charla de negocios, se retiraban a la del piso alto, con altos vasos de *eau de sucre* y agua de azahares.

Pasó el tiempo generalmente acostumbrado para una visita. Las ancianas seguían conversando sin darse cuenta. Chloe y Louise charlaban entre risitas en un extremo de la galería, de donde llegaban reveladores fragmentos de frases: "Oh, tiene tanto garbo...", y "... tan audaz que una tiembla: catorce veces se ha batido y siempre ha sacado sangre primero". Amalie trató de entablar diálogo con madame Callot, pero la mujer sólo que-

ría que se la escuchara; era imponente, no sólo por su excesiva corpulencia, sino también por su excesiva autoridad. En menos de dos horas, expreso que St. Martinville era una aldea perdida de la mano de Dios, que Julien era demasiado indolente y necesitaba una esposa enérgica, que los esclavos del campo eran muy inferiores a los criados de la ciudad y que Isa, en vez de estar sentado a los pies de Amalie, hubiera debido estar espantando a los pollos para que no pisaran el patio.

El ruido de pasos masculinos en la escalera, sonó a los oídos de Amalie como verdadera liberación, pero había exagerado su optimismo. Julien, al descubrir que él y Callot tenían todavía mucho de que hablar, no sólo había invitado a todos a cenar, sino que acababa de enviar una carreta en busca de equipaje y criados para que pudieran pasar allí la noche.

El alojamiento de los invitados presentó un problema. Todos los cuartos del segundo piso estaban en uso, descontando el de la soltera. Amalie pensaba retirarse a él, a fin de ceder su alcoba a monsieur y madame Callot, pero el agente, guiñando el ojo a Julien, se negó a perturbar a una pareja casada hacía tan poco tiempo, diciendo que él y su esposa ocuparían con gusto el cuarto pequeño.

Insistió tanto que Amalie no pudo sino aceptar, aunque la pareja tendría que desfilar por su alcoba para entrar y salir de la propia.

A las ancianas se las instaló con más facilidad: ocuparían el cuarto de Chloe, junto a la salita de M'mère. Las jovencitas, más ágiles, podían dormir en los altillos.

Amalie, con un resignado encogimiento de hombros, dio órdenes de preparar los cuartos. Después de todo, sería sólo una noche.

Pero la visita se prolongó dos, tres días. Pasó una semana. Al principio, Julien se levantaba temprano para atender a sus huéspedes, pero al terminar la semana, descubriendo que Callot era feliz sentado en la galería, con licor de menta al alcance de la mano, volvió a sus viejos hábitos. Madame Callot, en cambio, tenía más potencia; seguía a Amalie en sus recorridos, hablando sin cesar y revelando sus propios modos de hacer las cosas, necesariamente superiores. Chloe y Louise se pasaban la vida murmurando por los rincones, para disgusto de George, quien adelantó mucho la preparación de los canteros para los arbustos. Eso sí: las dos muchachas molestaban a M'mère, haciendo que se retirara a descansar con más frecuencia.

A fin de aliviar un poco el ambiente, Amalie decidió, con bastante poca consideración, arrojar a Robert a los lobos: sugirió que las dos muchachas fueran a visitarlo, acompañadas por un palafrenero. Ese plan originó varias horas de paz, pero tuvo sus repercusiones. Las jovencitas, además de volver trayendo a Robert para cenar, tuvieron la idea de organizar una soirée y no vieron motivo alguno para que Amalie no se dedicara a prepararla.

La larga mirada de Robert, la momentánea pausa antes de inclinarse sobre su mano como saludo, la obligaron a recordar su estupidez. Se ruborizó, comprendiendo súbitamente, que él era muy observador; sin duda, había notado el modo en que ella le había rehuido, la última vez. No podía adivinar los motivos, por supuesto. Pero los remordimientos hicieron que Amalie le sonriera con más calidez que de costumbre.

Estaban en la galería inferior. Las muchachas habían subido a cambiarse para la cena, a pesar de lo temprano de la hora. Con excepción de Isa, su sombra constante, estaban momentáneamente solos. Entre los ojos azules había una vaga arruga. Robert le retuvo los dedos con firmeza.

-¿Estás segura de que no te molesta poner otro cubierto? Si somos demasiados, no tienes más que decirlo para que me retire.

-No, por favor. Sabes que tu presencia es siempre bienvenida. -Ella logró sonreír otra vez-. Además, ya he agotado todos los temas de conversación. Espero que tú me ayudes.

-¿Sangre nueva?

-Algo así -reconoció ella, irónica.

-Me enteré, por rumores, de que tenías invitados; después, Chloe habló mucho de esta última semana. Además, dijo que fuiste tú quien le sugirió llevar a mam'zelle Louise de visita.

Al parecer, a ese hombre no se le escapaba nada.

-Discúlpame si te causé molestias.

-La cosa tuvo sus inconvenientes. La mía es una casa de hombre soltero, como sabes, y hay muy poco que ofrecer a las damas, aparte de no contar con alguien capaz de atenderlas. Pero no importa. Si te ha servido de ayuda, me alegro.

Su ayuda no terminó allí. El se hizo cargo del resto de la tarde y de la velada; hizo cumplidos galantes a las ancianas, entabló con monsieur Callot una conversación de negocios y dejó a Louise casi muda, con una o dos miradas llenas de sensualidad animal, mucho mayor de la que ella estaba habituada a despertar en el sexo opuesto. Además, se convirtió en el escudo de Amalie contra madame Callot, poniendo en tela de juicio todas las afirmaciones de la mujer y demostrando, de un modo muy tribunalicio, la superioridad de los arreglos domésticos de la anfitriona. Si bien no pudo impedir la organización de la *soirée,* logró convertirla, diestramente en una fiesta de despedida para los visitantes.

Sin embargo, su presencia era un recordatorio de que Julien no había acudido a ella por las noches, desde la llegada de los huéspedes. Amalie trataba de convencerse de que era por la proximidad de los Callots, capaces de irrumpir en su cuarto en cualquier momento. Aun así, no podía evitar el miedo de haber estropeado aquella incipiente relación con sus preguntas y exigencias.

Amalie lamentó la partida de Robert aquella noche, agradecida como estaba por su reconfortante apoyo. Pero contaba con su promesa de no faltar a la fiesta dentro de dos días. Se acostó con el cerebro dándole vueltas por las muchas cosas que debería hacer. Era su primera fiesta importante, y quería que fuera un éxito. Si Robert entretenía a los invitados y Julien ayudaba a animar la noche, comenzaba a creerse capaz de sobrevivir con éxito. Se quedó dormida pensando en el festín epicúreo que brindaría para dejar atónito a monsieur Callot.

Todavía no había salido el sol, por la mañana, cuando comenzó su recorrido para dar indicaciones. AI volver al comedor, sacó una hoja de papel y comenzó a tomar notas, caminando hacia la galena.

Tige subía la escalera con un cuenco de agua caliente para afeitar. Eso significaba que Julien ya estaba despierto. Mientras terminaba con sus

anotaciones, lo saludó con la cabeza; luego guardó la hoja en el bolsillo de su delantal y subió la escalera, siguiéndolo.

Al llegar a la galena superior vio a Patrick Dye, de pie ante la puerta de Julien, como si acabara de salir. Tenía la cabeza inclinada. Un sólido tintineo reveló que estaba contando las monedas de un considerable envoltorio.

-¿Puedo ayudarlo en algo, m'sieu Dye? -preguntó, con voz fría.

Tan ocupado estaba él en su tarea que no la había oído llegar. Levantó bruscamente la cabeza y cerró los dedos sobre el oro. Con un rápido movimiento, guardó el puñado en la bolsa de cuero que llevaba, puso el monedero en el bolsillo y sacó una pequeña navaja, con la que comenzó a limpiarse las uñas amarillas. Sólo entonces sonrió, aunque con una expresión cautelosa.

-No, mi querida madame Declouet, no puede ayudarme en nada. O podría, pero usted no quiere.

Ella se puso rígida ante esas sugestivas palabras.

-¿Quería ver a mi esposo? -preguntó, arqueando una ceja.

El leve énfasis que había dado a la última palabra no tuvo efecto. El capataz guardó la navaja, meneando lentamente la cabeza.

-Acabo de hablar con él.

-Entonces no voy a distraerlo de sus obligaciones.

-Bueno, la verdad -dijo él, arrastrando las palabras, mientras la miraba de pies a cabeza-, usted es el tipo de mujer que podría distraerme.

Su mirada se posó, finalmente, con los pechos que subían y bajaban, impulsados por el creciente enojo de Amalie.

-Sus modales me resultan ofensivos, m'sieu Dye. ¡Le sugiero que se retire!

-¡Ah, la dama de la casa, vaya! ¿Y qué me hará si no me retiro? ¿Se lo contará a su esposo? No consiguió mucho con eso, la vez pasada, ¿eh?

Ella apretó los puños dentro del bolsillo del delantal. Sabía que Isa, a su espalda, retrocedía hacia el arcón de madera, vigilando la escalera, como si buscara ayuda o se preparara para correr.

-Si cree que Julien es capaz de pasar por alto semejante insulto a su esposa, está muy equivocado -dijo Amalie irritada.

-¿Está bien segura? ¿Está segura de que a Julien Declouet le importa un comino lo que le pase a su virginal novia?

Por las venas de Amalie corrió un desagradable impacto, desalojado de inmediato por la cólera directa. Hubiera querido abofetear esa cara, toscamente atractiva, pero prefirió las palabras como arma.

-Soy su esposa en todos los sentidos, m'sieu Dye, no una novia virginal. Y si piensa que eso no tiene importancia para un hombre como Julien, todavía tiene mucho que aprender.

El capataz quedó atónito por la sorpresa, pero de inmediato soltó una risa burlona.

-Así que al final se las arregló, ¿eh? ¡Qué lástima! Tenía la esperanza de consolarla uno de estos días. Pero no es demasiado tarde para darle una idea de lo que se está perdiendo.

Y la sujetó por los brazos, arrastrándola contra sí. Sus labios calientes y mojados le rozaron la comisura de la boca. Ella lanzó una exclamación de

furioso asco, desviando la cara, en tanto forcejeaba por liberarse. Por más que hizo, aquellos dedos clavados en sus brazos seguían sujetándola. Trató de darle patadas, pero las faldas le estorbaban.

De pronto se oyó el estruendo de una tapa pesada al cerrarse y un ruido de pasos precipitados. En seguida, una serie de golpes que azotaban los flancos y la espalda del capataz.

-¡Suéltela! -gritó Isa, fustigando al hombre, que lo doblaba en estatura, con el látigo tomado del arcón-. ¡Suelte a la *petite Maitresse*!

Patrick apartó a Amalie con brusquedad, haciéndola chocar contra la barandilla, y se volvió hacia el niño con un gruñido, arrancándole el látigo. Lanzó el puño y alcanzó a Isa en un lado de la cabeza. El golpe estrelló al negrito contra la pared.

-Ya te enseñaré a pegarle a un blanco, pequeña basura -bramó cerrando la mano sobre el látigo, en tanto echaba a andar hacia Isa.

Amalie se arrojó contra él, sujetándole el brazo levantado con tal fuerza que se le hundieron las uñas en su carne. El hombre giró hacia ella, pero quedó petrificado. La puerta de Julien acababa de abrirse bruscamente.

-Por todos los santos, ¿qué está pasando aquí?

Julien se detuvo en el vano de la puerta, atándose el cinturón de la bata, con una toalla húmeda al cuello. Tenía el pelo revuelto y la cara enrojecida por el agua caliente.

Amalie soltó a Patrick y dio un paso atrás, levantando una mano temblorosa para apartar de la cara los mechones escapados de su trenza.

-Este hombre me insultó, se atrevió a manosearme y golpeó a Isa.

-¡Cómo! -tronó Julien.

Sus ojos oscuros echaban chispas al mirar al capataz. Patrick rió, frotándose el arañazo con una mano.

-Sólo quería enseñarle un par de…

Julien avanzó tan deprisa que el chasquido de la bofetada sonó antes de que el capataz pudiera reaccionar. La cabeza de Dye cayó hacia atrás. Tuvo que levantar la mano para limpiarse la sangre que acababa de aparecer en la comisura de su boca. Las cejas se le unieron en la frente, llenas de furia e incredulidad.

Julien dijo suavemente:

-Mi esposa no tiene nada que aprender de usted ni de hombre alguno. Si vuelve a tocarla lo mataré.

-¿No se está olvidando algunas cosas? -barbotó Patrick, mirando a Amalie de reojo.

-¿Quiere recordarme eso en el campo de honor?

Ante la sedosa voz del amo, los ojos del hombre se ensancharon.

-Bueno, oiga, no hay necesidad.

-A mí podría venirme muy bien obligarlo a un enfrenta-miento, aunque me dolería acordar ese honor a un hombre que, a todas luces, está tan lejos de ser un caballero.

El capataz se lamió los labios.

-A mí no me gustan los duelos. Están legalmente prohibidos.

Julien sonrió.

-En este Estado, *mon ami,* la ley mira hacia otro lado cuando se trata de esa práctica. Al menos, es tan lenta para cumplir con sus funciones que

el alguacil casi nunca llega al campo de honor antes de que todos los interesados se retiren.

-Yo podría decir unas cuantas cosas...

-Pero no las dirá, ¿cierto?, por si no fuera necesario. En ese caso, se disculpará ahora mismo ante madame, mi esposa, y también ante su pequeño protector.

-¡Qué me voy a disculpar!

-De lo contrario...

Amalie, sin prestar muchos oídos al diálogo, estaba arrodillada junto a Isa. El niño tenía un cardenal en la mejilla y un chichón en la parte posterior del cráneo, pero su mirada era límpida y la mano con que sujetó la de ella, firme. De todos modos, el tono mortífero de aquellas últimas palabras le hicieron levantar la vista.

Los dos hombres se estaban mirando fijamente, tensos, como si cada uno de ellos buscara en el otro una señal de debilidad. De pronto, Patrick Dye apartó la vista y se volvió hacia Amalie, agachando la cabeza.

-Estuve grosero, madame Declouet. Espero que usted... y el muchacho... sepan disculpar.

Sin esperar respuesta se retiró a grandes pasos con el rostro ferozmente rojo y los puños apretados.

-¿Estás bien, *ma chère*?

En los ojos oscuros de Julien había preocupación. Amalie hubiera querido arrojarse en sus brazos, pero se limitó a hacer un gesto afirmativo.

-Si ese hombre vuelve a faltarte el respeto, siquiera con la mirada, quiero que me lo digas.

-Sí, por supuesto.

-Yo... tal vez sería mejor que te acostaras por unos minutos y tomaras una copa de vino.

-No es necesario.

Tal vez sería mejor que él no le hubiera permitido ceder a ese momento de debilidad. Ya se sentía mucho más fuerte, capaz de dominar sus nervios perturbados.

-Como quieras. Si me permites, voy a vestirme.

-Sí. pero... Julien...

-*¿Chérie?*

-Quería preguntarte cómo vamos a entretener a los invitados, esta noche.

El sonrió; fue una lenta curva de su boca, que le iluminó el rostro.

-Déjalo de mi cuenta.

Para ella era una alegría tal contar con él que a los ojos le subió otra sonrisa. No se movió hasta que la puerta de la alcoba se hubo cerrado. Entonces llevó a Isa al salón y sirvió una pequeña cantidad de vino para ambos.

Estaba ya en la galería frontal, saboreando el licor semidulce y estimulante reservado para las damas, cuando se le ocurrió que ese capataz tenía en Belle Grove una posición extrañamente privilegiada. No sólo conocía de un modo inexplicable los asuntos privados de sus patrones, sino que, a pesar de sus actitudes y de la violenta reacción de Julien, no existía la menor intención de despedirlo.

No tuvo oportunidad de interrogar a Julien con respecto a Patrick Dye. El pasó las treinta y seis horas siguientes ocupado en sus deberes de anfitrión. Además, parecía más remoto que nunca desde el contratiempo; en realidad, esa actitud venía acentuándose cada vez más desde que dejó de visitar su lecho.

Amalie esperaba contar con algunos minutos antes de la fiesta para hablar con él, pero madame Callot estaba haciendo el equipaje furiosamente; pedía papel de seda y cajas por docenas, aumentando mucho el trabajo de las lavanderas y planchadoras, en tanto se preparaba para la partida, que sería a la mañana siguiente temprano. Las carreras de doncellas y ayudas de cámara que trataban de atender a sus diversos amos, pidiendo bañeras, tendederos, y las planchas monopolizadas por madame Callot, probaron inevitables riñas que fue preciso apaciguar. Después vinieron las crisis de última hora con respecto a la comida, el vino y el arreglo de las mesas. Por fin llegó la hora de vestirse, y no todo estaba listo. De todos modos, Amalie se sentía tan feliz por saber que la partida de sus huéspedes era inminente que no le molestaban las llamadas.

Lally se dedicó a sus nuevas funciones con gran seriedad. Amalie estaba decidida a usar lo primero que sacara del armario, pero la doncella le había preparado uno de los vestidos comprados por Julien en Nueva Orleans: una creación de seda lilácea, cintas y encajes. Lally le sujetó un ramillete de rosas mosquetas a la capa de encaje, en el seno, y otro en la nuca, junto al recogido; luego dio un paso atrás, con tal aire de triunfo que Amalie reconoció su orgullo al competir con los mundanos sirvientes de Nueva Orleans y la llenó de cálidos elogios.

También tuvo motivos para felicitar a Marthe y al personal de cocina por la cena, preparada para doce parejas de las plantaciones vecinas y St. Martinville, además de Robert y los residentes de Belle Grove. En el festín se incluía un plato con reminiscencias de la antigua Roma: consistía en un pavo relleno con un ganso, el ganso con un pollo capón, el pollo con un pato, el pato con una gallina pigmea, la gallina con una perdiz y la perdiz con una paloma; cada una de las aves deshuesadas; todo se servía cortado en finas tajadas transversales.

La música de bailar corrió por cuenta de dos violines y un banjo, tocados por negros de las barracas; Amalie acompañaba al piano algunas piezas. Comenzaron con una serie de danzas rápidas. Las parejas jóvenes, formadas por amigos de Chloe y Julien, reían y hacían comentarios alegres al cruzarse en los giros incansablemente. Amalie, que los observaba mientras sus dedos ondulaban sobre el teclado del piano, se sintió matrona por primera vez. No recordaba haber sido nunca tan despreocupada y alegre, debido a los años de luto y a su prolongado noviazgo. Comparándose con la juvenil exuberancia de los bailarines, se sentía cansada y envejecida.

-Madame, ¿me haría el honor?

Era Julien, que se inclinaba ante ella. Sin esperar respuesta, la tomó de la mano y la aparto del instrumento para hacerla girar por el salón al compás de un vals. Sus movimientos tenían la líquida gracia del excelente control muscular; la guiaba con un contacto leve, pero firme, ajustando sus pasos a los de ella, con perfecta sincronización, llevado por el ritmo cadencioso. Ella le sonrió animada, desaparecido el cansancio. Julien la

miraba a los ojos, con las facciones tranquilas, aunque en la profundidad de sus ojos oscuros había un tinte de algo parecido al dolor.

Bailaron una y otra vez. Mientras giraba en los brazos de su esposo, Amalie notó que Robert bailaba con Louise por tercera vez. Había un gesto de posesión en los dedos que la muchacha entrelazaba con los de él; se la veía entusiasmada, y sus risitas resonaban por todo el salón. Amalie lanzó a Robert una mirada risueña y él se encogió irónicamente de hombros. Al parecer, el efecto de sus miradas ardorosas había perdido fuerza y, como resultado, su compañera estaba sintiendo una ternura muy especial por él. Madame Callot, en vez de interferir, los contemplaba con una sonrisa complaciente en la carota blanca.

Cuando la música terminó, Robert devolvió a Louise a sus padres y buscó a Amalie, que se abanicaba junto a Julien, cerca de las puertaventanas. Con la cabeza inclinada y una sonrisa que abría surcos en las facciones de su rostro, dijo a Julien:

-Perdona, primo, pero ¿puedes prestarme a tu esposa?

Amalie sintió que Julien se ponía rígido y le echó una breve mirada de soslayo. Su expresión se había vuelto súbitamente cautelosa. Para quebrar aquella extraña tensión, adoptó un tono juguetón, diciendo al primo:

-¿Acaso necesitas protección?

-Algo así como alguien que desvíe de mi rastro a la jauría. Juro que me siento como un zorro al que se ha sacado de la espesura.

La actitud de Julien se relajó.

-Y los galgos ¿son acaso hembras?

-Exactamente.

Amalie inclinó la cabeza.

-Tal vez te convenga echarte en brazos del perseguidor.

-No, gracias. Con una risita más la estrangularía.

Y Robert, sin esperar permiso, ofreció el brazo a Amalie para llevarla a bailar.

Ella todavía estaba sin aliento por las piezas anteriores. A eso se debía la aceleración de su pulso, el peso en el pecho, el rubor de sus pómulos. Era lo desacostumbrado del ejercicio también lo que la hacía sentir débil y algo mareada al girar por el salón, entre aquellos brazos. Levantó la vista y descubrió que Robert la estaba observando, reservado y tenso. Recorrida por un escalofrío apartó la vista de inmediato.

-Te debo una disculpa -dijo él.

-¿Por qué?

-No te pregunté si querías o no bailar conmigo. Si no quieres, basta con que lo digas y te llevaré con Julien.

Ella logró hablar con tono ligero.

-No seas ridículo. ¿Por qué no voy a querer?

-No sé. Tal vez a mí me toca preguntar si te he ofendido. -La voz de Robert seguía siendo grave.

-Si continúas con eso es posible que me ofendas. Eres de la familia y tengo perfecta conciencia de todo lo que haces por Belle Grove. Espero que nuestro trato no sea tan ceremonioso como para preocuparnos por pequeños malentendidos.

-Por mi parte no, sin duda. Pero como has llegado a ser parte de la plantación, a veces olvido que, llevando tan poco tiempo entre nosotros, quizá no comprendas nuestras costumbres.

-Me alegro. Así quiero que sea.

Su voz era firme y su sonrisa no vaciló. Robert pareció aceptar ese aire franco. Sin embargo, poco después Amalie lamentó haber descartado el asunto con tanta prontitud.

Fue durante una pausa de la música, mientras los músicos descansaban y bebían algo. Algunos de los huéspedes más maduros fueron al comedor en busca del postre que habían dejado para más adelante, mientras los jóvenes paseaban gozando de la frescura nocturna por la larga galería alta. Amalie se había sentado sobre el arcón de la parte trasera, momentáneamente sola; de pronto la asaltaron los remordimientos. Como anfitriona le correspondía estar vigilando que se atendiera a los huéspedes, sobre todo abajo, en el comedor. Pero M'mère estaba allí y Julien en el salón. Tal vez bastara con ellos.

Lo último quedó confirmado cuando la voz de su esposo se elevó en un anuncio. Amalie se levantó para acercarse a la puerta del salón. Se trataba de un juego, de una versión corregida del gallo ciego. Alguien sería ese gallo: Julien, para comenzar. Se le pondría una venda y se lo haría girar varias veces para confundirlo. Después, en vez de tropezar aquí y allá, persiguiendo a los que no supieran guardar silencio, ordenaría que se amortiguasen las luces. De ese modo, los capturados estarían en igualdad de condiciones con el perseguidor. Además, cada atrapado tendría que pagar prenda, además de ser el gallo ciego en la vuelta siguiente.

Hubo gritos de aprobación por parte de los hombres y exclamaciones escandalizadas entre las mujeres jóvenes, al tornarse evidentes las ventajas adicionales del juego. Dos o tres de las solteronas presentes se miraron con las cejas arqueadas, pero ninguna elevó la voz para oponerse. En cuestión de segundos apareció la venda y se apagaron los candelabros.

Las risitas de Louise eran claramente audibles mientras corría de un lado a otro. Hubo un par de exclamaciones ahogadas, al chocar los participantes entre sí o contra los muebles. Casi todos trataban de apartarse silenciosamente cuando Julien se acercaba, pero el ruido del calzado sobre el suelo, desprovisto de alfombra, y el susurro de pantalones y enaguas resonaban en la oscuridad.

Amalie se alejó hacia el rincón opuesto de la galería, donde la barandilla se encontraba con la pared. No estaba de humor para juegos y ese no le parecía prudente. De todos modos, tal vez no tenía nada de malo y terminaría, sin duda, en cuanto los adultos de la planta baja descubrieran que las luces estaban apagadas. Mientras tanto, se sentía demasiado cansada como para intervenir. Sería un alivio ir a la cama, cuando acabara la fiesta.

No fue un ruido lo que la alertó, sino una presencia. Al volver la cabeza vio la silueta de un hombre; sus hombros anchos se recortaban contra el resplandor del patio, vagamente iluminado por las velas del comedor. Avanzaba hacia ella. Pensó, sonriendo un poquito, que Julien se había percatado de su salida y, recogiendo las faldas, retrocedió con cuidado hacia

el rincón. El cambió de dirección para acercarse a ella donde la oscuridad era más intensa.

De pronto alargó las manos para atraerla hacia él. Sus dedos, suaves y familiares, le rodearon la cintura, le abarcaron los pechos. Su voz era ronca al decir:

-Amalie, *chérie,* reclamo esto como prenda.

Su boca descendió hacia la de ella con meliflua dulzura, moldeándole los labios con el calor de su deseo. En tanto sus brazos la estrechaban, acentuó el beso, explorando, disfrutando de la bien dispuesta reacción. Amalie volvió a sentir la necesidad de él y se estrechó contra su cuerpo, sintiendo la presión de los botones del chaleco. Tan intenso era su apetito que perdió el equilibrio, sostenida sólo por la fuerza de aquel abrazo.

En eso se oyó, junto a ellos, el chasquido de un fósforo. Su pequeña llama amarilla floreció con potencia, dañando los ojos. Amalie, sobresaltada, se echó hacia atrás, medio cegada, consciente de la inmovilidad de su compañero, del círculo protector de sus brazos. Miró más allá de la llama temblorosa a lo largo del brazo del hombre que la había encendido, buscando el rostro.

Julien.

Tenía la venda en la mano.

Y el hombre que la tenía abrazada era Robert.

8

Amalie, tendida en la cama, con la cabellera esparcida en sedoso esplendor sobre la almohada, miraba fijamente el mosquitero. Esta vez no podía negarlo. No había error: el hombre que la había poseído en el lecho conyugal era Robert. El que le había hecho el amor en el invernadero era Robert. El que poseía un íntimo conocimiento de su cuerpo, el que fuera su dueño, centímetro a centímetro, el que fundiera hasta sus huesos de deseo, otorgándole el goce más sublime, era Robert.

Se sentía degradada.

Pero, ¿con qué derecho la había engañado así? ¿Cómo y por qué se habían arreglado así las cosas?

¿Cómo había llegado ella a aceptarlo en su cama? El y Julien eran muy parecidos, pero también muy diferentes. Recordó un breve instante de aquella primera noche en que notó a su esposo más seguro de sí, hasta cambiado. Sin embargo ¿cómo hubiera podido imaginar semejante sustitución? Era inconcebible que Robert se hubiera atrevido a utilizarla de ese modo, arriesgándose a ser reconocido, echando por tierra las estrictas convenciones que los ataban. Conducta tan improbable estaba más allá de lo que ella podía suponer. Tal vez en eso residía el secreto de su credulidad.

El le había dicho que la amaba, y ese era el mayor de los engaños. No había necesidad, desde luego, de llevar tan lejos la comedia.

Era una adúltera. Aunque inocente de toda culpa, había pecado.

No, no, no. No podía ser. Se negaba a creerlo; no quería creerlo. La gente común y normal no hacía semejantes cosas. Se estaba engañando, confundida por su propia pasión, tan recientemente avivada. Era sólo coincidencia que los besos de su e poso y los de su primo se parecieran tanto. Sin duda, todas las caricias eran similares. Ella tenía poca experiencia de esas cosas, pero ¿hasta qué punto podía haber diferencias en el simple contacto de los labios?

Robert se sentía atraído por ella, tanto como ella por él. Sólo había querido robarle un beso. O tal vez había sido un juego, un juego ideado por Julien, el motivo de que Robert la persiguiera durante la fiesta. ¿Acaso no lo había dado a entender él mismo, al verla tan espantada? ¿Qué había dicho? "Fue una apuesta estúpida y cruel. Te ruego muy humildemente que me perdones."

Pero estaba obligado a decir algo, ¿no? Las circunstancias requerían algún esfuerzo por ganar la voluntad de ella, utilizando cualquier medio.

Las dudas la atormentaban desde hacía ya cinco días enteros. La noche de la fiesta había dormido muy poco, y lo mismo en los días siguientes. Después de despedir a sus huéspedes, apenas había notado que regresaba la paz y la intimidad, tras tanto desearlas. Quería respuestas, pero la horrorizaba tanto lo que pudieran revelar que, al acostarse, dejaba una lámpara pequeña encendida junto a la cama. Estaba decidida a ver el rostro del hombre que viniera a su cuarto.

Pero nadie venía.

No estaba segura de lo que eso podía significar. Si a Julien le había disgustado su conducta, si se avergonzaba de la propia, quizá la estaba evitando. Ella sabía por Lally que había ido a St. Martinville casi todas las noches, desde la fiesta, para volver al amanecer. Pasaba las tardes practicando esgrima y tiro al blanco, o pintando, mientras navegaba en su velero a la deriva: cualquier cosa que lo mantuviera lejos de la casa.

Por otra parte, si su amante era Robert, en verdad, no querría continuar con la seducción a la luz de la lámpara. ¿Qué otra cosa podía mantenerlo lejos, como no fuera su propia conciencia? No podía saber lo mucho que Amalie sospechaba de él, como no lo pusiera en evidencia la misma luz de la lámpara.

La llama chisporroteó un instante; su luz vacilaba. Amalie volvió la cabeza para contemplar el vaso de vidrio rosado. Su leve resplandor, esfumado por la gasa del mosquitero, daba a su piel un tono delicado. Una vez más, la llama volvió a bailar en la mecha.

No podía ser por falta de aceite, pues Lally la había llenado esa misma mañana. Pasó algún tiempo observándola, pero el borboteo no se repitió. Por fin le volvió la espalda y cerró los ojos, levantando un brazo para protegerlos de la luz. Estaba habituada a dormir en la oscuridad y no se acostumbraba a ese resplandor. Sintió la fuerte tentación de hundir el cuarto en sombras. Si nadie había venido en cinco días, lo más probable era que no viniera nunca más.

La idea no le era agradable, a pesar de sus sospechas. ¿Acaso jamás volvería a conocer el abrazo de un amante, sus caricias, la creciente excitación que causaban? ¿Se estaría condenando a esa existencia estéril con sus propias acciones? Era insoportable pensarlo. Y sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Podía aceptar lo que fuera. Si había estado cometiendo adulterio, no era por propia voluntad, sino por instigación de otros. Dadas las circunstancias, tal como ella las conocía, se podían adivinar los motivos. ¿Y quién era ella para determinar que no tenían valor?

Cuando logró conciliar el sueño, su descanso fue inquieto, lleno de turbias imágenes y deseos insatisfechos. Dio vueltas en la cama hasta que su cabellera se enredó a ella como una soga que la atara, hasta que el camisón se le enroscó en la cintura. Tenía miedo de la oscuridad, pero la perseguía un punto luminoso que se tornaba cada vez más potente, hasta amenazar al mundo con un incendio, antes de desaparecer sin motivo. Llena de alivio se acomodó de costado, abrazada a la almohada en la oscuridad, que se mecía en derredor susurrante.

El primer contacto fue leve, un mero roce, pero la sensación provocada parecía una llamarada. Surgió otra vez, con más firmeza. Por las venas de Amalie corrió una dulce excitación, que creció con increíble celeridad hasta convertirse en una fiebre. Se movió; contra su cuerpo sentía el calor de otra persona, el peso de una mano en el pecho. Emitiendo un sonido suave, se volvió; su boca quedó apresada en un beso que exigía, imploraba. Unos brazos fuertes se ciñeron en torno a ella, estrechándola contra el cuerpo fuerte de un hombre que la abrazó con fuerza antes de inclinarse sobre ella. Su camisón subió un poco más. Una rodilla se deslizó entre sus muslos.

Amalie despertó ante la líquida oleada del deseo. Perdida la cabeza, deslizó las manos por los flancos del hombro, por los abultados músculos de su espalda. El se quedó quieto.

No era eso lo que ella deseaba. Se movió contra él, girando la cabeza para rozarle la cara áspera con los labios.

El soltó el aliento contenido e incitó un ritmo que, en su exultante energía, los catapultó a ambos en una furia de incontenido ardor. Aquella pasión tenía un filo de violencia, un regusto de remordimientos.

Algo después él se tendió a su lado. Amalie cambió de posición, estirando los músculos entumecidos, y permaneció quieta un instante, respirando con calma, con la vista perdida en la oscuridad. Luego alargó la mano para apartar el mosquitero y buscó a tientas la pequeña lámpara. El vidrio rosado aún estaba caliente; la llave que operaba la mecha estaba en el tope inferior, como si la hubieran apagado.

En el cajón de la mesita había una caja de cerillas. Ella buscó la gota metálica que servía para abrirlo. La pieza repiqueteó en su mano.

-No -dijo un susurro áspero, detrás de ella, imperiosa a pesar de su urgencia-. Por favor, no hagas eso.

Ella permaneció inmóvil durante un largo instante, escuchando el palpitar de su propio corazón, antes de contestar:

-Es preciso. ¿No te das cuenta?

La única respuesta fue el movimiento del colchón, a su espalda, y el susurro del tul apartado. Luego, un roce de ropas.

El se iba. Amalie se incorporó más en la cama, abrió el cajón, buscó a tientas la caja de cerillas. Tomó una. La primera se rompió. La segunda lanzó una chispa e hizo llama. Giró con ella en la mano, pero sólo pudo ver, a través del tul, la negra abertura de las puertas corredizas, abiertas hacia el cuarto de Julien. De inmediato oyó claramente el pomo de la puerta exterior al girar.

Apagó la cerilla sin ocuparse de la lámpara. Bajándose el camisón, bajó de la cama y corrió a las puertas.

Se detuvo bruscamente ante la entrada exterior, con el pelo arremolinado y los ojos fijos en la oscuridad de aquel cuarto. Ya sabía la respuesta. No podía ser más evidente. Julien no hubiera huido, recogiendo sus ropas para arrojarse a la noche como un delincuente. ¿Por qué huir, si tenía el derecho legal de ocupar su lecho? Era su esposo. Y ya no podía seguir negando la verdad. El hombre que acababa de abandonarla, a pesar de todo, por imposible que pareciera, era, y había sido siempre, Robert.

No podía soportarlo. Necesitaba hablar con Julien.

Esa decisión, tomada durante la noche, no fue tan fácil de mantener a la luz del día. Lo había intentado una vez, ¿con qué resultado? Evasiones, y la sensación de que era una deslealtad solamente el pensar que semejante subterfugio hubiera podido ser empleado contra ella.

¿Cómo preguntar a su esposo, directamente, si había permitido a otro hombre el acceso a su lecho? ¿Podía esperar una respuesta franca, si el orgullo de Julien y la tenue armonía de su matrimonio podían depender de que ella ignorara la verdad? Y en el fondo, ¿quería ella esa confirmación?

Si ponía fin a esas visitas clandestinas, tal vez fuera preferible fingir que nunca habían tenido lugar. Era lo más prudente. Los resultados serian los

mismos que si ella no hubiera descubierto nunca la verdad. Existía una cortesía superficial que le permitiría seguir considerándose esposa de Julien.

La alternativa no era tan agradable. Anular el matrimonio basándose en la no consumación era imposible, a ojos vista; el divorcio, aun sancionado por la iglesia, requería involucrar a la ley en un difícil procedimiento. Sería preciso sacar a relucir una prueba muy difícil. Aun en ese caso, no era seguro que el divorcio fuera concedido, sobre todo si Julien, con su fortuna y su influencia, se oponía a ello. ¿Y después? ¿Qué clase de vida podía llevar, legalmente libre, pero espiritualmente perseguida por el pasado?

Podía volver a casa de su tía, por supuesto. Tía Ton-Ton la recibiría sin preguntas y se convertiría en su defensora cuando conociera la verdad. Pero ella no estaba segura de poder reducirse al puesto de mera sobrina, tras haber sido la señora de su propia casa. Tenía cariño a Julien, su compañía le era agradable, cuando él decidía esmerarse. Por lo visto, existían pocas probabilidades de que él le impusiera sus atenciones. ¿Por qué, entonces, no vivir en paz su papel de esposa, mientras pudiera evitar las visitas clandestinas de Robert? Pero ¿era posible impedirlas sin pedir colaboración a Julien, sin hablar con él?

Sus pensamientos giraron en círculos a lo largo de toda la mañana y la tarde del día siguiente, sin llegar a ninguna conclusión definitiva. A veces le parecía que lo más práctico era aferrarse a su matrimonio; a veces se castigaba por cobarde, por no denunciar a Robert, por no arrancarse de sus brazos y abofetearlo. La había tomado por sorpresa, insegura de su identidad. Trataba de convencerse de eso, pero bien sabía que el motivo había sido su propia debilidad. Sólo una cosa le había impedido reaccionar: su deseo, la excitación de su contacto, la dulce droga de sus besos.

En esa confusión estaban sus sentimientos e ideas cuando salió al patio delantero, a la suave luz del atardecer, y vio el velero de Julien dirigiéndose hacia el amarradero. Vaciló entre esperarlo o echar a correr. El se incorporó entre sus almohadas y levantó la mano en un saludo indiferente. Mientras sujetaba amarras, preguntó, levantando la voz:

-¿Pasa algo?

-No, no -respondió ella, comprendiendo que parecía haber salido a propósito para irle al encuentro-. Estaba paseando.

-Me alegro de que tuvieras tiempo. Estás siempre demasiado atareada. -Julien se acercó para caminar con ella hacia la casa.

Amalie le dirigió una mirada sorprendida; no hubiera pensado que él reparara en lo que ella hacía.

-Hoy no he hecho casi nada, salvo recibir visitas.

-Me permito dudar de eso -replicó él, secamente-. Pero no importa. ¿Todo anda bien? ¿No ha habido más problemas con Dys?

-Todo anda bien.

Amalie no había pensado en Patrick Dye desde el incidente en la galería. Desde luego, la situación en que se hallaba no dejaba sitio para otras preocupaciones.

-Mejor así.

Dieron unos cuantos pasos más.

-¿Julien?

El la miró con una sonrisa fácil, expectante, pero relajado. Lo que ella deseaba decir era una maraña en su mente. Por miedo de herirlo, no podía ordenarlas. Optó, en cambio, por lo primero que le vino a la mente.

-Hace un rato vino el palafrenero de los Morney. Estamos invitados al baile de cotillón que dan dentro de dos semanas.

-Será agradable.

Julien la miraba intrigado, como si sospechara que ella tenía otra cosa en la mente. Amalie se apresuró a tranquilizarlo.

-Por el número de invitaciones que el hombre llevaba en la cesta, parece que asistirá todo el país. ¿Estás seguro de que quieres ir?

-No sé por qué no. Ellos vinieron a nuestra *soirée;* sería una grosería no permitir que nos devolvieran la atención. Además, hace falta un poco de diversión para que la vida sea soportable.

-Si estás decidido, escribiré aceptando. -Un segundo después, ella continuó-: Hay algunos casos de fiebre en las barracas. Los estoy tratando con corteza de quina.

-Debes tener cuidado -observó Julien, clavándole una mirada preocupada-. No conviene que enfermes ahora que...

Se interrumpió, como conteniendo lo que iba a decir. Ella volvió la cabeza para mirarlo.

-¿Ahora que qué?

-Debes saber que tu estado de salud es muy importante para mí.

-Sí, pero ¿por qué ahora?

El sonrió, sin apartar de ella sus ojos oscuros.

-Por el motivo habitual tratándose de una mujer que lleva casada algunos meses, *chérie.*

-Oh, comprendo.

Conque él estaba preocupado al pensar que ella podía poner en peligro su salud estando quizás embarazada.

-Se te ve muy bien últimamente. Radiante, diría yo. ¿No crees tener algo que decirme al respecto?

Era una cuestión que Amalie había tenido en cuenta, pero no estaba segura. Aunque llevaba un retraso en sus períodos, hasta muy poco antes no había tenido motivos para vigilar las fechas exactas. Por otra parte, no se atrevía a afrontar las implicaciones de esa posibilidad. Al cabo de un momento, respondió:

-Creo que no.

-Lástima.

En la voz suave de su marido había una auténtica pena. Por qué el asunto le importaba tanto era algo que ella no podía imaginar, a menos que estuviera harto de prestar su dormitorio para el ingreso de Robert, y más harto todavía del papel de engañado. De cualquier modo, no hubo tiempo para preguntar, pues ya estaban ante la puerta.

Con su deferencia habitual, Julien la saludó con la cabeza y se retiró a bañarse y vestirse para la cena.

Fue una comida tranquila y breve. Julien se disculpó, diciendo que tenía un compromiso en la ciudad. Amalie se acostó con un libro y leyó hasta estar segura de que él se había ido. Luego, con un trozo de cinta, ató los pomos de las puertas corredizas para que los paneles no se pudieran

abrir. Había pensado que no podría dormir, temiendo oír el ruido de las puertas al moverse, pero cuando despertó ya había salido el sol.

Al entrar al comedor se detuvo bruscamente. Robert estaba sentado a la mesa, con un pie estirado hacia adelante y una taza de café en la mano. Al verla allí se levantó para apartarle una silla.

Hubo una pausa incómoda. Amalie había perdido su habitual dominio de sí y no se decidía a sonreír ni a adelantarse. Miraba fijamente a Robert, demudada. M'mère dejó la carta que estaba leyendo para mirarla con una ceja arqueada. Chloe, que hablaba con George en voz baja, levantó la vista con el entrecejo fruncido. El inglés tragó saliva; una expresión cautelosa le asomó a los ojos celestes.

-Buenos días, *ma chère* -saludó su suegra, con voz tranquilizadora-. Tenemos excelentes noticias. Las plantas de China acaban de llegar a Nueva Orleans, y yo seré la primera en elegir. -Agitó la carta, agregando-. He recibido esto del representante; llegó esta mañana por mensajero especial. George irá de inmediato para encargarse de eso.

-¡Qué bien! -respondió Amalie.

Su tono sonaba sofocado, pero al menos había podido hablar y adelantarse con una apariencia de normalidad, a pesar de los temblores que le recorrían. Ocupó la silla sin mirar a Robert, aunque sentía sus ojos fijos en la cara, como una marca a fuego. Fue un alivio que Isa, al llenarle la taza de café, le proporcionara la oportunidad de distraer su atención de aquel hombre.

M'mère seguía charlando, dedicada a describir la ruta que seguiría George, pero Chloe se mostraba reacia a dejarlo ir, temiendo los posibles atractivos de las bellezas ciudadanas y la susceptibilidad de su amado. El trataba en vano de asegurarle que sólo se interesaba por las plantas. La muchacha, sin dejarse consolar, le rogó que volviera a hablar con Julien antes de la partida, como si pensara que un compromiso más permanente entre ambos frenara las inclinaciones al vagabundeo.

Como George parecía cada vez más azorado, Robert intervino, preguntando si la estación no estaba ya muy avanzada para plantar esos arbustos. El especialista se dedicó a darle una larga conferencia sobre el tema.

Amalie dejó que la conversación pasara de ella, sin intento alguno de tomar parte. Desmigajó el panecillo y comió las moras con crema que Isa le había llevado; mientras tanto, buscaba mentalmente una excusa para escapar en la primera pausa. Robert le ahorró el trabajo. Antes de que ella adivinara sus intenciones, pidió disculpas, acabó su café y, recogiendo el sombrero, avanzó hacia la puerta. Ella se quedó mirándolo con una parte de alivio y otra de dolor no reconocido. Ya ante la puerta, él giró en redondo, buscándola con una dura mirada; en sus ojos azules se reflejaba la misma desolación.

¿Cómo iba a soportar el resto de su vida, tropezando con Robert a cada paso? No había forma de escapar de él, pues entraba y salía de esa casa como si fuera la suya. Verlo, saber lo que había ocurrido entre ambos y no mencionarlo jamás, no darse por enterada, requeriría más fuerza de voluntad de la que ella poseía, sin duda.

Tan perturbada estaba que apenas notó la retirada de George, para supervisar su equipaje, ni la de Chloe, que salió con un pañuelo apretado a la comisura de un ojo.

-Bueno, *ma chère,* dime qué es lo que te aflige. ¿Te sientes mal?

-No, en absoluto -contestó la joven apresuradamente, temiendo que M'mère pensara como Julien la noche anterior, si se le daba el menor pretexto.

-No puedes negar que algo te afecta.

-Le agradezco el interés, pero es sólo... un ataque de estúpida melancolía -aseguró, haciendo un valiente esfuerzo por sonreír.

-¿Acaso Julien te ha molestado? -preguntó la anciana, entornando los ojos.

-No, nada de eso.

-Entonces... -La suegra vaciló-. ¿No habrás discutido con Robert?

-¿Por qué lo pregunta?

-Supongo que soy una vieja tonta, pero me pareció que el primo de Julien te caía simpático. Y en estos momentos se diría que tus sentimientos han sufrido un cambio. Si te parece que no lo soportas, podría hablar con él y pedirle que no nos visitara con tanta frecuencia.

¿Había una motivación tras las palabras de M'mère? ¿Acaso sospechaba lo ocurrido y trataba de encontrar un pretexto para mantener a Robert lejos de Belle Grove? Habría sido muy feo limitarlo a su casa de soltero, después de haberlo recibido bien allí durante tantos años.

-¡Pero si es de la familia! -exclamó, forzando un tono despreocupado-. Sería una crueldad de mi parte, ¿no? Además, le aseguro que no hay ninguna necesidad. Robert y yo somos primos políticos y... y nos llevamos muy bien.

M'mère no quedó del todo satisfecha con esa respuesta, pero no insistió. Al cabo de un rato, Amalie salió para cumplir con sus tareas.

El día pasó rápidamente, sobre todo porque ella lo colmó con todas las labores posibles. También porque temía lo que pudiera depararle la noche.

Se puso el camisón y la bata y dejó que Lally le cepillara la cabellera. La camarera y Tige habían entablado una buena relación; así le fue fácil saber que Julien estaba otra vez fuera de la casa por cuestiones propias.

Eso no sirvió para tranquilizarla, desde luego. Cuando Lally se fue, ella se dedicó a pasearse por el cuarto, deteniéndose de vez en cuando a escuchar, según la casa se iba sumiendo en el silencio al correr las horas.

Más de una vez echó un vistazo hacia las puertas corredizas, todavía atadas con la cinta. Cualquier hombre fuerte podía romperla o cortarla con facilidad introduciendo un cuchillo por la ranura. Era más que una protección, una señal que demostraba su negativa a seguir participando en esa farsa.

Si Robert tenía algo de sensibilidad, no dejaría de respetarla.

Giró en redondo y deslizó una mano por los pies de la cama. Apretó el pilar del lado opuesto hasta que las tallas se le clavaron en la palma.

De pronto lo soltó y permaneció inmóvil.

¿A qué tanta agitación? ¿Era miedo de que Robert viniera o temor de que no lo hiciera?

Echó hacia atrás la ondulante cortina de su cabellera. Se estaba portando como una tonta. Si se veía en esa situación, no era por culpa suya. Nadie le había pedido permiso para ese engaño. No tenía porqué sentirse culpable. La habían manejado sin reparos, como a una yegua de cría que debiera ser servida.

Un frío enojo acentuó las sombras azules de sus ojos pardos, en tanto giraba hacia la puerta. Con movimientos deliberados, soltó la cinta y abrió las puertas corredizas. Hecho eso, se inclinó hacia la lámpara que ardía junto a la cama y la apagó de un soplido. Luego franqueó la abertura de las puertas.

El cuarto estaba vacío. Tige ya no esperaba levantado el regreso de Julien.

El motivo era obvio, aunque en un principio le había parecido muy considerado por parte de su esposo, dejar dormir tranquilo a su ayuda de cámara. Cerró las puertas tras de sí, encerrándose en la oscura alcoba.

Conocía bien el cuarto, no sólo por las veces que había visitado a Julien, sino por sus frecuentes inspecciones de limpieza. Avanzó con cautela hasta el lavamanos, puesto contra la pared, junto al cual pendía una lámpara grande. Allí dejó su caja de cerillas. Con mucho cuidado, retiró el vaso de la lámpara y levantó la mecha. Después de localizar la silla puesta a un lado, la acercó a ese rincón y se acomodó en ella, dispuesta a esperar.

9

Pasó una hora, y después media más. Sobre Amalie se agolpaban las dudas sobre la prudencia de lo que estaba haciendo, pero las desechó. Se negaba a pensar, concentrada en cada ruido de la vieja casa, dentro y fuera de ella. Esa noche no habría viento, sólo la suave y fecunda quietud del verano, con su tintineo de ranas y el áspero canto de los grillos.

Tan afinada estaba con los ruidos de la noche que oyó de inmediato el rozar de un paso en la escalera de atrás. Se puso de pie y, con el mismo movimiento, tomó una cerilla de la caja y se preparó para encenderla. Mientras esperaba, sus sentidos llegaron a un estado de alerta casi doloroso. Pero no percibió un solo ruido más hasta que comenzó a girar el pomo de la puerta exterior.

La puerta se abrió sobre goznes silenciosos, revelando un rectángulo gris, difuso, por el que cruzó momentáneamente la alta sombra de un hombre, antes de que volviera a cerrarse. El avanzó con la silenciosa gracia de una pantera; sólo el roce de sus pantalones marcaban su avance por la habitación. Debió levantar el peso de una de las puertas corredizas, pues se deslizó por el riel de bronce emitiendo apenas un susurro. El dio un paso por la estrecha abertura.

Fue suficiente.

Amalie encendió la cerilla y, con dedos que temblaban incontrolablemente, arrimó la llama sulfúrica a la mecha de la lámpara. Entonces giró en redondo, temiendo que el hombre huyera desde su alcoba al salón, tal vez atropellando a Isa, que dormía afuera.

No ocurrió así.

Roben permaneció junto a la puerta corrediza, con una mano fuerte apoyada en la madera. La miraba con franqueza, erguido, sin expresión alguna en los ojos azules.

Hasta ese momento y a pesar de todos sus argumentos, ella no había podido convencerse. En ese momento comprendió que le había parecido imposible. La invadió el asco. Miró a ese hombre, muy abiertos y acusadores sus ojos pardos, hasta que el calor de la cerilla le llegó a los dedos, obligándola a apagarla con gesto veloz.

Con voz tan hueca que apenas la reconoció como suya, preguntó:

- ¿Querrías explicarme qué estás haciendo aquí?

-Creo que ya lo sabes.

La respuesta era serena, pero la presión de sus dedos morenos contra la puerta era tal que las puntas de las uñas se pusieron blancas.

-Querías tomar el lugar que corresponde legítimamente a Julien, por supuesto. Eso lo sé, pero no el por qué.

-No fue por decisión mía...

-Oh, ¡eso te lo creo! -exclamó ella, con tono duro, al renovarse su enfado.

Agregó, deliberadamente:

-Aunque ha sido un gran placer, por cierto.

-Ha sido algo despreciable.

Robert tardó un momento en contestar; cuando lo hizo, en sus palabras había un filo mellado.

-¿Habrías preferido seguir siendo una esposa virgen e intacta?

-¡Eso no tiene nada que ver! -gritó ella, volviéndole la espalda-. Lo que quiero saber es por qué empezó todo esto.

-¿No adivinas?

Ella levantó el mentón.

-Supongo que fue para dar un heredero a Belle Grove.

-Exactamente.

-¿Y tú te prestaste a semejante subterfugio? ¡Te creía hombre de honor!

Los ojos pardos centelleaban de desprecio. La piel bronceada de Robert perdió el color.

-Yo también pensaba eso; ya no estoy tan seguro. Pero he llegado a comprender que, en este caso, soy una marioneta igual que tú.

-¡Pudiste haberte negado! ¡A mí no se me dio la oportunidad!

-Me negué en un principio.

El sonido tenso de su voz, aquellas palabras, despertaron en ella un recuerdo. En la sala, el primer día después de su regreso a la plantación, antes de la inundación, él acababa de rechazar alguna propuesta al entrar ella; recordó el brusco cambio de tema y la extraña sospecha de que ella había sido el motivo de aquella discusión.

-M'mère -dijo, casi para sus adentros.

-M'mère -concordó él.

-¿Cómo pudo hacer eso? -La voz de Amalie descendió hasta un tono grave.

-Ella y mi tío trabajaron toda la vida para construir este lugar: una casa permanente para Julien, una herencia para sus descendientes, un trozo de inmortalidad, si quieres. Como las grandes propiedades de Francia e Inglaterra, debía pasar de generación en generación... pero tal y como estaban las cosas parecía que esta fuera a ser la última.

-Pero cualquier niño que tú y... Es decir, cualquier hijo que yo pudiera tener no sería de su sangre.

-Pero si de la de su esposo, mediante el hijo de su hermana: yo mismo.

-Entonces, ¿por qué no legar Belle Grove a tus hijos, simplemente? -preguntó ella, perdiendo en parte el autodominio.

-¿Para que se confundiera con mis propiedades? Además, como soy soltero no había garantías de que llegara a tener hijos, al menos a tiempo, hijos que M'mère pudiera criar y moldear como a niños propios.

-¿A tiempo?

-Habrás notado que no está bien. No quiere hablar de eso, pero consultó a varios médicos en Nueva Orleans el otoño pasado. Por eso...

-Por eso se apresuró a casar a Julien conmigo -concluyó ella.

-¿Acaso tiene importancia?

-No. Lo que tiene importancia es esta situación intolerable. Tiene que terminar, es preciso, ¿me oyes?

-Te oigo, y también te oirá el resto de la casa si no...

-¡No me importa! ¿No te das cuenta? ¡Soy una adúltera! Tal vez eso no sea nada para ti, que tienes amantes casadas, pero para mí sí.

-¿Que tengo qué? -Las cejas de Robert se unieron, intrigadas.

Ella pasó por alto aquella pregunta.

-Dirás lo que quieras, pero a ti nadie te obligó a... a venir a mi cama. Viniste por propia voluntad, sin pensar siquiera en lo que yo sentiría. Viniste para satisfacer tu propia lujuria, para hacerle un bastardo a Julien por pura trampa.

-¡No es así!

-¿Cómo puedes negarlo?

-Julien estaba enterado -afirmó él, con voz dura.

Ella sabía que eso era forzoso, pero se trataba de otra cosa inaceptable.

-Conque tenías autorización de mi esposo. Pero ¿y la mía? ¿De la mía qué?

El la miró fijamente durante largos instantes. Luego aspiró hondo y dejó escapar el aire con lentitud. Soltó la puerta y se acercó a ella.

-Estás perturbada, y se comprende. Será mejor que hablemos de esto más tarde, cuando estés más tranquila.

Amalie retrocedió para apartarse. Fue un alivio que él se detuviera de repente.

-No tenemos... no tenemos nada de que hablar. Debes darme tu palabra de que no volverás aquí. Es todo lo que te pido.

-Amalie, sé razonable -pidió él, dando un paso más.

-¡Ahora mismo! -exigió ella, retrocediendo.

La luz de la lámpara tallaba ese rostro masculino, convirtiéndolo en una máscara de bronce. A pesar de su furiosa determinación, Amalie cobró conciencia del magnetismo que ejercía sobre ella. No era el miedo lo que le hacía retroceder, sino el temor de ceder si él le pedía que le permitiera quedarse.

-¿Amalie? -Había una suave sugerencia en su nombre.

-¡Vete! ¡Sal de aquí!

El levantó la cabeza, con los ojos entornados.

-Me iré porque no quiero público para lo que hay entre tú y yo. Pero vamos a discutir esto, Amalie. Es lo único que te prometo.

Giró en redondo y se marchó. La puerta se cerró silenciosamente a su espalda.

Amalie se alegraba de haber puesto fin a esas visitas clandestinas. Habían sido denigrantes, un tanteo animal en la oscuridad, sin amor, con la gracia conferida por el lazo espiritual del matrimonio. Ella no hubiera podido continuarlas. Era injusto, por lo tanto, que sus respuestas físicas, tan completa y suavemente traídas a la vida, la atormentaran de ese modo, impidiéndole disfrutar del triunfo.

En las horas diurnas se sentía fuerte, capaz de despreciar a Robert Farnum con libertad. Era al brillar la luna cuando se movía inquieta, abrazada a la almohada, presa de necesidades que nunca había soñado. Era de noche cuando lo deseaba, cuando recordaba sólo la exaltación de su contacto, su tierna fuerza y, sobre todo, la desolación de sus ojos al despedirlo.

Pasó una semana y la mayor parte de otra sin que hablaran. No porque él no lo intentara, desde luego: iba con frecuencia a Belle Grave, pero Chloe, desde la partida de George, no se apartaba de Amalie; su descarada

curiosidad y su lengua larga obligaron a Robert a ser discreto en su presencia. Si Chloe no estaba allí, siempre se podía contar con M'mère.

En presencia de su tía, él jamás indicaba, de palabra o de hecho, que su relación con Amalie fuera sino la de primos políticos, como si pretendiera proteger a la anciana. Era perfectamente comprensible, pues en esos días había algo de fragilidad en la madre de Julien. Con frecuencia se veían en su rostro arrugas de preocupación y un aspecto de dolor en sus facciones cuando miraba a su hijo. Pasaba muchas horas rezando o con la vista perdida en el espacio.

Aun sabiendo lo que la anciana había hecho, Amalie no se decidía a acusarla, ni siquiera a tratar el asunto con ella. Uno de los motivos era su respeto por las convenciones, pues eso era algo de lo que no se hablaba. Otro, la dificultad de hallar las palabras adecuadas. Pero también la posibilidad de que M'mère ya estuviera soportando una carga de culpabilidad demasiado pesada. Y la razón principal era que, si bien la sugerencia había partido de M' mere, era sólo Robert quien había actuado.

En cierta ocasión, Robert convenció a Lally para que entregara a Amalie una nota suya. La devolvió sin leer, por supuesto. Lo más perturbador del incidente fue el modo velado en que la criada la miró, obligándola a enfrentarse a ciertos hechos desagradables. Lally, dada su amistad con Tige, estaba en condiciones de saber que, debido a sus hábitos nocturnos, era improbable que Julien hubiera estado compartiendo el lecho conyugal. Al mismo tiempo, la muchacha sabía que un hombre había estado allí, siquiera por el estado de las sábanas a la mañana siguiente. La presencia de Robert, la atención que prestaba a los movimientos de Amalie, llevaban a la fácil conclusión de que se trataba de él. ¿Cuánto tardaría el asunto en saberse por toda la plantación? ¿Cuánto en ser la comidilla de todas las sobremesas a lo largo del Teche?

Una mañana, a mediados de la segunda semana, Robert le salió al encuentro frente a la granja. Ella salía, con el sol contra los ojos, y no lo vio esperando, con las riendas del caballo en la mano. Sólo al mirar en derredor en busca de Isa cobró conciencia de que estaba allí.

-Buenos días -saludó el primo.

El timbre grave de su voz despertó un estremecimiento en los nervios de la joven, pero no le prestó atención. Después de responder al saludo con indiferencia, se volvió hacia el niño.

-Vamos, Isa. Llegó la hora de tu clase de dibujo.

-Primero Isa, haz el favor de llevar mi caballo hasta el palenque de adelante, mientras converso con tu ama -pidió Robert, con autoritaria serenidad, entregando las riendas.

Isa los miró alternativamente con el entrecejo fruncido. Sabía que *la petite maitesse* no tenía deseos de estar sola con m'sieu Robert, pero era difícil quebrar el hábito de la obediencia.

Ella asintió con apatía, para no involucrar a un personaje tan inocente en la pelea. Mientras Isa se alejaba lentamente, llevando al gran semental bayo, Robert dijo sin preámbulos:

-Quiero que me acompañes, Amalie. Podríamos ir a caballo hasta Los Sauces. No conoces la casa, y a nadie le extrañaría que nos detuviéramos unos momentos para tomar algo.

Ella giró en redondo para fulminarlo con la vista.

-¡Estás loco!

-Puede ser. Me estás volviendo demente con ese modo de rehuirme. ¿Por qué te niegas a hablar conmigo? ¿De qué tienes miedo?

Ella pasó por alto la última parte. Con la cara muy rígida, echó a andar hacia la casa.

-No tenemos nada de que hablar. Absolutamente nada.

-Sabes que no es así. -Robert acortó el paso para ajustado al de ella.

-¿Cómo que no? -protestó ella, con un dejo de inquietud en la voz-. Todo se terminó. Definitivamente.

-No voy a aceptar eso -respondió él, tratando de dominarse.

-¿Y qué otra cosa puedes hacer? Tus atenciones ya son demasiado notorias. No sé qué estarán murmurando en las barracas.

-¿Qué?

Ella le contó brevemente el cambio de actitud de Lally y su amistad con Tige.

-A M'mère no le gustaría que corrieran rumores -comentó él, pensativo, con las cejas unidas sobre el puente de la nariz.

-Entonces, ¿te das cuenta de que debes dejarme en paz?

-Yo no soy M'mère.

-¿Significa eso que no te importan los rumores? Qué agradable ha de ser la soltería para un hombre si puede echar por tierra las leyes de Dios y de los hombres.

-No me presiones, *chérie* -pidió él, suavemente.

-Me parece que las cosas son al revés.

Se estaban acercando a la casa. La lavandera, que estaba tendiendo las toallas a secar, levantó la vista para observarlos.

-¿Qué me contestas sobre ese paseo? -preguntó él, de repente.

Faltaban pocos pasos para llegar a la galena trasera. Amalie creyó oír la voz de Chloe en el comedor y no respondió.

El alargó una mano para tomarla con fuerza por la muñeca y la hizo girar para mirarlo de frente.

-Te he hecho una pregunta.

-No merece respuesta.

-De cualquier modo, quiero que me contestes, aquí y ahora. ¿O prefieres que venga esta noche a buscarla?

-Mi puerta estará cerrada con llave.

-Eso no me detendrá.

¿Era ese el hombre que la había abrazado con tanta suavidad? Parecía imposible.

-Julien se queda en casa con más frecuencia, últimamente. No creo que te permitiera molestar a su esposa a tu antojo.

El le apretó la muñeca con más fuerza.

-Quiero una respuesta, cueste lo que cueste.

No era agradable pensar que esos dos hombres, íntimos amigos desde la niñez, pudieran discutir por ella en medio de la noche. Tampoco la perspectiva de ventilarlo todo entre los tres. Amalie echó un vistazo en derredor por entre las pestañas. Si no se decidía pronto, no haría falta preocuparse por lo que

Julien pudiera decir, pues todo el mundo sería testigo de aquella relación. Las lavanderas y los niños que jugaban en el patio los observaban sin disimular el interés.

-Muy bien -dijo, con la voz entrecortada-. Saldremos juntos.

El hizo un breve ademán de asentimiento.

-Vendré temprano.

A la mañana siguiente, cuando Amalie salió a la galería con el traje de montar y el látigo en la mano, lo encontró esperando. Pero no estaba solo, sino conversando con George. El inglés había regresado al anochecer, tras encargar que los arbustos viajaran por el río, al cuidado de dos marineros designados al efecto; vestido con sus ropas más viejas, vigilaba el Teche en la dirección desde donde debían llegar las barcazas. Si vio algo raro en ese temprano paseo, tuvo la educación de no demostrarlo; se limitó a despedirlos agitando un brazo.

Mientras devolvía ese saludo, Amalie vio a su esposo en la galería superior, con una espada en la mano. Dada la distancia, era imposible verle la cara, pero sostenía el florete como si fuera una daga, con la punta clavada en la barandilla de la galería, mientras el otro puño descansaba en su cadera.

Ella se volvió hacia adelante, sin llamar la atención de Roben sobre la presencia de su primo. Un momento después los ocultaron las ramas bajas de los robles, pero ella no pudo olvidar esa última imagen de Julien, sin dejar de preguntarse en qué pensaba él al verla alejarse con el hombre que lo había traicionado.

Isa no estaba con ella. Mientras desayunaban, le había mostrado un dibujo de Belle Grove y los peones trabajando en el parque. Además de su asombroso valor estético, era un testimonio que a M'mère podía resultarle grato. Por lo tanto, ella le había permitido quedarse para que terminara la obra.

La mañana era tan agradable que casi le fue posible olvidar los motivos de ese paseo, aunque no la presencia del hombre que la acompañaba. Le parecía extraño no ver a Isa pegado a sus talones, y se preguntó si, en su deseo de darle orgullo y confianza en sí mismo, no lo estaría perjudicando. Pero apartó de sí esos pensamientos y comenzó a conversar de cosas livianas, sin importancia, para evitar toda intimidad.

Los Sauces era una mansión de dos plantas, construida al estilo georgiano. La rodeaban grandes robles cargados de musgo, que le daban un aspecto de frescura e intimidad.

Desmontaron ante la entrada lateral, y Robert le mostró el salón, la biblioteca y la sala, únicos cuartos que una mujer podía visitar en compañía de un caballero sin faltar a las convenciones. Todo estaba limpio y brillante. La conducta del dueño de la casa era impecable, pero en la sala, mientras contemplaba el empapelado, Amalie lo sorprendió observándola por un espejo; aquella mirada la hizo ruborizar.

Les sirvieron café, limonada y tortas en la galería inferior, que daba al Teche; aunque conversaron de los padres de Robert y la construcción de aquella casa, entre ambos existía tal tensión que Amalie hubiera preferido

verle abandonar ese papel caballeresco, a fin de liquidar lo que ambos debían decirse y terminar con la visita.

El café se había acabado. El la ayudó a levantarse y a montar otra vez. Aún no había dicho nada, y Amalie lo miró por entre las pestañas intrigada. ¿Para qué la había obligado a ir? ¿Sólo para atenderla, como si se tratara de M' mere? ¿Acaso había decidido que no era correcto seducirla en su propia casa, a la vista de criados que mantenían estrechos vínculos con los de Belle Grove? Amalie comprendió que hubiera debido agradecerle la discreción, pero se sentía singularmente frustrada. Se había preparado para esa entrevista como para una dura prueba, y volver a Belle Grove con sus armas intactas le hacía pensar que había juzgado mal a ese hombre.

Por eso le resultó extrañamente grato que Robert, de pronto, tomara las bridas de su yegua para conducirla por una estrecha senda, en dirección al Teche. Ella, protestando, apretó el látigo, como dispuesta a pegarle, pero se trataba de una resistencia más formal que efectiva. Asombrada, cobró conciencia de que no le molestaba aclarar las cosas con él donde no hubiera ojos ni oídos atentos. Era todo un lujo.

Se detuvieron en un pequeño claro, a la orilla del agua, alfombrado de tréboles y protegido por los robles. Ella fue a apoyarse contra el árbol más grande para contemplar el agua, mientras Robert ataba los caballos a cierta distancia.

-Me alegra que hayas venido a Los Sauces.

Las palabras sonaron serenas, pero con un dejo de tensión.

-Es hermosa -aseguró ella, convencional-. Se comprende que estés tan orgulloso.

Robert descartó el comentario.

-Te he imaginado allí con frecuencia, en esos cuartos. Quería estar solo contigo en esa casa y a la luz del día.

-Por favor -rogó ella con un extraño nudo en la garganta-, preferiría que no dijeras esas cosas.

-¿Si? No estoy seguro. Hay tantas cosas que quiero decirte, tantas... -Hizo una pausa. Como ella no respondió, continuó-; No me decidí a hablar allá, en la casa. Tal vez porque no quería echar a perder el recuerdo que guardarás de tu primera visita, pero también por no estropear el mío.

Ella buscó en su memoria todas las palabras razonables y duras que había pensado decirle. Habían desaparecido. Se humedeció los labios.

-Soy una mujer casada.... -comenzó, vacilando.

-¡Ya lo sé! -le espetó él-. Es lo que mejor sé. Pero no impide que quiera verte en mi casa, desvistiéndote, desnuda a la luz de mi lámpara, y mirarte a los ojos cuando te hago el amor.

Hubo un silencio en el claro. La crudeza de esas palabras, el dolor que transmitían, quedaron flotando en el aire.

-No... no puedes.

-Eso me he dicho un sinfín de veces. Y no por eso me es más fácil aceptarlo. Tu recuerdo me persigue, ¿no te das cuenta? Por Dios; de haber sabido que llegaríamos a esto, hubiera huido de ti como de la condenación. No me habría atrevido siquiera a tocarte la mano.

-¿Y por qué lo hiciste?

Robert le echó un vistazo, como sobresaltado por la pregunta.

-Pensé que lo sabrías. Por lujuria, ¿no lo dijiste tú? Por envidia y lujuria irrefrenable.

-Yo no dije eso -protestó Amalie, herida por la amargura de su voz.

-Lo diste a entender.

- ¿Y qué otra cosa podía pensar?

Tenía las manos apretadas a los costados y las apretó contra el vientre. El la miró fijamente durante un largo instante. Luego asintió.

-Aquella primera vez fui a tu lecho porque... oh, porque M'mère lo pedía. Era lo único que me había pedido nunca a cambio de todos los cuidados, de todo el amor que me dio a manos llenas desde la muerte de mi madre. Y porque eras hermosa y Julien no sabía verlo. Por lo que sentí al tenerte en los brazos el día de la inundación. Por lo cálido de tu sonrisa cuando jugabas con los niños en el barro, al bajar el agua. Porque soy hombre, y no soportaba la idea de tener una mujer tan adorable, intacta, tan cerca a mi disposición, como regalo. Porque... oh, porque cuando te vi por primera vez, mojada por la lluvia y preocupada, comprendí que eras mía. Eras mía y, aunque ya fuera demasiado tarde para casarme contigo, aún podía poseerte. Era exactamente lo que me estaban pidiendo.

Amalie sentía en los oídos el palpitar de su corazón. La franqueza de aquellas palabras, su propia reacción instintiva, le hacían sentir un fuego en la piel. Lentamente, en un esfuerzo por dominarse, abrió las manos y entrelazó los dedos, susurrando:

-Estuvo mal.

-Si. Debía ser sólo un interludio de pocas noches, antes de que pudieras descubrir la sustitución. Pero no bastó.

-Y volviste, una y otra vez.

-No podía dejar de ir. *Tante* Sophia lo comprendió de inmediato y trató de advertirme, pero ya era demasiado tarde. Ella y Julien habían dado a un traidor la llave del tesoro.

-¿Un traidor? -preguntó ella.

-Yo debía actuar por el bien de ellos y lo hice por mí mismo.

Una sonrisa irónica torció la boca de Amalie.

-Pero no trataron de impedírtelo, ni siquiera después de *la soirée.* Julien hubiera podido hacerlo. Bastaba con echar llave a su puerta.

-A su modo de ver, eso no era razonable, puesto que yo había sido llamado por su propio bien. Sin embargo, he visto síntomas de inquietud en él. Su incapacidad de actuar como hombre no es física, sino mental. Mi gran temor era que los celos, al ver lo deseable que eras para mí, lo indujeran a ejercer sus derechos de esposo.

-¿Por celos? -preguntó ella, en tono de duda.

-En parte, pero también porque lo atraes. De lo contrario no hubiera aceptado ese matrimonio, a pesar de las insistencias de *tante* Sophia. En realidad, creo que le interesas tanto como puede interesarle una mujer.

Al pronunciar esas palabras, su rostro tomó una expresión extraña, como si se arrepintiera de haberlas dicho. Ella meneó lentamente la cabeza.

-Puede ser, no sé. A veces siento que apenas conozco a Julien.

-Muy pocos lo conocen.

-Pero tú eres uno de esos pocos.

-Sí-reconoció él, apartando la vista hacia el agua-. Porque lo conozco bien, sé que ese matrimonio es un error; sé que jamás serás feliz con él.

Amalie no podía darle la razón; habría sido una deslealtad. En cambio trató de encogerse de hombros.

-No hay remedio. Ya es tarde.

-No, no es tarde.

-¿Qué quieres decir?

El se acercó para tomarle la mano, aunque no apartó los ojos de los dedos enguantados.

-Podrías venir conmigo.

Amalie le quitó la mano violentamente.

-¿Así sin más? -dijo, en tono de desprecio-. ¿Me sugieres que abandone todo y me mude a tu casa? ¿En qué condición? ¿La de amante? Y todo por unas cuantas visitas clandestinas.

-Podríamos ir a París. Allí, el clima social acepta mucho mejor las relaciones como la nuestra.

-¡En algunos círculos, querrás decir! No todo el mundo recibe en su casa a la gente irregular.

-Bastaría para que no nos sintiéramos descastados. No soy pobre; no habría peligro de que pasáramos hambre en una buhardilla. Y al menos estaríamos juntos.

Si hubiera hablado de amor y no de esa obsesiva necesidad de ella, tal vez Amalie le habría prestado oídos. Pero la enfureció que él la creyera capaz de volver la espalda a la respetabilidad, a lo seguro, a la familia y los amigos, sólo para vivir con él en pecado y escapar a un matrimonio insatisfactorio. La mención del dinero no hizo sino aumentar su ira.

-Por favor, no siga hablando -exclamó, acalorada, volviéndole la espalda-. Ya me ha insultado bastante.

El le sujetó por el brazo.

-No fue mi intención insultarte.

-¿No? -gritó ella, con los ojos chispeantes de furia-. Permíteme informarte que no soy una... una aventurera a tu disposición. Ya estoy harta de que me uses a tu antojo. ¿Y quieres que huya contigo para seguir con eso? Te lo dije una vez; sólo quiero que me dejes en paz.

-No lo dices en serio.

-¡Nunca en mi vida he hablado más en serio!

Le quitó el brazo para acercarse a su yegua, pero él la alcanzó con un solo paso. Sus dedos se le clavaron en el brazo para hacerla girar.

-No era eso lo único que deseabas hace poco -dijo él, mirándola a la cara.

-¡No! -jadeó ella, tratando de liberarse.

-La noche de la *soirée* te entregaste a mí con todo el fuego y la pasión que cualquier hombre puede soñar en una mujer.

-Pero... creí que eras Julien.

El soltó una risa breve.

-Oh, no. Hasta esa noche, sí, tal vez, aunque creo que comenzabas a sospechar. Pero desde el momento en que te besé como un tonto, en medio de tus invitados, adivinaste todo.

-No estaba segura -adujo ella, con un filo de pánico en la voz-. Y llegaste cuando yo dormía. Estaba soñando.

-¿Conmigo acaso? Pero no importa. Te entregaste a mí sabiendo muy bien quién era yo, aceptándolo por el deseo de ese momento y sin pensar en Julien. Haría bien en recordar eso, *chère* Amalie, antes de condenarme.

Ella trató de liberarse una vez más, esquivando su dura mirada.

-¡Suéltame!

-Primero admite que es cierto lo que digo.

La atrajo hacia él con tanta fuerza que la hizo caer contra su pecho.

-¡No fue así!

-Entonces, ¿por qué quisiste encender la lámpara?

Ella le clavó una mirada de agudo desprecio.

-Si estabas tan seguro de que lo yo sabía, ¿por qué no me dejaste?

El respondió con voz sombría:

-Porque eso hubiera acabado con el juego. Te habrías visto obligada a adoptar esta pose de indignación, como ahora, y yo no podía soportarlo.

Ella quedó inmóvil. Sus pechos subían y bajaban, impulsados por la respiración; sentía el loco palpitar de su corazón contra las costillas. Robert estaba cerca, muy cerca. Su propia imagen se reflejaba en los espejos gemelos de aquellos ojos, insondables y tranquilizadoramente azules como la hondura del mar.

-No es una pose -aseguró, temblorosa.

- ¿No?-inquirió él, suavemente. Y bajó los labios para tocar los de ella, repitiendo-: ¿No?

10

Era un desafío, no sólo a la mente y el espíritu, sino a los sentidos. La boca de Robert, cálida, con un leve gusto a café, moldeó sus firmes contornos a los de la suya.

Amalie quiso contener su reacción, permanecer altanera, retener algo de enojo y un poco de dignidad. Su cuerpo, reconociendo el contacto que había llegado a ansiar, la traicionó. Se acercó más. La noción del bien y el mal retrocedieron, reemplazada por un ardoroso anhelo que no prestó atención a tales cuestiones.

En derredor se elevaba el suave aroma de los tréboles pisoteados, mezclado con el del hilo almidonado y el del perfume que ella hacía poner entre sus ropas. Ese perfume cobró mayor intensidad cuando él le soltó los brazos para estrecharla contra sí. De pronto, las vestimentas eran demasiado apretadas, demasiado gruesas, y ella deseó sentir el sol y el aire cálido sobre la piel desnuda.

Robert le acarició la nuca, deteniéndose en el grueso recogido. Las horquillas emitieron un suave tintineo al caer, una a una, entre los tréboles. Los mechones de satén se soltaron, cayendo en cascada por la espalda. El hundió los dedos en ese suave calor, acariciando el vulnerable arco del cuello, protegido por el cuello de encaje de la blusa y el pequeño broche de amatista.

-Amalie -susurró, y esas sílabas fueron una peana de deseo.

A Amalie se le había enseñado durante toda su vida que el deseo de actuar era igual al acto mismo, de modo que, en este caso, ya estaba condenada. Más aún, no era un pecado nuevo sino uno repetido en más de una oportunidad, a sabiendas V en ignorancia. Sin embargo, ¿podía ser mala esa dulce canción de la sangre? No era profana, sino auténtica y natural; por lo tanto, sagrada. Se había casado con Julien, pero era Robert quien había consumado el matrimonio. De un modo extraño, era como haberse casado con ambos: uno en espíritu, otro en la carne.

Se retiró un poco entre los brazos de Robert para quitarse los guantes y el broche de amatista. Sus dedos temblaban tanto que tardó un momento en soltar el cierre. Robert quedó en suspenso; luego, con grave cautela, tomó los guantes y la pequeña joya para guardárselos en el bolsillo. Sus dedos buscaron los diminutos botones de madreperla que cerraban la blusa y los fue soltando.

-Sabía que serías hermosa a la luz del sol -murmuró-, pero no tan incomparable.

Aquellas manos cálidas la hechizaron. Hizo falta un esfuerzo supremo para tomarlo por las muñecas, deteniendo sus movimientos para decir con voz ronca.

-Aquí nos verán. ¿No podríamos... tal vez... volver a Los Sauces?

-Allá también hay ojos curiosos. Estamos tan a salvo aquí como en cualquier otra parte.

Tenía razón. Rodeados como estaban por familiares y sirvientes, no contaban con ninguna intimidad, no había sitio en donde estuvieran seguros de no ser descubiertos.

-Aquí debe acabar todo, hoy mismo. No hay otra salida.

Robert no respondió. Sus gruesas pestañas ocultaron su expresión.

-Comprendes, ¿verdad? Me... me halaga que estés dispuesto a abandonar cuanto tienes para fugarte conmigo, pero no serviría de nada. Al cabo de un tiempo te aburrirías.

-Jamás.

-Claro que sí -insistió Amalie-. Y yo me sentiría culpable. Acabaríamos por odiarnos.

-Si te dijera que te amo...

-¡No! No hace falta, ya no. Además, eso no cambia las cosas, ¿no te das cuenta? -Tragó con fuerza las lágrimas que se le agolpaban en la garganta-. ¡Oh, Robert, por favor, bésame y que sea la última vez!

El le tomó los labios con un duro apetito que también parecía ocultar una íntima corriente de furia, estrechándola por la cintura como si fuera a quebrarla en dos. Los botones del chaleco y de la camisa se clavaron en la carne femenina, haciéndola lanzar una exclamación ahogada.

De pronto él la soltó; sus labios le acariciaron la boca en una muda disculpa. Levantó la mano para quitarle la chaqueta y la blusa. Lentamente, como probando, Amalie hizo lo mismo con la chaqueta y la corbata.

Lentamente, cada vez más deprisa, se desvistieron el uno al otro. El sol se vertía sobre ambos, dorándoles la piel, tocándolos con cobre y bronce, encendiendo fuegos azules en el pelo de ambos. Era un sol pagano, cegador y benigno. Relumbraba con un destello perlado sobre los miembros de Amalie cuando Robert se tendió en el suelo, atrayéndola hacia él.

Como por propia voluntad, las manos de Amalie acariciaron la columna de aquel cuello, alisando los músculos anudados de los hombros, consciente de una fuerza ágil, de la vitalidad y el poderoso dominio en cada nervio de su cuerpo. Sentía la caprichosa necesidad de abandonarse sin retener nada, pero también había, en los rincones más ocultos de su mente, una hebra de dolor; lamentaba ya que esa conjunción de cuerpos no volviera a producirse jamás.

El no había accedido.

La idea le cruzó por la mente, rauda, al sentir el contacto de unos dedos en la parte más sensible de su cuerpo. Cerró los ojos con fuerza. Se esfumaron la realidad, el bien y el mal. Ya nada importaba sino ese peligroso arrebato. Nada podía quitarle eso.

El le atrapó la boca y se hundió profundamente en ella; cerrando a su alrededor la musculosa fuerza de sus piernas, rodó con Amalie por el trébol fragante, cubierto de rocío. Paganos ambos, primitivos y beatíficos, se bañaron en el dulce y suave líquido del rocío, latiendo juntos.

Amalie apretó las manos contra él para incitarlo a adentrarse más. Quería que sus cuerpos se fundieran sin separación posible, forjar un recuerdo que los uniera todo el tiempo. Sus sentidos se expandieron vertiginosos. La oscuridad, detrás de sus ojos, se tornó más negra. Contuvo el aliento. Dentro de ella, algo cedió.

Estalló en una maravilla roja como la sangre, una gloriosa maeia inmemorial, sin límites. Era una tormenta silenciosa, una violencia interior. Soltó un grito ahogado, arqueándose contra él, y ambos quedaron quietos.

Tal vez un segundo, tal vez diez minutos más tarde, él se tendió de espaldas, apoyándola contra su pecho. La respiración de ambos se fue serenando. La combinación de rocío y transpiración que les mojaba el cuerpo se enfrió y acabó por secarse. Un pájaro burlón emitió su reclamo no lejos. Una langosta aterrizó junto a ellos con un leve chasquido. Las aguas del río borboteaban silenciosamente.

-Espero -dijo Robert, divertido y satisfecho- que no haya por aquí hiedra venenosa.

Amalie sonrió sin abrir los ojos.

-Ni bichos colorados.

-Maldición -exclamó Robert, poniéndose rígido.

La picadura de esos diminutos insectos distaba mucho de ser peligrosa, pero picaba con increíble persistencia. Amalie no se sorprendió ante ese juramento, pero antes de que pudiera reír sintió que él la apartaba de sí, tendiéndola en el césped. Robert se incorporó, de espaldas al río, ocultándola a la vista mientras alargaba la mano hacia la falda. Amalie trató de incorporarse, pero él se lo impidió, en tanto echaba un rápido vistazo en derredor.

Entonces ella vio la vela triangular a rayas blancas y azules. Sólo un navío en el Teche, lucía esa lona: el velero de Julien.

Pasaba a la deriva, centelleante bajo el sol, vivido e inútil como una mariposa. Tige, que manejaba el timón, quedaba oculto por la vela henchida, pero no su amo, tendido entre los almohadones. Estaba incorporado. Se irguió, levantándose el sombrero de paja, con una expresión de rabia y sobresalto. Los estaba mirando directamente.

Cuando llegaron a Belle Grove, el velero se mecía en el amarradero con la vela recogida. El regreso no llevó prisa. Hizo falta tiempo para buscar las horquillas de Amalie y reparar su desaliño; además, volvieron con las cabalgaduras al paso, para permitir que el sol les secara las ropas húmedas.

Sin embargo, Amalie no estaba segura de que le gustara ese breve alivio. Tal vez hubiera sido preferible que Julien se acercara a la costa para descargar inmediatamente contra ellos todo su enojo; probablemente lo había impedido la presencia de Tige, pero el solo pensar en la inminente confrontación llenaba a Amalie de temor y de un inútil enfado.

Ella y Robert habían hablado muy poco, ocupado cada uno en sus propios pensamientos. Amalie se preguntó qué estaría pensando él, pero las facciones impasibles de aquel rostro no delataban nada. ¿Acaso lamentaba lo ocurrido? Difícilmente. ¿Y ella? No estaba segura, aunque hubiera debido lamentarlo, por supuesto.

Los arbustos provenientes de China acababan de llegar en cientos de tiestos y toneles, pequeños y grandes. M'mère con una sombrilla al hombro, se paseaba entre las plantas, mientras George le señalaba los especímenes más finos. De Chloe no había señales. De Julien tampoco.

Robert y Amalie desmontaron ante la casa. M'mère levantó una mano para saludarlos y George alzó la voz, diciéndoles que se acercaran para ver sus bellezas. Amalie, segura de que su aspecto no soportaría una inspección desde cerca, sacudió la cabeza, anunciando que prefería cambiarse antes. Pero aquellos saludos amistosos eran un alivio. Al parecer, Julien no había contado lo visto.

Con la falda recogida sobre el brazo avanzó hacia la casa acompañada por Robert. Una vez que el palafrenero se hubo llevado los caballos, habló en voz baja:

-No hace falta que entres conmigo. Tal vez sea mejor que no lo hagas.

El le clavó una mirada serena.

-No puedo permitir que te enfrentes a él sola.

-Puedes, pero no lo harás.

-Como quieras.

El tono implacable de su voz indicaba que sería muy difícil convencerlo. Y ella, en verdad, no tenía deseos de hacer el intento. Inclinando la cabeza, pasó a la galería y subió a la superior, quitándose el sombrero.

-No te detengas ahí-dijo Julien, desde arriba, con las palabras densas de sarcasmo-. Ya que estás, puedes quitarte todo lo demás en público. En realidad, no sé por qué te molestaste en vestirte.

-Basta, Julien -dijo Robert, duramente, desde atrás.

-¿Basta? ¿Debo cerrar los ojos mientras os exhibís como Adán y Eva, donde cualquiera puede veros?

-Si nos viste tú, fue por mera casualidad.

-¡Sí, mala suerte! Nunca hubiera pensado que te olvidarías hasta tal punto de respetar tu buen nombre y el de mi esposa, querido primo. Tenía mejor opinión de ti.

-Por favor, Julien -intervino Amalie, herida por su tono despectivo-, las cosas no fueron así.

-¿No? ¿Debo creer que ese gran descuido se debió a un momento de pasión indominable? ¡Qué conmovedor! Pero no tengo intenciones de quedarme cruzado de brazos, mientras los dos me señaláis como esposo engañado a la vista de todo el mundo, sólo porque no sois capaces de conteneros un poco.

Robert tomó a Amalie del brazo y subió con ella el resto de la escalera, obligando a Julien a cederles el paso. Con voz grave y algo cansada, dijo:

-No volverá a suceder.

-¡Ya lo creo que no! Es hora de poner fin a esta comedia. Estoy casi seguro de que su finalidad está lograda; por lo menos, eso dice Tige, que lo sabe por la camarera de mi esposa. Si Amalie está encinta, no hay ningún motivo para continuar.

Amalie captó la mirada aguda que Robert lanzó en su dirección, aunque no pudo decidirse a enfrentarla. También notó que M'mère se aproximaba a la galería inferior apresuradamente.

-Estoy de acuerdo -dijo Robert.

Fue ella, entonces, quien le echó un rápido vistazo con ojos ensombrecidos. Aquellas facciones duras no revelaban nada. En cambio, por la delicada boca de su esposo se ensanchaba una lenta sonrisa de satisfacción.

-Confieso que, después de lo visto, no esperaba encontrarte tan razonable -dijo a Robert.

-Sería mejor que me escucharas.

-¿Qué? -inquirió Julien, súbitamente cauteloso.

-Estoy de acuerdo en que es hora de terminar con esto. Nunca debió comenzar, pero eso ya no importa. Quería llevarme a Amalie antes de saber lo del niño, pero ahora nada me impedirá que lo haga.

-¡No! ¡No, no, no! -gritó M'mère, agitada, en tanto subía las escaleras a tropezones-. ¡No sabes lo que dices! ¡Piensa en el escándalo! ¡No puede ser, no ha de ser!

La voz de Robert fue más serena, pero no menos decidida.

-Lo siento, pero sería insoportable dejar así las cosas.

-Tú aceptaste. Hiciste una promesa. Piensa en lo que estás diciendo, *mon cher;* no podríamos volver a levantar la cabeza.

La anciana alargó sus manos temblorosas, pálida; una línea de sudor le marcaba el labio.

-No sabía que las cosas iban a ser así. Hiciste mal en pedírmelo y yo fui un tonto al creer que podía creerlo.

Julien dio un paso hacia Amalie y la tomó de un brazo para atraerla hacia sí. En su rostro había una expresión peculiar, casi aterrorizada.

-No voy a permitir que te la lleves, ¿oyes? Es mi esposa y se quedará conmigo, como corresponde.

M'mère soltó un gemido, apretándose el corazón con una mano. Robert tomó a Amalie. por el otro codo, quizá para sostenerla, quizá por otro motivo.

En la muchacha iba creciendo un tremendo enojo interior. El hecho de que pelear por ella como si se tratara de un ser privado de voluntad propia, de que planearan su vida sin consultarla, se agregaba a la perturbación que aún sentía al pensar que todos la habían utilizado, engañándola para que proporcionara un heredero a Belle Grove. Los dedos de Julien se le estaban clavando en el brazo. Ella se liberó de un tirón, cayendo contra Robert, que le soltó el codo para encerrarla en el círculo de sus brazos.

Julien la sujetó por la muñeca, apartándola a tirones de su primo.

-¿Así que lo prefieres a él? ¿Descubriste quién se había estado filtrando en tu cama y decidiste que te gustaba ser su ramera? Debería alegrarme de haber descubierto con quién me casé: con una adúltera fornicadora a quien nada le importan sus votos conyugales, capaz de correr detrás de cualquier par de pantalones, mientras consiga lo que le gusta.

Tras los ojos de Amalie apareció un resplandor rojo de dolor, que subía desde su muñeca retorcida. Las palabras virulentas se abatieron sobre ella; la superficie de verdad hizo que se hundieran como flechas encendidas en su mente. De pronto se oyó el ruido de un golpe fuerte y un gruñido. Julien cayó hacia atrás, estrellándose contra la barandilla de la galería.

Robert estaba ante él, con los puños aún apretados. Julien, despatarrado en el suelo, lo miro fijamente y se tocó la mejilla, donde ya estaba apareciendo un lívido cardenal. Una mirada fría le subió a los ojos oscuros.

-Nos batiremos por esto -dijo.

-¡Julien! -gritó M'mère, horrorizada.

-No seas tonto -repuso Robert secamente sin apartar la vista de su primo.

-Por qué no, si tú estás decidido a hacerme quedar como un cualquiera o algo peor.

Robert se enderezó.

-Nunca tuve semejante intención.

-¿Qué hace falta para que te decidas a batirte conmigo? ¿Debo mencionar el honor de mi esposa... o su falta de honor?

-Julien, hijo mío -gimió M'mère, atormentada.

Hubo un tenso silencio. Por fin Robert habló, inexpresivo y sereno.

-Creo que a mí me corresponde elegir las armas.

A la cara de Julien saltó un júbilo feroz.

-Ojalá prefieras la espada.

-No -susurró M'mère.

Amalie, con los ojos dilatados de espanto, estaba muda.

-No tengo por qué portarme como un tonto, sólo porque a ti te gusta hacerlo -replicó Robert, seco-. A pistola, a veinte pasos.

Julien sonrió. La satisfacción le brillaba en los ojos oscuros.

-Mañana al amanecer, en el sitio de siempre.

M'mère cayó al suelo y permaneció allí inmóvil.

Robert llevó a su tía al salón; Amalie le aflojó el cuello y el corsé, en tanto su anciana doncella traía las sales para ponérselas bajo la nariz. M'mère recobró la conciencia, pero no hacía sino llorar y gemir: "Le scandale...". Rechazó el vaso de vino y el agua de azahar que le llevaron.

Robert se retiró en cuanto estuvo seguro de que la anciana estaba bien. Dadas las circunstancias, se sentía incómodo allí. Sin duda, tenía mucho que hacer: buscar padrinos y un médico dispuesto a presenciar el duelo y hacer su testamento. Amalie trató de no pensar en esas cosas.

Permaneció un rato con M'mère y la ayudó a acostarse en el diván, a los pies de su cama. La anciana hablaba, recordando la noche en que Julien había nacido, en esa misma cama, y lo terrible del alumbramiento, con tan glorioso resultado. Comentó que había sido un niño hermoso, travieso, malcriado, lleno de amor, y habló de los días en que él y Robert eran inseparables. No mencionaba su miedo, pero allí estaba, pendiente tras cada palabra, patente en el temblor de su voz y en la inquietud de la mirada que, con frecuencia se desviaba hacia el oratorio.

Por fin Amalie logró escapar. Ya en su alcoba, pidió un baño, se quito el traje de montar y lo guardó en el último estante de su armario. Estaba manchado de pasto y de tierra; habría sido preciso limpiarlo de inmediato, pero no importaba. Lo mismo le daría no volver a usarlo nunca más.

Encaramada en la bañera de asiento, hizo girar el jabón entre las manos. En su mente, los acontecimientos de la mañana tenían algo de irrealidad. No lograba aceptar que se hubiera dejado seducir al punto de hacer el amor a pleno sol, junto al río; que Julien la hubiera visto, que su esposo y su amante fueran a batirse a duelo por ella. Esas cosas no les ocurrían a las jóvenes bien educadas. ¿Y cómo habían llegado a pasarle a ella?

Se preguntó qué hubiera podido hacer ella para evitarlo. Poco, al parecer. Todos estaban coaligados contra ella desde un principio: M'mère, Julien y Robert. Ante su primera sospecha de que la estaban engañando, había tratado de hablar con Julien. Si él hubiese detenido todo en ese momento, tal vez no habrían llegado a tanto. Si se hubiera quedado más tiempo en su casa, en vez de dejarla a disposición de Robert, si se hubiera dado cuenta él mismo de lo profundo de su propio resentimiento, tal vez todo habría podido evitarse.

Los insultos de su marido habían sido dolorosos. No los merecía, al menos hasta entonces. Hasta esa mañana había sido inocente, pero por lo ocurrido entre ella y Robert junto al Teche no tenía disculpa. No habría aceptado, desde luego, sin existir las trampas anteriores, pero eso no cambiaba nada: había aceptado de propia voluntad. Aun así, las cosas rudas y degradantes pronunciadas por Julien no tenían nada que ver con ella o con los sentimientos que compartía con Robert.

¡Qué extraño! Culpaba a Robert por lo hecho, pero no llegaba a despreciarlo. ¿Era acaso por el modo en que él se había acercado, con ternura, procurándole placer con infinito interés, o sólo por saber ahora lo mucho que se habría perdido si él hubiera sido más caballeresco?

Aquella noche, al sorprenderlo en el cuarto de Julien, ella había puesto en tela de juicio esa caballerosidad. Sin embargo, él había tratado de protegerla en cada oportunidad; hasta ese duelo...

No, no pensaría en eso. Pensaría en cómo pasar el resto del día y la noche, antes de conocer el resultado del encuentro. Cerró los ojos para pensar con intensidad febril en las tareas pendientes: las cacerolas de cobre necesitaban pulido. Tal vez hubiera visitas por la tarde y... Pero no. Todos estaban demasiado ocupados en prepararse para el baile.

¡El baile de los Morney! Era esa misma noche. Tenían que disculparse cuanto antes, porque no podrían presentarse. Reír, comer y bailar, sabiendo, mientras tanto, que sus dos compañeros tratarían de matarse al amanecer, eso era demasiado. No podía. Y tampoco M'mère estaba en condiciones de soportar el esfuerzo.

Se equivocaba. Cuando fue al dormitorio de la anciana vestía un traje de fresca batista, y la encontró sentada, estudiando los vestidos que su camarera le traía, uno tras otro. Al entrar Amalie levantó la vista, sonriendo. En sus facciones arrugadas aún se veían las marcas de la preocupación, pero cubiertas por una calma precaria.

-¿Has decidido qué te pondrás para ir al baile, *chère?* -preguntó.

Por un instante, al oír ese tono sereno, Amalie se preguntó si su suegra estaría en sus cabales.

-Apenas acabo de recordarlo. Pero no pensará usted asistir, ¿verdad?

-No podemos dejar de ir.

-Pero podemos enviar una disculpa, ¿no?

-¿Para que todos digan que no nos atrevimos a dar la cara? Creo que no.

Amalie fue a sentarse junto a ella.

-Nadie sabrá por qué no hemos ido.

-Qué poco sabes de las comarcas pequeñas como esta. Tanto Julien como Robert necesitan padrinos; además, debe haber un médico. Son cinco

hombres. Sería asombroso que uno de ellos, al menos, no dejara escapar la noticia frente a su mayordomo, su esposa o cualquier otra persona. Puedes estar segura esta noche los rumores estarán corriendo.

-¡Oh, M'mère!, ¿no había bastante ya?

-Ya no hay lealtad -replicó M'mère, muy severa-. Todo el mundo parlotea y se ríe a escondidas. Si no vamos esta noche, todo el mundo sabrá que el peor de los rumores puede ser verdad. Si vamos y sonreímos como siempre, al menos cabrá alguna duda.

-Pero ¿vale la pena? -rogó la joven- Usted no se siente muy bien en estos días.

-Ha sido la preocupación que me causaba mi estúpida intervención; Ahora comprendo que no debí entrometerme. Sólo puedo decir que mis intenciones fueron buenas.

-Tal vez tenía razón,

M'mère le tomó la mano.

-Lo dices sólo para que me sienta menos culpable, pero sé que no es así. La culpa es mía, ha sido mía desde el principio. Te he hecho muy mal, hija mía. Trataré de compensarte, lo prometo. Sólo ruego que algún día puedas perdonarme.

-Por favor, no diga eso -comenzó Amalie.

Pero M'mère rechazó la protesta y la joven, tal vez por saberla falsa, no insistió.

-Si vamos al baile -dijo, levantándose-, será mejor que me prepare.

-Sí. Cuando bajes a la cocina, ¿quieres decir a Marthe, por favor, que almorzaré algo ligero en mi salita?

Ella asintió. Se volvía ya hacia la puerta cuando alguien llamó con un golpe. Al abrirla, se sorprendió de ver allí a Patrick Dye.

Estaba apoyado contra el marco, fruncidos los labios en un silbido mudo. Le echó una mirada impúdica, que se demoró en la suave redondez de los pechos, antes de saludarla con la cabeza y dar un paso hacia el interior del cuarto.

-¿Usted me mandó llamar, madame Declouet?

-Sí, m'sieu -concordó M'mère.

Pero no dijo una palabra más hasta que Amalie se retiró del cuarto, cerrando la puerta detrás de sí.

El vestido de Amalie era de seda iridiscente azul grisácea, que tomaba un tono liláceo en los pliegues; para destacar lo raro de la tela, el modelo era muy sencillo. Su simplicidad y su color, algo sombrío, se ajustaban al humor de la joven. Pidió un peinado simple, tanto para concordar con el estilo del traje como porque sentía un principio de dolor de cabeza y no estaba en condiciones de soportar nada elaborado. Su camarera le trazó una raya al medio, con dos ondas profundas en las sienes, y recogió su cabellera atrás en la nuca, sujetando allí un tocado de terciopelo liláceo, en forma de frondas de helecho. Al terminar entregó a su ama un espejo.

Amalie le sonrió.

-Muy bien, como de costumbre.

-Trato de complacerla.

La muchacha, algo ruborizada por el cumplido, se volvió para recoger las medias de seda que le pondría a continuación. En ese momento se

abrieron las puertas corredizas. Julien se presentó con una bata larga de terciopelo morado. Una sonrisa sardónica le curvó la boca ante la sorpresa de Amalie y su camarera. De inmediato, señalando la puerta con la cabeza, ordenó aLally:

-Déjanos solos.

Cuando la puerta se cerró, se volvió hacia Amalie con voz áspera:

-No me mires así. No tenía intenciones de hacerte sufrir esta mañana.

-No fue nada. -Ella buscó algún comentario con que distraerlo-. Fue un momento desagradable, sin duda, vernos a los dos así.

-Ese no es motivo para haberte tratado de ese modo. Desquitarme contigo, después de lo que se te hizo, y bajo mi total conocimiento, fue imperdonable. No sé qué me pasó; no estoy seguro de comprenderlo yo mismo. Sólo espero que no me condenes con demasiada dureza.

Tenía la vista clavada en el diseño de la alfombra, y e^{s0} facilitó las cosas. Con voz ahogada, Amalie dijo:

-Tal vez parezca que a mí no me importa tu honor ni tu familia, pero no es así. No haré a conciencia nada que pueda perjudicarte.

-Es todo lo que pido.

Se hizo el silencio. El frunció el entrecejo, escondiendo sus manos en los bolsillos de la bata. Ella tragó saliva. El reloj de la repisa dio la hora suavemente. Ambos lo miraron. Julien carraspeó.

-Te parecerá extraño que un esposo permita a otro hombre tocar a su mujer.

-Sí, pero Robert me explicó.

-¿Te explicó? Me habría gustado escuchar eso. ¿Te dijo por qué?

-En parte.

Sólo entonces Julien levantó la vista para mirarla con los ojos entornados. Al cabo de un momento suspiró profundamente.

-En ese caso, le debo mi agradecimiento.

Ella dio un paso hacia él, con la mano extendida, aunque sin llegar a tocarlo.

-Si es así, ¿por qué no anuláis ese duelo insensato? Tú eres la parte ofendida. ¿No podrías...?

-No. Puedo aceptar lo que hiciste, pero el papel de Robert en esto, no. El traicionó nuestra confianza. Lo hizo sabiendo de qué se trataba y, de no intervenir yo, continuaría haciéndolo. No puedo permitir eso.

-Por favor, por favor, no sigas adelante con eso. Yo... haré lo que me pidas.

Una sonrisa torcida apareció en la boca de Julien.

-¿Temes por él o por mí? ¿O no hace falta que pregunte?

-Temo por ambos. Pase lo que pase, caerá sobre mi conciencia. Amalie comprendió que era verdad en cuanto hubo pronunciado esas palabras. Entonces le tocó el brazo, con una súplica en los ojos pardos. El levantó una mano para rozarle la mejilla; su rostro se suavizó.

-¡Qué hermosa eres! El ideal de cualquier hombre: encantadora, industriosa, apasionada, increíblemente dulce. Casi podrías tentarme.

Ella esperó, conteniendo el aliento. ¿Cómo podría cumplir con su promesa, cómo viviría después soportando el recuerdo? Pero no se retiró.

Julien dejó caer la mano.

-Pero tenerte como esposa -dijo- adornando mi hogar, atendiendo mi mesa, ya que no mi cama, es todo lo que te puedo pedir, todo lo que te pediré.

11

La casa de los Morney era de estilo clásico, en forma de templo griego. Edificada hacía menos de dos años, era según las normas de St. Martinville, algo presuntuosa, como corresponde a un nuevo rico. Pero nadie permitía que ese criterio le impidiera aceptar la hospitalidad de monsieur Morney, hombre excelente, cuya risueña esposa ofrecía comidas suntuosas.

La casa tenía tres plantas. La última era un salón abierto, de suelo brillante, paredes cubiertas de espejos y ventanas en arco. Ese enorme ambiente recibía la denominación oficial de salón de baile. La multitud allí reunida no incluía sólo a gente joven, sino de todas las edades, desde los recién casados hasta los abuelos. En la planta baja se había instalado una sala para jugar a los naipes, y hacía allí gravitaban varios caballeros y damas de cierta edad. Había un constante ir y venir por la gran escalinata curva que llevaba a los dormitorios de huéspedes, con salitas adjuntas, destinadas como sala de descanso: una para las damas y otra para los caballeros.

Los músicos tocaban de buena gana, ocultos entre helechos. A pesar de la noche cerrada, todo era colorido y luminoso; los concurrentes parecían disfrutar de muy buen ánimo y estar decididos a divertirse, Amalie, sentada a un lado, sola por el momento, se preguntó si todo sería lo que parecía o si quienes bailaban con tanto abandono eran sólo más hábiles que ella para disimular sus angustias. Tal vez todos tenían sus secretos y sus miedos, pero sonreían a pesar de todo.

¿Acaso había fornicadores y adúlteras entre los concurrentes? Era probable, aunque difícilmente entre las mujeres, que vivían rodeadas de criados y a quienes las convenciones prohibían estar nunca a solas con un hombre que no fuera pariente cercano; además, como no salían de la casa sin la protección de un caballero, se les presentaban pocas oportunidades. Para los hombres era más fácil; a los casados se los instaba, hasta cierto punto, a optar por los amores ilícitos, a fin de proteger a las damas de sus deseos desmandados. Después de la boda, contaban con oportunidades en abundancia, y muchas esposas preferían hacer ojos ciegos para evitar, hasta cierto punto, la constante amenaza del embarazo.

Sin embargo, Amalie había descubierto que las mujeres también tenían deseos. Tal vez era prudente rodearlas de tantas restricciones, mientras se siguiera dando tanta importancia a la castidad. El propósito era, naturalmente, proteger la santidad de la estirpe masculina, asegurarse de que un hombre no diera su apellido a un hijo ajeno. Habría sido mucho más fácil y razonable seguir la estirpe por la línea femenina. Así no habría tenido importancia la progenitura de cada hijo concebido.

En eso se levantó como impulsada por un resorte y echó en derredor una mirada tímida, antes de echar a andar por los bordes de la pista. Había bailado dos piezas con Julien, quien, después de conseguirle una copa de ponche, la había dejado con su madre. Rato después, las ancianas Oudry se habían llevado a M'mère a la sala de naipes. George, al entrar en busca de Chloe, que giraba en brazos de un apuesto criollo, había invitado en cambio

a Amalie, pero, después de guiarla cuidadosamente a lo largo de una gavota, había corrido a encargarse de Chloe. Al parecer, acababan de solucionar sus diferencias, pues estaban bailando por todo el salón. La música cesó. Chloe abrió su abanico ante el rostro de su compañero, en tanto se acercaban a la mesa de ponche. Amalie, que los observaba, sonrió un poquito. Era una pena que Julien no se diera cuenta; formaban una bella pareja.

-¿Me permites esta pieza?

Al girar en redondo se encontró ante Robert. Convocan-todo su sentido común trató de no prestar atención al acelerado ritmo de su corazón.

-No creo que sea prudente.

-Nunca hubo nada prudente entre nosotros. ¿A qué comenzar ahora a calcular las consecuencias?

-No somos los únicos que las pagaremos.

-Muy cierto -reconoció él, con una sonrisa irónica en los ojos-. ¿Me quedo aquí, conversando contigo, o debo retirarme?

Amalie había visto ya unas cuantas miradas oblicuas lanzadas hacia ellos. Sin duda, sería mejor que él se retirara, tal vez para bailar con alguna mujer libre. Pero no pudo sugerirlo.

-Como prefieras.

-Prefiero bailar contigo. Es una excusa perfecta para tenerte en los brazos.

Y antes de que ella pudiera protestar, la tomó por la cintura para sacarla a la pista ante los primeros compases de un vals.

Se movían juntos con perfecta naturalidad, como dos mitades de un todo, él guiando, ella respondiendo, como si sus cuerpos obedecieran a un ritmo distinto, más elemental. Los separaba la distancia correcta; los dedos apenas se tocaban; sin embargo, era como si sus cuerpos estuvieran enredados. Otras parejas se agolpaban en derredor, pero parecían estar solos.

Había un extraño éxtasis en esa exhibición pública de un rito privado, que afectó a Amalie de languidez. Esa proximidad, ese contacto, eran recordatorios de otros sitios, de otras oportunidades. Se volvió hacia él, desaparecidas las sombras de sus ojos, con los labios húmedos y entreabiertos.

Pero una parte de su mente se espantaba ante esa falta de atención a las consecuencias. No podía dejar de preguntarse si él no estaba buscando que el asunto llegara a conocimiento de todos, si no había buscado ser visto el día anterior, junto al río. Si se enfrentaba al duelo con tanta compostura, ¿era porque no tenía miedo o porque estaba seguro del resultado?

No le gustó el tenor de sus pensamientos, pero la causa era evidente: con ese modo de llegar a su cama, él le había hecho difícil la confianza. Al parecer, era capaz de cualquier cosa y, por lo tanto, sospechoso. Algo lamentable, pero que ella no podía evitar.

La música parecía prolongarse eternamente. Amalie, desgarrada por tantas conflictivas emociones, sentía el principio de un dolor de cabeza detrás de los ojos. La había estado amenazando toda la tarde y comenzaba a hacerse sentir. Frunció un poco el entrecejo.

-¿Te pasa algo? -preguntó Robert, algo preocupado.

-Ojalá pudiera irme a casa.

-Lo mismo pienso... conmigo -fue la rápida respuesta.

-Lo digo en serio.

-¿Crees que yo no?

-Tratándose de ti, nunca sé cómo tomarte -respondió ella, mirándolo a la cara.

Antes de que él pudiera responder, súbitamente serio, la música llegó a su fin. De inmediato se les reunió Chloe, que se precipitó contra Amalie, tomándola del brazo.

-Necesito hablar un momento contigo -dijo, con cara afligida-. Acompáñame a la sala de descanso, ¿quieres?

Amalie se dejó llevar, echando sólo una breve mirada a Robert, que la seguía con la vista. Trató de observar de soslayo a su compañera, en tanto bajaban la escalinata, pero sus labios apretados no revelaban mucho. Sin duda, había tenido noticias del duelo. Lo que no sabía era de cuánto sabía la jovencita.

En la sala de descanso había un par de matronas, que no mostraron prisa alguna por retirarse; inclinadas sobre el espejo, analizaban los medios para evitar que los esposos roncaran. Cuando por fin se fueron, abanicándose, Chloe verificó que no hubiera nadie en la alcoba vecina y se dirigió a Amalie.

-Nunca en mi vida estuve tan cerca de desmayarme como hace un momento, cuando oí lo de ese duelo entre Julien y Robert. Es una gran mentira, supongo. Tiene que ser. Dime qué hay de cierto en eso.

-¿M'mère no te dijo nada?

Chloe se dejó caer en la silla más próxima.

-¿Eso significa que es cierto?

-Temo que sí.

-¿Y por qué no me dijeron nada? ¿Por qué se me trata como a una criatura ignorante a la que no se consulta?

-No sé. Tal vez M'mère no quiso preocuparte.

-¡Preocuparme! ¿Y si muere uno de los dos? Yo no habría tenido la menor idea de que algo así podía ocurrir.

-Por favor, no digas eso.

-¿Que no lo diga? ¡Bien puede ocurrir, si se baten! Pero no podemos permitirlo. Hay que impedir eso.

-¿Existe algún modo de evitar que dos hombres se batan, cuando están decididos? -murmuró Amalie, con un dejo de amargura.

Se acercó a una ventana abierta. Desde arriba llegaba el sonido de la música y el leve arrastrarse de pies.

-¡Ah, Amalie!, no comprendes. Son como hermanos.

-Las personas que más han intimado son las que mejor saben cómo herirse; por eso les cuesta más perdonar.

-¿Y a mí qué me importa que se perdonen o no, mientras no se maten? Es en M'mère en quien pienso. Si cualquiera de los dos sale mal del trance, tal vez nunca se recobre del golpe.

Amalie se frotó el sitio dolorido entre los ojos.

-Tal vez tengas razón.

-Si se conociera el motivo, tal vez se podría hacer algo.

En la voz de Chloe había algo inquisitivo. Su mirada negra estaba clavada en Amalie.

-La persona que te informó, ¿no arriesgó ninguna suposición?

-No me informó nadie. Sólo oí una conversación. En cuanto me vieron cambiaron de tema, pero por el modo de hablar, no creo que lo supieran.

-Entonces tendrás que preguntarle a M'mère.

La muchacha entornó los ojos.

-Amalie, tengo la sensación de que tú podrías decírmelo si quisieras.

-¿Por qué crees eso?

-No estoy segura -respondió Chloe, lentamente-. Es sólo una intuición.

No hubo tiempo para más, pues un grupo de muchachas entró rápidamente, entre grandes exclamaciones, colmando la habitación con sus amplias faldas. Para alivio de Amalie, se llevaron a Chloe hacia otra sala. Ella aprovechó la oportunidad para escapar.

En el salón de baile todas las sillas próximas a las ventanas estaban ocupadas; sólo quedaban asientos libres en los rincones, donde el aire apenas se movía. George se acercó a ella por un rato, ofreciéndole una copa de ponche; la bebida estaba fresca, pero demasiado endulzada; en vez de calmarle el dolor de cabeza, la hizo sentir algo descompuesta. George la abandonó al reaparecer Chloe.

Un par de casadas jóvenes tomó asiento cerca de ella, hablando de recetas, enfermedades infantiles e incomodidades del embarazo en verano. Cuando se dedicaron a analizar las posibilidades de viajar en ese estado interesante, sopesando los beneficios de pasar la temporada de las fiestas en sitio fresco contra el peligro de un aborto, Amalie escuchó con particular interés sin demostrarlo.

Pero las dos mujeres pronto pasaron a chismes generales. Pensaban ir a Isla Dernière durante el verano, sobre todo porque iría una conocida de ambas. Se trataba de Francés Prewett, primeramente casada con un tal Weeks, aunque acababa de enviudar por segunda vez. Tenía sólo un año más que Amalie y, al parecer, vivía en la casa de la familia, con dos hijos de su primer matrimonio. Aunque todavía se aferraba al luto, comenzaba a mostrar cierto interés en salir otra vez. Como era una joven muy atractiva y de excelentes perspectivas, era probable-decían las amigas- que se casara otra vez, siquiera para dar un padre a sus dos hijos.

Viudas. El tema venía a recordar lo constante de la muerte en esa comarca, de lo fácil que era perder a los seres amados. No era algo que Amalie quisiera pensar en esos momentos, considerando que Julien y Robert iban a batirse por la mañana.

Se levantó para caminar sin rumbo. El dolor de cabeza se había vuelto tan intenso que se le nublaba la vista. Cuando

Robert se le acercó, ella se detuvo; en su aflicción, le tendió la mano sin darse cuenta.

-¿Qué pasa? -preguntó él, en voz baja, sujetándosela.

-¿Podrías llevarme a casa? Me duele horriblemente la cabeza y hace siglos que no veo a Julien.

-Tampoco yo. Te llevaré, por supuesto. Espera que avise a M'mère.

Tardó sólo un momento en regresar. A la tía no le parecía conveniente que Amalie se retirara, pero si era indispensable ella se quedaría con Chloe para salvar las apariencias.

Amalie, recostada en el carruaje, se dijo que M'mère no había tenido intenciones de molestarla. También ella estaba tensa, con mayor razón cuanto que Julien era su único hijo. Aun así, se sentía culpable; pero no habría solucionado nada quedándose en la fiesta sólo para acabar descomponiéndose.

El aire nocturno la refrescó como una bendición, y la presencia de Robert era reconfortante, aunque no hacía intento alguno de entablar conversación. Parecía distraído, como concentrado en otros pensamientos. A Amalie se le ocurrió que así podrían haberse comportado ambos de ser sólo primos políticos.

Ya en Belle Grove, Robert la ayudó a bajar e hizo que Chloe le enviara a su camarera. No le soltó la mano hasta haber subido la escalera. Ya arriba hizo una pausa.

-No voy a entrar contigo, pues debo llevar el carruaje a M'mère y Chloe.

-Sí. Has sido muy amable al acompañarme.

-¿Amable? -Parecía divertido-. Te agradezco la oportunidad. Sólo lamento que se me haya brindado a costa de una indisposición tuya.

Una lámpara brillaba en el salón detrás de ellos, y su resplandor se reflejaba en los ojos de Robert, dándoles un tono extraño. Amalie no fingió comprender mal sus palabras.

-¿No hay modo de impedir ese duelo?

-No, a menos que Julien lo quiera así.

-Es una estupidez -comentó ella, ferozmente.

-Estoy de acuerdo, pero ya sabes que no fui yo quien lo buscó.

-Pudiste haber pasado por alto sus insultos.

-Cierto, pero en realidad le debo una reparación.

-¡Eso es una estupidez!

El rió por lo bajo.

-Supongo que sí, y algo muy poco habitual, también. Debía seducir a su esposo; hasta allí estábamos de acuerdo. De haber dejado las cosas allí, todo hubiera salido bien. Lo que no le gustó fue que me entrometiera en tus sentimientos.

-Yo pensaba que era la exhibición pública.

-Eso también. Pero mi falta principal fue no mantenerte convencida de que él era tu amante, además de tu esposo. Aunque el subterfugio le molestó mucho, para él era importante hacértelo creer así.

-Es muy orgulloso -comentó ella, en voz baja.

Como él no respondió, levantó la vista, comprendiendo que las mismas palabras se podían aplicar a Robert Farnum. El la estaba observando; sus ojos azules parecían negros ante aquella luz vacilante.

-Si no vuelvo... -comenzó él.

-Por favor, no digas eso.

-Sólo quería decirte que, a pesar de todo no me arrepiento de lo que hice.

-¡Oh, Robert!

-No pretendo que tú pienses lo mismo, pero quiero llevarme un beso como recuerdo.

Y la atrajo hacia sí, mirándola a los ojos antes de buscarle la boca. Ella cedió, saboreando aquella presión dura y dulce como si fuera la última vez; necesitaba su escozor como antídoto contra el dolor que, súbitamente, era como una herida abierta en su interior. Con un salobre gusto a lágrimas en la garganta, lo sujetó por el cuello de la chaqueta.

El dio un paso atrás, agitado, y se volvió rápidamente hacia la escalera. Detrás de Amalie, Lally abrió la puerta de la salita.

-¿Todo bien, mam'zelle Amalie? -preguntó, suavemente.

-No -replicó ella-. Nada está bien desde hace tiempo, y ya no hay arreglo posible.

Si Amalie no hubiera comprendido allí, en la galena, que estaba enamorada de Robert, lo habría sabido al día siguiente, al amanecer. Durmió poco; repasaba una y otra voz todo lo ocurrido desde su llegada a Belle Grove. Era tan poco lo referido a Robert...

¿Cómo había llegado a ligarse tanto con ese americano? La cópula de dos cuerpos en la oscuridad no bastaba para justificarlo. Era algo que emanaba de él: su integridad, una sensación excitante, una fuerza, pero también un atractivo elemental, sin causa alguna.

Debería despreciarlo, pero no podía. Su rostro le llenaba los pensamientos; parecía imposible haber pensado alguna vez que quien le hiciera el amor había sido otro. La idea de que jamás volverían a hacerlo, cualquiera fuese el resultado del duelo, era una amargura insoportable. Si se producía algún derramamiento de sangre, siquiera leve, que satisficiera el honor, Julien se encargaría de que Robert no volviera a acercarse. Si Robert mataba a su esposo, bien podía verse en problemas policiales; pero además, ella no se creía capaz de poder casarse con él en ese caso. En la otra posibilidad, la de que Julien matara a Robert, prefería no pensar.

Oyó a M'mère y a Chloe cuando regresaron, pero en la alcoba de Julien no se oía nada. El dolor de cabeza cedió un poco, pero sin retirarse del todo. Por fin, a la madrugada, tomó algunas gotas más de láudano y, por fin, pudo dormir.

Despertó con un sobresalto. El corazón le latía con fuerza y sentía la horrible seguridad de haber olvidado un compromiso importante. Estaba amaneciendo más allá de las cortinas. El duelo. Ya debía haber terminado.

Saltó de la cama sin llamar a Lally, pero la doncella debía estar alerta, pues apareció en cuanto Amalie comenzó a ponerse las enaguas.

-¿Se sabe algo? -preguntó la señora.

-No, mam'zelle. ¿Qué va a ponerse? ¿El vestido de muselina de lunares o el rosado a rayas?

-Cualquier cosa, no importa -exclamó Amalie, impaciente, calzándose los zapatos.

Por fin vestida, se encaminó hacia el salón con un revoloteo de faldas, dedicando una breve sonrisa a Isa, que estaba sentado ante su puerta, dibujando sobre las rodillas. Chloe estaba acurrucada en un rincón en bata.

M'mère, de pie ante la puerta abierta, miraba en dirección al Teche. Charles entró desde la galería trasera, trayendo una bandeja con el café.

Amalie miró a Chloe, que sacudió la cabeza. La muchacha tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño; el pelo, enredado, le caía por la espalda. Como no hizo ademán de acercarse a la bandeja dejada en la mesa, Amalie le sirvió una taza humeante y se la entregó. Luego llenó otra para M'mère y se acercó a ella.

La suegra estaba rezando el rosario. Se detuvo un largo instante, moviendo los labios. Por fin, con un suspiro, se persignó y guardó las cuentas en el bolsillo de su falda, aceptando el café con una débil sonrisa.

Amalie hubiera querido consolarla, pero ¿qué podía decir? No se le ocurría nada que no fuera trillado y, muy probablemente, falso. Por lo tanto, se limitó a permanecer en silencio junto a la anciana, contemplando los robles y los arbustos nuevos o las aguas calladas del río.

Detrás de ella hubo un movimiento. Isa le acercaba una taza de café. Le dio las gracias con una sonrisa y una palmadita en el hombro; el niño fue a sentarse otra vez contra la pared. Durante largos momentos sólo se oyó el tintineo de la porcelana, el suave rasguido del lápiz y el gorjeo de los pájaros entre las ramas.

Desde la galería inferior les llegó un ruido de pasos que despertó ecos en los peldaños de la escalera. Tal vez el vencedor del encuentro había cortado a campo traviesa desde la ruta principal. Amalie dejando su taza, se adelantó a tiempo para ver aparecer la cabeza de un hombre.

-George -dijo, casi jadeando.

Chloe, detrás de ella, soltó una rápida exclamación y dejó su taza con violencia, levantando una mano hacia su cabellera desaliñada. Ciñéndose la bata al cuerpo, huyó apresuradamente en el momento en que el inglés franqueaba el umbral.

Miró hacia el interior como si esperara hallar en el salón a uno de los duelistas, por lo menos. Al ver que no estaban allí, bajó la voz al timbre reservado para los funerales.

-¿Hay noticias?

Amalie sacudió la cabeza, igual que Chloe un rato antes. Tanto por hacer algo como por exigencias de la hospitalidad, sirvió café para George, que permaneció de pie, equilibrando incómodamente la taza hasta que M'mère, comprendiendo su dilema, fue a sentarse para que él pudiera hacer otro tanto.

Conversaron con frases entrecortadas. Volvió Chloe más presentable. Charles trajo más café y una bandeja de panecillos con manteca. Todos tomaron uno y se limitaron a manosearlo, con excepción de George, quien comió dos y tendió la mano hacia otro antes de captar la mirada de reproche que Chloe lanzaba en su dirección.

El ruido de cascos en el camino los inmovilizó a todos. El caballo avanzaba deprisa. Se oyó el tintineo de las bridas. Amalie miró a M'mère, pero la anciana mantenía la vista fija hacia adelante; estaba más blanca que el encaje de la cofia atada bajo su barbilla. Chloe buscó la mano de George. Amalie entrelazó sus dedos con fuerza, volviendo la mirada hacia la puerta abierta.

Los pasos eran firmes y rápidos. La silueta de un hombre llenó el vano de la puerta. Llevaba en la mano el látigo y el sombrero. En su entrecejo se veía una gran arruga.

Chloe soltó un grito ahogado. M'mère cerró los ojos. Amalie se levantó lentamente.

Roben entró en el cuarto. Con voz sombría, preguntó:

-¿Dónde está Julien?

12

Fue Amalie quien rompió el silencio.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir -respondió Robert muy severo- que Julien no apareció en el campo de honor.

M'mère permaneció sentada, aferrada a los brazos de su silla. Chloe se levantó de un salto, exclamando:

-¡Imposible!

-Es totalmente cierto. -La respuesta do Robert sonó tan dura como breve.

-¿Cómo puede ser?

George se había levantado al mismo tiempo que las damas.

-Está muy claro -dijo, con el entrecejo fruncido, en su tono moderado-. Ha renunciado, admitiendo que el error era suyo.

Chloe se volvió hacia él.

-¡Podría haber hecho lo mismo de muchos modos, sin catalogarse como cobarde! Podría haber hablado con Robert o disparado al aire.

-Ya no -respondió George, ahuecando los labios-. No se estila disculparse en el campo de honor. Podría haber disparado al aire, como dices, pero sólo si hubiera querido dar a su adversario la posibilidad de abrirle un agujero.

-¡Y eso es, justamente, lo que él habría hecho! No siempre estoy de acuerdo con Julien, pero sé muy bien que él nunca huiría.

Amalie, sin prestar atención al diálogo, dijo:

-Todos dimos por sentado que había ido a tu encuentro. Como no es así, lo más probable es que se haya quedado dormido v todavía esté en su cuarto. Hasta es posible que esté enfermo.

-Es lo que yo digo -concordó Robert.

Y cruzó la habitación, para entrar a la alcoba de Amalie. La cruzó sin mirar y abrió las puertas corredizas que daban a la de Julien.

Estaba en penumbras, silenciosa, con las cortinas aún corridas. En el lecho adoselado, el cubrecama estaba bien tendido y el almohadón en su sitio. Era demasiado temprano para que las criadas hubieran limpiado el cuarto. Por lo visto, nadie había dormido allí.

Todos habían seguido a Robert y estaban contemplando la habitación, salvo M'mère, que se acercó a la cabecera de la cama para alisar una de las almohadas. Chloe, mirando en derredor, aturdida dijo:

-¿Dónde puede haberse metido?

-Excelente pregunta. -Robert giró hacia Amalie-. ¿Dónde está Tige? Tal vez él tenga una idea.

Llamaron al ayuda de cámara, que vino corriendo desde la cocina. Al ver a m'sieu Robert en el salón se puso gris bajo el pardo de su piel, pero aguardó en silencio para que le explicaran por qué lo habían llamado. Ante la pregunta de si sabía el paradero de su amo, tu cara quedó inexpresiva.

-No sé, m'sieu. ¿Usted no lo... es decir, él no está herido?

-De mi mano, no -fue la sombría respuesta de Robert-. ¿No dijo nada anoche sobre si volvería o no?

-No, m'sieu. Me dijo que no lo esperara levantado, pero eso fue todo. Me lo indica con frecuencia.

-¿Es frecuente también que no venga a casa en absoluto?

-A veces, m'sieu.

-¿Tienes idea de por qué pudo no presentarse en el campo de honor esta mañana?

-¿Que no se presentó? ¡Pero no, m'sieu! -dijo el sirviente, y sus ojos reflejaban su espanto y su sorpresa-. No es posible que haya hecho semejante cosa.

-Es exactamente lo que yo pienso -declaró Chloe.

-Cuando se queda en la ciudad hasta tarde -prosiguió Robert ¿sabes dónde pasa la noche?

Tige echó un vistazo a Amalie.

-Después que se casó, no, señor.

Amalie había permitido que Robert llevara a cabo el interrogatorio, al igual que todos, pero en eso se adelantó.

-¿Eso significa que Julien no volvió con vosotros, anoche?

-No -respondió Robert.

-No oí nada indicativo de que anoche volviera a casa tarde, pero si lo hizo, si volvió demasiado tarde para acostarse antes de volver a salir, debió llevarse las pistolas de duelo. -Se volvió hacía el ayuda de cámara-. Tige, ¿están las armas en su cuarto?

El hombre tardó un momento en verificarlo.

-Sí, mam'zelle.

Julien había abandonado la casa la noche antes del baile. No se lo había visto desde que abandonara la fiesta a hora temprana. Nadie había dormido en su cama, no faltaba ropa de sus armarios y las pistolas estaban en su sitio. No había acudido al campo de honor ni enviado explicaciones a su adversario ni a su familia. Sólo cabía una explicación: alguien se lo había impedido de alguna forma. Dado el temperamento de Julien, ninguna otra cosa tenía sentido.

Despidieron a Tige. Los presentes en el salón se miraron entre sí. M'mère dijo con voz algo estremecida:

-¿Un accidente, tal vez?

-¡Sí! -exclamó Chloe-. Eso debe ser.

Robert sacudió la cabeza, frunciendo el entrecejo.

-A Julien lo conoce todo el mundo. Aunque estuviera inconsciente, nos habrían avisado.

-A menos que nadie haya descubierto todavía el accidente -observó Amalie-. Anoche iba a caballo, igual que tú. Tal vez el animal lo despidió y está inconsciente, tendido en alguna parte.

-Últimamente -aventuró Chloe- se han producido muchos asaltos a viajeros y a hombres que se arriesgaron a entrar en tabernas y posadas de mala fama.

-Sí. -El tono de Robert parecía reprimido. Su mirada rozó a M'mère, que permanecía en su asiento, pálida e inmóvil. Luego miró a Amalie, y en la profundidad azul de sus ojos se reflejó una expresión triste, perseguida-. El

primer paso será desandar nuestro trayecto hasta la ciudad; luego haremos averiguaciones allí. Me encargaré inmediatamente de eso.

-Si no le molesta -intervino George-, me gustaría ir con usted.

-Siendo dos cubriremos más terreno -aceptó Roben.

Partieron en menos de una hora. Amalie, al contemplar a los jinetes que se alejaban, pensó que en oportunidades como esa resultaba duro ser mujer. Le hubiera gustado hacer algo: interrogar a la gente, revisar el campo, cualquier cosa, menos quedarse sentada a la espera de que alguien le trajera noticias. Habría sido mal visto que acompañara a Robert y a George; aunque ellos no habían dicho nada, ella sabía que pensaban entrar en todas las tabernas y los garitos de la zona, cosa muy inapropiada para la sensibilidad de una dama.

Sin embargo, ella no estaba segura de tener esa sensibilidad. En vez de estar postrada por la desaparición de su esposo, se sentía inquieta, consumida por la necesidad de salir a buscarlo. La impulsaba el miedo por el paradero de ese hombre, a quien había llegado a tener cariño, pero sobre todo, el remordimiento. No podía dejar de preguntarse qué relación tenía su aventura con Robert en cuanto a la desaparición de Julien. Y Robert parecía pensar lo mismo.

Los dos hombres regresaron casi a las once de la noche. Nadie se había acostado. Hasta M'mère estaba levantada, rezando el rosario. Parecía haberse consumido; los ojos se le hundían en el cráneo.

Bastó mirarlos a la cara para saber que no habían tenido éxito. Isa, sentado a los pies de Amalie, levantó la vista.

-Nada -dijo Robert, dejándose caer en una poltrona.

-Pensamos que tal vez habría vuelto mientras tanto -agregó George, mientras acercaba una silla a la de Chloe, con una sonrisa cansada.

-¿Buscasteis en...?

-Buscamos en todas partes -interrumpió Robert, con la paciencia agotada.

St. Martinville no era grande; la habitaban menos de cuatrocientas personas y otros pocos centenares estaban esparcidos por las orillas del Teche. Existía un número limitado de sitios donde Julien podía estar.

-¿En las tabernas? -insistió Chloe.

-Sí. Lo vieron en un sitio de esos, al otro lado de la ciudad, cerca del río. Fue el único rastro que encontramos.

-Es como si hubiera desaparecido -dijo George.

-¿Y su caballo? -preguntó Chloe al inglés.

-Eso es extraño. Lo encontraron ante el establo del hotel Broussard. Nadie sabe si lo llevaron hasta allí o si fue solo, porque el dueño lo dejaba allí con frecuencia.

Robert se incorporó para mirar a su tía.

-Creo que, si no ha vuelto por la mañana, deberíamos llamar al alguacil.

-No -dijo M'mère, áspera e inflexiblemente.

Como casi todos los plantadores del Teche, tenía poco en cuenta a los representantes de la ley, como no fuera para impedir la llegada de personas indeseables a la zona. Los propietarios de plantaciones siempre estaban demasiado lejos de la ciudad y preferían defenderse solos. Cualquier intervención en el principio básico de disparar ante cualquier actividad

sospechosa recibía una feroz resistencia. El resultado era la independencia, pero también la aristocrática actitud de sentirse por encima de la ley.

-Sé razonable, *tante* Sophia. Es preciso realizar una búsqueda intensa, corriente arriba y corriente abajo, además de efectuar averiguaciones mucho más profundas. Eso requiere más hombres y más autoridad.

-Podemos utilizar a los peones. Y en cuanto a las preguntas, ¿de qué sirven? Si alguien supiera dónde está Julien, ya nos habrían hecho llegar aviso. Y si tienen motivos para no avisarnos, tampoco se lo dirán al alguacil.

Robert miró a Amalie, que sostuvo por un momento su muda petición de apoyo. Luego se levantó para arrodillarse ante su suegra.

-Por favor, M'mère, es preciso. Con cada minuto que pasa pueden disminuir las posibilidades de hallar con vida a Julien. Si el alguacil y sus hombres pueden ayudar, si pueden poner en marcha a un equipo más grande, es necesario llamarlos.

Lo que no dijo, aunque todos lo pensaban, era que el alguacil también podía hacer dragar el brazo muerto del río. No era raro que un hombre desaparecido fuera hallado en esa corriente lerda y lodosa.

-Julien volverá -dijo la anciana, endureciendo los labios temblorosos-. No hay necesidad de hacer tanta bulla.

-No lo sabemos.

-Piensa, *chère,* en el escándalo que se armará. Los rumores sobre el duelo se convertirán en gritos. Todo el mundo hará suposiciones. Será un escándalo tremendo, terrible.

Amalie sostuvo las flacas manos de la anciana.

-Puede ser, pero no podemos guardar silencio sobre la desaparición de Julien sólo por el qué dirán.

-Tal vez se haya ido. Tal vez no quería enfrentarse a Robert y no se creía capaz de decírselo sin volver a enfurecerse. Mañana o pasado llegará una carta, diciéndonos dónde está y pidiéndonos que no nos preocupemos.

-Pero hubiera avisado a alguien antes de irse, a usted, a mí, cuanto menos a Tige para que le preparara una maleta. No lo hizo; no se llevó nada.

M'mère meneó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

-No sé, no sé. ¡Ah, Julien, hijo mío, hijo mío! ¿Cómo voy a soportar esto, cómo?

Era imposible insistir. Sólo cabía esperar que, por la mañana, estuviera más tranquila y más abordable.

Amaneció. La madre de Julien no se levantó de la cama ni quiso ver a nadie. Envió recado por medio de Pauline, su camarera, diciendo que se sentía demasiado descompuesta para hablar del asunto y que les rogaba comprensión. Robert juró por lo bajo, pero volvió a salir con George.

Fue a la mañana siguiente cuando Lally llamó a la puerta de Amalie y entró con una bandeja de café en las manos e Isa pegado a sus talones.

-*Au café* -dijo, muy seria.

Amalie se incorporó, alargando una mano en busca de su bata. Apenas estaba rayando el día. M'mère siempre tomaba su café en la cama, igual que Julien y Chloe, pero Amalie no había podido acostumbrarse a eso.

-¿Y a qué debo este placer?

-Debo hablar con mam'zelle -dijo la doncella.

Dejó la bandeja en la mesa de noche y puso una servilleta en el regazo de Amalie; luego, cuidadosamente, le entregó la taza llena

-¿Qué pasa? -preguntó Amalie sin quitarle los ojos de la cara.

-Es por Tige. Estaba preocupado por m'sieu Julien. Anoche fue a la ciudad para ver qué podía averiguar.

-¿Sin pasaporte? -preguntó Amalie, agudamente.

Cualquier esclavo podía pasarlo mal si se lo descubría fuera de la casa sin un papel como testimonio de que cumplía encargos de su amo. Las patrullas no solían tomar a la ligera las actividades clandestinas.

-Puso mucho cuidado. Pero descubrió que m'sieu Julien estuvo en la taberna del mulato Bonhomme, el liberto. Ese hombre es tío suyo, pues el mulato compró su libertad y después compró también a la tía de Tige y se casó con ella.

-Comprendo.

-Sí. M'sieu Julien va allá con frecuencia, pues le gusta el tío de Tige y porque él le da todos los gustos Allí se encontró con esos dos hombres.

-¿Qué dos hombres? -preguntó Amalie, secamente.

-Los dos que vinieron en el barco. Duros, toscos.

-¿En qué barco?

-El que trajo las flores desde lejos. Los hombres que descargaron los tiestos.

Amalie se olvidó del café

-¿Y Tige habló con esos hombres?

-*Mais non,* mam'zelle. Se han ido. Nadie los ha visto desde el baile de los Morney.

-Seguramente volvieron a Nueva Orleans -dijo Amalie, casi para sus adentros-. Tal vez no signifique nada, pero tal vez sea una posibilidad. Si pudiéramos hallarlos... Pero no sabemos cómo son, siquiera, descontando a M'mère y a George.

En M'mère, dada su perturbación no se podía confiar. George no había mirado más que a sus preciosos arbustos.

-Yo los vi, *petite maitresse.*

Era Isa, quien llevaba un rollo de papel de dibujo. Se lo ofreció imitando con tanta perfección la graciosa inclinación de cabeza de Julien que ella carraspeó antes de darle las gracias.

En el papel había dibujado a los dos hombres bajo un árbol, sin chaqueta, con las mangas de las camisas a rayas recogidas hasta los codos. Uno iba a cabeza descubierta; su pelo rizado se mezclaba con una espesa barba. El otro llevaba una gorra encasquetada hasta las cejas, como para disimular el ojo bizco.

Amalie levantó la vista sonriendo.

-Es maravilloso. Isa, de veras. Se lo mostraré a m'sieu Robert. Tráeme pluma y papel para que le escriba de inmediato.

En menos de una hora fue entregado su mensaje. Robert llegó cuando ella acababa de completar su arreglo. Lo recibió en la galería frontal. De inmediato le entregó el dibujo, revelándole lo que Tige había descubierto. El no se dejó impresionar.

-¿Crees que Julien pudo hacer una íntima amistad con estos dos y fugarse a Nueva Orleans con ellos? No puede ser. Para empezar, Julien no

tenía por costumbre tratar con marineros vulgares; además, no hubiera dejado de presentarse en el campo de honor.

-¿Y si lo obligaron? ¿Y si se lo llevaron secuestrado?

-Hubiéramos recibido una petición de rescate.

Ella sacudió la cabeza, alejándose unos pasos.

-No sé, pero parece demasiada casualidad.

-De eso se trata: de pura casualidad.

Sin embargo, era la única pista de lo que podría haberle ocurrido a Julien. A ella le parecía obvio; ¿cómo era posible que él no lo notara? Por un instante se preguntó si ese hombre tendría, realmente, interés en averiguar qué había sido de Julien. pero lo descartó.

-Como tú digas -respondió al fin en tono neutro. El le puso una mano en el hombro -Amalie, *chérie,* ya sé que esto es difícil para ti.

-¿Lo sabes?

-Lo adivino. Si puedo ayudarte en algo...

Ella se apartó sin mirarlo.

-Puedes buscar a Julien.

El la miró fijamente durante un largo momento. Luego giró sobre sus talones y pasó al salón. Al cabo de un momento se oyó un murmullo de voces en la habitación de M'mère.

Amalie fue en busca de George, quien al saber que Robert no daba importancia a la pista, le aconsejó no preocuparse y dejar el asunto en manos del primo.

Ya en su alcoba, Amalie se dedicó a pasear, desilusionada por la reacción de Robert y muy irritada por la de George. Después de todo, esos dos hombres habían sido los últimos en ver a Julien, y eso tenía importancia. Valía la pena hacer un viaje a Nueva Orleans para averiguar lo que ellos pudieran saber. Era preciso darse prisa antes de que el barco se hiciera a la mar. Lamentó no ser hombre para hacerlo ella misma.

No era hombre, pero... Su esposo había desaparecido. No tenía que rendirle cuentas a nadie. Si decidía ir, ¿quién podría oponerse? Era muy impropio que una mujer viajara sola, por supuesto, pero a veces, por necesidad, algunas lo hacían: las viudas, las mujeres que tenían a sus esposos en el ejército. En esos casos, bastaba con la protección de uno o dos sirvientes.

Le quedaba un vestido de luto que no había desechado al casarse. Se sintió extraña al ponérselo otra vez, sin saber si Julien estaba vivo o muerto; cualquier persona supersticiosa lo hubiera considerado de mal agüero.

Con un sombrero de luto, provisto de velo espeso, evitaría que la reconocieran durante el viaje en el vapor. Se embarcaría en Nueva Iberia, en vez de hacerlo en St. Martinville, para reducir esa posibilidad, y permanecería en su camarote hasta llegar a la terminal de ferrocarril. Con ropas de viuda era difícil que la molestaran, pero la presencia de Lally le daría respetabilidad, y Tige podía actuar como mayordomo.

No tenía dinero. Eso la detuvo hasta que se acordó de la caía donde Julien guardaba las ganancias de sus apuestas. Como siempre tenía suerte, con esa suma podría costear el viaje.

Lo peor era pensar en la preocupación de M'mère, pero la anciana no dejaría de detenerla si se enteraba. Tampoco le pareció prudente informarle

de que se había visto a Julien con esos dos hombres. Le dejaría una nota con explicaciones, prometiendo volver cuanto antes.

Robert se pondría furioso, pero eso era inevitable. Habría debido encargarse personalmente del asunto. Además, el haber tenido acceso a su cama no le daba el derecho de censurarla.

Fue fácil. Sentada en el tren, rumbo a Nueva Orleans, Amalie se distendió por primera vez. Sin complicaciones había abandonado la casa al amanecer, acompañada por Lally, mientras Tige se les adelantaba para conseguir sitio en el barco. Lo más difícil había sido dejar a Isa, quien no podía creer que ella se marchara sin llevarlo.

Por su parte, sentía cierto entusiasmo, causado por la satisfacción de hacer algo en vez de limitarse a esperar. Además, existía la emoción de hacer el viaje a solas, sin responder ante nadie. Estaba mal sentir así mientras nada se sabía de Julien, pero no podía evitarlo.

Por un rato fue fascinante viajar sobre pilares elevados desde los pantanos, contemplando las tortugas y las garzas. Sin embargo, al cabo de un rato se adormeció por el rumor de las ruedas y el balanceo del coche. Cerró los ojos.

No hubiera podido decir si durmió o no, pero de pronto le volvió a la conciencia una súbita sensación de que alguien la estaba observando. Abrió los ojos y miró en derredor, con toda la naturalidad posible, pensando que algún conocido la había identificado. Tenía preparada una historia aceptable sobre una prima que se estaba muriendo de fiebre y parientes que irían a buscarla a la estación, pero nunca había sido hábil para mentir.

Nadie se fijaba en ella. Casi todos los niños dormían y la mayoría de los adultos tenían la cara cubierta con pañuelos o sombreros.

Ya casi había oscurecido cuando llegaron a Nueva Orleans. La penumbra resonaba de gritos, exclamaciones y llantos de niños cansados, siseos de locomotora y golpes de puertas. Amalie se detuvo en el andén, con la maleta junto a ella y Lally a poca distancia. Había enviado a Tige en busca de un carruaje que las llevara a la casa de los Declouet, pues no estaba en condiciones de pagar un hotel respetable ni de correr riesgos de ser reconocida en él.

Desde hacía un rato, un hombre se demoraba cerca de la puerta de la estación. Cuando la multitud comenzó a dispersarse, se irguió para avanzar hacia ella. Era de estatura mediana, ancho de hombros y de rostro flaco. Un estrecho bigote le oscurecía el labio superior. Vestía de amarillo y verde oscuro, y en sus ojos pardos centelleaba un aire codicioso.

Se inclinó ante ella, barriendo el andén con el sombrero.

-Mi estimada señora -dijo, con voz suave e insidiosa- ¿puedo serle útil de modo alguno?

-No, gracias -respondió ella.

Tenía las manos largas y delgadas; las uñas estaban cuidadas con esmero. Sujetaba la corbata con un alfiler en forma de dado. Amalie hubiera apostado a que se trataba de un jugador profesional.

-¿Acaso olvidaron venir a buscarla? ¡Qué descuido!, vaya. Si usted estuviera a mi cargo, yo no sería tan poco atento.

Ella entornó los ojos ante la sugestiva frase y el dejo irónico.

-Por suerte --dijo, agria-, no estoy a su cargo.

-¿Acaso mis intenciones le parecen sospechosas? Me ofende, señora. Sólo deseo serle de utilidad.

-No necesito nada. Buenas noches.

Le volvió la espalda como para despedirlo, pero él se volvió hacia ella y le puso una mano en el brazo.

-Tengo un coche esperando. Podría llevarla a donde usted quisiera, y por el camino decidiríamos qué cenar, usted y yo, juntos.

Amalie le quitó la mano de encima, esperando ver a Tige. En cambio distinguió un carruaje oscuro en el extremo del andén Lally, junto a ella, miraba a aquel hombre como hipnotiza En realidad, había algo viperino en sus colores y su modo insinuante.

El volvió a tomarla por la muñeca.

-Podríamos pasar una noche muy interesante. Existen placeres que usted no habrá probado, sin duda, y que probablemente no tendrá oportunidades de probar, ahora que es viuda.

-No soy viuda -replicó Amalie, áspera, liberándose-. Y le ruego que deje de molestarme!

-¡Ah!, perdone. Como le vi el anillo y el traje de luto...

Y como no la acompaña ningún hombre...

Se estaba acercando. Amalie dijo con toda claridad.

-En seguida volverá mi mayordomo.

-Sirvientes -dijo el hombre, encogiéndose de hombros-. En cuanto vea esto se echará atrás.

Hizo girar el pomo de su bastón y mostró la angosta espada que ocultaba el tubo hueco.

-Supongo que para usted es un juguete muy interesante, pero a mí no me interesa. ¿Se va o pido ayuda?

-Creo, *chère* -carraspeó el hombre, mirando en derredor, por el andén que se había vaciado con asombrosa prontitud- que ha esperado demasiado.

Antes de que ella pudiera reaccionar, se encontró con un brazo rodeándole la cintura, arrastrada hacia el carruaje. Lally gritó. Amalie se liberó de un tirón, sintiendo que se le desgarraba la costura del hombro, pero unos dedos se le clavaron en el costado, haciéndola gemir de dolor. La llevaban medio en vilo, con la sangre ensordeciéndola de cólera. Logró dar una patada al hombre en la espinilla y trabarle una pierna con su tobillo.

El secuestrador la arrojó hacia adelante al caer. Dio contra el suelo, con una sacudida que le afectó los hombros, y se apartó de él, rodando. El hombre le lanzó un manotazo y logró tomarla por el antebrazo. Por la mente de Amalie pasó el recuerdo de los peones, a los que había visto pelear. Imitándolos clavó el canto de la mano, con toda la fuerza posible, en la nariz de su atacante.

El lanzó un chillido, en un borbotón de sangre, mientras Amalie se apartaba con las faldas enredadas, retrocediendo con sombría satisfacción.

El hombre la fulminó con la vista por encima del pañuelo con que se cubría la cara.

-Pedazo de zorra -dijo, con voz gangosa-. Ahora hay que felicitarla, pero creo que va a lamentar...

Detrás de la muchacha se oyó un ruido de pasos. Una voz grave pronunció:

-Creo que basta con las felicitaciones.

-¿Ah, sí?

El caído se incorporó, buscando su bastón. La espada salió con un ruido siseante. Amalie lanzó una advertencia.

Sólo entonces se volvió para mirar a su defensor. La luz de la estación iluminó las facciones de bronce de aquel rostro, por debajo del sombrero. Era Robert.

Se quitó la chaqueta para envolverse con ella el brazo. Cuando el otro hombre arrojó el tubo inútil de su bastón, Robert se arrojó para tomarlo, en tanto la espada fustigaba el aire por encima de su cabeza.

Ambos describieron un círculo, buscando la oportunidad. El hombre de verde lanzó una o dos estocadas cautelosas, aun sabiendo que llevaba las de ganar. Amalie vio por el rabillo del ojo que Tige había regresado; Lally se aferraba a su brazo, con una mano sobre la boca para no gritar.

En un movimiento súbito, el hombre de verde atacó de frente. Robert desvió el golpe con el brazo envuelto y aplicó un golpe de bastón. Se oyó un golpe seco y la espada cayó al suelo. El desconocido se sujetó la muñeca con expresión atónita. De pronto dio dos pasos atrás, giró en redondo y huyó hacia su carruaje. En un segundo había desaparecido.

Robert se volvió lentamente hacia Amalie, conteniendo el enojo.

-Me pareció verte en el tren -dijo, lentamente-, pero no pude creer que fueras tú hasta que vi a Tige hace un momento. Por todos los diablos, ¿qué estás haciendo aquí?

La reacción instintiva fue el ataque.

-¿Vas a dejar que ese hombre escape?

-No tiene importancia. No creo que volvamos a verlo. Contesta a mi pregunta.

-¿Y qué piensas que estoy haciendo aquí? ¿Esperando a Julien? ¿O buscando a sus secuestradores para sobornarlos a fin de que nos lo devuelvan?

Era el desprecio de aquellos ojos lo que la impulsaba, aparte del miedo de que él la culpara por lo ocurrido. Robert apartó la vista un instante.

-Nunca pensé eso.

-En ese caso, te agradecería que te reservaras los reproches. No te concierne saber a dónde voy ni qué hago.

-¿Te parece? -Las palabras sonaron mortíferamente serenas.

-Desde luego. Te pedí ayuda y sólo me diste una palmadita en la cabeza. No soy una criatura ni una estúpida. Sé que esos dos marineros tuvieron algo que ver con la desaparición de Julien y quiero averiguar qué pasó.

-¿Disfrazada de viuda? ¿No te parece algo prematuro?

-A las viudas no se las molesta -le espetó ella. Un momento después se mordió la lengua.

El señaló con el pulgar la dirección que había tomado el carruaje.

-Parece que tu amigo no se ha enterado de eso.

-¡No era amigo mío! ¡No lo conozco! ¡Y no lo provoqué!

En los ojos de Robert hubo una chispa.

-Eres joven y hermosa. Estabas prácticamente sola. No necesitaba provocación alguna.

-No sé cómo pudo pensar que yo iba a acompañarlo.

-No lo pensó, pero le pareció una excelente oportunidad para aumentar su colección.

-¿Qué?

El sonrió ante su desconcierto.

-Su colección de mujeres para entretener a sus amigos, los que no se conforman con perder dinero en sus mesas de juego.

-¿Lo conoces? -balbuceó Amalie, comprendiendo.

-En cierto modo.

-Entonces debo estarte agradecida por haber llegado tan a tiempo.

-No hace falta -replicó él, seco-. De todos modos, nunca busqué tu gratitud.

-Me alegro, porque...

-Aquí no podemos hablar -la interrumpió Robert. La tomó del brazo y la llevó hacia el coche donde esperaban Tige y Lally-. Lo haremos cuando estemos en la casa.

-¿Estemos? -repitió ella, sobresaltada.

El arqueó una ceja. Con voz áspera respondió:

-Sí, en efecto. Tú y yo.

13

La luz de doce velas centelleaba sobre la vajilla y el mantel de damasco. Amalie ocupaba un extremo de la larga mesa de comedor, mientras Robert jugueteaba con su taza de café a la derecha, a bastante distancia de ella.

Habían hablado poco desde que salieron de la estación, en parte porque la situación así lo imponía, en parte por la presencia de los sirvientes. Ante la llegada de ambos, el personal a cargo de la casa durante el verano se había puesto en alborotada acción, lo que no le impidió mirarlos de reojo.

Para evitar suposiciones descabelladas, Robert contó a la madura ama de llaves una parte de la verdad. La mujer le había entregado inmediatamente, una carta dejada en el vestíbulo y dirigida a Julien, pero en sólo una nota de Chloe, aparentemente dictada por M'mère, enviada por si Julien hubiera ido a Nueva Orleans. No era así, pues los sirvientes no tenían noticias de él desde que se marchó con Amalie para efectuar las visitas de boda.

Los platos habían sido retirados y cada uno de ellos tenía ante sí una copita de licor. Robert indicó con un breve gesto que no necesitarían más del personal. Cuando el hombre cerró la puerta, ella tomó un sorbito del licor rojo. Por lo común no se lo servía a las damas, pero ella sentía la necesidad de un estimulante.

El silencio se estaba tornando incómodo cuando Robert lo rompió.

-No pasé por alto tu advertencia sobre los dos marineros -dijo, de repente-. Por eso estoy aquí.

Ella le clavó una mirada serena.

-No hace falta que finjas. Estoy perfectamente dispuesta a admitir que me alegra que me hayas seguido.

-No te seguí. Salí en el mismo paquebote que tú porque era el primero, y ambos tomamos el mismo tren. Podrías haberme dicho lo que pensabas hacer, -comentó él, en tono neutro.

-Hubieras tratado de impedírmelo. Además -agregó ella, levantando el mentón-, también tú pudiste avisarme.

-No quería alarmarte, ni tampoco a M'mère. En realidad, sólo buscamos a uno de los marineros. El otro ya ha aparecido.

-¿Dijo algo de Julien? -preguntó ella, apresurada.

-Temo que no. Apareció muerto, notando en el brazo muerto del río, debajo de la taberna donde se lo vio con Julien.

-¿Muerto? --preguntó ella, con un susurro-. ¿Cómo?

-Con un golpe en la cabeza. Después lo arrojaron al agua. El veredicto oficial dirá que se ahogó.

-¿Te parece...? ¿Podría ser que Julien...?

-¿Que Julien lo matara cuando trataban de apresarlo? Puede ser, pero nadie puede asegurarlo.

No era eso lo que ella había querido decir, pero no se atrevió a expresar su temor en palabras. Se limitó a asentir, apartando el licor con súbita repugnancia. Una parte se volcó, manchando el mantel de rojo sanguíneo.

-¿Dónde está? -murmuró ella, tensa-. ¿Dónde puede estar?

-Si lo supiera -respondió Robert, deliberadamente-, sería el más feliz de los hombres.

Ella le echó un rápido vistazo y volvió a apartar la vista. Robert hablaba como si sospechara que ella lo creía culpable. Y no era así, por supuesto. No estaba en el carácter de él eliminar así a un rival. Sin embargo, tampoco parecía capaz de haber tomado el lugar de su esposo. Se humedeció los labios.

-Y ahora que estamos aquí, ¿qué piensas hacer para hallar al otro hombre?

-Ir al muelle donde está anclado su barco e interrogar al capitán.

-Traje el dibujo de Isa.

-El capitán ha de saber a quiénes envió a Belle Grove.

-Pero si el otro no ha vuelto al barco...

-Sí, en ese caso el dibujo nos será útil.

Tal vez fue el tono de su voz, tal vez una reacción tardía ante lo ocurrido en la estación. El caso es que Amalie temió súbitamente estar en una búsqueda inútil. Apartó la silla para ponerse de pie, esquivando los ojos enlomados de su compañero.

-Creo que me voy a acostar.

-Excelente idea.

Robert dejó su copa en la mesa y se puso a su lado. Ella lo miró de soslayo en tanto caminaban hacia la puerta, consciente de aquellos ojos azules que la recorrían toda, reservados, pero ardientes: Se alegró de llevar puesto su único vestido de recambio: uno de crespón negro, con cuello alto, en lugar de algún atuendo más insinuante. Estaba muy lejos de saber lo que él tenía pensado para esa noche. Arriba les habían preparado dos cuartos separados. Lo mejor sería ocupar cada uno el suyo, pero era imposible saber si él estaba de acuerdo.

-Aquí te doy las buenas noches -dijo, al pie de la escalera.

-Haz lo que quieras -respondió él con voz serena-. Eso no cambia las cosas.

La luz inestable de las velas hacía brillar el deseo en sus ojos. Allí acabó la incertidumbre de Amalie. Buscando algún escudo que la protegiera de su propio apetito tanto como del de Robert, dijo:

-Julien...

-Olvídate de Julien. No nos importa dónde está ni que está haciendo.

-Pero esto me parece una traición peor, no sé por qué.

Robert alargó la mano para rozarle la manga negra.

-No lo llores por muerto, todavía. Julien es muy adaptable. Tus escrúpulos lo pondrían muy orgulloso, pero no le inspirarían amor por ti.

-Me quiere a su modo. Tú mismo lo dijiste. Robert suspiró.

-Cierto, pero ¿su modo es el que tú deseas?

Si ella respondía que sí con seguridad, con convicción, Robert la dejaría acostarse sola sin lugar a dudas. Lo miró a la cara: el molde sensual de su boca, el mentón decidido, el fuego azul de sus ojos. Tragó saliva, pero su voz fue sólo un murmullo al responder.

-No.

Entonces él avanzó en suspenso. Le tomó una mano y se la puso en el hombro, mientras se inclinaba para pasarle un brazo por la espalda y otro

por detrás de las rodillas. Las faldas se expandieron en una espuma de enaguas, en tanto él la alzaba en vilo para subir la escalera. Amalie quiso protestar, pero se sintió presa de una inmensa laxitud. Su traicionero cuerpo reconocía el contacto con el de Robert y reaccionaba, impidiéndole resistir.

En el cuarto preparado para ella ardía una sola lámpara, cuya luz amarilla caía sobre la cama alta, ya preparada para la noche. Lally, sobresaltada, se levantó del banquillo.

-Trae más velas y lámparas, todas las que encuentres -le indicó Robert-. Después, puedes irte. Y dile a Tige que no voy a necesitarlo.

Lally se apresuró a obedecer. Robert dejó a Amalie en el suelo, pero sus manos siguieron sujetándola por los brazos en tanto la estudiaba. Una sonrisa se inició en sus ojos y le curvó lentamente la boca.

La camarera volvió a entrar con una lámpara en una mano y tres candelabros apretados contra el pecho. Los dejó y salió otra vez. Un momento después trajo otras dos lámparas y preguntó.

-¿Las enciendo, m'sieu? -preguntó-. No. Lo haré yo.

-Sí, m'sieu.

Lally echó un vistazo a Amalie, hizo una reverencia y salió del cuarto, cerrando la puerta.

Bajo la mirada de Amalie, Robert se paseó por el cuarto, distribuyendo lámparas y candelabros en diversas mesas, mientras encendía las mechas con una vela. Lentamente, la alcoba se fue iluminando hasta que las sombras desaparecieron, reemplazadas por el calor de las llamas.

Robert volvió a poner en su soporte la vela usada para encender y se volvió lentamente hacia ella. Con voz serena, dijo:

-He esperado esto durante mucho tiempo. Lo he soñado dormido y despierto: tú y yo solos, sin oscuridad, sin apuro.

El timbre profundo de su voz fue como una caricia. El sonido mismo era tan hipnótico y emocionante como las palabras. Amalie seguía observándolo, esperando.

La boca de Robert se torció en una sonrisa. Lentamente, se quitó la chaqueta para arrojarla a una silla. Luego comenzó a tirar de su corbata.

Amalie nunca había visto desvestirse a un hombre. Su pulso dio un brinco y quedó fascinada por aquel proceso que iba revelando poco a poco el cuerpo masculino. Su seguridad, su deliberación, eran enloquecedoras, al igual que las reacciones de su propio organismo. Trató de retener la compostura; no sabía mucho de hombres, cierto, pero tampoco era una virgen asustada. Si en verdad a ellos les daba placer ver desvestirse a una mujer, ¿por qué no podía ella disfrutar de la misma exhibición? Con una leve sonrisa, arqueando una ceja, se instaló en una silla cercana y, aunque le temblaban los nervios de agitación, se dedicó a observarlo con la barbilla apoyada en una mano.

Robert soltó una risa suave, aunque el bronceado de su piel tomó un color más oscuro. Ágiles, seguras, sus manos fueron a la cintura del pantalón. Desnudo, espléndido a la luz de las velas, se volvió hacia ella después de dejar caer la última de sus prendas. En sus ojos, la risa había sido reemplazada por una quietud expectante. Poderoso, totalmente masculino, era hermoso en la perfecta proporción de sus miembros, en los cordones venosos y musculares, en la sombra del vello. Había una clara

línea demarcatoria entre el torso y la parte inferior del cuerpo, que le daba el aspecto de un sátiro, parte lujurioso hijo del día, parte enigmático habitante de la noche de luna.

Amalie, con la garganta seca, murmuró una sola palabra en el silencio de la habitación.

-Robert...

El se acercó y cayó sobre una rodilla, tomándole la mano para llevársela a los labios, firmes y cálidos. La llama azul de sus ojos sostuvo la de ella. La punta de su lengua rozó la sensible superficie de la palma femenina.

La recorrió un escalofrío. Alargó la otra mano para tocarle el pelo, levantando las ondas de sus sienes, apretando el pulso que allí latía. Los ojos de Robert se tornaron más cálidos. Se echó atrás y levantó el crespón negro de sus faldas.

-¡Cómo he soñado esta noche! -murmuró, con un dejo de humor irónico-. ¡Cómo he pensado en todo lo que deseaba hacer! Y eran tantas cosas que ahora apenas sé por dónde comenzar... o dónde detenerme. Antes de ir demasiado lejos. Deja que te vea, que te vea toda.

Para ella fue un esfuerzo retirarse, dejarlo, pero cumplió. Su ropa interior no era negra como correspondía al luto, pero no había tenido tiempo de cuidar los detalles. En ese momento, en tanto Robert caminaba lentamente a su alrededor, se alegró de eso.

-¿Julien te vio así alguna vez? -La pregunta era pura curiosidad.

Ella sacudió la cabeza.

-Es un tonto, aunque sólo sea por que se perdió el placer de hacer esto.

Y alargó la mano para soltar el lazo que sostenía el miriñaque. Un momento después, Amalie cayó contra su pecho. Sus dedos retiraron las horquillas de carey, y el suave recogido se aflojó, desenrollando la cabellera a lo largo de la espalda.

-Si fueras mía no necesitarías camarera. Yo haría esto todas las noches, o tal vez te tendría siempre así, lista a medias.

El dolor que se filtraba en su voz recordó a Amalie que quizá no hubiera jamás otra oportunidad. Esa era la seguridad que había latido entre ambos durante toda la velada, el impulso que los había unido, a pesar de todas las prohibiciones contra su intimidad. Si Julien regresaba, esa podía ser la última noche. Si Julien regresaba...

-No, por favor, no -susurró ella, dolorida.

No hubo respuesta, pero el beso se hizo más duro, las manos más apremiantes. Una sensación ardorosa avanzó por ella. Robert la levantó en brazos y avanzó con ella hacia la ama Amalie se movió para apretarse contra la fuerza muscular de su cuerpo.

-Mírame -pidió él, levantándole el mentón con un nudillo. Sus palabras eran una orden ronca.

Ella obedeció, con los ojos húmedos de deseo y los labios entreabiertos.

-Te amo, Amalie.

-Y yo a ti -respondió ella.

Una alegría feroz subió a las facciones de Robert. Juntos, en un frenesí de placer y desesperado deseo, se lanzaron uno contra el otro, tratando de negar el dejo de dolor que los perseguía.

Cuando despertaron, el cuarto estaba lleno de olor a cera quemada y aceite caliente. Por la ventana entraba la luz del día, reduciendo a un leve chisporroteo la llama de las dos lámparas aún encendidas. Una brisa fresca sacudía las cortinas; olía a flores, a barro, a cebollas fritas y moluscos hervidos.

Amalie abrió los ojos. El día estaba avanzado, y lo notó de inmediato. Apretando los dientes para resistir la protesta de sus músculos doloridos, trató de moverse. Tenía algo pesado en la cintura. Al bajar la vista descubrió que había pasado la noche sin cubrirse, con un duro brazo cruzado sobre ella, cuyos dedos sostenían levemente un pecho. Robert estaba tendido contra su espalda, ajustado a ella como una cuchara a otra. Dio un respingo; de inmediato, una lenta sonrisa le inclinó la boca.

-Quédate quieta. -La voz de Robert fue un susurro contra su nuca.

Ella obedeció de buen grado, intrigada por el contacto de sus muslos y de algo más suave, pero también más duro, en el punto en que se unían.

Era Lally. Robert recogió las sábanas a patadas para echarlas sobre ambos, aunque sin cambiar mucho de posición. Amalie carraspeó.

-¿Sí?

La camarera abrió la puerta, aunque sin entrar en el cuarto ni fijarse en las ropas esparcidas por el suelo.

-Usted y m'sieu Robert, ¿van a desayunar abajo o aquí?

-Desayunaremos aquí respondió Robert.

-Los otros criados... -La camarera se interrumpió, como si no supiera cómo expresar sus objeciones.

-Diles que yo todavía duermo; como tengo el sueño muy ligero, nadie debe subir a la planta alta hasta que yo llame.

La muchacha asintió.

-Sí, m'sieu.

-Y otra cosa, Lally.

Ella se volvió.

- ¿Sí, m'sieu?

-Mam'zelle está muerta de hambre, en un extremo asombroso.

La muchacha le arrojó una veloz sonrisa de entendimiento y salió de inmediato. Al oírse el chasquido de la cerradura, Robert se inclinó sobre la oreja de Amalie.

-Bueno -dijo, con una perezosa expectativa en la voz- ¿por dónde íbamos?

Cuando Lally volvió, Amalie, ruborizada por el amor, había hecho una visita a la jarra de agua y localizado su camisón. Robert se arrojó sobre la cama para quitárselo, tratando de hacerla volver a la cama con él. Ella, en cambio, recogió sus bragas y su camisola; estaban forcejeando con ellas, fingiendo enojo, cuando se oyó otro golpe. Ambos se zambulleron bajo las sábanas, Robert llevando la ropa interior en la mano, para meterla bajo la almohada, donde se recostó tranquilamente. Amalie le arrojó una mirada de exasperación, aunque los ojos le bailaban de diversión cuando indicó a Lally que entrara.

El desayuno era ligero: café con leche y un generoso cestito de panecillos calientes, con una bola de mantequilla pura y un cuenco de miel silvestre. Había una sola taza con su platito. Al dejar la bandeja en la cama

entre ambos, Lally sacó la segunda taza del bolsillo de su delantal, con el aire de una hechicera. Después de asegurarse de que no necesitaran nada más, salió en silencio.

Robert se quedó mirando la puerta cerrada.

-Esa muchacha tiene devoción por ti.

-Exageras -respondió Amalie, mientras se incorporaba.

-No lo creo. Haría cualquier cosa por ti. La mayor parte de los esclavos de Belle Grove parecen sentir lo mismo, por lo que he notado.

Como en cualquier otra plantación -protestó ella-. Es normal, puesto que yo les doy de comer y los atiendo.

-Pero te interesas por ellos. Los consideras personas con sentimientos y necesidades, y los tratas correspondientemente, no como a valiosos animales.

Amalie sacudió la cabeza en tanto servía el café. Sabía muy bien que casi todas las amas preferían no encariñarse con los esclavos. Esos afectos, aparte de dificultar la disciplina, podían llevar a sufrimientos, pues una esposa no podía manejar el destino de quienes la rodeaban. Con frecuencia, a Amalie la inquietaba no poder mantener la debida distancia.

-Supongo que hago mal.

-En absoluto. Me alegro de saber que la gente de Belle Grove está contenta, aunque Dye no colabora para eso.

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella, deteniendo la taza a me dio camino.

-Hay mucha inquietud en estos momentos, dado el trabajo de los abolicionistas y la constante propaganda secesionista. Todos nosotros llevamos años viviendo sentados sobre un barril de pólvora. Hasta ahora no ha habido mucha repercusión, pero no siempre será así.

Ella le ofreció los panecillos, tomó uno para sí y lo untó con mantequilla y miel. Antes de morderlo preguntó, pensativa:

-¿Crees que puede haber problemas?

-Quién sabe. -Robert acabó el panecillo con dos mordiscos y bebió un poco de café-. Los abolicionistas esperan que haya un alzamiento de esclavos si el Sur trata de tomar su propio rumbo, y que el gobierno de Washington nos impida apartarnos de la Unión. Yo trato de convencerme de que no llegaremos a eso, pero mientras tanto, todos debemos temer que los disturbios puedan afectar a los esclavos hasta el punto de poner en peligro a quienes amamos.

Amalie pensó en Isa y Lally, en Tige, Marthe y sir Bent en todos los negros de Belle Grove, que le eran tan familiares. Entre ellos había haraganes, llorones y buscapleitos, pero eran muchos más los que vivían de un modo decente, útil, con el temor de Dios, sacando el mejor partido posible de la situación en que nacieron.

-A veces pienso que sería mucho más sencillo liberara los esclavos y pagarles un salario por su trabajo.

-Un sueño poco práctico, me temo. Todos los plantadores del sur han invertido mucho dinero en ellos, no sólo por los precios pagados, sino por la comida, el alojamiento y la ropa proporcionada por generaciones, a veces. No hay nadie que pueda reembolsarles los gastos y la mayoría no puede permitirse esa pérdida.

-Algunos argumentan que los plantadores han recuperado con creces ese dinero con las cosechas recogidas.

El asintió.

-Pero, ¿y qué ha pasado en los años en que se perdió la cosecha y los gastos por enfermedades en las barracas subieron? De cualquier modo, el problema principal corre por cuenta de los pequeños granjeros, los que todavía están ganándose la vida a duras penas. Ellos quieren aumentar sus ganancias y son los que más lucharán para mantener la esclavitud.

Era lógico. Amalie asintió, mientras tomaba otro panecillo.

-Y así es como debemos vivir preocupados, preguntándonos si Patrick Dye y la gente como él no están arriesgando nuestras vidas. Desprecio a ese hombre y tengo la sensación de que él siente lo mismo por mí, pero no consigo que Julien se dé cuenta.

-Julien se fija en los resultados, y admito que son buenos -adujo él-. En cuanto a Dye, lo humillaste, y eso nunca es bueno con hombres de esa calaña, sobre todo por parte de una mujer. Pero hay algo más; lo tratas como a un mero capataz, y él está acostumbrado a tener éxito entre las mujeres, aun entre las de los plantadores.

-¡Estás bromeando!

El le dedicó una media sonrisa.

-No todas tienen tu excelente gusto en cuanto a hombres, amor mío.

Ella también sonrió, pero un momento después apartó la vista.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Nada.

-No mientas. Por un momento tuve la sensación de que yo no merecía mucha más estima que Patrick Dye, y quiero saber por qué.

El tono exigente dolió en carne viva.

-Muy bien -exclamó ella-. Tengo entendido que tú también gozas de mucho éxito con las mujeres.

-¿Quién te dijo eso?

-¿Niegas que has sido objeto de mucha devoción femenina, sobre todo por parte de una señora casada que quiso poner fin a su vida por ti?

A Amalie siempre le había parecido que los celos eran un rasgo desagradable en una mujer, pero no podía contener sus propias palabras.

-Fue Chloe -dijo él, disgustado.

-¿Y qué?

-Debí haber imaginado que no dejaría de transmitirte los chismes más sensacionalistas.

-¿Y qué importa eso, si es verdad?

-Pero no es verdad -aseguró él, dejando su taza en la bandeja, con tanta fuerza que el café con leche formó un charco-. Por lo menos, no del todo. Reconozco que no soy un monje y he tenido mis buenos amoríos, pero nunca engañé a las muchachas solteras, induciéndolas a pensar que iba a casarme con ellas, ni traté de destruir el hogar de otros hombres.

-Muy elogiable, sin duda -replicó ella, fría.

Los ojos de Robert revelaron lo poco que le gustaba ese sarcasmo.

-El incidente de que te habló Chloe ocurrió hace años. Yo acababa de terminar mis estudios y estaba en la ciudad sin nada que hacer. La esposa de uno de los amigos de mi padre, una muchacha que hubiera podido ser su

hija, se interesó por mí. Era inteligente, pero nerviosa y romántica. No estaba satisfecha con su matrimonio. El problema comenzó cuando creyó ver en mi cortesía lo que no existía.

-¿En tu cortesía?

Amalie se preguntó qué significaría eso. Un beso en la mano, conversaciones amables, tal vez una o dos noches en la cama.

-A falta de una palabra mejor. Hablaba con ella, la acompañaba por deseo de su esposo, cuando él estaba ocupado. Un día, ella comenzó a enviarme notas apasionadas. Me invitó a acompañarla en paseos, a visitarla cuando su esposo estaba ausente; hasta arregló las cosas para que nos encontráramos solos en su palco de la ópera sin que su esposo ni yo lo supiéramos. Yo era joven y todo eso me halagaba, pero me sentía incómodo. No sabía cómo desalentarla sin provocar una escena. Finalmente, el esposo le habló con franqueza. Ella vino a mí, llorando, rogándome que la llevara lejos. Quedé atónito, pero no tenía ninguna intención de acceder y se lo dije con bastante brusquedad. Volvió a su casa y tomó todo un frasco de láudano.

-¿Alguna vez hicisteis el amor?

-Fue hace años, antes de conocerte. ¿A qué hablar de eso?

-¿Hicisteis el amor o no?

El se pasó las manos por el pelo.

-Bueno, sí, una vez. Llegué a mi casa y la encontré en mi cama, desnuda y temblando como una hoja. ¿Qué podía hacer? ¿Echarla fuera? La humillación la habría destrozado.

-Comprendo.

Era capaz de hacer el amor por compasión. Amalie, mientras preparaba otro panecillo que no deseaba comer, sintió un escalofrío. Se preguntaba si, después de haber iniciado esa aventura a instancias de M'mère, no estaría siguiéndola por temor de lo que pudiera pasar.

El la observó en suspenso.

-¿Comprendes? Quiero repetirte algo: esto no tiene nada que ver contigo ni con lo que siento por ti. Tú eres como una hoguera en mi sangre; te perseguiría hasta el fin del mundo, te llevaría conmigo ahora mismo, si quisieras venir. Lo que siento por ti hace que el pasado no haya existido y que yo no desee mirar hacia el futuro. Está aquí, ahora, como parte de cada momento que pasa, de cada aliento, de cada latido del corazón. Sólo te pido, porque sólo eso tengo derecho a pedirte, que lo compartas conmigo, sólo por hoy.

Ella quería creerle; sólo eso importaba. Lo miró fijamente, perdida en el vivido azul de sus ojos, sintiendo el lento calor de un rubor que no tenía relación alguna con el pudor. El panecillo que tenía en la mano dejó caer una gota de miel y mantequilla fundida sobre su pecho. Ella lanzó una exclamación y buscó una servilleta.

Robert le detuvo la muñeca.

-Permíteme.

Se inclinó para limpiar con su aterciopelada lengua la gota de miel. Luego levantó la cabeza, con los ojos llenos de deseo:

-Deliciosa.

-Estoy... toda pegajosa -dijo ella.

-En efecto. Tendrás que darte un baño.

El tono sedoso debió haber servido de advertencia, pero él tomó la cucharita de porcelana llena de miel y dejó escapar un hilo desde la punta.

-Robert, ¿qué estás haciendo? -protestó ella, mientras el hilo comenzaba a trazar un delicado dibujo sobre sus pechos y su abdomen.

-Adivina.

14

Era pasado el mediodía cuando Amalie y Robert salieron de la casa. Con él mismo llevando las riendas, el faetón avanzó lentamente por las calles calurosas, casi desiertas, en Nueva Orleans, de acuerdo con la larga herencia española, se descansaba después del pesado almuerzo. Unos pocos sirvientes caminaban lánguidamente, cumpliendo con sus recados, y en una calle lateral, un grupo de niños perseguían entre chillidos a un perro que llevaba una pelota de cuero en la boca. Había llovido hacía poco y las alcantarillas del centro estaban bastante limpias, pero aun así, el hedor, al acercarse a las callejuelas del barrio francés, era tan poderoso que la joven se llevó un pañuelo perfumado a la nariz.

Se encaminaban hacia los muelles, donde amarraba todo tipo de navíos. Había allí cinco barcos de alta mar, pero ninguno de los más cercanos era el que buscaban. Robert dejó a Amalie en el carruaje, con la capota levantada para protegerla del sol, y fue a la oficina para verificar la ubicación del clíper.

La muchacha, para distraerse mientras se abanicaba, se dedicó a observar a los estibadores; muchos se habían tendido a dormir a la sombra de los fardos, pero casi todos trabajaban, desnudos hasta la cintura. Calle abajo vino una vendedora de dulces: una negra madura, de pañuelo y delantal inmaculadamente blancos. Los estibadores se agolparon en derredor de ella, buscando monedas en los bolsillos, a pesar de las maldiciones del capataz. Por fin hasta el último se alejó, mascando su golosina.

La mujer había estado echando miradas de soslayo a Amalie y se acercó a ella, levantando el paño que cubría su bandeja para tentarla.

-¿No quiere comprar dulces, mam'zelle? Los mejores de Nueva Orleans.

El olor lechoso y dulzón provocó en Amalie una oleada de náuseas. Se abanicó con más fuerza, volviendo la cabeza.

-No, gracias jadeó-. Estoy... no me siento bien.

La mujer cubrió su golosina, estudiando a la joven con ojos perspicaces.

-Lo que necesita, Mam'zelle, es un poco de pan seco. ¿Se lo traigo?

-Es usted muy amable, pero se me pasará en seguida.

-O dentro de algunos meses, ¿no? No se preocupe, *pauvre petite,* a todas nos pasa.

Amalie le sonrió con debilidad, y la mujer siguió su camino. Ella cerró los ojos. No le habían molestado mucho las descomposturas matutinas. Le ocurría a hora más avanzada, por lo común debido a algún olor; no tenían por qué ser desagradables ni especialmente fuertes, y un mismo olor le molestaba algunas veces y otras no. En realidad, todavía no se había sentido mal del todo. Aparte de esas molestias y de algún dolor en los pechos, presentaba pocas señales de embarazo. Casi todas las mujeres la habrían considerado digna de envidia, pero en esas circunstancias ella no lo creía así.

Robert venía hacia ella con una expresión sombría. Se detuvo junto al carruaje, apoyado en el marco.

-¿Qué pasa? -preguntó ella.

-Llegamos demasiado tarde. El clíper se hizo a la mar.

-¿Cuándo?

-Ayer por la mañana. No te lo reproches. De haber venido en cuanto bajamos del tren, aun así habría sido demasiado tarde.

Amalie, aliviada, logró sonreír.

-He preguntado por el marino, pero no pudieron decirme nada -prosiguió él, con el entrecejo fruncido-. Al parecer, el capitán del barco no mencionó que le faltara un hombre. Supongo que es algo muy común.

-¿Y ahora qué hacemos?

El le clavó una mirada directa.

-¿Qué hubieras hecho tú de no estar contigo?

-No sé. Sólo había pensado en hablar con el capitán del barco. -Amalie caviló por un instante-. Supuestamente, deberíamos deducir que el segundo marinero volvió al barco y ahora navega con rumbo desconocido.

-Lógicamente, sí.

-Entonces, sería mejor volver a casa.

-Sí.

Robert subió al carruaje y tomó las riendas, pero permaneció inmóvil un momento.

-Podríamos hacer algunas averiguaciones en pensiones y cervecerías, por si el hombre no hubiera llegado a tiempo o tuviera motivos para quedarse en tierra. Vale la pena, ya que tenemos un retrato suyo.

A modo de respuesta, Amalie buscó el dibujo de Isa y lo desplegó, en tanto su compañero ponía el faetón en marcha. Aún estaba estudiando el dibujo cuando un edificio, entrevisto por el rabillo del ojo, la hizo levantar la vista.

-Este no es el vecindario adonde debemos ir.

-Sí, lo es. Te llevo a casa.

-Pero si no quiero ir.

-No creo que ese hombre se hospede en hoteles de lujo. Ha de estar en los agujeros más inmundos, donde rara vez se ve una dama.

-¡Lo sé tan bien como tú, pero no me importa! No pienso quedarme en casa esperando novedades. Ya estoy harta de eso. Quiero ir contigo.

-No puedo permitirlo.

-¿No? Soy una mujer, no una flor de invernadero. Tengo derecho a saber lo que pasa, a hacer algo en vez de cruzarme de brazos.

La mirada azul se clavó directamente en ella.

-No es cuestión de coraje, voluntad ni capacidad, Amalie. Eres una mujer respetable y no puedes evadirte de eso.

-¿Te parece que lo soy? ¡Después de lo ocurrido esta última semana, lo dudo mucho!

-Yo no. Eso no depende de una reputación impecable, sitio de tu integridad personal. Si me acompañas a los arrabales en donde debemos buscar al marinero, atraerás atenciones indeseables y me veré obligado a defenderte. Si te quedas fuera, estarás aun más desprotegida. Cuando una mujer se aventura en zonas dudosas, se la considera presa fácil. Así de simple es la cosa.

-No puedo creer que me molesten si voy contigo.

Una sonrisa irónica curvó la boca de Robert.

-Te agradezco la confianza, pero no puedo asegurarlo. Además, si fuéramos juntos parecería que estuviéramos exigiendo respuestas, y en esa parte de la ciudad es posible ligarse una cuchillada en las costillas por algo así. Yo puedo ponerme ropas más toscas, ir solo, pedir una copa…

-Comprendo -interrumpió ella. Lo que él acababa de decir era muy razonable, pero no resultaba más fácil de soportar-. Entonces, llévame a casa.

Una vez que Robert abandonó la mansión, las horas pasaron lentamente. Amalie se paseaba de ventana en ventana, rabiando contra las convenciones. Una vez más era eso lo que la mantenía prisionera, no la debilidad ni la incapacidad de defenderse. Mientras los hombres convirtieran en cuestión de honor la custodia de las mujeres, las que salieran sin protección debían considerarse expuestas a los insultos. Y mientras los caballeros debieran arriesgar la vida por proteger a una dama, las damas se verían forzadas a comportarse de un modo que evitara riesgos innecesarios a sus defensores. Era una doble trampa que ella hubiera querido eliminar de inmediato.

Llegó la hora de la cena sin que Robert hubiera regresado. Ella trató de comer, pero sólo pudo pasear una porción de cada plato de un lado a otro. Bebió dos vasos de vino que la reanimaron, pero cuando se preparó para acostarse, el efecto ya había pasado.

Estaba incorporada en sus almohadas, con un libro abierto en la primera página desde hacía dos horas, cuando se oyó un ruido en la planta baja. Buscó su bata y salió apresuradamente del dormitorio. Todavía estaba poniéndose las mangas cuando llegó al extremo de la escalera.

Abajo estaba Robert, firmemente plantado sobre las piernas abiertas, con el pelo revuelto, la camisa sucia y las mangas recogidas hasta los codos. Parecía haber frotado deliberadamente sus botas para quitarles el brillo. Llevaba en una mano un candelero con una vela, y Amalie creyó percibir el ruido de los pasos del criado que le había abierto la puerta. Debió hacer algún ruido, pues Robert giró con infinito cuidado para mirarla.

-Robert -exclamó ella-, ¿te sientes bien?

-Es cuestión de opiniones -balbuceó él.

-¡Estuviste bebiendo!

Mantenía la voz baja en tanto se le acercaba. La única vela destacaba los pómulos y la boca de su compañero, dejando los ojos en sombras.

-Tuve que pagar una vuelta o dos. -Articulaba cada palabra con mucha atención, pero aun así su pronunciación era confusa.

-¿Y averiguaste algo?

-Lamento informar que no. -Iba a alargar la mano libre, pero lo pensó mejor.

-¿Nada en absoluto?

-No -respondió él. Y continuó, sin pausa alguna-: *¡Mon Dieu!,* ¡qué bella estás así!

Amalie bajó la vista y notó que de contraluz destacaba su silueta a través de la gasa. Ruborizada, bajó algunos peldaños más para apartarse de la luz, mientras comentaba con tono divertido:

-Me sorprende que me veas.

-Estoy borracho, pero no ciego.

-Entonces ven a acostarte.

Una sonrisa picara le iluminó la cara.

-¡Qué falta de pudor! ¿Estás segura?

-Como nunca en mi vida.

-En ese caso, acepto con toda mi alma. No esperaba que me lo pidieras.

Y Robert comenzó a subir la escalera tambaleándose. Amalie se apresuró a tomar su candelabro y a servirle de apoyo Juntos subieron, cruzaron el pasillo y entraron dificultosamente en la alcoba de la muchacha.

Ella echó una mirada pensativa a la silla, pero decidió que era demasiado baja; tal vez no pudiera volver a levantarlo. Prefirió guiarlo directamente a la cama. El, divertido y cálido, se dejó desvestir. Las botas no salieron sin esfuerzo. Cuando la joven se incorporó, con la segunda en las manos, él se inclinó para tomar un mechón de su pelo y lo frotó suavemente entre los dedos.

-Encantadora Amalie, dulce Amalie.

Ella, con una sonrisa trémula, dejó caer la bota y, siguiendo un impulso, le tomó la cara entre las manos para besarlo en la boca. Sabía a whisky barato y a tabaco rancio, pero no le molestó. Los brazos de Robert se cerraron en torno de ella y la atrajeron hacia él.

Una risa burbujeó en ella, pues se había caído junto al borde de la cama, en una posición insostenible. Tiró para liberarse y forcejeó, gruñendo, para subirle las piernas a la cama. Por fin logró ponerle la cabeza en la almohada. Iba a acostarse, pero recordó que no había apagado la lámpara. Después de hacerlo y de soplar la vela, se acostó a tientas y acomodó los cobertores.

Unos brazos fuertes se tendieron hacia ella. Se aproximó, acomodándose contra la silueta larga de Robert, que le acarició el pelo con ternura. Sus dedos, no demasiado seguros, siguieron el contorno de su rostro hasta rozar los labios.

-Amalie, tesoro, no quiero ir a casa.

Ella, con la vista fija en la oscuridad, sintiendo el pulso vital del brazo sobre el que posaba su cabeza, respondió en un susurro:

-Tampoco yo.

Regresaron, por supuesto, pues al cabo no había remedio. El viaje de retorno fue muy parecido al anterior, exceptuando la presencia de Robert junto a ella.

En Belle Grove nada había cambiado. El sol seguía brillando sobre la vieja casa y los jardines nuevos; el Teche seguía corriendo por su profundo canal y los peones seguían cantando las mismas canciones mientras trabajaban en los campos. La única diferencia consistía en que Chloe estaba más apenada; M'mère, más delgada y silenciosa. Isa había utilizado todo el papel de dibujo y lo habían alejado momentáneamente de la casa por dibujar en el suelo de la galería.

George los recibió con conmovedor alivio, pues sobre sus hombros había caído la responsabilidad de aplacar a las dos mujeres en ausencia de ellos. M'mère se puso de pie al verlos, apretando las manos hasta que los

nudillos se le pusieron blancos. Chloe se levantó de un salto y corrió hacia ellos, pidiendo noticias. Pero a ambas les bastó una mirada para tener la respuesta, aunque Robert y Amalie tendrían que narrar sus esfuerzos antes de poder descansar.

Fue a la mañana siguiente cuando la situación, inevitablemente, comenzó a alterarse. Robert había pasado la noche en la *garçonnière,* a instancias de M'mère, y durante el desayuno relató, con gran tacto, cuanto se sabía de la desaparición de Julien, incluyendo el descubrimiento del cadáver del marinero. Al terminar aconsejó, una vez más, que se llamara al alguacil. M'mère aún se mostraba reacia, pero acabó por aceptar. Enviaron a un esclavo a la ciudad con el cortés mensaje redactado por Robert, pidiendo la presencia de la autoridad en Belle Grove. Dos horas más tarde apareció el coche del alguacil en una nube de polvo y se detuvo ante la puerta de entrada.

Robert le salió al encuentro para hacerlo pasar al salón. El alguacil entró con cierta timidez, quitándose el sombrero. Era de estatura mediana, de cejas rectas, algo canosas, sobre astutos ojos grises y mandíbula cuadrada; se acercaba ya a los sesenta años. En la cabeza se le veía una línea roja, dejada por el sombrero en la frente ensanchada por la calvicie. Su reverencia fue breve y respetuosa, sin caer en lo servil.

-Lamento mucho saber que tiene problemas, madame Declouet -dijo-. Por favor, créame que haremos cuanto esté en nuestro poder por descubrir el paradero de su hijo.

-Por favor, tome asiento, señor. -M'mère hizo señas a Charles para que trajera un refrigerio-. Creo que usted no conoce a mi nuera, Amalie Peschier Declouet. A mi ahijada Chloe sí, la conoce, y seguramente ha oído hablar de nuestro invitado de Inglaterra, el señor George Parkman.

El alguacil miró en derredor, saludando a cada uno con la cabeza, antes de elegir una silla para dejarse caer en ella. Hubo una pausa incómoda hasta que George la llenó con un comentario sobre el calor. Chloe y Amalie acudieron en su ayuda hasta que Charles puso una bandeja cargada de café, té, vino y tortas ante M'mère, quien indicó, por señas, que debía ser su nuera quien sirviera. El mayordomo, impasible, cambió la bandeja de lugar y se retiró.

Robert se adelantó para ayudar a servir. M'mère permanecía inmóvil, con el mentón levantado y la vista fija en el espacio. Chloe y George hablaban en voz baja.

El alguacil tomó un trago de su café oscuro, caliente, y carraspeó.

-No quiero ser brusco ni perturbar la sensibilidad de las señoras, pero me gustaría saber exactamente cuándo se vio a Julien Declouet por última vez y en qué circunstancias.

Robert echó un vistazo a M'mère y, ante una señal suya afirmativa, tomó sobre sí la narración. A medida que se desplegaba el relato, cada uno agregó pequeños detalles, pero fue, en general, una franca recitación de los hechos. Robert mencionó abiertamente que un desacuerdo con su primo los había llevado a proponer un duelo, pero sin mencionar la causa ni sugerir el motivo que pudo inducir a Julien a alejarse del baile esa noche. Dijo que podía haber una relación entre el marinero sacado del canal y la desapa-

rición de su primo, pero no dio motivos para ello, exceptuando el de que ambos habían estado en la misma taberna.

El alguacil había sacado una libreta de notas y estaba registrando datos mientras escuchaba. Cuando Robert dejó de hablar, él levantó la vista.

-Extraño, muy extraño. Espero que ustedes me disculpen si les hago ver que corrían rumores con respecto a ese duelo.

-Lo sé -replicó Robert, frío.

-¿No se opone a que le haga algunas preguntas? En privado, si lo prefiere.

El hombre no había mirado una sola vez a Amalie, pero eso era significativo en sí, pues paseaba la vista entre los demás con toda normalidad. Ella bajó la mirada a la bandeja que tenía ante sí; no había tocado su taza. Cuando alargó la mano para recogerla, las manos le temblaban tanto que prefirió tomar, en cambio, una delgada porción de torta. Tenía la boca tan seca que apenas pudo tragarla y se vio obligada a levantar su taza con un fuerte repiqueteo.

El alguacil volvió la cabeza hacia ella para mirarla con frialdad.

La voz de Robert sonó algo aguda al contestar.

-Tendrá que disculparme, m'sieu. No puedo decirle más.

-¿No puede o no quiere? -preguntó el hombre, bruscamente.

-Debo pedirle que no me presione.

-Aja. ¿Y se da cuenta de lo que da a entender esa posición?

Robert inclinó la cabeza.

-De todos modos, creo que debe darme un motivo para esa negativa.

-Temo no poder.

-¿Es posible, entonces, que esté en juego la reputación de una dama? -inquirió el alguacil, suavemente.

La respuesta de su interlocutor fue rápida.

-Piense usted lo que guste.

-Muy bien. -El hombre dejó su taza vacía a un lado y se puso de pie. Saludó con la cabeza a M'mère y luego a todos los demás. Iniciaré mis investigaciones. Ustedes recibirán un informe completo de cuanto podamos descubrir. Si cualquiera ustedes desea agregar algo, puede enviármelo por escrito a mi oficina.

-Llama a Charles, ¿quieres Robert?, para que acompañe al señor -pidió M'mère, en voz baja.

-Gracias, madame Declouet, pero puedo retirarme solo.

Permanecieron en silencio hasta que los pasos bajaron la escalera y se oyó el traqueteo de su vehículo. Entonces Chloe entornó los ojos, diciendo:

-En realidad, creo que si alguien puede hallar a Julien, ese hombre es el alguacil.

-Sí, lo mismo digo -la apoyó Amalie, con voz tensa.

-Sí-concordó M'mère, suspirando.

Antes del mediodía, Robert volvió a Los Sauces. Así volvió a comenzar la espera. Dos interminables días después, Amalie, al bajar a la mesa del desayuno, con Isa pisándole los talones, se encontró con Patrick Dye sentado a la mesa.

Se detuvo en seco ante la puerta, tan de repente que Isa le pisó el vestido. Aunque dedicó al niño una sonrisa mecánica, apenas oyó su suave disculpa.

El capataz levantó la vista de su plato lleno y detuvo a medio camino el tenedor, cargado de un trozo de dorada tortilla. Una sonrisa le curvó los labios, demasiado sensuales, pero no le llegó a los ojos.

-Parece sorprendida de verme, mam'zelle Amalie. Pero le aseguro que tengo autorización de la gran señora. Le mencioné que tenía hambre y ella, dulce como es, me indicó que me sirviera.

La insolencia de su tono era una afrenta. Amalie hizo ademán de retirarse.

-No se vaya. Me gusta tener compañía mientras como.

Las palabras eran burlonas, como si pensara que ella huía por miedo y no por repugnancia.

-¿Dónde está M'mère? -preguntó Amalie, deteniéndose, pues no soportaba dejarle creer que tenía miedo.

-Descubrió que no tenía apetito. Creo que eso es porque no se levanta al amanecer. Yo llevo tanto tiempo en pie que este es mi segundo desayuno.

-Estaba convencida de que usted contaba con una mujer que le cocinara. -Había ácido en la voz de Amalie al entrar en el cuarto. Isa le apartó la silla.

-En efecto, pero sus verdaderos talentos no tienen nada que ver con la cocina -respondió el capataz, con una mirada libidinosa en el fondo de los ojos.

Ella no le hizo el honor de contestar. Sentía tal impulso por retirarse que fue un esfuerzo aceptar el café y los panecillos calientes traídos por Isa. Su agradecimiento sonó tenso, dado lo constreñido de su garganta.

-Pero está bien así -prosiguió Patrick, expansivo-. Me gusta hacer como los potentados del azúcar: tomar mi café al rayar el día y un verdadero desayuno a media mañana, después de recorrer los campos a caballo.

-¿Glorias prestadas? -preguntó Amalie, sin poder contenerse.

La irritaba ese tono satisfecho y el aire posesivo con que él miraba en derredor, para dejar, por fin, la vista fija en ella. Un rubor oscuro subió a la cara del capataz.

-Puede ser -se burló-. Espero que no le moleste demasiado comer con un empleado, por esta vez.

-Creo que puedo sobrevivir.

-Creo que sí. Tanto usted como la gran señora han estado comiendo con ese jardinero inglés durante semanas enteras.

-¿Cree que M'mère utilizó como excusa para abandonar la mesa su natural debilidad en un momento como este? -preguntó Amalie, sin apartar la vista del panecillo al que estaba untando mantequilla.

La asaltó un vago recuerdo de otra mañana, de otro panecillo chorreante de mantequilla y miel, pero cerró la mente a eso.

El hombre lanzó un gruñido.

-¿Y usted cree que no?

-Me parece difícil. Pero aun si así fuera, no veo motivos para que usted se resienta. No es costumbre que una persona de su condición coma con la familia.

-¿Aunque otras personas conocidas por casualidad participen en todas las comidas? ¡Oh, sí!, lo sé muy bien. -El tono era amargo, pero el hombre no perdía las ganas de comer.

-Si tanto le disgusta su puesto de capataz, ¿por qué no se va?

-¿Y qué otra cosa puedo hacer? Además, no se trata de que no me guste en absoluto.

-Si usted lo dice... Aunque tengo otra impresión.

Amalie deploraba el tono de superioridad que oía en su propia voz. Era una forma de defensa contra aquella arrogancia y contra los malos modales de quien tenía ante sí.

A su espalda se oyó el leve susurro de las ropas de Isa, que cambiaba incómodamente de posición. El capataz le disgustaba tanto como a ella y su presencia lo ponía nervioso. Por consideración, ella hubiera debido darle algún pequeño encargo para que pudiera huir de la habitación, pero necesitaba demasiado su mudo apoyo. Lamentó que ni Chloe ni George entraran en el comedor. No podía imaginar qué los estaba demorando, a menos que ya hubieran desayunado. Con un gesto casual, se fijó en la pila de platos puestos en el aparador. No; los de ellos todavía estaban allí, teniendo en cuenta que Patrick estaba usando el de M'mère. También el cubierto adicional que dejaban para Robert, por si se presentaba, estaba sin usar. Pero Patrick hablaba otra vez.

-Uno no puede dejarse llevar por las apariencias. Usted, mejor que nadie, debería haberlo aprendido.

Ella le clavó una mirada inquisitiva.

-Temo no comprender.

-Vamos, ¿a qué fingir? Su esposo ha desaparecido y usted ha de estar contenta.

-¿Cómo dice?

El se echó a reír.

-Usted debería dedicarse a las tablas, ya lo creo. La esposa, abandonada, leal, desconcertada. Representa el papel a la perfección, lo reconozco.

Ella apartó el plato, se tocó los labios con la servilleta.

-Tanto su lenguaje como su sugerencia me ofenden, m'sieu Dye. Imagino que no se sorprenderá si también yo me retiro.

-Realmente, mam'zelle Amalie, no necesita disimular, al menos conmigo. Soy uno de los que saben exactamente qué es Julien Declouet.

Algo en su actitud, cierta seguridad, cierta jactancia de llevar ventaja, impidieron que Amalie se levantara para alejarse.

-¿Qué está insinuando?

-¡Oh!, no juguemos. Estamos entre amigos, y bien podríamos llegar a ser algo más íntimo. Pero si quiere que se lo diga en pocas palabras, tanto usted como yo sabemos que su bendito esposo no tenía interés en las mujeres, aunque fueran tan hermosas como usted.

-Creo haberle indicado una vez...

-Ya no vale la pena seguir fingiendo que él le hizo el favor, porque ya no lo creo. Lo he visto salir a cualquier hora, y hasta he bebido con él un par de veces, hace un par de semanas. Habría sido distinto si usted tuviera formas de muchacho.

Amalie quedó demudada. Con profundas sombras en los ojos, susurró:

-¿Qué?

-No me diga que no lo sabía. A Julien le gustan los muchachos -dijo él-. Bueno, ya que he llegado tan lejos, será mejor que continúe, ¿verdad?

Continuó con palabras rudas, pero gráficamente descriptivas.

Amalie, a pesar de sus veinticuatro años, apenas sabía que pudiera existir esa aberración. La invadió el asco, seguido de una terrible piedad, sólo para dar paso a un pronto enojo.

-¡Está mintiendo! -gritó, levantándose-. ¡Julien no era de esos!

-¡Ah! ¿no? ¿Le parece que fue un esposo amante?

-¡Usted qué sabe de eso!

-¿Qué sé? -El capataz ronroneaba de sarcasmo-. Hace tiempo que vivo aquí, mucho más que usted. He compartido copas con Julien, he conversado con él y lo he acompañado a buscar muchachitos que quisieran ganar algo de dinero. Caramba, hasta me unía a la fiesta cuando él encontraba a más de uno, aunque prefiero tener debajo la blandura de una mujer.

Ella le clavó una mirada de odio y apartó la silla para ir hacia la puerta.

-¿Por qué cree que se casó con usted? -insistió el capataz levantando la voz-. ¿Por qué cree que un hombre como él apuesto y de fortuna, tuvo que dejarse buscar novia por la madre? Se lo voy a decir. A usted la eligieron porque, viviendo lejos, no podía haber oído rumores sobre Julien. Y porque no tenía padre ni hermanos varones que estuvieran enterados. Y lo hizo la madre porque él no tenía valor para tanto.

Todo eso respondía a las preguntas que Amalie se había hecho tantas veces. Se detuvo, haciendo girar las faldas como una campana.

-No tenía por qué casarse, después de todo -dijo, por encima del hombro.

-¿Cómo que no? La vieja quería un heredero para Belle Grove y lo fastidiaban siempre con eso. Algunos -quiero decir, algunos de los que son como Julien- no tienen problemas. Aunque no les gusten las mujeres, cierran los ojos y hacen lo que deben.

Ella apretó los dientes. Trataba de pensar, pero sentía el cerebro rígido. De pronto recordó algo, casi mareada por el alivio.

-¿Y qué me dice de su amante, la cuarterona? ¿No la ha dejado fuera de esa sórdida historia?

-En absoluto. A ella la buscaron para acallar los rumores; era el típico juguete de los jóvenes criollos malcriados. En realidad, a Julien le interesaba el hermanito, que tenía unos quince años cuando empezó el asunto. Y fue por ese muchachito por lo que a usted la casaron con Julien.

-No entiendo qué...

-No, claro que no entiende. Al final el muchacho se mató. No soportaba haberse convertido en eso, pobre chico, por culpa de un ricachón como Julien. Suele suceder. Pero al tesorito de madame Declouet lo amenazaba nuevamente el escándalo, así que ella se apresuró a buscarle una esposa. Lo que buscaba era acallar las lenguas, pero tal vez imaginó también que él cambiaría, que sentaría la cabeza. A lo mejor él mismo pensó eso, no sé. Pero no dio resultado, ¿verdad?

No, no había resultado. Amalie, aturdida, recordó las noches en que Julien había acudido a su lecho, su ternura, su llanto ante el fracaso,

conteniendo el dolor. Si ella lo hubiera sabido, tal vez entonces habría podido ayudarlo. Julien se había esforzado mucho por dar la imagen de fuerza y habilidad con las armas que exigía la sociedad, donde la masculinidad, la fiesta del coraje, el honor y el éxito con el sexo opuesto lo era todo. Había tratado, también, de mostrarse como esposo posesivo y celoso. ¿A qué precio?

¿Y dónde estaba ahora? Tal vez había decidido que el juego ya no valía la pena. Quizás había huido por no pelear con su primo por una mujer y una situación que no le importaban, después de todo. O acaso había buscado un medio más definitivo de acabar con su dolor.

Se oyó el roce de una silla. Patrick se había levantado y se acercaba a ella.

-No se lo tome tan a pecho. ¿Qué importa? De todos modos, en las barracas dicen que usted ya ha encontrado un hombre. He pasado muchas noches en vela, pensando en lo que usted me dijo, que no era una esposa virgen. Estaba seguro de que no era por Julien, y, después de curiosear un poco, creo que ya sé quién fue. Está bien; no es cuestión de mi incumbencia.

-Muy gentil de su parte, sin duda -observó ella, con frialdad. Y se volvió hacia la puerta donde Isa, con los ojos muy abiertos, la esperaba. Patrick la tomó del brazo.

-Espere un poco. Todavía tenemos que hablar.

-¡Suélteme! -exclamó ella, forcejeando.

El levantó las manos, sonriendo con tanta seguridad que a Amalie le rechinaron los dientes.

-Bueno, bueno, pero quédese ahí y escuche. Como le he dicho, he pasado muchas noches pensando en usted, en tenerla gimiendo debajo de mí. Si se porta bien conmigo, me voy a olvidar de lo que sé de su esposo.

A la joven le temblaban las manos por las ganas de abofetearlo en plena boca, pero no estaba en situación de hacerlo. Sin embargo, la ira le rechinó en la voz.

-No soy una arrastrada ni una estúpida. Si le oigo pronunciar una sola palabra que afecte el honor de Julien, saldrá H esta plantación en menos de una hora. Puede estar seguro.

-Ya lo intentó, ¿se acuerda?

-Aquella vez fue Julien quien lo impidió, pero ya no está aquí. M'mère está enferma y me ha transmitido la responsabilidad de dirigirlo todo. Creo que los peones me obedecerían si les ordenara sacarlo de aquí por la fuerza. Más aún, usted sabe que cuento con el apoyo de Robert Farnum en caso de necesidad. Si le gusta su trabajo, no vuelva a tocarme. Me tratará con todo el respeto debido a su propia madre. ¡Buenos días, m'sieu Dye!

Salió a la galena con la cabeza en alto y las mejillas ardiendo. Subió a su alcoba y, dejando a Isa en el salón, se encerró en ella. No volvió a salir hasta media tarde, y entonces sólo porque Charles llamó a su puerta, informándole que tenía visitas.

Era el alguacil Tatum. Debido al calor, lo habían hecho sentar en la galería del frente. Su único acompañante era Isa, que dormitaba con la espalda apoyada en una columna y el bloc de dibujo en la rodilla.

El alguacil se levantó al verla, tomando la mano ofrecida, pero rechazó el refresco. En cambio sacó su pañuelo del bolsillo y comenzó a desdoblarlo, sacando cuidadosamente los artículos que contenía.

-Lamento perturbarla, madame Declouet-dijo-, pero es necesario que alguien identifique esto.

Amalie, automáticamente, tomó las largas correas de cuero empapado que el hombre le tendía. Así, ennegrecidas y a medio pudrir, no eran algo que un caballero pudiera entregar a una dama. Ella las miró fijamente un momento. Tardó en ver los círculos de oro, con su diseño distintivo. Entonces aspiró profundamente.

Lo que tenía en la mano, manchadas por la larga inmersión en agua, eran las hebillas decorativas y monogramadas que Julien usaba en su calzado.

15

-Yo puedo identificarlos, señor Tatum -dijo en voz baja, como si la falta de emotividad pudiera evitar el golpe inevitable-. Pertenecen a mi esposo.

-Eso me parecía. Lamento tener que informarle, madame Declouet, que el cuerpo de su esposo apareció a mediodía en el Teche, enredado en un tocón. Lo mataron de un golpe en la cabeza.

Sin embargo, no parecía lamentarlo mucho. Ella se humedeció los labios, secos por el horror, y lo miró directamente a los duros ojos.

-¿Cuánto tiempo...?

Como no pudo acabar la pregunta él respondió con disgusto:

-Más o menos desde la noche en que desapareció.

Amalie fue a sentarse en una silla, mientras Isa dejaba su bloc para arrodillarse a sus pies, sin decir nada, apoyándole una mano en la rodilla. La petrificada vista de la joven cayó sobre su dibujo: representaba a Robert con una pala, ayudando a despejar una de las zanjas de drenado.

Apartó la vista aspirando con fuerza. Era su segundo golpe en el mismo día; estaba aturdida, atontada.

-¿Dónde está ahora el cadáver?

-En la ciudad, en manos del médico forense. A su debido tiempo lo traerán a Belle Grove, pero le aconsejo que no se lo deje ver a la madre.

-Sí.

Los cuerpos hinchados de quienes se habían ahogado, después de varios días, no eran espectáculo agradable, según le habían dicho. Pero el alguacil sólo se preocupaba por M'mere v no por ella, la viuda, casada pocos meses antes. ¡Qué extraño que eso la hiciera sentir como si ella fuera culpable de alguna manera!

-Hemos investigado el asesinato lo más minuciosamente posible, dado el lapso transcurrido entre la desaparición de su esposo y el hallazgo del cadáver. Tal vez le interesen los resultados.

Ella elevó su mirada parda.

-Sí, desde luego.

-Mis hombres interrogaron a todos los parroquianos de la taberna donde se lo vio por última vez. Así averiguamos que, como se ha dicho, su esposo habló con los dos marineros que habían estado trabajando en Belle Grove algo antes. También descubrimos que esos hombres, momentos antes, habían estado ante el establecimiento, en íntima conversación con una mujer que llevaba un largo mantón negro. Me interesaría saber, madame Declouet, si usted tiene un mantón de ese color.

Isa retrocedió arrastrándose y se puso de pie, para filtrarse en dirección a la escalera. Amalie oyó que sus pies desnudos cruzaban la galería inferior; luego, nada más; debía de estar cruzando el césped. Su conducta era extraña, pero no tuvo tiempo de pensar.

-No, alguacil -dijo, tranquila-. No tengo ninguno.

El suyo era de tela gris oscura, pero no necesitaba aclararlo.

-Perdóneme si le digo que no la veo destrozada por la noticia.

¿Acaso esperaba que ella gimiera, llorara y se tirara de los cabellos? No era el estilo de Amalie. Sentía una inmensa desolación interior y un nudo de lágrimas contenidas en la garganta, pero no perdería su compostura.

-Es... ha sido un gran golpe. No lo puedo creer.

-O tal vez se deba a que esperaba esta noticia desde hace varios días.

Ella lo miró de frente.

-No tiene derecho a decir esas cosas.

-Tal vez deba decirle que mis hombres y yo hemos recogido muchos rumores que relacionan su nombre, señora, con el del primo de su esposo, Robert Farnum. Todos afirman que fue usted la causa del duelo proyectado entre ambos, lo cual queda confirmado por la negativa del señor Farnum en cuanto a responder mis preguntas al respecto.

Ella miró por encima de la barandilla al plácido río. Al cabo de un momento, levantó la mano con un gesto fútil.

-Usted no sabe, no comprende nada.

-Comprendo más de lo que piensa, señora. He descubierto que la noche de la desaparición de su esposo, usted asistió a un baile en compañía de su marido, su suegra, la ahijada de esta, un tal George Parkman y el señor Farnum. También me dicen fuentes de toda confianza que usted se disculpó ante su anfitriona, con la excusa de que le dolía la cabeza y abandonó la fiesta a hora temprana.

-Eso es cierto, ¡pero no maté a mi esposo!

-No digo que usted lo haya matado, pero la regla manda buscar al cónyuge sobreviviente cuando alguien muere por causas no naturales, y en este caso me parece muy aplicable. Según imagino, madame Declouet, usted, conociendo la reputación de su esposo como duelista, temía por la vida de su amante. En vez de dejar las cosas libradas al azar, contrató a los dos marineros para que eliminaran a su esposo; luego dejó el baile de los Morney para pagarles por el trabajo. Su esposo, hombre de mucho ánimo, despachó a uno de sus atacantes, pero fue traidoramente asesinado por el otro. Para ocultar el crimen, ambos cadáveres fueron arrojados al canal.

La noticia de la muerte de Julien, superpuesta a las revelaciones de Patrick, ya eran demasiado, pero esa acusación, al sumarse, produjo un efecto devastador. Amalie no supo qué decir para rechazar la acusación. Sólo

se le ocurría alegrarse de que el alguacil, al parecer, ignorara el secreto de su esposo.

-¡Suficiente!

La palabra llegó desde la puerta que daba al salón. Amalie, al volverse, vio a Robert allí, con Isa atrás. Habían venido por la parte de atrás, y ambos se adelantaron. Robert se estaba poniendo la chaqueta, aunque tenía las mangas de la camisa recogidas hasta el codo y la frente cubierta de transpiración.

-Me alegro de verlo, señor Farnum. Tengo algunas preguntas que hacerle a usted también.

-Pregunte lo que quiera, pero deje de molestar a la esposa de mi primo.

-La *viuda* de su primo.

-Así parece -replicó Robert, secamente.

Tenía una linea pálida en torno de la boca, pero sus ojos azules eran duros.

-Me limitaba a interrogar a la señora sobre lo que hizo la noche del baile de los Morney.

-Lo he oído.

-Entonces, comprenderá usted mi interés en saber dónde fue y qué hizo después de su partida.

Las palabras de aquel hombre sonaban como si ambos estuvieran discutiendo la conducta caprichosa de una mujer voluble y posiblemente histérica. Robert las repudió con un gesto de la mano y dijo con voz inexpresiva:

-Estuvo conmigo.

-¿Qué?

El alguacil miró fijamente a Robert, con las cejas recogidas sobre la nariz.

-Acompañé a Amalie directamente desde el baile a Belle Grove.

Luego volví en busca de M'mère y Chloe, que habían quedado con el señor Parkman. Ella no tuvo la menor oportunidad de disponer la muerte de Julien. Estaba aquí, en la casa, cuando volvimos, y aquí permaneció durante toda la noche.

-¿Me está diciendo, señor Farnum, que usted pasó todo ese tiempo con ella, entre medianoche y el amanecer?

-Exactamente. No hay modo de que pudiera abandonar esta casa para ir a la ciudad en busca de los dos marineros, como usted sugiere, y estar de regreso antes de que yo llegara con los demás. Por lo tanto, parece que ella no puede ser esa mujer del mantón negro.

Era una mentira. Más aún, eso los condenaba a ambos Acababa de catalogarla como adúltera, señalándose a sí mismo como traidor a su primo. Amalie se sintió agradecida por ese impulso protector, pero sin duda existiría alguna otra manera de arreglar las cosas. No se preocupaba por sí misma, aunque tenía tanto miedo de cualquiera de los estigmas sociales, pero no se atrevía a pensar en lo que pasaría con M'mère cuando la información se convirtiera en noticia pública en lugar de secreto rumor.

Como si sus pensamientos la hubieran conjurado, M'mère apareció en la puerta del salón, y dejó una mano apoyada en el marco. Los dos hombres estaban tan abstraídos en el altercado que no la vieron.

-Lo que usted acaba de hacer, señor Farnum -dijo el alguacil, ceñudo-, puede parecer elogiable a la vista de algunos, pero no a mi modo de ver. Usted debería recordar que tampoco está fuera de sospechas. Si bien tenía la oportunidad de deshacerse de su primo por medios supuestamente honorables, eso no impide que se lo pueda acusar de cómplice en el asesinato de Julien Declouet.

-¿Asesinato?-gritó M'mère, tambaleándose-. Julien, no, no, no. Julien no puede ser...

Robert, con una suave maldición, giró en redondo y alcanzó a su tía de un solo paso. Ella lo miró fijamente, con los labios azules, y se aferró a sus brazos.

-No puede ser-susurró-. Dime... dime que no es cierto.

-¡Ah, *tante* Sophia! -murmuró él, con tono dolorido.

-¡Dímelo!

-Lo hallaron en el brazo muerto del río. Tienen las hebillas de sus zapatos.

-¡No! Oh, no, no...

-Temo que es verdad.

Robert buscó las correas empapadas, con sus destellos de oro. M'mère las contempló con espanto y agonía en las facciones.

-¡Oh, Robert!

-Es verdad.

Ella cerró los ojos con un gemido.

-¡Mi hijo, mi amado hijo!

El sobrino la sostuvo por un momento, hasta que los ojos volvieron a abrirse.

-¿Entendí mal u os acusan de haberlo matado? A ti... y a Amalie.

Había lágrimas en sus ojos, lágrimas que corrieron y se quedaron entre las finas arrugas.

-No, es sólo una suposición -la tranquilizó él, meciéndola.

-¡Qué desgracia, qué escándalo! -susurró la anciana, con la cara contraída.

Si oyó aquella frase consoladora, no dio señales de ello. De pronto se puso rígida, llevándose una mano al corazón. Con un grave grito de dolor, espanto y angustia, cayó contra el sobrino sin fuerzas.

En Belle Grove se detuvieron los relojes y se volvieron los espejos contra la pared. De los armarios y los baúles salieron las ropas negras de los criollos, quienes, según se decía, llevaban luto hasta por el gato de la familia. Las colgaduras de crespones negros en las barandillas y las ventanas señalaban a todo el que pasara que la casa lloraba una muerte. Después comenzaron las visitas de pésame.

Amalie, muy ocupada en atender a M'mère, pocas veces veía a los visitantes. Era Chloe quien se sentaba en el salón oscuro, murmurando las respuestas adecuadas, desechando las preguntas curiosas y dando los últimos informes sobre la salud de M'mère. Fue también ella quien se encargó de que se distribuyeran en la ciudad los carteles anunciando el funeral y se repartieran las comunicaciones escritas.

Los parientes que vivían a menos de cincuenta kilómetros comenzaron a reunirse para el velatorio; como era preciso alojarlos, pronto se colmaron las buhardillas y los aposentos para solteros. El cuarto de Julien también se preparó apresuradamente, además de distribuir colchones en todas las habitaciones, exceptuando la alcoba de M'mère. También las cabañas de las barracas estaban llenas a reventar por los numerosos sirvientes de los huéspedes.

Los criados domésticos de Belle Grove no daban abasto-fue preciso traer a varios hombres y mujeres de las barracas para que ayudaran en la casa y en la cocina. Amalie, con frecuencia, se fastidiaba al verse obligada a esperar cuando pedía algo para M'mère y agradecía que, debido al calor, no se pudiera demorar mucho tiempo el entierro.

En el aire pendía el olor a muerte: el del crespón y el del tabaco que se usaba para espantar a las polillas; el de rosas, margaritas y gardenias apretadas en floreros en tomo del ataúd. Y el hedor de la corrupción en el pasillo donde estaba el féretro, entre el comedor y la galería baja. En el aire pendía también una amenaza de escándalo, que se analizaba ávidamente a escondidas, en los rincones.

Una noche, mientras velaba el sueño de M'mère, Amalie oyó un ruido en la puerta. Al alzar la vista vio a las hermanas Oudry, las antiguas amigas de su suegra, espiando por una rendija. Pensando que tal vez las consolara ver a la anciana, les hizo señas de que podían pasar. Las mujeres, rígidas como si se las hubiera insultado, se retiraron apresuradamente. Amalie sólo pudo interpretar que era ella el objeto de esa subrepticia observación.

Robert fue, durante ese tiempo difícil, todo un baluarte de fortaleza, aunque nunca se veían a solas y rara vez hablaban. El andaba siempre por la casa, cumpliendo con el papel de anfitrión, tranquilo y dueño de sí, como desafiando los rumores y las difamaciones. Visitaba con frecuencia a M'mère, pero casi siempre cuando Amalie descansaba de su tarea. Cuando buscaba noticias de su tía, consultaba al médico que habían llamado para atenderla.

El médico, canoso y corpulento, de hablar brusco, opinaba que la anciana había sufrido un ataque. Con el tiempo se recobraría parcialmente, pero había perdido, en parte, el uso del brazo izquierdo y tenía parcialmente paralizado el mismo do de la cara, por lo cual hablaba con dificultad. Podía recobrar o no lo perdido; eso dependía de su voluntad, de sus energías y de la atención que recibiera.

Amalie no se oponía en absoluto a cuidar a su suegra. Sentía un verdadero afecto por M'mère a pesar de lo que había hecho pues sabía que esas maquinaciones estaban desprovistas de maldad. Si su amor por su hijo había sido excesivo, también lo habían sido los sufrimientos causados por la debilidad de él.

Aun así, el cuarto de la enferma tenía la atracción de un refugio. La alegraba ser útil y contar con un motivo para evitar las reuniones familiares. Eso se acentuó el día del entierro.

Las mujeres criollas no asistían a los entierros, aunque sí podían estar presentes en la misa. Daban a luz en un derroche de sangre, atendían a los ancianos incontinentes, presenciaban la degradación física causada por casi todas las enfermedades, pero se las consideraba demasiado frágiles para

soportar el espectáculo de un ser querido en su descenso a la tumba. La costumbre era incomprensible, pero aun así les ahorraba algo, y Amalie tenía motivos para aceptarla con agradecimiento.

Se había despedido de Julien en las primeras horas de la mañana, mientras casi todos dormían, y no veía razones para prolongar sus rezos y sus lágrimas. Lo recordaba en su aspecto amable y afectuoso, pero se negaba, deliberadamente, a recordar la acusación de Patrick.

Pero no podía olvidarla.

Si eso era cierto, el secreto de Julien era la base de todo: de su matrimonio, su adulterio, el desafío duelístico y hasta de su muerte, probablemente. Por eso ella había acabado por enamorarse de Robert. Por eso le temía.

Y él había mentido.

Robert no había pasado con ella la noche del baile de los Morney. Después de tomar unas gotas de láudano para el dolor de cabeza, con un paño empapado en agua de colonia en la 'rente, ella había dormido sola, mientras él lo hacía en las *garçonnières,* según sus noticias. Bien podía haber sido de otro modo, pero ella había dormido sola.

La pregunta que la asediaba era: ¿la mentira de Robert tenía como finalidad protegerla a ella o protegerse a sí mismo? ¿Acaso había acudido al campo de honor sabiendo que no corría peligro?

No parecía creíble. Todas las reacciones de Robert parecían normales, pero a veces parecía saber más de lo que admitía. Sin duda, una parte era el secreto de Julien. Sin embargo, la posibilidad permanecía en pie.

Al mismo tiempo, notaba cierta frialdad en la conducta de Robert para con ella. No la buscaba, apenas le dirigía la palabra. Dada la situación, debían comportarse con la mayor corrección, por supuesto, pero esa conducta distaba mucho de ser la del ardiente amante que ella había conocido. ¿Y si él, a pesar de todo, pensaba que ella podía ser la dama del mantón negro? No se le ocurría otra explicación.

Se oyó un leve golpecito a la puerta. Amalie echó un vistazo a M'mère, que dormía con cierta calma. Como no quería correr el riesgo de despertarla, fue a abrir.

Era Chloe, quien le hizo señas para que saliera, con un dedo sobre los labios y los ojos llenos de entusiasmo.

-No te imaginas lo que ha pasado -comenzó, de inmediato.

-No, cuéntame.

-¡George acepta que nos casemos sin demora! Bueno, le demostré que, con este escándalo, difícilmente pueda pensar que estoy por encima de él. Pero no hizo falta insistir en absoluto.

-¡Qué maravilla! Me alegro mucho por ti.

-Sí. Es lo mejor que podía pasar. Aunque Julien estuviera con vida, ya no podría negar su autorización. Pero como ha muerto, no tenemos ningún problema.

-¡Chloe!

-¡Oh, perdona! Sabes que no es eso lo que quiero decir. Pero no tienes idea de lo furiosa que me ponía su oposición. No me quiso por esposa, pero tampoco me dejaba casar con otro. Y todo por orgullo, por ese estúpido orgullo.

-Quería que estuvieras segura.

-Estoy bien segura. George y yo seremos marido y mujer cuanto antes.

Amalie le apoyó una mano en el brazo.

-Comprendo tu modo de sentir, pero estamos de duelo. Tendrás que esperar.

-¿Por qué? Mi parentesco con Julien era muy lejano.

-Pero se te ha tratado casi como a una hermana suya-señaló Amalie, suavemente-. Si no quieres provocar más habladurías, debes reconocer ciertas obligaciones.

-En realidad. Amalie, si la gente me hubiera considerado hermana de Julien, la perspectiva del matrimonio entre nosotros habría causado más habladurías que mi boda con George. ¡Además, no eres la persona más indicada para darme lecciones de conducta!

Los ojos de Amalie se oscurecieron.

-Sólo trato de evitar que cometas un error.

La muchachita arrugó la cara y le echó los brazos al cuello.

-¡Ah, perdóname! Quisiera morderme la lengua. En realidad, no lo creo, como no creo todo ese chismorreo absurdo. La gente dice las cosas más crueles sin que les importe perjudicar a alguien.

Amalie soportó bien el ataque, reconfortada por la expresión de fe de Chloe.

-Está bien, no importa.

-¿No te importa? -preguntó la jovencita, dando un paso atrás-. Esto ha sido horrible: la muerte de Julien, la enfermedad de M'mère y todas esas viejas brujas aconsejándome que no trate contigo. A veces parece que todo ha cambiado. Todo, menos George. Sólo quiero escapar de aquí y no volver jamás.

Amalie iba a compartir a fondo ese deseo de Chloe en los días siguientes. Las investigaciones sobre el asesinato no avanzaban. Como no había pruebas ni se descubría nada sobre los acontecimientos de su última noche, se acentuaba la creencia de la comunidad en cuanto a que Amalie tenía algo que ver con eso. Algunos pensaban que había actuado sola; otros tantos estaban seguros de que Robert era su cómplice, además de su amante. El alguacil volvió varias veces para interrogarla, pero siempre se retiró desilusionado.

M'mère mejoraba gradualmente. Se incorporaba en la cama y había empezado a comer, pero no trataba de hablar. Al cabo de una semana, llegó el momento en que ya no le hizo falta una atención constante. De todos modos, Amalie pasó la mañana con ella, acabando de leerle una novela, *Jane Eyre.* Después de un almuerzo ligero, como M'mère cayó en un sueño tranquilo, la joven se puso el sombrero de velos negros y envió a Isa a los establos para ordenar que se le llevara un carruaje a la puerta.

En el momento en que iba a salir, Charles se acercó como para preguntarle dónde iba, pero se contentó con inquirir cuándo debían esperarla.

-No estoy segura. Creo que tardaré algunas horas -respondió ella, alisándose los guantes.

-Si va de compras, mam'zelle, Lally podría acompañarla para entrar en los establecimientos y llevarle al coche lo que usted quisiera.

Al parecer, el hombre temía la recepción que ella pudiera encontrar en la ciudad. Esa preocupación la conmovió.

-No, no voy de compras.

-¿Lleva entonces sus tarjetas de visita, mam'zelle?

Amalie negó con la cabeza, sonriendo.

-No me hacen falta.

Era una suerte haber podido salir sin alborotos. Isa, a quien hubiera sido necesario aplacar, había perdido la costumbre de seguirla durante la enfermedad de M' mere. Cuando no acompañaba a Robert, jugaba con los otros niños, quienes ahora le otorgaban un sitio especial en la jerarquía de los sirvientes.

Amalie indicó al cochero que la llevara a St. Martinville y se recostó en el asiento. Lo que iba a hacer era una tontería, probablemente inútil, pero no podía seguir cruzada de brazos mientras todo el mundo la fustigaba sin misericordia por la muerte de Julien.

La dama del mantón negro: ese personaje se le había convertido en una obsesión. Casi toda la vecindad parecía haber llegado a la cómoda conclusión de que se trataba de ella. ¿Y quién podía ser? Probablemente, alguna mujer de la calle, una persona inocente, si era posible calificar como tal a una calleara Las otras posibilidades eran menos probables.

Podía haber sido Chloe, que detestaba cordialmente a Julien, o al menos lo proclamaba así, por oponerse a su boda. Era temperamental y volátil, pero eso mismo hubiera podido llevarla a pagar a dos hombres para que eliminaran el obstáculo.

También era posible que no hubiera sido una mujer, sino un hombre cubierto por una capa con capucha, con lo cual podía confundirse con una mujer. Tal vez algún hombre, de gustos similares a los de Julien, había pagado para que lo mataran.

Había, sin embargo, una sospecha más probable: la amante que actuó como mantenida de Julien tenía motivos para desear su muerte.

Se la había despedido antes de la boda tras una relación de varios años, cuando ella debía considerarse asegurada para toda la vida. El la había despreciado por su hermano menor, cosa que pocas mujeres podían comprender, mucho menos perdonar. Pero sobre todo existía, como causa, el suicidio de su hermano. Esa mujer debía tener un rencor inmenso contra Julien Declouet.

Amalie no hubiera podido decir cómo se le había ocurrido la posibilidad de visitar a la mestiza. Al parecer, todo el mundo la pasaba por alto. Los hombres solían considerarlas insignificantes, pero Amalie, guiándose por su experiencia en las barracas, no pensaba lo mismo. Las sabía tempestuosas, cálidas de corazón, pero de genio rápido, orgullosas de su sangre mixta y de la atención que despertaban; además, siempre estaban listas para defenderse de los insultos. Amalie sabía que, probablemente, no averiguaría nada de la mantenida de Julien, pero nada perdía con probar.

La casita seguía teniendo el mismo aire reservado y tranquilo. Amalie permaneció un momento en el coche, pensando en el día en que ella y Chloe habían pasado por allí, como si esa visita estuviera decidida de antemano.

Un movimiento tras una ventana, le llamó la atención.

En ese momento, el palafrenero le abrió la portezuela. No quedaba más remedio que bajar.

A su llamada, la puerta principal se abrió apenas.

-¿Sí, señora? -inquirió una voz sofocada desde adentro

-Quisiera hablar con la señora de la casa -dijo Amalie, contenta de que su propia voz fuera firme.

-¿Sí?

-¿Es usted?

-Sí, mam'zelle.

-¿Cómo te llamas?

-Violet, mam'zelle.

-Bueno, Violet, ¿puedo pasar?

-¿Quién es usted? -Las palabras de la muchacha temblaban de nerviosismo, lo cual no era de extrañar, por supuesto.

-Soy la esposa de Julien Declouet. Quisiera hablar contigo de mi esposo.

Hubo una exclamación ahogada y la puerta se cerró bruscamente. Antes de que la muchacha corriera el cerrojo, Amalie empujó y la hizo retroceder. Violet retrocedió, con los ojos muy abiertos, echando un vistazo hacia la escalera exterior, que llevaba a la buhardilla.

La antigua mantenida de Julien no era corpulenta, pero sí de bellas formas y curvas opulentas. Llevaba el pelo recogido hacia atrás con una redecilla azul; su tez era morena, con un toque rosa en los pómulos. Tenía manos con dedos largos y uñas bien cuidadas. Podía tener unos veinte años, con lo cual se deducía que había comenzado a desempeñar su papel a los dieciséis años escasos, pero aún parecía poco más que una niña.

Hubo un largo silencio, en tanto ambas se estudiaban. Por fin, Amalie dijo:

-Lamento molestarte, pero necesito hablar contigo sobre la muerte de mi esposo.

La muchacha retrocedió con los ojos dilatados.

-Pero si yo no sé nada, le juro. Nada.

-No te creo. Se vio a una mujer hablando con los hombres que parecen haber sido los responsables. Se me ocurre que pudiste ser tú.

-¡No! ¡Oh, no, madame Declouet!

-¿Por qué no? Debiste desear su muerte por cinco o seis motivos.

-Nunca, ¡oh, por favor!

La muchacha volvió a mirar la puerta entornada. Amalie se sintió inquieta. Esa muchacha estaba asustada aparentemente, y no sólo por la presencia de ella.

-¿Hay alguien aquí contigo?

-Por favor, señora, tienen que irse. No puedo decirle nada.

Lo más prudente era aceptar la sugerencia y olvidarse de esa idea descabellada. Amalie ya no creía culpable a la mestiza, pues era demasiado joven y tímida. Aun así, no estaba dispuesta a renunciar. Con el mentón en alto, pronunció:

-Creo que deberías acompañarme a hablar con el alguacil.

-¡No! Por favor, no.

Se abrió la puerta de la buhardilla. Amalie giró bruscamente la cabeza, esperando ver a un hombre de color. Pero el que entró en el cuarto era un blanco.

Alargó la mano hacia la muchacha y la estrechó contra sí, de modo tal que una mano se cerró sobre el pecho maduro.

-No creo que esta palomita vaya a ninguna parte, mam'zelle Amalie -dijo Patrick Dye.

16

-¿Qué hace usted aquí? -La sorpresa dio un tono áspero a la voz de Amalie.

-Lo mismo podría preguntarle yo... y usted, además, viene sin acompañante.

El capataz apretó a la muchacha entre sus brazos, sonriendo a los ojos de Amalie como si disfrutara con su azora-miento.

-Lo que yo haga no es asunto suyo. Por otra parte...

-Por otra parte, no debo olvidar que soy empleado suyo, ¿verdad? Ya sabe que respondo ante Farnum, como administrador de la propiedad, y no ante usted, mam'zelle Amalie.

Probablemente fuera cierto. Ella no lo había tenido en cuenta, pero sin duda Patrick estaba seguro de lo que decía, pues no le gustaba sentirse bajo la autoridad de una mujer. Ridículo orgullo masculino.

-Eso no cambia las cosas.

-En eso se equivoca. Tal vez a usted le importe muy poco el honor de la familia, pero ese Robert sabe apreciarlo. No me despedirá, tal como no me despidió su querido y difunto esposo, por mucho que lo desee.

Ella le clavó una mirada dura.

-Yo no estaría tan segura.

-Pero vo sí.

-En ese caso, creo conocer el motivo de esa tolerancia.

-Supongo que sí. Usted es una muchacha inteligente.

-Y usted, un extorsionador.

-¿Ha visto qué emprendedor soy?

-No es esa la palabra que tenía pensada.

-¿Ah, no?

Patrick soltó a Violet. La muchacha tropezó al ser empujada; de su garganta escapó un suave gemido de desesperación. Cayó en la desteñida poltrona apoyada contra una pared con las manos cubriéndose los ojos, como para no ver a Patrick, que avanzaba hacia Amalie.

El impulso de retroceder era poderoso, pero Amalie se mantuvo en el mismo sitio.

-Yo prefiero decir retorcido, degradado o perverso; cualquiera de esas cosas.

-Sabe juzgar a la gente, pero se ha comportado como una tonta al venir sola aquí. ¿Qué buscaba?

Ella levantó la sombrilla que llevaba en la mano de modo tal que el extremo tocaba el pecho del hombre.

-Quería descubrir la identidad de la mujer del mantón, para empezar.

El se echó a reír, apartando la sombrilla.

-Conque era eso.

-¿Por qué lo dice de ese modo? -preguntó Amalie, dando un paso atrás, en tanto volvía a levantar la sombrilla.

-El alguacil Tatum está tratando de convertirla en un misterio, y probablemente se trata de alguna prostituta que estaba tratando de interesar a esos dos marineros. En cambio, si ella hubiera sido como usted, todo el mundo habría podido tener un resultado muy diferente.

-¿Qué?

-Esos dos marineros habrían estado muy ocupados en quitarle el mantón y no habrían prestado la menor atención a Julien Declouet... eso, en el caso de que tuvieran algo que ver con el hecho de que él acabara en el Teche.

-¿Cree que no fue así?

El hombre seguía avanzando deliberadamente, empujando la punta de la sombrilla como si quisiera ensartarse con ella. La mano de Amalie comenzaba a sentir la tensión, pero no aflojó. Patrick se encogió de hombros, abriendo las manos.

-No sé, pero sólo porque un marinero aparece panza abajo en el agua, arrojado la misma noche que otro hombre, no se puede pensar que haya una relación entre los dos.

-Parece lo más probable, dado el escaso tamaño de St. Martinville.

-Y puede haber sido así. Sólo digo que no es *forzosamente* así.

Y él alargó el brazo para sujetarla, a pesar de la sombrilla.

Tenía razón, por mucho que a Amalie le disgustara admitirlo. De todos modos, no era ese el lugar ni el momento adecuado para discutirlo. Liberó su brazo, diciendo:

-Le agradeceré que no me ponga la mano encima. Parece haber ocupado el lugar de Julien en esta casa. Podría conformarse con eso.

-¿El lugar de Julien? -inquirió él, acentuando su entonación irlandesa-. Creo haberle dicho que a él no le interesaban las mujeres. Violet es mía. Yo fui su primer hombre y nunca conoció a otro. Eso no significa que a mí no me interese la variedad.

-Me sorprende que pueda mantener a una mestiza. ¿O acaso ella es parte del precio por su silencio?

-¡Mire que lengua más afilada! Pero podríamos usarla para cosas más agradables que maltratarme.

El rubor que subió a la cara de Amalie se debía tanto a la cólera como al esfuerzo para impedir que él la obligara a retroceder, empujando la sombrilla.

-Por mucho que me disguste molestarlo en su pequeño paraíso -dijo, con tono ácido-, debo señalarle que, fallecido Julien, no se seguirá pagando dinero a su querida, mantenida o no. Que yo recuerde, en su testamento no

se la mencionaba, pero usted puede consultar con m'sieu Farnum, por supuesto. ¿Qué piensa hacer?

El la miró con un destello de fastidio en los ojos. En ese momento, ella dio un paso atrás, con tanta rapidez que él, privado del apoyo de la sombrilla, cayó hacia adelante. Sin darle tiempo a recobrarse, giró hacia la puerta, la abrió de un tirón y salió al porche. Patrick no se atrevería a perseguirla a la vista del cochero; Amalie, con toda la dignidad que le permitía la prisa, bajó por el sendero hasta el vehículo, subió y dio órdenes de regresar a Belle Grove.

Cuando llegó a la casa, Robert estaba esperándola, apoyado en la barandilla de la galería superior. Sólo cuando Amalie llegó al último descansillo se volvió él a mirarla.

-¿Dónde estabas?

La pregunta era tranquila, llena de preocupación, pero también con un dejo de sospecha. Ella interrumpió la acción de quitarse los guantes, pero continuó enseguida, dejándolos caer junto con la sombrilla y el bolsito en el asiento de mimbre. Luego se quitó el sombrero antes de hablar.

-Fui a la ciudad.

-Ya lo sé. También me dijeron que fuiste sola y que te negaste a decir a dónde ibas.

-No se trata de que me negara. Nadie me lo preguntó directamente y yo tampoco lo dije.

-¡Qué sutil diferencia! -replicó él, con una mueca sombría-. Perdona si no me hace gracia.

Ella arrojó su sombrero y se volvió hacia él. Tenía los nervios destrozados por su reciente enfrentamiento con Patrick.

-Si tienes que enterarte, fui a hablar con Violet.

-¿Con Violet? -El tono de Robert era inexpresivo. De pronto hizo un gesto de comprensión-. ¿Y por qué?

Su aire de juez hirió a Amalie en carne viva.

-¿Por qué te parece a ti? ¿Para conspirar con ella, para felicitarla por asesinar a Julien, para qué más?

El quedó atónito. Luego frunció el entrecejo.

-¿Qué estás diciendo?

-Lo que tú estás pensando. ¿O no?

-¡No seas ridícula!

-¡Oh, vamos! Llevas días esquivándome, como si estuvieras seguro de que yo soy la mujer del mantón ¿A qué negarlo ahora?

El la miró a los ojos un momento.

-Sé perfectamente que no pudiste ser tú. Yo mismo te traje a casa, ¿recuerdas?

-¡Pero no sabes si me quedé aquí o no!

-De haber pensado que podías ser tú, podría haber dejado que Tatum te acusara ante el gran jurado.

-¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué mentiste para evitarlo?

Amalie estaba pálida, pero sus ojos brillaban de furor y orgullo. Sus ropas negras formaban un asombroso contraste con la claridad de su piel, con las líneas puras de su silueta, aún esbelta. Mantenía la espalda erguida, aunque las manos le temblaban tanto que las ocultó.

-Porque... -comenzó él, con voz dura. De pronto se detuvo y la miró durante un largo instante-. No soportaba que te humillaran así, porque yo me sentía culpable.

-¿O tal vez porque necesitabas una coartada?

En la sien de Roben latía el pulso. Su voz fue suave, pero mortífera al contestar:

-Conque de eso se trata.

-No me has contestado.

-Semejante acusación no merece respuesta.

-¿No? -Amalie arqueó una ceja, aunque su corazón latía de un modo sofocante-. Tú puedes pensar de mí lo que quieras sin que importe, porque tengo que haberlo hecho por ti. Pero yo no debo pensar lo mismo de ti porque, forzosamente, tus motivos habrían sido más despreciables. ¿Es así?

-No soy un cobarde. No tenía ningún deseo de batirme con Julien, pero no lo mandé matar para evitarlo.

-¿Y esperas que acepte tu palabra?

-El alguacil Tatum la aceptó sin objeciones cuando mentí para salvarte.

-¡Todo se hace del modo más honorable, por supuesto! El alguacil te tomó por hombre de honor, por no mencionar tu posición y tu ascendente en la comunidad, y tú diste falsamente esa palabra sólo por una mujer. ¿Qué hay de malo en eso?

El aspiró profundamente y dejó escapar su aliento.

-Escucha, Amalie, no puedo expresarte cuánto lamento la infamia que te he causado. Haría cualquier cosa por poder retroceder y empezar de nuevo, arreglar las cosas de modo tal que no quedaras en esta horrible situación. Pero eso es imposible. Lo hecho, hecho está, y tendremos que seguir adelante. He tratado de facilitarte las cosas en lo posible manteniéndome lejos, a la espera de que se acallen los rumores. No arreglarás las cosas saliendo sola como hoy: alguien te habrá visto, como ocurre siempre, y habrá más rumores. Comprendo que esta situación te hace vivir en tensión, así como las horas que has dedicado a M'mère te han socavado las fuerzas. Aun así, no tiene sentido discutir.

-No comprendes nada -replicó ella, casi sin darle tiempo a terminar-. No quiero que me protejas por lo que hubo entre nosotros, sino porque confías en mí. No quiero que te preocupes por la vergüenza que pueda acarrearme lo que pueda haber hecho, sino que me ayudes a descubrir quién mató a Julien.

-No se trata de vergüenza, Amalie, a menos que...

-¿A menos que yo me sienta avergonzada? ¿Y por qué no, si tú puedes creer que... que yo mataría a mi esposo por ti?

-¿Y por qué no pensarlo, si tú estás tan dispuesta a creer eso de mí, y cosas peores también?

Habían vuelto nuevamente al principio. Amalie se apartó, reconociendo la inutilidad de la conversación con un pequeño gesto.

-No es eso lo que pienso, en realidad.

El puso los brazos en jarras.

-Creo que sí. Creo que, en el fondo, temes que yo mandara matar a Julien. Y no me explico cómo puedes pensarlo, sabiendo lo íntimos que fuimos siempre.

-Tal vez por eso. -La voz de la joven era tan baja que apenas se oía como un susurro.

-¿A qué te refieres?

Tenía la boca tan seca que no pudo hablar. Hubiera deseado retirar esas palabras, pero ya era demasiado tarde.

El se adelantó para tomarla por un brazo y mirarla de frente.

-¿A qué te refieres?

Amalie se humedeció los labios.

-Patrick... Patrick me contó lo de Julien.

Los ojos azules se pasearon por su cara horrorizada, para posarse en sus ojos pardos, nublados. Después de una eternidad, él la soltó y le volvió la espalda.

-¿Por qué te lo dijo? No había ninguna necesidad de que tú lo supieras a esta altura de las cosas.

-Creo que sí. Después de todo, yo era su esposa.

-¿Y de qué sirve ahora?

-Para empezar, ya no me preocupa haber sido la culpable de su... su falta de interés por mí.

No había tenido intenciones de decir eso; parecía haber brotado de algún oculto depósito de temores. El la miró de reojo.

-Debiste comprender que no era así.

-¿Por qué? ¿Porque tú me deseabas? ¿Qué tiene eso que ver? No te imaginas...

-Ni quiero imaginarme -la cortó él, salvajemente-. Lo que tú fuiste para Julien o él para ti no tiene nada que ver conmigo. Más me interesa saber en qué te inquieta mi amistad con Julien.

-No puedo decírtelo.

-Es preciso. Comenzaste, ahora termina.

¿Cómo había podido creerse enamorada de ese hombre, cuyas duras palabras y cuya voluntad de acero la obligaban a revelarse por entero? Tragó saliva. El esperaba.

-Llegamos a la conclusión de que Julien, a su modo, me amaba.

-Sí. -La palabra sonó cortante, dura.

-Eso puede ser verdad. No sé. Lo que necesito saber ahora es si también te amaba a ti, a su modo también, de otra manera peculiar. Si sus celos, los que provocaron el duelo, eran por mí, como parecía, o por ti y por lo que había existido entre vosotros dos desde un comienzo.

-*¡Dieu!* -exclamó él, apartándose.

Abría y cerraba las manos, mirándola como nunca antes, enfermo de rabia. De pronto se dirigió hacia la escalera y la bajó a grandes pasos.

Amalie esperó donde estaba hasta que los pasos se aparraron en el aire caliente. Respiraba con lentitud, sin profundidad, debido al dolor que le apretaba el pecho. Le quemaban los ojos de no parpadear. Las manos que aferraban la barandilla se entumecieron hasta la punta de los dedos, que quedaron agrisados y sin sangre. De pronto aspiró hondo y las lágrimas saladas, abrasadoras, le colmaron los ojos y se derramaron por sus mejillas.

Los días pasaban lentamente, cada uno de ellos más caluroso y más húmedo que el anterior, según el verano se cerraba sobre ellos. Se presentaron algunos casos de fiebres: cólera y fiebre amarilla, pero todos en

Nueva Orleans, a lo largo del Teche aún no había víctimas. Era un momento de agitación política en el pais, pues se acercaban las elecciones.

En Belle Grove hasta cierto punto reinaba la paz. Las visitas no molestaban y los rumores habían perdido virulencia, hasta morir del todo. El escándalo no había sido olvidado, pero después de tantas discusiones no ofrecía ya nada de interés. Sobre la muerte de Julien no se había descubierto nada nuevo, y la preocupación del alguacil mermaba al lomarse los días más pesados y las pruebas más difusas. Dejó de ir a Belle Grove y se le oyó, en cambio, quejarse amargamente de los canallas asesinos que pasaban por su distrito.

M'mère había recobrado el uso de sus miembros y podía andar sola, aunque rara vez abandonaba sus habitaciones. Sólo le quedaba alguna rigidez en la cara, pero hablaba poco, debido a la dificultad de pronunciar bien. Sus plegarias, si bien silenciosas, eran constantes; pasaba más tiempo del acostumbrado en el oratorio. Tenía sueños inquietos; con frecuencia despertaba a Amalie con sus gritos, y la joven iba a sentarse a su lado hasta que rayaba el día. Aun así, se recobraba lentamente del golpe sufrido.

Al menos, eso pensaba Amalie hasta una noche en que, al entrar en la alcoba de su suegra, la encontró enredada en las sábanas y bañada en sudor. Todas las ventanas del cuarto estaban herméticamente cerradas; la anciana llevaba un camisón de franela, con cuello alto y mangas largas. Tenía la cabellera enredada y húmeda, arrebatado el rostro de calor.

Amalie dejó su vela y fue a abrir de par en par las puertaventanas; luego hizo lo mismo con las ventanas laterales. Por fin apartó el tul de mosquitero y le arrebató los cobertores. Ante su leve sacudón, M'mère despertó con un violento respingo.

Luego se echó hacia atrás, cerrando los ojos.

-Ah, eras... eras tú, *chère.*

-Sí, soy yo. ¿Qué pretende? -la regañó Amalie-. ¿Quemarse viva? Parece mentira.

-No me... comprendes. Es mejor así.

-Me niego a creer semejante cosa. Una práctica tan incómoda no puede ser buena para la salud.

Y Amalie recogió las mangas del camisón. Cuando iba a desabotonar el cuello, M'mère gritó con aspereza:

-¡No!

Amalie la miró, sorprendida.

-Sólo quiero ayudarla.

-Por favor... deja... yo sé lo que me conviene.

Las palabras, entrecortadas, sonaban como las de un borracho, pero con toda claridad.

-Sí, por supuesto. Disculpe -dijo la joven, retirando las manos.

Pero en ese momento sus nudillos rozaron algo rígido e inflexible bajo la suave franela del camisón. Deliberadamente, pasó las manos por el pecho de la anciana.

-¿Qué es esto? -preguntó, pellizcando el material-. ¿Qué se ha puesto?

-Nada, nada-exclamó la anciana, quejosa.

-No me diga que es... ¡Es un cilicio! ¡Oh, M'mère!, ¿por qué?

El cilicio era una prenda forrada de ásperas crines que se usaba como penitencia, sobre todo entre los miembros de órdenes religiosas. Espantosamente incómoda aun en climas benignos, con el calor del verano podía convertirse en un tormento. Que la usara una persona convaleciente de una enfermedad tan grave como la de M'mère resultaba increíble.

-Esto... no te incumbe. No lo menciones... a nadie.

-¡Pero no puede usar esto! ¡Es una locura!

-¡No digas eso!

-¿Y qué otra cosa puedo decir?

La anciana respondió, inexplicablemente:

-No esperaba... que tú lo descubrieras.

Amalie quedó callada por un momento. Luego apretó los labios.

-Muy bien, lo he descubierto. Y ahora que lo sé no puedo guardar silencio. ¡Ahora comprendo que no pudiera dormir! Lo que me sorprende es que no se haya provocado alguna fiebre. ¿Qué va a decir el médico?

-Nada, porque tú... no se lo contarás.

Las palabras de M'mère eran implacables, pero Amalie se había acostumbrado a ejercer su autoridad en el cuarto de la enferma.

-Es preciso. Si usted volviera a enfermar, yo me sentiría responsable. Peor aún, sería culpa mía, por permitirle continuar con esa práctica de bárbaros.

-Tengo mis... motivos.

-Igual que en otras oportunidades, eso no significa que esté bien. Ahora siéntese, por favor. Se lo quitaré.

-Creo que no.

Amalie retrocedió.

-No puedo obligarla, por supuesto, pero a usted no le gustaría que yo mandara venir a Robert, para que la convenciera.

-Por qué no, si eso... lo obliga a volver. Lo vemos... tan poco últimamente...

Los viejos ojos se volvieron hacia Amalie, investigando su cara.

-Es la temporada de mucho trabajo.

-Hum, no tanto... ahora que la caña está... bastante alta.

Eso era cierto.

-Tendrá cosas más importantes que hacer.

-No. Vosotros dos habéis... discutido, ¿no?

-No tiene importancia -replicó ella, encogiéndose de hombros. -Claro que sí, y lo sabes.

El pasado yacía entre ambas como un vasto abismo que jamás mencionaban. Al principio había sido algo demasiado personal, demasiado doloroso. Más adelante, en la preocupación por el resultado del duelo y la desaparición de Julien. Amalie se lo había quitado de la mente. En los últimos tiempos era la salud de la anciana lo que no lo permitía. Amalie nunca había acusado a M'mère de entrometerse en su vida ni mencionado el deleite que halló con Roben. A veces pensaba que la anciana, de cualquier modo, lo sabía; a pesar de lo mucho que la afligía el escándalo, nunca había reconocido del todo qué forma tomaba ni cuál era su propio papel en el asunto.

¿Acaso eran los remordimientos los que la obligaban a usar el cilicio? ¿Se culpaba por la ruptura entre Robert y Julien, que llevara, directa o indirectamente, a la muerte de su hijo? Nada podía liberarla de esa carga, pero tal vez fuera posible aliviarla un poco.

Amalie bajó la vista a sus manos, cruzadas ante la cintura.

-Si le digo algo que... que va a agradarle ¿sé quitará el cilicio?

M'mère se volvió a mirarla con los ojos entornados, que cobraron brillo al fijarse en la cintura de la joven.

-Dime.

-Primero prométamelo.

Los párpados finos y arrugados se cerraron.

-¿No comprendes que hago esto por el bien de mi alma?

Sería inútil señalar que un exceso de sufrimiento podía separar el cuerpo de esa alma.

-Esto será por el bien de su ánimo. Al menos, eso espero.

-Si es lo que... tanto he pedido en mis oraciones, entonces... sí, te daré el cilicio.

Amalie se humedeció los labios.

-Ahora está confirmado. Voy a tener un hijo.

El júbilo encendido en los ojos ancianos fue tan feroz e en la garganta de Amalie se formó un nudo de lágrimas. Prosiguió, apresuradamente:

-Debido a lo mucho que se ha murmurado, algunos dirán que no es de Julien.

-No importa. Nadie puede probarlo -dijo M'mère.

-Ojalá...

La anciana interrumpió a Amalie levantando la mano.

-No hace falta... que lo digas, porque... bien conozco tu inocencia. El hecho es que... ese niño nacerá dentro de los... nueve meses de la muerte de mi hijo, ¿verdad?

En su rostro había una súbita preocupación, que Amalie se apresuró a calmar.

-Sí, en efecto.

-En ese caso será... realmente... su hijo póstumo, heredero suyo por ley... porque tú eres su esposa legítima. Eso, al menos... no se le puede quitar.

M'mère se recostó, cerrando los ojos, como si ese esfuerzo por hacerse entender la hubiera dejado exhausta.

-Sí-murmuró Amalie.

Cuando volvió a la cama, con un camisón de batista y agua para lavarla, la anciana no hizo nada por resistirse; su pecho subía y bajaba rítmicamente; las manos permanecían relajadas sobre el cubrecama: ya se había dormido.

Amalie no mencionó a Robert lo del cilicio; tenía pocas oportunidades de hablar con él, pues nunca estaban solos, pero además no veía la necesidad de revelárselo, ya solucionado el problema. En cambio habló con el médico. El caballero meneó la cabeza, rascándose las patillas con aire distraído. Los progresos hechos por su paciente desde la última semana lo sorprendían gratamente, pero en general no estaba satisfecho. El calor, la humedad espantosa, los mosquitos y las moscas, además de los vapores

enfermizos, estaban dificultando la recuperación. Convenía trasladar a la enferma a otro clima con aire fresco y apartarla del escenario de tanto dolor. En otros paisajes, entre otras personas, tal vez pudiera liberarse de las incógnitas referidas a la muerte de su hijo y de los recuerdos que eso evocaba.

Fue Charles, que entraba con una copa de vino para el buen doctor, quien sugirió llevarla a Isla Demière, donde la señora siempre había sido feliz; además, tal vez le hiciera bien sentir que estaba lo suficientemente recuperada como para efectuar el viaje de todos los años, con apenas un breve retraso. Al médico le pareció una idea inspirada y la adoptaron.

Trasladar a una casi inválida a tal distancia no sería empresa fácil. La lista de los artículos necesarios cubriría varias páginas, pero el requisito básico debía ser solucionado ante todo: hacía falta un acompañante masculino.

-Yo no puedo -dijo George.

Estaban sentados en la galería antes de cenar a la hora en que el calor de caldera moría lentamente, dejando sólo una tibieza lánguida, agitada por la brisa y el vago zumbar de los mosquitos.

-Pensé que te gustaría visitar nuestra costa marítima -comentó Amalie, sorprendida-. Ha de ser muy diferente de la inglesa.

-En otras circunstancias me encantaría, pero ustedes estarán allá varias semanas y no puedo dejar mis arbustos tanto tiempo. Es preciso regarlos sin cesar y no puedo confiar en nadie.

-Sir Bent puede hacerlo, sin duda.

-Haría lo posible, sí, pero es demasiado viejo para efectuar correctamente la tarea, y no tiene autoridad sobre los jóvenes para que lo ayuden.

-Si George no va, yo tampoco -dijo Chloe, dejando su bordado con un gesto desafiante.

Amalie se volvió hacia ella.

-Pero no puedes quedarte sin un guardián.

-No veo por qué.

-En ese caso eres demasiado joven para casarte -le espetó Ama]ie. De inmediato se llevó una mano a la cabeza-. Disculpa, Chloe. No sé qué me pasa en estos días.

-Si quieres mi opinión, necesitas ese viaje tanto como M'mère-retrucó la muchacha, matando con innecesaria energía a un mosquito que le rondaba el brazo.

-Tienes razón. Y debo acompañaría, por supuesto. Eso significa que tú te quedarás aquí sin nadie que te sirva de dueña Tendrás que acompañarnos.

-Pero no -aseguró la niña- si George y yo nos casamos antes de que vosotros os vayáis.

George emitió un ruido sofocado, pero no presentó objeciones. Amalie, buscando excusas a tientas, observó:

-No hay tiempo.

-¿Cuánto tiempo hace falta para que Pere Jan nos dé su bendición?

-Tu ajuar...

-Hace tres años que está listo, hasta con camisones bordados en Francia. M'mare se encargó de eso cuando esperaba casarme con Julien.

Amalie se preguntó por qué la muchacha se había opuesto tanto a casarse con su primo lejano. ¿Acaso sospechaba algo, lo presentía tan sólo? Pero no podía preguntar sin arriesgarse a todo tipo de preguntas que no deseaba contestar.

-La casa está de luto, pero no voy a insistir con eso.

-No, por favor. Eso justifica que la ceremonia sea tan sencilla.

Era revelador que la vivaz Chloe, tan amante de los placeres, estuviera dispuesta a olvidar la pompa y el lujo de una boda según las costumbres. Amalie suspiró.

-Sabes que no soy yo quien debe dar el permiso. Si M'mère está de acuerdo, yo os ayudaré como pueda con una condición.

La muchachita se levantó de un salto y fue a arrodillarse junto a la silla de Amalie.

-¡Lo que sea! ¿Qué debo hacer?

Amalie tardó un momento en decidirse a contestar.

-Escribe una nota a Robert -murmuró-. Dile que M'mère y yo le agradeceríamos que nos acompañara hasta Isla Demière, si tiene tiempo.

17

El balneario marítimo de Isla Demière estaba en una de las islas que protegen la costa de Luisiana del oleaje proveniente del Golfo de México. Su principal atracción, al principio era la pesca, pero más adelante se descubrieron los efectos benéficos del aire marítimo; al parecer, la fiebre amarilla casi nunca era epidémica en las islas rodeadas de mar.

Existía una hostería decente y varias pensiones entre el manojo de viviendas pertenecientes a los habitantes de la isla, además de treinta o cuarenta cabañas de veraneo, propiedad de particulares. Casi todos los edificios principales estaban sobre el límite oeste de aquella franja larga y estrecha, levantados sin orden frente al golfo. Había algunas palmeras y bananeros, aquí y allá un pequeño grupo de robles retorcidos por el viento, pero la vegetación era escasa. Por doquier se veía la arena clara y algunos trozos de madera, indicadores de que las olas solían invadir la isla durante las tormentas del invierno.

El servicio de paquebotes consistía en dos llegadas semanales, los jueves y los sábados, efectuadas alternativamente por el *Stary* el *Major Aubrey,* que amarraban directamente tras el hotel Muggah.

Amalie, que llegó en el *Star* al caer la tarde de un sábado, en la tercera semana de julio, se acodó sobre la barandilla para contemplar la escena con ojos brillantes. ¡Isla Demière, por fin! Ante sí tenía el hotel: un edificio de dos pisos, construido sobre pilares cuadrados, con grandes galerías que la gente usaba como salones al aire libre. Atrás se veía una gran campana, de las que

se usaban en las plantaciones para casos de emergencia, pero allí parecía anunciar las comidas.

El viento salobre que cruzaba la isla era fresco y vigorizante. Portaba olores a mar, a pescado fresco, a pan horneado y moluscos hervidos, a fruta madura. Sugería el clima tropical y resultaba lo bastante extraño como para despertar curiosidad.

Amalie sonrió, volviéndose a mirar a su compañero, que parecía retraído. Su entusiasmo desapareció ante una depresión demasiado familiar. Robert estaba así desde el comienzo del viaje: les prestaba so presencia, pero no su compañía, sin que Amalie supiera si ese aire sombrío era deliberado o expresión de su humor. Esto último hubiera podido soportarlo, pero ante la menor insinuación de que era lo primero, pensaba decirle unas cuantas cosas. La situación era tensa, pero no menos para ella que para él. No había sido ella quien pidiera su compañía, sino las costumbres. Por su parte, le hubiera dado igual viajar sola; tal vez habría sido más feliz.

Se volvió hacia M'mère, que estaba sentada bajo un toldo. Su rostro estaba sereno y miraba con interés el panorama familiar. Pauline, su camarera, la acompañaba como concesión a la invalidez del ama, pues los otros sirvientes viajaban en la cubierta inferior, incluidos Marthe, Lally, Tige y el mismo Isa, que no había provocado ninguna molestia durante el viaje, ocupado siempre en dibujar.

El viaje había sido plácido: un incesante desfile de cielos límpidos, aguas oscuras, tierras fértiles y graciosas casas rodeadas de árboles. Amalie no se quedaba en el camarote, pero tampoco trataba de unirse a los grupos que se divertían en cubierta. No era sólo el luto lo que se lo impedía, sino el miedo a la recepción que pudieran brindarle. Leía en voz alta para M'mère, jugaba con ella a las cartas y paseaba en compañía de Robert, vacilando entre compartir con él su entusiasta liberación y seguir con las sospechas que acechaban entre ambos.

En voz baja, dijo:

-Será mejor que atienda a M'mère.

-Sí-replicó él, irguiéndose para acompañarla.

Por un instante, Amalie se preguntó si esa breve respuesta sugería que ella había estado descuidando a su suegra, pero de inmediato descartó la idea. Era una estupidez buscar significados ocultos en todas las palabras, en todas las miradas. Y de todos modos, ¿qué importaba lo que él pensara mientras ella tuviera la conciencia tranquila?

El hecho es que no la tenía tranquila. Le resonaban en la memoria las cosas que le había dicho. No podía retirarlas mientras existiera la posibilidad de que fueran ciertas; tampoco podía descartar las acusaciones con que él respondiera, aunque en ocasiones lograba olvidarlas.

Debía reconocer que con M'mère se portaba de un modo admirable: siempre estaba allí para ayudarla a caminar, para conversar con ella y levantarle el ánimo con sus bromas. Sólo con Amalie demostraba su reserva.

El barco entró en el amarradero. Según los pasajeros comenzaban a desembarcar, se vieron rodeados por una pequeña multitud que los esperaba. Hubo abrazos, palmadas en la espalda y exclamaciones alegres.

Como ellos no habían informado a nadie de su llegada, Amalie apenas miró en derredor mientras acompañaba a M 'mere hacia la planchada. El primer aviso fue el de una voz juvenil que gritó:

-¡Oh, mira, mamá! Allá están losDeclouet y m'sieu Far...

Al levantar la cabeza, Amalie vio a Louise Callot con la boca abierta: su madre la había interrumpido con un empujoncito. Madame Callot clavó en Amalie una mirada gélida, saludó con una leve inclinación de cabeza a M'mère e ignoró a Robert.

Sin soltar a su hija, giró en un revuelo de faldas y marchó en dirección opuesta.

Todo acabó tan bruscamente como había comenzado. Los pocos que habían visto la escena murmuraban a escondidas, entre miradas ávidas. Los pasos de M'mère vacilaron. Robert jurando por lo bajo, buscó un coche de alquiler y se abrió paso a golpes de hombro hasta el único y maltrecho vehículo que esperaba a un lado. Después de subir a su tía, se hizo a un lado para que subieran Amalie y Pauline. De inmediato dio la dirección al cochero y subió tras ellas.

-Pero, ¿qué pasará con los otros sirvientes y el equipaje?-objetó Amalie.

-Este remedo de coche puede volver después a buscarlos.

Amalie no dijo nada, pero sabía que encontrarían la cabaña cerrada, con todos los muebles enfundados, la vajilla polvorienta y sin una gota de agua, por no mencionar cualquier bebida más fuerte. Aun así prefería alejarse del muelle, de las miradas fijas y los rostros condenatorios. Se había equivocado al pensar que en Isla Demière las cosas serían diferentes.

La cabaña, como todos los edificios de la isla, había sido construido sobre pilares. Era cómoda, sin ostentación. Su única planta estaba dividida en seis habitaciones grandes, con galerías al frente y atrás y un desván para los sirvientes. En el centro había un salón grande; detrás, un pequeño jardín cerrado con caminos de ladrillo.

Robert se encargó de abrir la casa, retirando las pesadas persianas, y sacó a la galería las mecedoras. Después de encender algunas lámparas en la creciente oscuridad, revisó la cisterna y el sistema de canaletas instalado bajo el tejado.

Amalie instaló a M'mère en una de las sillas de la galería y se dedicó a abrir ventanas para despejar el olor a moho y polvo. Al frente, a un lado, había un salón formal para recibir visitas con el único hogar de la casa. Atrás, una pequeña biblioteca. En la parte trasera, el comedor y la despensa. El otro lado estaba ocupado por tres dormitorios intercomunicados para mejor ventilación. Amalie pensó que sería difícil distribuirlos, pues no estaba segura de poder dormir teniendo a Robert tan cerca, sin poder cerrar siquiera una puerta entre ambos; si él despertaba temprano, como de costumbre, no dejaría de ir a verla mientras ella durmiera.

M'mère solucionó parcialmente el problema pidiendo la habitación del medio y ordenando que se pusieran las pertenencias de Amalie en la que daba al golfo. Dijo que el ruido de las olas le molestaba y que no soportaba la humedad de la llovizna por la noche.

Cuando volvió el carruaje. Marthe, Lally, Tige e Isa se pusieron manos a la obra con abundancia de estornudos, toses y agitar de plumeros, hasta que la cena improvisada quedó lista. Amalie, con Isa a sus pies, pasó un rato en

la galería, escuchando el rumor constante de las aguas y el vago sonido de un violín que llegaba, dulcemente, desde el hotel, donde se llevaba a cabo el baile de todas las noches. La luna, al salir, marcó un sendero brillante sobre las aguas henchidas. Una a una se apagaron las luces de la playa, pero Amalie seguía sola. Por fin se levantó con un suspiro y, después de revolver los ricitos de Isa, fue a acostarse.

Habían dado por sentado que Robert las acompañaría a la isla y luego haría el viaje de regreso. Dos mujeres solas no corrían mucho peligro en ese pequeño balneario, donde casi todos se conocían y el acceso era limitado. Tige actuaría como mayordomo y se encargaría de las compras, cuando Amalie no tuviera deseos de efectuarlas.

Sin embargo, el *Star* zarpó sin Robert. El jueves de la semana siguiente no mostró intención alguna de preparar el equipaje para abordar el segundo paquebote. Pasaba el tiempo pescando con una piragua alquilada o navegando a vela; a su regreso traía pescado y suculentas tortugas, que Marthe convertía rápidamente en comidas deliciosas.

El sol lo puso más moreno; parecía un pirata con la camisa abierta y las mangas enrolladas. Poco a poco perdió parte de su reserva, aunque seguía mostrándose distante para con Amalie. A veces, al levantar la vista, ella lo descubría observándola con expresión pensativa. En semejantes ocasiones no podía dejar de sentirse atraída por él. Con frecuencia se sorprendía recordando sus besos, su contacto en los prolongados placeres que disfrutaran juntos. Entonces sentía un ardor en la cara y las ropas parecían ajustarle demasiado. Movía su pantalla de palmera más de prisa, pero no servía de nada.

A veces pasaba las noches despierta, escuchando los pasos de Robert, que cruzaban la casa. Pensaba en levantarse, en ir a su encuentro y deslizarse en sus brazos, levantando la boca para recibir un beso. Se moría por sentirlo contra ella, rodeándola, penetrándola. Su condición de viuda la hacía sentir muy sola y necesitada de amor. No quería sentir eso, y se arrojaba en la cama, sepultando la cabeza en la almohada, con los ojos bien cerrados y cubriéndose los oídos para no oír sus pasos.

Una mañana, durante el desayuno, M'mère dijo con bastante fluidez, aunque con ese dejo de ebriedad que resultaba tan gracioso.

-¿Y si hacemos un picnic en el robledal?

Hablaba de un denso grupo de robles que quedaba a poca distancia. Era muy visitado, pues proporcionaba alguna protección contra el sol. Robert no tenia otros planes ni opuso objeciones, de modo que prepararon un cesto y enviaron a Tige en busca de un coche, así como de caballos para Robert y Amalie. Isa se les unió a último momento, subiendo al coche con M'mère; llevaba el lápiz en la boca y el bloc bajo el brazo, como si tuviera todo el derecho del mundo. Amalie se echó a reír, pero no le hizo falta mirar a Robert para saber que la tenía por una irresponsable. Había que hacer algo con Isa; por el momento, no se decidía a refrenarlo y no soportaba la expresión de sus ojos cuando otros lo hacían.

El día era glorioso. Se cruzaron con otras cuatro personas a caballo, a quienes saludaron con una sonrisa cortés, y recibieron como respuesta sonrisas similares, si bien una, cuando menos,-de esas personas se dio vuelta en la silla para seguirlos con la vista.

La sombra de los robles les fue muy grata, así como el césped que alfombraba el suelo; ya los estaba fastidiando la arena que se infiltraba en todo. Tige sacó los bocadillos y una jarra de cerveza casera; luego fue a pasear a los caballos para enfriarlos, mientras Isa se estiraba boca abajo en el pasto, lamiendo la mina de su lápiz antes de aplicarlo al papel. Robert acomodó a M'mère en la silla que habían llevado para que estuviera cómoda y volvió a tiempo para ayudar a Amalie, que estaba bajando el cesto del coche.

Cuando la mano de él rozó la suya, en la manija del cesto, el estómago le dio un vuelco. Hubiera debido soltarlo, dejar que él lo llevara, pero permaneció inmóvil, cerrando los dedos con fuerza. Olía a hilo almidonado, olía a esa esencia cálida y masculina. Por sugerencia de M'mère, él no llevaba corbata; del cuello desprendido asomaba un manojo de vellos negros, rizados. Amalie apenas resistió el impulso de alargar la mano para tocarlo, para seguir el contorno del hueco en donde crecían.

-Permíteme -murmuró él.

-Gracias.

Amalie, sin aliento, soltó el cesto y se alejó rápidamente. Por casualidad, su mirada sombría tropezó con la de M'mère, que los observaba con aire preocupado.

Cuando todo el mundo tuvo su plato lleno de los bocados elegidos se hizo un pequeño silencio; Isa masticaba la pata de pollo que sostenía en una mano mientras dibujaba con la otra. Robert, sentado en una esquina del acolchado que servía de mantel, comía pensativamente un bocadillo de jamón. Amalie, al otro lado, picaba una ensalada de patatas, mientras M'mère, consumiendo camarones fríos, los observaba por entre las pestañas.

-Mi querida Amalie -dijo, por fin-, seguramente te estás asando con esa ropa negra. Sería mejor que pudieras bañarte en el mar, como Robert. ¿No habías dicho algo de mandar hacer uno de esos trajes de baño?

-Sí, pero nunca tuve tiempo.

-Eso aquí no es problema.

Los trajes que usaban casi todas las jóvenes en la isla eran de bombasí rojo, verde o azul, cortados al estilo que hiciera famoso la señora Amelia Bloomer: unas bragas voluminosas, sobre las que se usaba una falda algo más corta y una blusa ajustada, de escote redondo y mangas hasta el codo. En la aldea había una mujer que los hacía a medida, poniendo el material.

-No creo que los haya negros -objetó Amalie, resistiendo resueltamente la tentación-. Además, bañarse en el mar no es pasatiempo para viudas.

-Mientras lo hagas en la intimidad de la playa, frente a nuestra cabaña, no veo ningún problema -replicó la suegra.

-Pero el negro...

-Seguramente la mujer de la aldea podrá teñir un corte azul. Todo el mundo tiene tinte negro para esos casos.

-En realidad, no creo que...

-Si tienes miedo del agua, Robert puede hacerte compañía.

-No se trata de eso -aseguró ella, apresuradamente.

Al mismo tiempo, Robert contestaba:

-Por supuesto.

En conflicto entre el deseo y el deber, Amalie no dijo más. M'mère prosiguió un momento después:

-Eres muy amable al dedicarnos tanto tiempo. Ambas te lo agradecemos.

-Para mí es un placer.

La sinceridad de su voz era inconfundible. Amalie, al percibirla, tardó un momento demasiado largo en agregar su propia gratitud. M'mère la miró con el entrecejo fruncido antes de seguir hablando:

-Pero no me gustaría pensar, m*on cher,* que estás descuidando tus intereses sólo por... ese desafortunado incidente del muelle.

El levantó la vista, sonriendo a su tía.

-No te preocupes. Hago sólo lo que me gusta.

La anciana ahuecó los labios.

-Me alegro de que así sea, a fin de cuentas.

¿Había un doble significado en eso? Amalie no estaba segura, pero Robert pareció no tener dificultades en comprender. Miró a su tía un momento con el entrecejo fruncido, y dijo suavemente:

-No hagas eso.

-¿Qué? -preguntó M'mère, con la mirada límpida.

-Ya has hecho bastante.

Por el rostro de la anciana cruzó un espasmo. Dejó caer el tenedor y se recostó en la silla con los ojos cerrados.

-¿M'mère?-exclamó Amalie, alargando la mano para tocarla en el brazo.

Robert se incorporó sobre una rodilla.

-*¿Tante* Sophia?

La anciana abrió los ojos con evidente esfuerzo y levantó una mano para calmarlos.

-Cómo os preocupáis por mí. No merezco tanta devoción. Pero venid aquí, por favor.

Ambos se acercaron para arrodillarse, uno a cada lado. La anciana tomó la mano de Amalie en la derecha y la de Roben en la izquierda. Luego las unió con cuidado, entrelazando sus dedos a los de ellos para que no pudieran retirarlos.

En tono pensativo y grave, dijo:

-Tengo con vosotros dos una deuda... que no puede calcularse. Os he hecho un daño enorme, aunque confío que eso se pueda reparar. Mi única excusa es que, al envejecer, olvidé la enormidad de lo que pedía. Quería deciros algo; después no volveremos a hablar de eso. Mi pena y mi gratitud forman parte de cada aliento que exhalo, de cada plegaria que rezo. Eso es todo.

Amalie miró a Robert por encima de sus manos entrelazadas. El la observaba con el rostro sereno, pero los ojos estaban oscurecidos de dolor. De pronto bajó los párpados y, suavemente, liberó su mano para dar a M'mère un beso en la frente.

-No hay necesidad de una cosa ni de la otra -dijo.

Amalie retuvo en sus manos las de la anciana y confirmó serenamente:

-No, ninguna.

Tres días después, el traje de baño quedó listo para su uso. Amalie, al probárselo, quedó asombrada por la comodidad, por el modo en que

facilitaba los movimientos. Sin duda, la señora Bloomer tenía razón: ese atuendo, sin corsés ni molestas enaguas, era mucho más saludable para las mujeres, siquiera porque con él era mucho menos probable que se incendiaran las faldas al pasar junto al fuego. Además, la línea destacaba la esbeltez, aunque cabían dudas sobre el efecto del agua sobre esa tela sencilla: una vez mojada, podía revelar más de lo correcto.

Después de tantas molestias, le fastidió un poco ver el atuendo escogido por Robert para acompañarla al mar: consistía sólo en un viejo par de pantalones, cortados sin destreza a la altura de la rodilla. La esperaba en la galería, con una toalla sobre el hombro, que no ocultaba en absoluto ese amplio pecho tan bien esculpido. Ella quedó sin aliento al mirarlo. Al levantar la vista para comprobar si él se había dado cuenta, descubrió que la estaba observando.

-¿Estás… listo? -preguntó ella.

-Cuando quieras.

No la tocó al salir de la casa, ni siquiera para ayudarla a bajar la escalera. No hacía falta, por supuesto, pues ella no llevaba grandes faldas que pudieran hacerla tropezar. Aun así, la omisión le resultó reveladora. La tensión del deseo repudiado chisporroteaba entre los dos al avanzar hacia el agua.

En la orilla del mar sujetó su cabellera bajo la cofia de bombasí negro, se quitó los zapatos y echó a andar, calzada sólo con sus medias negras, que ocultaban sus tobillos.

La frescura del agua y la fuerza del oleaje le arrancaron una exclamación de placer.

Sentía bajo los pies el movimiento de la arena, siguiendo el ritmo de las aguas. Comenzó a vadear a más profundidad. Ese abrazo acariciante se diferenciaba de todo lo que había conocido hasta entonces. A veces se tambaleaba, pero en cada oportunidad volvía a enderezarse, riendo. En las partes más profundas, el agua le llegaba ya a los hombros; para que las olas no la cubrieran tenía que brincar y mantenerse a flote. El instante en que el agua la levantaba, empujándola hacia la costa, era puro goce.

Una sombra cayó sobre ella. Robert estaba a su lado.

-No sigas -le gritó, para hacerse oír por encima del estruendo del agua.

Ella se volvió a mirarlo. En ese momento, una ola grande la atrapó por sorpresa, haciéndole perder pie. Rompió sobre su cabeza y la impulsó hacia el fondo, aplastándola con su peso como para hundirla en la arena. Ella se enderezó en cuanto pudo hacer pie, aunque su cofia había desaparecido y el pelo le chorreaba agua sobre la cara. Lo apartó, tosiendo. Una segunda ola se abatió sobre ella, pero en ese momento la sujetó un puño de hierro, que la impulsó hacia arriba, haciéndola montar la ola con el pelo arremolinado en el agua, enredado como algas a su cuerpo y al de Robert.

Hicieron pie donde el agua llegaba sólo al pecho de Amalie, pero él no la soltó. Las olas los empujaban, uniéndolos con movimientos suaves e insinuantes. A la joven le ardían los ojos por el agua salada y sentía un fuerte escozor detrás de la nariz, pero logró reír al levantar la vista hacia su compañero.

El, por el contrario, no parecía divertirse. Miraba fijamente el brillo suave y perlado de la piel femenina bajo el sol fundido, el dulce mecerse de

sus pechos, destacados a la perfección por el bombasí mojado. En sus facciones se reflejaban juntos un deseo angustioso y un retorcido autocastigo.

Ella hizo una mueca dolorida, apartándose sin que él se esforzara por retenerla. Luego, con una última mirada ardorosa a ese cuerpo ceñido por ropas adherentes, se sumergió en las aguas y nadó con fuerza hacia la costa. Al salir del agua, caminó por la arena hasta arrojarse de bruces, con la cara oculta entre los brazos.

El ir y venir de las olas era tranquilizador y agradable, pero había perdido la facultad de entusiasmar a Amalie, quien jugó por un rato aún, pero acabó por caminar contra la corriente hacia la costa. Por un momento se dedicó a escurrir su falda y sus bragas, sacudiéndolas para que no se adhirieran a su cuerpo, y a retorcer su cabellera. Por fin se acercó a Robert y recogió la toalla que él tenía a su lado para secarse la cara.

-Harías mejor en entrar a la casa antes de que te quemes -observó él, sin moverse.

El duro sonido de su voz fue como un golpe.

-Sí -replicó ella, con tranquilo énfasis-. Creo que es lo mejor.

No lo vio durante el resto de ese día, aunque le oyó llegar a la casa y preparar su baño, en tanto el sol descendía más allá de la bahía. M'mère se sentía algo cansada y pidió que se le sirviera una cena ligera en la alcoba. Por lo tanto, ambos tuvieron que enfrentarse a la mesa sin que ella actuara como intermediaria.

Amalie, que se sabía observada por la anciana, no podía dejar de preguntarse si M'mère los había estado siguiendo con la mirada esa mañana. ¿Qué buscaba conseguir con esos intentos de reunidos? ¿Acaso tranquilizar su conciencia con una boda entre ambos? No imaginaba lo inútil de esos esfuerzos. No sabía que Robert mentía al decir que había pasado con Amalie la noche en que Julien había muerto.

No podía adivinar que el trágico secreto de su hijo era un obstáculo entre ellos dos.

Para contrarrestar sus temores y levantar el ánimo, Amalie se vistió con esmero a la hora de cenar. Llevaba un vestido de seda negro, con un borde de encaje blanco en el gran escote y en los codos. El modelo era digno de lucir en un baile, pero resultaba un tanto exagerado para una cabaña a la orilla del mar.

Sin embargo, Amalie se sintió feliz de llevarlo puesto y de la cascada de rizos que Lally le había formado en el pelo, en cuanto vio a Robert sentado a la mesa. Ese hombre parecía decidido a sacarla de quicio. Respondió a sus intentos de conversación con las palabras más escuetas, sin agregar nada de su parte. Había ido a pescar sin sacar nada; no había visto a nadie; no había hablado con nadie; no tenía idea de quién más había en la isla y su tono sugería que no le importaba. Sí, había hecho calor. No, no había juntado almejas siendo niño y no sabía nada de eso.

Por fin Amalie dijo, ya exasperada:

-Si tanto te aburre la isla y si tanto detestas mi compañía, no entiendo por qué no te vas.

-¿No? -inquirió él, con una chispa en sus ojos azules-. Me quedo porque es mi obligación. Porque, después de haber mancillado tu nombre sin

remedio, me sentiría responsable si cualquier hombre de malas intenciones buscara a la bella viuda de Julien Declouet solo por eso.

Ella sintió que palidecía.

-Conque es por eso.

-Por eso.

-Puedes estar seguro de que soy muy capaz de rechazar cualquier proposición indeseable.

-¿De veras?

-Si crees que, sólo por haberte permitido... tocarme, no soy capaz de rechazar a nadie, estás muy equivocado.

A la palidez había sucedido un feroz arrebato de ira, dolor e indignación. El hizo un áspero gesto con una mano.

-No quise decir semejante cosa. Sólo que no tendrías protección y que algunos hombres, en tales casos, no tienen escrúpulos, sobre todo si tienen motivos para pensar que pueden ser aceptados.

-Te agradezco infinitamente esa lección sobre la perfidia de la especie masculina, pero te recuerdo que cuento con Tige y con Isa.

-Cualquiera de los cuales sería acusado ante la policía si intentara golpear a un hombre blanco.

-Haría falta un policía muy atrevido para acusarlos de proteger a su ama.

-Haría falta tu testimonio, y el caballero en cuestión se encargaría de dar a entender que no te tomaba por una señora honorable.

Ella le clavó una mirada furiosa, pues no hallaba respuesta.

-La cuestión es pura hipótesis. Nunca me he sentido más segura que en Isla Dernière.

-Sentirse seguro es una cosa; estar seguro, otra muy distinta.

Los interrumpió Tige, quien oficiaba de camarero, para retirar los platos. Si les había oído hablar en voz demasiado alta, no dio señales de eso. Con rostro inexpresivo, les dijo:

-La noche es muy agradable. ¿Mam'zelle quiere que le sirva el café en la galería?

El cambio de ubicación permitiría al personal limpiar el comedor un rato antes, con lo cual Tige tendría más tiempo para caminar por la playa con Lally antes de que la señora la llamara para que la desvistiera. Amalie, sabiéndolo, consiguió sonreír.

-Sí, me gustaría.

Ya afuera, Robert caminó hasta el extremo de la galería, mientras Tige dejaba la bandeja con el café en una mesa de mimbre. Con una mano apoyada en la nuca, contemplaba la playa en dirección al hotel, que tenía todas las ventanas iluminadas; luego se volvió hacia la bahía.

-El *Star* viene con retraso -comentó por encima del hombro.

No parecía posible que fuera sábado otra vez. Amalie se le acercó; sus faldas de seda emitían un susurro que repetía el de las olas, apenas visibles por la espuma que reflejaba la luz de la casa.

El *Star* navegaba muy deprisa hacia la bahía de Village Bayou, mientras la gente se agolpaba contra la barandilla, lista para desembarcar. Les llegó un leve golpeteo de paletas y el palpitar de los motores.

-¿Qué pudo haberlo demorado?

-Algún desperfecto en las máquinas, tal vez. O quizás el tren de Nueva Orleans llegó tarde.

Cualquier cosa era posible. Al menos, el paquebote había llegado; no todos arribaban a puerto, pues los accidentes eran comunes entre los vapores. Amalie se apartó.

-El café se enfría.

Sorbieron en silencio la aromática infusión. La noche avanzaba. Las otras cabañas apagaron las luces, aunque el hotel aún seguía iluminado entero. Amalie vio salir a Tige y a Lally desde la parte trasera de la casa y caminar por la arena, playa arriba. Cuando se perdieron de vista, cerró los ojos. El viento marino en la cara, el sonido de las olas, la colmaban de una extraña, anhelante languidez. Se preguntó si afectaría igual al hombre que permanecía tan quieto en la silla de enfrente.

Al comenzar el baile en el hotel se oyó el vigoroso estribillo de una polca. Se decía que el nuevo violinista alemán no tenía rivales cuando se trataba de los románticos valses de Strauss; entre los pasajeros, era tan popular como el mismo señor Muggah.

Hubo un momento de silencio. De pronto, suaves en el aire de la noche, llegaron los sones del instrumento alemán, tan cadenciosos, tan suavemente nostálgicos, que Amalie sintió un nudo en la garganta. Contra su voluntad, recordó la última pieza que bailó con Julien en el baile de los Morney: su gracia, su sincronización, el aire suavemente posesivo de sus ojos. Y Julien había sido atacado esa misma noche, arrojado como un desecho a las aguas del Teche. ¿Estaba vivo por entonces, había muerto al ahogarse? ¿O había muerto antes de caer, con el rostro pálido y manchado de sangre?

De pronto se levantó y, recogiéndose las faldas, cruzó la galería para bajar los peldaños a la carrera.

Oyó que Robert la llamaba, pero no respondió ni se detuvo. Siguió corriendo por la playa, indiferente a la arena que se le metía en los zapatos y se adhería a sus faldas. Avanzaba hacia el agua, aunque sin intención consciente.

La arena crujió bajo los pasos de Robert, que la alcanzó en seguida. En vez de detenerla, ajustó su paso al de ella para acompañarla. Amalie le echó una mirada y se detuvo. Era sólo una silueta oscura a su lado; aun así podía sentir el calor que emanaba de él, el modo en que se contenía. El corazón comenzó a palpitarle con fuerza. Apretó los dientes para que no le castañetearan. Hubiera querido pedirle que se fuera, pero no podía. Desde el hotel seguía llegando la música.

-¿Me permites? -dijo él, con voz suave.

Le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí, y comenzó a ejecutar los fluidos pasos del vals que flotaba en la noche. Ella soltó el aliento, fundiéndose en el ritmo que sentía cantar en las venas. Giraron sobre la arena, una y otra vez, como en trance, mientras la brisa marítima henchía las faldas y empujaba las olas hasta sus pies. Acariciados por el viento salobre y por la noche, se dejaron llevar, con los cuerpos entretejidos en movimiento, sin pasado ni futuro, más allá de la memoria. Hasta que la música cesó.

18

Robert no la soltó. Tras un momento de inmovilidad, bajó lentamente el brazo, soltándole la mano para poder tomarla de la cintura.

-Amalie, *mon coeur* -dijo, con voz ronca-, rechaza mi atrevimiento, si puedes, pues temo que soy tu mayor peligro.

Iba a besarla y más aún, y ella lo sabía, pero no hizo nada por detenerlo. Ansiaba su contacto con una fiereza que no paraba mientes en las convenciones, que no se preocupaba por lo que él fuera ni por lo que pudiera haber hecho. Nada importaba, salvo ese fuego de la sangre y ese dolor en el corazón que solo él podía aliviar.

Su boca era firme y cálida; sabía a sal de la llovizna traída por el viento. Ella disfrutó de esa presión abrazadora, alzando los brazos para entrelazarlos en su cuello, apretándose contra él. Abrió la boca, invitándolo a entrar, ahogada en las sensaciones que se agolpaban en ella y en la gratificación de los sentidos, por tanto tiempo denegada.

La realidad se esfumó. Nada existía, sino ellos, la noche y el mar. El la atrajo hacia sí, arrodillándose ante ella y poniéndola también de rodillas, en tanto liberaba los botones de su corpiño y se lo apartaba de los hombros para probar la pálida piel de sus pechos. El aire de la noche la tocó, suave; el aliento y los labios de Robert la abrigaban. Ella se ofreció por entero, suspirando; puesto que ya había llegado tan lejos, dejó que sus dedos lo acariciaran y cayó hacia atrás ante su presión. Cuando entreabrió los labios, sorprendida, él los apresó, en tanto levantaba un poco más la parte delantera de sus faldas.

-*Dieu* nos proteja -le oyó susurrar, entre el susurro de los pantalones.

Y de inmediato sintió su peso ajustado a su cuerpo.

Se buscaron mutuamente, en tanto el mar les batía en los oídos y las olas de la marea ascendiente se iban acercando. Ciegos, sordos, indiferentes a todo, salvo al éxtasis abrasador del momento, se convirtieron en una sola fuerza, en parte de la energía de vida y muerte, porque conocían bien el dolor de amar.

Y porque la fuente de la vida es benigna, hallaron lo que buscaban, sintieron el goce de la liberación que los envolvía en un silencioso estallido de intolerable bendición, vieron la oscuridad que los tragaba en su dulce y suave quietud.

Amalie permaneció inmóvil. No hubiera podido decir cuánto tiempo pasó antes de que Robert se moviera, inclinado sobre ella para tocarle la cara.

-¿Te sientes bien?

Ella curvó los labios en una leve sonrisa, aunque él no podía verla.

-Sí, muy bien.

-Sería mejor que volviéramos a la casa.

Fue un esfuerzo enorme enderezarse y abotonar el corpiño de su vestido, pero lo consiguió. El la ayudó a levantarse y le sacudió la arena de las faldas. Cuando emprendieron el regreso a la cabaña, ella lo tomó del

brazo, pues no estaba segura de que Robert fuera a ofrecérselo. En tanto caminaban, lo miró de soslayo un par de veces, pero no pudo descubrir lo que él estaba pensando, aunque tenía conciencia del cansancio que le hacia arrastrar los pies.

En la puerta de la cabaña él se detuvo. Le levantó el mentón con un dedo y oprimió sus labios a los de ella durante un largo instante. Por fin la soltó y dio un paso atrás.

-Buenas noches, Amalie.

-¿No vas a entrar? -Un destello de inquietud le cruzó la mente: ese beso había sido demasiado suave, casi como una despedida, un renuncia.

-Todavía no.

¿Qué iba a decir ella? Había pasado ya el momento en que hubiera podido preguntarle, directamente, si pensaba compartir su lecho.

Esperó un momento. Como él no dijo nada más, entró en la casa.

Lally no había vuelto. Amalie se desvistió sola con alguna dificultad. Luego, aunque con remordimientos, dejó su vestido en el suelo, en la esperanza de que ese aparente descuido justificara las arrugas que estropeaban la parte delantera de la seda. Se lavó con el agua tibia de la jarra y se puso el camisón. Aunque bostezaba al acostarse, pasó algún tiempo despierta, esperando oír los pasos de Robert.

No lo oyó volver. Cansada, acabó por dormir profundamente, sin soñar. Cuando despertó, a media mañana, Robert había estado en su habitación y vuelto a salir. Su baúl, ya preparado, estaba en el descansillo. Se había despedido de M'mère, sin querer molestar a Amalie. El *Star* zarparía a mediodía; faltaba poco más de una hora.

Después de eso, los días se hicieron largos. M'mère, como si buscara distraerla, hacía grandes esfuerzos por salir con más frecuencia. Le presentó a su viejo amigo, Dave Muggah, el propietario del hotel, quien insistió, con mucha galantería, para que tomaran el té con él en la galería del establecimiento. Pasaron juntos media hora muy agradable, que resultó ser el comienzo de más contactos sociales.

Un incidente ayudó a la causa dos días después.

Amalie iba caminando con Isa por la playa, pasando por un sitio, entre la cabaña y el hotel, que estaba destinada a parque de juego para niños. Había tres o cuatro criaturas en el tiovivo: se trataba de una especie de calesita grande, formada por un poste de acero hundido en la arena, con barras transversales estabilizadas con alambres, a altura suficiente para que los niños más pequeños no recibieran un golpe al girar el artefacto, pues estaba destinada a los más grandes. Cada una de las cuatro barras tenía una especie de estribo para que el ocupante pudiera subir y ponerse de pie en uno de los radios inferiores, sujetándose de los más altos. Los niños de mayor estatura impulsaban el artefacto empujando las barras de abajo, para colgarse después, cuando empezaba a girar.

Una o dos veces, cuando nadie miraba, Amalie había brindado unas vueltas a Isa, impulsando ella misma una barra. Aunque el niño siempre lanzaba exclamaciones de alegría, en esos momentos no demostró ningún deseo de unirse a los otros; parecía contentarse con acompañarla, con su bloc bajo el brazo.

Más allá del tiovivo había un roble, bajo el cual se habían sentado dos mujeres; una llevaba un bebé en el regazo. La otra, vestida de negro, estaba acompañada por una niña que también llevaba un atuendo negro debajo del blanco delantal. Amalie las saludó con una sonrisa y recibió una respuesta cortés. Como no esperaba nada más, iba a seguir caminando cuando oyó un grito proveniente del artefacto que chirriaba al girar.

Uno de los niños había perdido pie y colgaba de una barra, sujeto por una sola mano. Ante los ojos de Amalie, perdió el asidero y cayó con un golpe seco, rodando por la arena hasta detenerse boca abajo. Las mujeres lanzaron un alarido. Los niños chillaban, aferrados a sus barras. Amalie se recogió las faldas y echó a correr. Como estaba más cerca que las otras, fue la primera en llegar hasta donde estaba el niño y lo puso boca arriba con mucho cuidado.

Tenía un corte en la frente, por donde manaba sangre en abundancia. Pero de inmediato abrió los ojos.

-Me... caí. No... puedo... respirar.

-Acabas de recibir un fuerte golpe. Ya pasará.

La tranquilidad de Amalie pareció aliviar al niño, pues volvió a cerrar los ojos, distendido, y su pecho se elevó bruscamente, para tomar de inmediato un ritmo natural, aunque algo acelerado. Ella tomó su pañuelo y se lo apretó contra la herida.

En ese momento apareció la mujer de luto y cayó de rodillas junto a Amalie. La seguía la niña, con la cara surcada de lágrimas. La mujer, con voz ronca, preguntó:

-¿Está... está...?

-No, por Dios -respondió Amalie, enérgica.

-Gracias al cielo -fue la ferviente respuesta-. No debí dejarlo jugar en esto; todavía es demasiado pequeño. Pero me lo pidió tanto... ¡Cuánta sangre!

-Dicen que las heridas de la cabeza siempre sangran mucho -Al levantar la vista, Amalie vio que la otra mujer estaba también a su lado; Isa se había puesto en cuclillas a poca distancia y dibujaba furiosamente. Se volvió hacia la mujer que, por el parecido, debía ser la madre del niño-. Si alguien tiene otro pañuelo, tal vez pueda improvisar un vendaje. ¿O prefiere hacerlo usted?

-No, no, hágalo usted. -La mujer de negro sacó un pañuelo bastante grande con ribete de luto del bolso que le pendía de la muñeca. En un momento, Amalie tenía al niño sentado y con el vendaje en su lugar. Estaba un poco pálido, pero le dedicó una sonrisa viril y un gracias muy cortés.

-Oh, sí -agregó la madre-, los dos le estamos muy agradecidos. Permítame presentarme. Soy Francés Prewett; estos son mis hijos: Augustine y mi hija Mary Ida.

Con las últimas palabras trajo a su hija más adelante. La niña, que todavía estaba llorando, se restregó un ojo con el puño, mientras la madre le daba palmaditas consoladoras. Amalie los observó con interés. Se trataba de la joven a quien oyó mencionar en el baile de los Morney poco antes pariente de la familia Week, y que había enviudado dos veces. Amalie se presentó. Si su nombre era familiar a la mujer de negro, esta no dio señales de ello.

Presentó a su amiga, que, en cambio, se puso rígida y estrechó al bebé con más fuerza.

Francés Prewett abrió la boca para decir algo más, pero su hija gritaba tanto que su suave voz resultó apenas audible. Ella y Amalie intercambiaron una mirada de desconsuelo. En ese momento, Isa se adelantó con su bloc; Amalie lo tomó sin prestarle mucha atención, pero la pequeña, al verlo, dejó de repente de llorar.

-Es Tin-tin -observó, maravillada, refiriéndose a su hermano con el diminutivo acostumbrado entre las familias criollas.

Isa había dibujado el tiovivo con Augustine colgado de una mano, los ojos grandes y la boca apretada en el esfuerzo de no soltarse. El contraste con la alegría de las otras caras era sorprendente, pero también recordaba que el tiovivo era para divertirse y no para el dolor.

Los otros niños, que habían saltado del artefacto al detenerse este, rodearon a Augustine, estirando el cuello para ver el dibujo. Como el niño también lo alargó para verlo, Amalie le entregó el bloc.

-¡Qué hábil! -comentó Francés Prewett.

-Sí, Isa tiene mucho talento.

-Y usted es muy buena al fomentarlo.

-Le aseguro que es por puro egoísmo. Me da placer observarlo,

-Pues confío en que usted me dé el placer de tomar el té conmigo, esta tarde. Me gustaría mucho demostrarle mi agradecimiento por su ayuda, en un ambiente más ameno.

-Se lo agradezco, pero en verdad no he hecho nada. Además, no estoy sola en la isla, sino con mi suegra, madame Declouet.

-Tiene que venir con ella también. Y espero que traiga también a su joven artista. Creo que será buena compañía.

Tras un instante de vacilación, Amalie aceptó

-Bueno, si está segura...

Hubiera deseado que existida algún modo de advertir a la gente de que una estaba marcada por la sociedad, pero eso no era posible, y optó por lo único que estaba a su alcance:

-De todos modos, si... si algo le obliga a anular la invitación, puede enviarnos un aviso a la cabaña.

No ocurrió nada. Fue a visitarla con M'mère Isa, y todo el mundo supo que había sido aceptada por la señora Prewett. Cuando llegaron al hotel, Francés ya conocía la historia de Amalie, pero tuvo la amabilidad de decir que no creía una sola palabra. Conocía a Robert y a Julien desde hacía años; cualquier tonto sabía que se apreciaban demasiado como para que uno de ellos quisiera derramar la sangre del otro. Con tranquilidad y buenos modales, pasó a otros temas.

Amalie y Francés tenían aproximadamente la misma edad y ambas eran viudas. Ambas sintieron que tenían muchas cosas en común, además de eso. Francés tenía hijos de su primer matrimonio; también Amalie tendría uno pronto. La otra mujer dependía ahora, nuevamente, de su madre, pues no tenía casa propia a pesar de sus dos maridos. Amalie estaba en la misma situación. El tiempo pasó rápidamente.

A partir de entonces hubo miradas más amistosas hacia Amalie. Al día siguiente recibieron varias visitas, incluidas algunas muy importantes.

M'mère los recibió a todos con generosa hospitalidad, pero también con un dejo de frialdad. Aseguraba que no era conveniente mostrarse demasiado ansiosas por verse socialmente aceptadas nuevamente.

Esas complicaciones no preocupaban a Amalie, que sonreía y conversaba con amabilidad, dejando pasar aquellos días lentos con aparente calma. Sin embargo, en el fondo de su mente acechaba una sola pregunta: "¿Por qué se fue Robert?"

Esa cuestión absorbía todos sus pensamientos. Estaba allí mientras caminaba por la playa, arrastrando conchillas quebradas con los pies. La azotaba cuando paseaba a caballo, con el viento cálido en la cara y las gaviotas chillando en lo alto. Y seguía presente cuando lograba conciliar el sueño a altas horas de la noche. Aún estaba allí al despertar.

¿Se había convencido de que ya no estaba obligado para con M'mère y ella? ¿Estaba disgustado por la irrefrenable conducta de Amalie, temiendo que les acarreara nuevas recriminaciones con su debilidad? ¿O tal vez temía que, después de lo ocurrido en la playa, ella quisiera renovar las relaciones íntimas, cosa que él se negaba a hacer por respetar a su primo?

Quizás había descubierto, después de utilizarla, que ya no lo atraía como antes; que, con la desaparición de Julien, también desaparecía el sabor del peligro que le acicateara el apetito.

Acaso había descubierto que el recuerdo de Julien se interponía entre ambos, torciendo su deseo, manchándolo de culpa; que hacer el amor a Amalie le daba más dolor que placer.

O tal vez, después de haber matado a Julien, o provocado su muerte por causa de ella, descubría ahora que el precio era demasiado alto.

Su cerebro proporcionaba interminables ideas para atormentarla. La isla había perdido su encanto, y poco le interesaba que la incluyeran o no en las actividades sociales. Nada tenía sentido: ni los tés, ni las fiestas, ni los entretenimientos organizados por esa gente que, en su rígida atención a las convenciones, apenas parecía vivir. Si alguna vez habían sentido pasión, el éxtasis supremo del amor, lo disimulaban bien. Tan tiesos se los veía, entre corbatas, bastones, sombrillas y enaguas, que si había tantos niños correteando por la isla debía ser puro milagro.

También el niño que crecía dentro de ella era un milagro. En un principio temió que la furia de sus amores con Robert le hubieran hecho daño, pero ambos habían salido ilesos. Al parecer, esos ajustes eran naturales.

Sería una gran felicidad tener a ese niño. Así tendría algo propio, alguien a quien amar sin reservas, alguien con quien jugar, a quien ayudar a crecer.

Al parecer, a Robert no le interesaba ser padre o no. En otra situación había sido buen padre. Tal vez, a su debido tiempo, podría ayudarle a criar a ese niño, pues era un pariente cercano. Varón o niña, necesitaba un padre.

Robert.

"Soy tu mayor peligro."

Seria mejor aprender a no pensar en él. No llorar, como no fuera por Julien. Eso era lo normal, lo que cabía esperar, y él merecía sus lágrimas.

En uno de sus paseos a caballo por la aldea, más allá de los pocos establecimentos comerciales y del desmañado mercado, vio a Patrick Dye.

No estaba segura de que fuera él, pues había sido apenas un segundo. Lo vio de pie en el vano de una puerta, conversando con un hombre calvo, de vientre grande, barbudo, que llevaba sólo un pantalón manchado y una camiseta roja desteñida, manchada de sudor bajo los sobacos. El capataz de Belle Grove no estaba mucho mejor, pero tenía la cabeza cubierta por un sucio sombrero con banda de conchillas. Patrick, si de ¿1 se trataba, irguió la espalda al verla y desapareció de la taberna. Aun así, Amalie sintió un escozor entre los omóplatos durante varios minutos, hasta haber dejado atrás el lugar. Estaba tan segura de que se trataba de él, que esa noche, durante la cena, mencionó el incidente a M'mère.

-No, no, *ma chère* Amalie, no puede ser. Si el hombre que viste fuera él, tendría que haber venido a vernos. ¿Para qué podría haber hecho este viaje, sino para consultarnos sobre algo referido a la plantación? Los capataces no viajan por placer.

-Supongo que tiene razón, pero ese hombre se le parecía mucho.

-¿No te reconoció?

Amalie sacudió la cabeza.

-Se tomó el trabajo de evitarme.

-Estoy segura de que exageras. Era algún pescador, sin duda. Dicen que algunos son criminales comunes, que vinieron para escapar de la ley y detestan a los visitantes, pues temen ser reconocidos.

-Sí, los últimos piratas -replicó Amalie, con seco humor-, pero este hombre no tenía edad suficiente para eso.

-Hay otros crímenes de los que un hombre puede escapar, otras debilidades -dijo M'mère, con ojos desolados.

-Sí -murmuró Amalie.

Y dejó el asunto allí.

M'mère esperó a que se sirviera el café para volver al tema de Patrick.

-Este hombre, nuestro capataz... No te gusta, ¿verdad?

Amalie levanto la vista, sorprendida.

-No, en absoluto.

-Me he habituado a pensar que es una especie de plaga -dijo la anciana, francamente-. Fastidioso, como las ratas que atacan el maíz, pero peligroso no. ¿Qué piensas tú?

-No sé -replicó ella, lentamente-. Me parece rudo, mal educado, presumido e indigno de confianza.

-¿Le tienes miedo?

-Creo que se lo tendría, si no tuviera protección.

-Sí-confirmó M'mère, lentamente-. O si le debieras algo o estuvieras en su poder, de un modo u otro.

Amalie se inclinó sobre la mesa para tocar la mano de su suegra.

-¿Es eso lo que pasa con usted, M'mère?

-No te preocupes, *chère.* Seré vieja, pero todavía puedo poner en su sitio a un advenedizo.

Amalie vaciló, pero finalmente se reclinó en su silla. No podía presionar a la anciana. El orgullo de los Declouet no lo permitía.

-Si me necesita -se limitó a decir, tranquilamente-, cuente conmigo.

M'mère asintió; fue un gesto lento y mesurado.

-Lo sé y te estoy agradecida. Has sido como una hija durante mi enfermedad, como un ángel, cuando yo sólo merecía reproches. Me duele verte así, preocupada y sufriendo. ¿Puedo decirte algo?

-Sí, por supuesto.

-No tengo derecho a intervenir, pero si eso no me importó en el pasado, ¿a qué venirme ahora con escrúpulos? Es por Robert, mi querido sobrino. El no te dejó por propia voluntad, m*a chère.*

-No, por favor -rogó Amalie, pues su propio orgullo la hacía erguirse en la silla.

-No, déjame terminar. Se fue porque te deseaba y temía por ti. Porque estaba seguro de no poder contenerse tratándose de ti. Así fue desde un principio, y así sigue siendo. No quería darte más dolor, más vergüenza. Por eso se fue. Era lo único que podía hacer.

La explicación era reconfortante, y Amalie lamentó no poder creerla.

-Comprendo. Es usted muy amable al decírmelo.

La cara de M'mère se arrugó en una sonrisa triste; meneó lentamente la cabeza.

-Corresponde que lo sepas.

Más tarde, ya a punto de dormirse, Amalie recordó las palabras pronunciadas por M'mère. ¿Cómo sabía ella lo que Robert pensaba, lo que sentía? Sin embargo, experimentaba cierta paz, como si pudiera confiar en que la suegra sabía.

En las primeras horas de la mañana el viento cambió, girando en la brújula hasta ponerse del norte, y encrespó el agua hasta llenarla de espuma blanca, para arrojarla muy alto sobre la arena de la isla. Las cortinas de Amalie se sacudieron, dejando entrar una ráfaga fresca.

Amalie se estremeció sin despertar.

19

Era fascinante. Las olas, de color azul oscuro, comenzaban a henchirse muy lejos, en el horizonte; grandes, erectas, se extendían hasta donde llegaba la vista, precipitadas sobre la playa, una tras otra. Crecían al llegar, planas en la parte alta, como si las hubieran despuntado, hasta llegar a medio camino: entonces comenzaban a enroscarse sobre sí mismas, con cabezas de espuma, y se estrellaban contra la arena en un hervidero de burbujas. Y seguían viniendo, en interminable procesión, como si cada ola hubiera cobrado vida y, conociendo la brevedad de su existencia, quisiera desplegar su majestad para quienes estaban en la playa antes de deshacerse a sus pies.

La costa estaba llena de gente. Unos pocos llevaban trajes de baño, pero cuando las olas estrellaron contra la arena a una o dos personas, los demás se retiraron desconfiados. Aun así, nadie abandonó la playa. Todos miraban el espectáculo como en trance, conversando en voz baja.

Amalie y M'mère, sentadas en la galería de la cabaña, contemplaban la escena como los demás. M'mère, a pesar de la estación, se acurrucaba bajo un chal, no tanto porque hiciera frío, sino por lo drástico del cambio de temperatura después del calor anterior. Amalie no tenía frío; por sus venas corría una exaltación peculiar. La turbulencia del mar parecía repetir una especie de turbulencia suya, interior. La observaba concentrada, con la cabeza apoyada en el respaldo de una silla de mimbre y las manos descansando a los lados.

-¡ Ah, ***chère!,*** esto no me gusta, no me gusta nada -dijo la suegra, con una pronunciación más confusa que de costumbre. Allá está m'sieu Muggha, que ha de conocer el golfo en todas sus modalidades. ¿Te molestaría ir a averiguar qué piensa él?

Amalie recibió de buen grado la oportunidad de caminar por la arena. Estaba ansiosa de salir al viento, si bien no había querido abandonar a la anciana con esa perturbación. Bajó los peldaños y llegó a la playa, donde el corpulento propietario del hotel conversaba con sus huéspedes, gesticulando en dirección al agua.

Al acercarse Amalie, él la saludó con una leve reverencia.

-Buenas tardes, madame Declouet -dijo-. ¿Qué le parece el espectáculo que he organizado para entretener a los visitantes de nuestra bella isla?

-Magnífico, señor-respondió ella-, pero a mi suegra le parece inquietante. Teme que haya tormenta en el golfo y que pueda venir hacia aquí, y desea conocer su opinión.

-Es una sabia mujer. Sin duda hay una perturbación, pero dígale que puede quedarse tranquila. Todavía está a cierta distancia; es una tormenta tropical, del lejano Caribe. Tal vez nos llegue un poco de lluvia, cosa que no vendrá mal, ya que las cisternas están siempre escasas. Pero aquí nos hemos enfrentado a muchas tormentas y nos seguiremos enfrentando.

-¿Le parece... que podría tratarse de un huracán?

Los huracanes, las horribles tormentas de septiembre, eran muy temibles. Dave Muggah se apresuró a mirar en derredor antes de responder:

-¿Quién sabe? Estamos sólo a nueve de agosto, pero los he visto llegar antes. No se sabrá hasta que no llegue.

-Este viento norte es bastante extraño en esta época del año.

La sonrisa del hombre fue simpática.

-Reconozco que sí, pero el cambio resulta muy grato, ¿no?

Ella tuvo que concordar. En ese momento, una joven se acercó a ellos.

-¿Hablan de la tormenta? Por mi parte, me llevaría una desilusión si no llegara. Nunca he visto un verdadero vendaval.

-No sabe lo que dice, querida niña -intervino otro hombre-. Yo estuve en un barco, en alta mar, durante una tormenta no muy seria, y es una experiencia que no desearía volver a vivir.

-Tampoco yo -agregó su esposa-. Mañana a mediodía, si el tiempo no ha mejorado, pienso irme en cuanto llegue el *Star.*

-No creo que haya motivo para alarmarse tanto, ¿verdad, señor Muggah? -preguntó la joven.

-Sinceramente, confío que no. Hay familias que llevan generaciones viviendo aquí, y nadie las ha visto prepararse para partir. El hotel ha

soportado muchos vendavales. Es fuerte y sólido, como casi todas las construcciones de aquí. No veo ningún peligro.

Sus palabras eran reconfortantes, pero Amalie le vio echar una mirada a las nubes agolpadas en lo alto. También ella las miró en tanto volvía a la cabaña. Eran tan interesantes y perturbadoras como el mar.

Al día siguiente, sábado, el viento había cambiado al nordeste. Las nubes, oscuras, formaban un dosel gris sobre la isla, quitando el color a las olas, que llegaban furiosas, amenazadoras. Por el lado de la bahía, el oleaje, impulsado por el viento, ascendía cada vez más. Se percibía un leve rugido que no era del viento ni del mar.

Amalie se levantó temprano para caminar por la playa; se detuvo ante la bahía, donde las aguas parduscas castigaban el borde lodoso, que despedía un olor a pescado y barro, como si se viera sacudido hasta lo más profundo. Unos gritos le hicieron levantar la vista: era una bandada de gaviotas que volaba contra el viento, en difícil formación, hacia las tierras pantanosas de Luisiana.

Volvió hacia la cabaña con los brazos apretados contra el pecho. El fuerte viento, a la espalda, la hacía vacilar de vez en cuando. En la cabaña encontró una nota recién entregada, para invitarla, en compañía de M'mère, al baile que se daría esa noche en el hotel. Había también otra de Francés Prewett, instándolas a asistir, pues todos debían unirse para enfrentarse a la naturaleza. No era habitual que las mujeres de luto asistieran a tales festividades, pero en esas circunstancias resultaría aceptable, siempre que no bailaran, por supuesto.

M'mère pasó todo el día preguntándose si deberían ir o no. Fue el miedo, junto con lo sombrío del atardecer, lo que acabó por decidirla. Sería menos perjudicial para los nervios estar en compañía, aunque pudieran rechazar a Amalie, antes que permanecer en esa cabaña extrañamente oscura, con el viento sacudiendo las persianas. Ya era evidente que iba a haber tormenta, y todos habían pasado el día preparándose para afrontarla; lo mismo ocurría en el hotel, a pesar del optimismo de su propietario.

Tige las acompañó hasta el hotel con una lámpara. M'mère iba aferrada a Amalie, lamentando a cada paso no haberse quedado en la cabaña. Por la derecha se oía la furia del mar, pero también los compases de una polca movida y despreocupada, como desafío a los elementos. Por las ventanas abiertas del salón brotaba la luz amarilla de cientos de velas, único esplendor a la vista en esa isla bien cerrada para recibir la tormenta, como un faro y una promesa.

Contra lo que Amalie esperaba, se había reunido allí una gran multitud, como si todos sintieran la necesidad de aproximarse a otros seres humanos. La atmósfera era animosa, con mucha conversación y mucha risa entre el son de la música: era el efecto del peligro que todos presentían, aunque casi todos lo negaran. Se hablaba mucho de lo que debían hacer si el agua inundaba la isla. Alguien sugirió que bastaría con bailar sobre las mesas hasta que el mar las arrastrara.

No todo el mundo era tan audaz. Muchos permanecían ante las ventanas, observando la bahía; esperaban la llegaba del *Star* para subir a bordo en cuanto amarrara. El barco llevaba retraso, pero no era de extrañar. Algunos sugerían que el capitán Smith no se habría hecho a la mar debido a

la tormenta. Si eso era cierto, estaban atrapados en la isla y debían enfrentarse a lo que viniera.

Para ayudar a levantar los ánimos, Dave Muggah hizo sacar el champán durante la velada y con la deliciosa cena. La gente se agolpaba ante las mesas cargadas como si estuviera muerta de hambre y no fuera a probar otro bocado nunca más. En el curso de inedia hora no quedó una migaja ni un sorbo del burbujeante vino.

Fue un momento decisivo. Poco después, alguien comentó que el *Star* no había llegado y que difícilmente lo haría. En realidad, estaban atrapados en un terreno bajo y arenoso, con una tormenta acechando y sin modo alguno de escapar.

La alegría se esfumó poco a poco. Los invitados comenzaron a retirarse. Tige y Lally, que celebraban su fiesta particular con otros sirvientes en las cocinas, vinieron para alumbrar el camino de regreso.

Cuando se acercaban a la puerta de la cabaña, Tige se puso rígido y se detuvo.

-¿Qué pasa? -preguntó Amalie, bajando la voz por instinto.

-No sé, mam'zelle. Me pareció ver que algo se movía detrás de la cocina.

Amalie aguzó la vista, pero sólo se veía el bulto de la cocina ante los rayos de la lámpara. El cielo estaba tan cubierto que todo era negro bajo la noche ventosa.

-¿No habrá sido algo arrastrado por el viento?

-Parecía un hombre.

M'mère susurró:

-Entremos a la casa.

Avanzaron otra vez, aunque con pasos más cautelosos. Amalie no apartaba la vista de la cocina. Podía tratarse de algún sirviente ausente sin permiso, de un caballo o una vaca sueltos, pero si no se trataba de eso, era mucho mejor estar tras una puerta cerrada con llave cuanto antes.

Dentro de la cabaña, M'mère permaneció quieta, con una mano en el corazón durante un largo instante. Luego soltó un suspiro de alivio del que Amalie se hizo eco. Meneando la cabeza, se burló de Tige por ver visiones y, después de acompañar a M'mère y a Pauline hasta la alcoba de la anciana, entró en la suya con pasos cansados.

No pudo dormir. El estruendo creciente del viento contra las persianas la inquietaba. El tronar del océano parecía sacudir los cimientos de la cabaña, haciendo repiquetear las argollas del mosquitero. Permaneció tendida en la oscuridad, con los ojos muy abiertos, tratando de no pensar, pero pensando. Qué diferente habría sido todo si Roben hubiera estado a su lado. Lo necesitaba tanto que sepultó la cara en la almohada, abrazada a ella, hasta que las lágrimas empaparon las plumas por debajo de la funda.

Hacia el alba comenzó a llover; era una niebla fina, impulsada por el viento, que caía interminablemente de un cielo de peltre. Las nubes seguían amontonándose y el mar castigaba la costa como si quisiera pulverizarla; las olas eran cada vez más altas. En la bahía, el agua seguía subiendo. Nada parecía capaz de evitar que ambos niveles franquearan la pequeña distancia que los separaba hasta cubrir la isla.

Amalie, que llevaba horas paseándose por la casa en bata, se vistió a la luz de una lámpara, sin miriñaque, con una sola enagua y uno de sus

vestidos más viejos y prácticos. Preparó un baúl por si M'mère quería zarpar en el caso de que el *Star* llegara, después de todo. Como olía a café, pasó al salón, donde Marthe estaba preparando la infusión sobre el fuego del hogar.

El desayuno fue simple: panecillos fríos y café. El tiempo se arrastraba. M'mère no se sentía bien, pero insistió en levantarse. Instalada en una poltrona del salón, hablaba distraídamente de ir al hotel, donde pensaba que estarían más seguras. Amalie no alentó esa idea, pues no estaba segura de que un edificio fuera más seguro que otro ante ese viento, pero sí de que la anciana no podría hacer el esfuerzo de caminar esa distancia. Tampoco le parecía ya buena idea tratar de subir a bordo del barco, aun en el caso de que llegara.

Los sirvientes, sin nada que hacer terminado el desayuno, cantaban por lo bajo, salvo Isa, que seguía a Amalie de ventana en ventana. Amalie, harta de encontrarlo entre sus pies cada vez que se daba la vuelta, acabó por ponerlo a dibujar el mar para no gritarle.

Hacia mediodía le pareció ver las luces de un paquebote por una de las ventanas a través de la lluvia, que se había convertido en un aguacero. Giró en redondo y salió a la galería, antes de que nadie comprendiera lo que estaba haciendo. M'mère la llamó desde donde estaba, con el rosario apretado entre las manos, pero Amalie no contestó.

Desde un extremo de la galería pudo ver al *Star;* era una silueta oscura que mostraba un resplandor de luces en sus ojos de buey, a través de la cortina gris de la lluvia. Había anclado fuera de la bahía; el viento aplanaba el humo de sus máquinas. Al parecer, el capitán Smith no quería amarrar, quizá porque podía ser problemático hallar la entrada de Villa Bayou o porque temía ser arrojado a la costa por el viento. Probablemente estaba esperando a que la tormenta se calmara un poco.

Como había poco que ver aparte de la embarcación inmóvil en la bahía, a los pocos minutos Amalie volvió a entrar, impulsada por la lluvia y la arena que, arrojada por el viento, amenazaba despellejarle la cara. Pasó el mediodía sin que nadie sintiera hambre. Por fin comieron, sólo porque era lo habitual y parecía importante respetar una especie de rutina.

Después, Amalie volvió a la galería con un pastel de manzana en una mano y una taza de café en la otra; terminó de comer apoyada contra la pared, tratando de que el viento no le arrebatara la taza de la mano, mientras contemplaba el oleaje hirviente. Rompía más cerca de la casa, casi a media distancia entre la cabaña y su línea habitual. Algo estremecida, caminó hasta el extremo de la galería para ver si el *Star* seguía allí.

En efecto, estaba reducido a un vago contorno, oscurecido o revelado por las láminas de lluvia. Amalie lo observó por un momento, desafiando al agua que le salpicaba las faldas. El navío forcejeaba contra sus cables de amarre, pues la estructura superior actuaba como gigantesca vela, embolsando el viento.

Sin aviso previo, se rompió el cable de amarre de proa. El viento y el mar cubrieron el ruido, pero Amalie vio que la pesada cadena restallaba al viento como un látigo y quedaba colgando. El barco giró a un lado. La segunda ancla no pudo sostener todo el peso del navío cargado y se quebró también. La embarcación voló como un juguete ante el vendaval, para

estrellarse en la costa lodosa de la bahía, con un estruendo que llegó muy amortiguado hasta Amalie. Escoraba un poco, pero seguía erguido.

Al parecer había sufrido pocos daños, pero un momento después surgieron de su interior muchos hombres, probablemente los tripulantes y todos los pasajeros de sexo masculino que estaban en condiciones. Llevaban en la mano aparentemente, martillos, serruchos y palancas, con los que atacaron la estructura superior por encima de la línea de flotación, destruyendo los camarotes y las barandillas. Amalie no estaba segura, pero tenía la impresión de que trataban de impedir que el barco fuera impulsado más adentro sobre tierra o atraído otra vez hacia la bahía, con el fondo en malas condiciones.

Giró hacia el hotel, donde muchos estarían esperando la oportunidad de subir a bordo. No había señales de ellos. El hotel era una mole sólida, con las persianas cerradas por barras y las palmeras inclinadas por el viento.

Una mano se cerró sobre su hombro. Amalie dio un respingo y giró en redondo, entornando los ojos para resistir al viento, dispuesta a regañar a Isa por haberla seguido.

Allí estaba Patrick Dye con una ruda sonrisa. Las ráfagas agitaban su capa impermeable y el ala de su sombrero mojado. Sus ojos parecían ávidos, extrañamente feroces en la cara, sombreada por una barba de varios días. La mano con que la sujetaba la apretó con más fuerza.

Con una rápida aspiración, Amalie retrocedió contra la barandilla, liberándose.

-¿Qué hace usted aquí?

-Vengo por negocios -aseguró él, inclinándose para hacerse oír, con lo cual le arrojó a la cara el aliento maloliente de whisky-. Vamos adentro.

Ella se apartó hacia la puerta, pero se detuvo al verse a salvo de la lluvia.

-Es mal momento para ese tipo de discusiones -dijo, levantando el mentón-. ¿No puede dejarlo para otra oportunidad?

-No me siento con ganas de esperar. -El irlandés se acercó y la tomó por el codo, para empujarla hacia la puerta-. Ya he perdido dos semanas, creyendo que Farnum seguía aquí, y no tengo intenciones de que me sigan haciendo a un lado.

-Usted... fue a usted a quien Tige vio anoche. Nos estaba espiando. -Amalie no hubiera podido decir por qué estaba tan segura.

-Sí, era yo -concordó él, con una sonrisa de audaz intimidad-. Era yo, también, el que estaba mirando por las rendijas de su persiana. ¿O no se dio cuenta?

Ella le clavó una mirada fría, sacudiendo el brazo para liberarse, pero aquellos dedos se clavaron en su carne. De pronto le pareció más prudente buscar compañía, en vez de estar sola con él en la galería oscura.

-Vamos adentro, entonces.

-Eso. -Y el hombre le dedicó una sonrisa lupina.

Amalie se detuvo ante la puerta, esperando que él la abriera. Fue un alivio que la soltara para cumplir con esa cortesía habitual. Con cuidado de no tocarlo, pasó al salón.

-Vea a quién encontré en la tormenta, M'mère. Es m'sieu Dye.

La anciana levantó la vista; un tinte amarillo apareció en el pergamino de su cara. Sin embargo, se recobró con gallardía.

-Caramba, es cierto.

El capataz se abrió de piernas, con los brazos en las caderas.

-Por supuesto. Me esperaba, sin duda.

-No esperaba a nadie -respondió M'mère con dignidad-. ¿No quiere sentarse?

-Quisiera hablar una palabrita con usted, madame Declouet. A solas, por favor.

-Vamos -exclamó Amalie-, no hay nada que no pueda decir aquí mismo.

Patrick le clavó una mirada dura antes de volverse hacia la anciana.

-Bueno, no sé. ¿Qué le parece, madame?

El descaro de ese hombre irritaba los nervios de Amalie. Tampoco le gustó la expresión de su suegra, mezcla de miedo y resignación. Iba a poner al capataz en su sitio, pero la anciana dijo:

-Tal vez sería mejor que pasáramos a mi dormitorio.

Que M'mère hiciera esa sugerencia, muy indecorosa a pesar de su edad, era lo más asombroso que había ocurrido hasta entonces. Amalie, con voz seca, replicó:

-No es necesario. Iré a mi alcoba y los otros pasarán al comedor.

Ya en su cuarto, Amalie se detuvo detrás de la puerta, escuchando sin reparos. Oía un chirrido en la voz de Patrick, pero nada más. Fuera, el viento era cada vez más fuerte, aullando contra los aleros de la casa, y ahogaba cualquier otro sonido. Amalie imaginó varias razones que justificaban la presencia del capataz allí: disturbios en Belle Grove, noticias sobre el asesino de Julien, amenazas contra Robert debido a ese caso. Las rechazó todas. Tenía una buena idea del verdadero motivo y sólo esperaba la confirmación para expulsarlo.

Alargó una mano hacia el pomo de la puerta y la abrió con mucha lentitud, dejando una rendija.

-...no fue muy amable al irse sin hablar conmigo -estaba diciendo Patrick-. Me ha dado problemas interminables. He tenido que venir hasta este sitio perdido de la mano de Dios y esperar por ahí la oportunidad de hablar con usted sin que interfiriera ese sobrino suyo. Me debe bastante, viejita, y tengo intenciones de cobrar.

-Le pagué bien por lo que hizo.

-No fue bastante, ni por asomo. ¡Casi me mataron!

-A Julien sí que lo mataron -observó M'mère, con voz temblorosa.

Amalie frunció el entrecejo. No era lo que ella esperaba.

-No fue culpa mía. Pero eso no cambia las cosas en absoluto. Yo le he guardado los secretos y ahora espero que se encargue de retribuirme. Tiene fortuna de sobra. No lo sentirá.

-Pero... no he traído gran cosa -balbuceó M'mère-. Aquí no estamos en Belle Grove.

-Me llevaré lo que tenga. Ya me dará más después, cuando estemos todos en casita.

El tono de Patrick estaba lleno de jactancia, como si disfrutara viéndose dueño de la autoridad ante su ama.

Amalie no quiso oír más. Abrió la puerta de par en par y entró en el salón: Con voz llena de desprecio, dijo:

-Conque ha venido a extorsionar a M'mère, tal como yo pensaba. Siempre lo consideré hombre despreciable, pero no tanto.

La anciana se apretó el pecho; un espasmo de dolor le cruzó por las facciones. Patrick giró en redondo, agachado, y se irguió lentamente al verla allí, sola y desarmada.

-Usted siempre tiene que meter la nariz en mis asuntos, ¿no? -dijo, lentamente.

-¡Si sus asuntos son tan negros y sucios, no hay otro remedio!

-Usted podría formar parte del trato, así no tendría que andar oyendo lo que no le incumbe.

Patrick pasó el peso del cuerpo a un solo pie y avanzó hacia ella.

-No, gracias. Quiero que se vaya inmediatamente, que deje de molestar a M'mère por el pasado de Julien y de sacarle dinero. Le aconsejaría que volviera a Belle Grove, que preparara sus pertenencias y saliera de allí cuanto antes, pues cuando Robert se entere de esto lo dejará sin trabajo.

-No, Amalie -susurró M'mère, pero nadie le prestó atención.

El irlandés sonrió deliberadamente ante los ojos de Amalie, que centelleaban de enojo.

-No lo creo.

-¡Porque no conoce a Robert Farnum!

-Creo que se equivoca A él no le gustaría que el secretito de Julien anduviera circulando, pero sobre todo no permitirá que se sepa cómo murió, en realidad, su precioso primo.

El horror cerró la garganta de Amalie. Apenas pudo pronunciar algunas palabras coherentes.

-¿Qué... qué quiere decir?

-¿No lo sabe?

¿Acaso el capataz había visto a Robert matar a Julien? No podía ser. Tuvo la súbita y abrumadora certeza de que no podía ser.

-Sé que no hay nada tan terrible como permitir que un cerdo como usted nos gobierne con sus exigencias e insinuaciones.

-¡Qué apasionada es bajo esa fachada fría y digna! -comentó él, bajando el timbre de su voz al acercarse-. Lo sospechaba. Es una lástima que haya malgastado todo eso con Farnum. Pero no importa.

No me molesta tomar lo que ha dejado otro hombre, tratándose de una mujer como usted. Creo que me va a gustar domarla, enseñarle a complacerme. Creo que parte del trato será quedarme con usted. Me parece un pago justo.

-¡No! -gritó M'mère, arrojando las ropas que la cubrían, para ponerse de pie.

-Usted debe estar loco si cree que me voy a prestar a eso -replicó Amalie, torciendo los labios-. Cuente su brutal historia a quien quiera. Veremos si alguien le cree cuando se me vea embarazada de Julien.

La sorpresa borró la expresión del hombre, pero de inmediato soltó una risa áspera.

-¿De Julien? ¡De Farnum, querrá decir!

-Es de Julien porque así lo indica la ley y porque así lo diré yo, desde luego, si usted dice una sola palabra contra mi difunto esposo... -Amalie se sentía enérgica y decidida al hablar.

-¿Y que dirá de su asesinato?

-¡Ah, no, no! -suplicó M'mère, avanzando trabajosamente hacia ellos.

-Fue... un accidente-aventuró Amalie, confundida por la dureza satisfecha de aquella mirada.

Patrick gruñó:

-¿Ah, sí?

-Forzosamente.

-No sea tontita. Julien no perdía la cabeza con el licor y se había pasado la vida nadando en el Teche. Se creía invencible, capaz de dar dinero o negarlo, según se le antojara. Creyó que podría guardar su secreto para siempre, dejar que otro hombre engendrara a sus hijos y mantener su sitio en la comunidad, con usted como esposa para ocultar sus gustos raros. Lo quería todo y creía que era su derecho. ¡Dios, qué porquería! Pero ya ajustaremos cuentas. Voy a tener todo lo que era de él, incluyéndola a usted.

El irlandés la sujetó por el cuello para atraerla hacia sí. Su boca mojada le quemó la cara, en tanto ella se retorcía para apartarla; la otra mano subió a apretarle un pecho.

-¡Basta! ¡Basta, le digo! -aulló M'mère, tirándole de un brazo.

El la apartó de un empujón.

-Usted no se meta en esto, vieja.

-¡No, no haga eso! -La anciana volvió a tomarlo por la manga-. No es culpa de Amalie. Ella no tiene la culpa de nada.

-¡No se entrometa!

Patrick giró en redondo y su codo se clavó en el pecho de M'mère, arrancándole un grito. Se tambaleó hacia atrás y chocó contra el borde de la poltrona, a cuyo pie cayó acurrucada. Cuando trató de levantarse, emitió una exclamación ahogada y quedó inmóvil.

-¿Qué ha hecho? -gritó Amalie, liberándose de él para tratar de acercarse a M'mère.

El hombre la apretó contra la pared y le arrimó la entrepierna, haciéndole sentir el duro bulto a través de las faldas.

-Olvídate de ella -gruñó-; ahora tienes otras cosas de qué preocuparte.

Amalie lo empujó, esquivando sus besos.

-Pero está enferma, está...

-Es una zorra vieja, que trató de alejar a Julien por su propio bien y terminó matándolo.

-¿Qué? No...

-¡Sí! Bien lo sé yo, que busqué a los hombres para que se lo llevaran.

El hombre aprovechó la aturdida sorpresa de Amalie para fijar sus gruesos labios en los de ella. Su agrio aliento olía a whisky. Ella le asestó una patada y, cuando él se hizo a un lado para evitar el rodillazo, agachó la cabeza, liberándose. Patrick se lanzó tras ella, pero Amalie lo esquivó, poniendo la poltrona entre ambos. Sin duda, al hablar de esos hombres se había referido a los marineros. Sin aliento, dijo:

-Usted hizo que los hombres lo mataran. Eso lo carga de una culpabilidad igual.

El la acechaba, avanzando agachado, con los brazos abiertos y los ojos brillantes.

-No, no lo mataron. Era demasiado hábil para esos hombres; hasta dejó sin conocimiento a uno y lo arrojó al río. Fui yo quien tuvo que usar la culata para golpearlo.

El dolor la dejó sin voz por un momento.

-Y decidió arrojarlo al río.

-Parecía lo mejor, a fin de cuentas. Había amenazado con dejar de pagar, ¿sabes? Te tenía a ti; además, siempre era posible que no pudieran retenerlo hasta que el buque zarpara. Una vez desaparecido 61, con la vieja podía entenderme.

Ella lo observaba con ojos sombríos y cautelosos.

-¿Hasta que el barco zarpara?

-Lo llevarían a China. ¿No era una maravilla? Para cuando pudiera volver, la querida mamá confiaba en que habría olvidado su triste afición a los muchachitos.

Amalie lanzó un vistazo a M'mère. Tenía los labios teñidos de azul. Necesitaba ayuda. En un extremo de la habitación se movió algo: Isa había entrado desde el comedor y estaba en el vano de la puerta.

Patrick, con una dura sonrisa, saltó hacia la poltrona y pisó el asiento para saltar por encima. Atrapó a Amalie antes de que ella pudiera dar un solo paso y la obligó a dejarse caer en el pequeño sofá.

-Desde que te vi tengo ganas de meterme bajo tus enaguas. Sabía que era sólo cuestión de tiempo, de un modo u otro.

Le introdujo una rodilla entre las piernas, sujetándole ambas muñecas con una sola mano, mientras con la otra tiraba del escote de su vestido. Amalie arqueó la espalda hacia atrás, retorciéndose, y logró liberarse por un instante, que aprovechó para arañarle la cara. El echó la cabeza hacia atrás, pero en la mejilla le aparecieron cuatro surcos profundos.

Con una mueca y un juramento, alzó la mano y la abofeteó en la mejilla. Amalie sintió gusto a sangre: los dientes le habían cortado el lado interno de la mandíbula. Como una gata furiosa, se incorporó sobre las rodillas, quitándoselo de encima.

Un momento después, las botas golpeaban el piso persiguiéndola. Ella se lanzó hacia la puerta que daba al vestíbulo y entró en su dormitorio, cerrando con el hombro en tanto buscaba la llave. Se vio arrojada hacia atrás por la carga del hombre. Entonces retrocedió, sintiendo que la cabellera se le desprendía del recogido, deslizándose por sus pechos como una madeja de seda.

Lo vio venir, vio la expectativa en sus ojos, la seguridad de que tarde o temprano vencería. Buscó rápidamente en el cuarto cualquier cosa que le sirviera de arma. No era la posición física lo que temía, sino el verse obligada a rendirse a su dominio.

Giró hacia la cama y tomó el pesado rodillo que se utilizaba para alisar los colchones de plumas. Era un arma formidable, que ella usó con feroz exaltación para golpearle el hombro. Patrick se lo arrancó con una sola mano y lo arrojó contra la pared. Amalie, desesperada, retrocedió, lanzándose a un lado para esquivarlo. El la atrapó por el pelo y se lo enroscó a la muñeca, deteniéndola bruscamente.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero parpadeó para alejarlas y cerró los puños, apretando los dientes. Cuando la cara del irlandés apareció por encima de ella, tomó impulso desde la cintura, apuntándole a la barbilla. El golpe no dio exactamente en el blanco, pero le impulsó la cabeza hacia atrás, obligándolo a soltarle la cabellera. Ella se apartó una vez más, con movimientos ágiles, pero el hombre con un gruñido se lanzó en su persecución, sujetándola por la cintura, con lo que la arrojó al suelo. Cayó sobre ella de modo tal que la dejó sin aliento. Un resplandor rojo apareció ante los ojos de Amalie.

Quedó aturdida, sin poder respirar. Sintió que él desgarraba la tela de su corpiño, exponiendo sus pechos al aire frío, y cerraba su boca sobre uno con acalorada crueldad, mordiendo, mientras le manoseaba la falda.

Se oyó un sonido alto, agudo. El cuarto se llenó de sombras. El sonido se resolvió en palabras:

-¡No, no, no, a la *petite Máitresse* no!

Era Isa, con un florero de vidrio azul en la mano. Lo estrelló contra el cuello de Patrick, y los fragmentos saltaron, mientras por el cuello del capataz comenzaba a gotear la sangre. Detrás del niño aparecieron Tige, que sujetaba una silla por el respaldo, y Lally, con una plancha. En la puerta, Pauline sostenía una caja con conchillas incrustadas, mientras Marthe, con el pañuelo torcido y los ojos muy abiertos, apretaba un pesado cucharón de plata.

Patrick maldijo con la voz gangosa de furia, y se levantó de un salto. Se llevó la mano al cuello y volvió a maldecir al ver la sangre.

Amalie aspiró con fuerza y se incorporó lentamente, mientras Isa la tomaba de la mano para ayudarla a ponerse de pie. Por fin pudo hacerlo con dificultad, sujetando la pechera del vestido.

Patrick sacó del bolsillo un pañuelo con el que se enjugó la sangre, sin dejar de observar a Isa, que había abrazado a su señora por la cintura. En cuanto los otros desviaron su atención, sacó una navaja plegadiza de entre los pliegues del pañuelo y abrió la hoja. Después de empujar a Isa, pasó un brazo por los hombros de Amalie y volvió a apretarla contra sí, acercándole el filo al cuello.

-Salid todos de aquí, basura de negros. Id a vuestros rincones, a pensar en las lonjas de cuero que les voy a arrancar por atreverse a molestar cuando un blanco se divierte.

-Y yo, ¿en qué debo pensar?

Las palabras, serenas y duras, peligrosamente arrastradas, provenían de la puerta. Era Robert quien hablaba.

Hubo un instante de helada inmovilidad. Isa no había soltado a Amalie; la abrazaba como dispuesto a disputársela a Patrick a tirones. Todavía tenía el florero roto por el cuello, pues la joven sentía el pequeño bulto apretado a su cadera. Con lentitud, puso la mano hacia atrás y cerró los dedos sobre los del niño, quitándole el fragmento de florero.

-Lo que se le antoje, maldición -barbotó Patrick-, pero salga de aquí si no quiere ver cómo le corto un pedazo a la mujer de su primo.

-Sería un desperdicio -comentó Robert, pasando entre Pauline y Marthe para ponerse junto a Tige.

-Se lo advierto -insistió Patrick, mientras ceñía su brazo a los hombros de Amalie.

La punta del cuchillo no se mantenía muy firme al rondar su cuello. En el pecho de la joven se agolpó la furia, provocada por la falta de fuerza que la había puesto en esa situación. Apretó el fragmento de vidrio con un movimiento convulsivo y levantó el brazo izquierdo con torpe violencia, atacando el brazo que la sujetaba. El vidrio dentado se clavó en la mano de Patrick, que lanzó un chillido y la retiró. Al ver que la sangre brotaba a borbotones de su muñeca, intentó hundir la navaja hacia el blanco cuello femenino.

No dio en el blanco: Robert le sujetó la mano con puño de hierro y le plantó el puño en plena cara. Patrick se estrelló contra una ventana cerrada. El cristal se rompió con un tintineo musical, en tanto el viento se precipitaba aullando en la habitación. El capataz se tambaleó, sacudiendo la cabeza. En eso, al ver que Robert avanzaba contra él con el rostro convertido en una dura máscara de desprecio, huyó. Arrojó a Lally a un lado y alcanzó la puerta. El golpeteo de sus botas resonó en las planchas de madera, hasta que el viento cerró bruscamente la puerta de entrada detrás de él.

Robert prefirió dejarlo ir y se volvió hacia Amalie. Un segundo después la tenía en sus brazos, aferrada a él, sintiéndose abrigada, a salvo en ese abrazo fuerte. Le rozó la frente con los labios, peinando con la mano el pelo que caía por su espalda. Ella aspiró profundamente estremecida, y se quedó quieta.

Sólo entonces notó lo mojado que estaba Robert: el agua chorreaba por su pelo, su ropa y sus botas. Y sólo entonces reparó en el agua que corría por el pasillo. La isla se había inundado. La fuerza humana no contaba y el calor había desaparecido. Toda seguridad era una ilusión.

20

M'mère yacía allí donde había caído. La levantaron del agua, de la que ya había cinco centímetros en el piso, y la acomodaron en la poltrona. Aunque estaba aturdida, abrió los ojos un par de veces, pero no pudo hablar. Amalie corrió en busca de su remedio y se lo dio. Luego trajo ropas secas para cambiarla, con ayuda de Pauline y Lally.

Tige e Isa se retiraron al comedor, una vez más, mientras Robert esperaba en un extremo del cuarto, de espaldas a ellas. Había vuelto a Isla Dernière, dijo, gracias a sir Bent. El anciano le había anunciado una gran tormenta, que sería grave en St. Martinville, pero peor costa abajo. Durante el viaje, muy difícil, temió varias veces que el capitán renunciara, pero el hombre sabía muy bien que sólo él ofrecía alguna esperanza a las personas atrapadas en la isla.

Cuando el *Star* quedó varado, Robert ayudó a desmantelar las cubiertas superiores para ofrecer menos resistencia al viento. Había ido directamente a la cabaña en la primera oportunidad que tuvo.

Con voz grave, quebrada, dijo:

-Lamento muchísimo, Amalie, no haber llegado antes.

Ella aún estaba abotonando el vestido de M'mère.

-Llegaste -dijo-, y eso es lo único que importa.

Había muchas otras cosas que arreglar entre ambos, pero no era esa la ocasión propicia, mientras el agua seguía creciendo entre los pies, y el viento arrancaba las persianas.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó ella, dado que él no decía más.

-Depende de la tormenta. Tendremos que quedarnos aquí mientras sea posible, por el bien de M'mère.

Amalie ciñó un chal a los frágiles hombros de la anciana y se levantó. Teniendo en cuenta la posibilidad de que debieran mover a M'mère, le había puesto un vestido y no camisón y bata; por eso, también, la dejaban en el salón en vez de acostarla en la cama.

-Ahora puedes mirar.

El giró en redondo. La luz de la lámpara iluminaba sus facciones broncíneas, sondeando la oscura profundidad azul de sus ojos, que la recorrieron toda, deteniéndose un momento en la pechera desgarrada. De inmediato apartó la vista, pero ella notó entonces que, si bien había vuelto a abotonarse el corpiño, tres de los botones estaban sueltos. Mientras se ceñía el chal, volvió a hablar apresuradamente.

-¿No crees que sería mejor ir al hotel mientras podamos?

El permaneció un momento con la cabeza inclinado, escuchando el viento. Luego fue a abrir la puerta frontal, que se estrelló inmediatamente contra la pared. El viento le tiraba del pelo y las ropas. Amalie lo siguió a la galería, sujetando con fuerza su abrigo, y ambos se volvieron hacia el hotel, entornando los ojos para protegerlos de la llovizna. Amalie quedó entonces pasmada.

El edificio, de dos plantas y buhardillas, ofrecía más resistencia al viento. Las ventanas del zaquizamí habían desaparecido, dejando agujeros abiertos. Bajo la mirada de ellos, el tejado se levantó con un estallido y se perdió en la oscuridad, girando. Hasta ellos llegaron leves gritos. Las paredes del hotel se henchían y desinflaban, como un fuelle. Las ventanas se hicieron trizas, en tanto las persianas arrancadas emprendían vuelo. Por fin, por el lado norte, la armazón cayó hacia adentro y el aire se llenó de escombros.

Los truenos rugían en lo alto, entre el destello de los relámpagos. Detrás del hotel se veía a varios hombres, mujeres y niños en el agua, aferrados a toneles y puertas para mantenerse a flote.

-*¡Mon Dieu!* -susurró Amalie, casi para sus adentros-, ¿no podemos ayudarlos?

-¡Vuelve adentro! -le gritó Robert.

La arrastró consigo y cerró la puerta con el hombro.

-Esa gente... -comenzó Amalie, con una expresión horrorizada en los ojos.

-Ahora puede tocarnos a nosotros.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras cuando las persianas de la alcoba de Amalie fueron arrancadas. Sin embargo, los cristales permanecieron intactos. Por la ventana despejada, la joven vio la cabaña

perteneciente a los Pughs, que, desprendida de sus cimientos, yacía en tierra, con el agua a la altura de las ventanas.

-Amalie -llamó Robert, con urgencia-, entra...

Las palabras se perdieron bajo el rugir de un trueno. Amalie sintió que el suelo se levantaba bajo ella y volvía a caer, dejándola tirada en el suelo. Se levantó sobre manos y rodillas. Alguien gritaba entre el borboteo del agua. Para llegar a la puerta tuvo que trepar, pero logró hacerlo y, aferrándose del marco, pasó al salón. En esa parte, la más fuerte de la casa, se habían reunido todos; los sirvientes ocupaban la esquina más baja, donde la casa había dejado sus pilares. Robert estaba de pie, sosteniéndose con las piernas abiertas, con M'mère en los brazos.

La anciana tenía los ojos abiertos y llenos de inteligencia, pero lanzaba exclamaciones sin significado. Amalie, al mirar hacia los sirvientes, vio que Isa trepaba hacia ellos, mientras Pauline salía con ayuda de debajo de una silla de mimbre. Tenía el hombro torcido de un modo extraño y su rostro estaba ceniciento.

De pronto les llegó un ruido de vidrios rotos y el viento aulló al franquear las ventanas rotas. En la parte más baja el agua comenzó a ascender; Tige, Lally y Marthe tuvieron que arrastrar a Pauline hacia arriba. Se oyó un sonido crujiente, como un gruñido, y Robert levantó la vista. Amalie, imitándolo, vio que el techo forcejeaba hacia arriba, lanzando una nevada de yeso. Hubo un rugir de desprendimiento y, de inmediato, el ruido de la lluvia que caía sobre el techo: el tejado había desaparecido.

-Tenemos que salir antes de que caigan las paredes -gritó Robert-. Aquí, Tige.

Amalie se arrodilló en el suelo; Robert depositó allí a M'mère, con la cabeza apoyada en su regazo, mientras daba unas cuantas órdenes. Tige, Marthe y Lady se levantaron de un salto para ayudar a retirar las puertas del comedor y el dormitorio, amontonándolas cerca de la salida. No hubo tiempo para más. La tormenta golpeaba la casa como un monstruo maligno, desgarrándola a pedazos. Robert se arrodilló para levantar a su tía, mientras los sirvientes se acercaban. Vacilaron un momento, mirándose con sobriedad. Robert hizo una señal a Tige, que abrió la puerta de un tirón.

Amalie, dudando, miró hacia los cuartos revueltos, pensando en alimentos, ropas y joyas valiosas.

-¿Qué llevo?

-Nada -respondió él, siempre gritando-. Necesitarás las manos libres y toda la fuerza de que dispongas sólo para sostenerte.

Tenía razón. El viento los golpeó como un muro en cuanto abandonaron el refugio de la galería; las olas, castigadoras, se abatieron sobre ellos, empapándolos en un instante y muy próximas a derribarlos. Pusieron a M'mère sobre una puerta, con Robert a un lado y Amalie al otro. Isa, que insistía en estar junto a Amalie, se aferró a la madera con ambas manos, como si quisiera sostenerla en algo en vez de utilizarla para mantenerse en el agua que ya le cubría la cabeza. Tige quedó a cargo de las negras; compartió su puerta con Pauline, que necesitaba ayuda, aunque hubiera preferido estar con Lally. La doncella ocupó una tercera puerta con Marthe.

La arremolinada agua llegaba al pecho de Amalie. El viento le arrojó la cabellera suelta a la cara, impidiéndole ver la enorme ola que se precipitaba

sobre ellos. Rompió contra su cabeza, haciéndola caer y enredándola en sus propias faldas. Logró incorporarse de inmediato. Isa, en cambio, había quedado bajo la puerta y se aferraba a la madera con una sola mano. Amalie lo sujetó y tiró con fuerza para sacarlo.

-¿Estáis todos bien? -gritó Robert, desde el otro lado.

Un relámpago derramó sobre él su luz azul, dándole un aspecto fantasmal.

-Sí -aseguró ella, mientras envolvía con el extremo de su chal a Isa para atarlo a ella.

M'mère yacía muy pálida casi cubierta por el agua. Los otros habían quedado atrás, pero seguían allí, luchando contra el viento. A sus espaldas, la cabaña se derrumbó. Un momento después el aire se llenaba de tablas y fragmentos de vidrio. Amalie vio que un tablón golpeaba a Tige antes de perderse en la oscuridad. Un proyectil rozó su propia cara, en tanto se inclinaba para proteger a M'mère con su cuerpo.

Antes de que el asalto cesara, otra ola se abatió sobre ellos Esta vez estaban listos, pero aun así les costó un buen esfuerzo no perder asidero. El viento y el agua los impulsaban sobre la isla. En algunos minutos se encontrarían en la bahía. La única oportunidad de salvarse consistía en hallar cualquier cosa a la que aferrarse y detener el avance.

-¿A dónde vamos? -gritó ella.

-¡Al *Star!* -fue la respuesta de Robert.

Tal vez fuera un refugio dudoso, pero ¿qué otra posibilidad había? Sin embargo, el viento los estaba alejando del vapor. La fuerza de Robert no era bastante para impedirlo.

Desde la derecha les llegó un grito. Amalie, al volverse, vio que un hombre y una mujer se debatían en el agua. Un tablón de madera golpeó al hombre en la cabeza; desapareció sin ruido bajo la superficie, y la ola siguiente barrió a la mujer, que permanecía alelada.

Lentamente. Amalie cobró conciencia de los gritos que se oían en derredor. Vio que un niño se aferraba al antepecho de una ventana, con la niñera a su lado; una pareja joven giraba abrazada en las olas; un anciano de barba y pelo blancos, prendido de un barril, elevaba su áspera voz en una plegaria.

Cerró los ojos, pero un alarido, desde atrás, la obligó a abrirlos otra vez. Marthe y Lally gritaban, señalando una puerta que flotaba, vacía. Un momento después, Amalie vio que Tige nadaba, tratando de alcanzar a Pauline que, dada su edad y su brazo herido, no podía salvarse.

Amalie oyó la imprecación de Robert, que observaba la escena, impotente. Un momento después, ambos notaron que alguna extraña corriente los estaba alejando de los demás. Oyó que Lally la llamaba, gritaba el nombre de Tige. Luego no hubo sino el viento y la lluvia, el trozo de madera a la cual se aferraba y el esfuerzo que requería sostenerse de ella.

-Por allí-anunció Robert-, el tiovivo. ¿Lo ves?

El artefacto era un esqueleto contra la masa gris de las nubes, pero su fuerte poste estaba bien hundido en tierra y resistía. Amalie, sin molestarse en contestar, utilizó sus escasas fuerzas para luchar en esa dirección.

El agua llegaba al primer travesaño. Amalie se prendió de él, tratando de equilibrar la puerta en tanto Robert levantaba a M'mère. Luego él le hizo

señas para que saliera la primera. Le costó abandonar la protección de esa balsa por el inestable tiovivo, pero logró liberarse de Isa, asegurarse de que él estuviera sujeto y hallar el estribo bajo el agua.

Cuando trepó al travesaño, el golpe de viento estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio, pero se sostuvo a la barra superior y tendió la otra mano a Isa. El niño trepó a su lado, ágil a pesar de su pie torcido, y se apartó para dejar sitio a Robert, que subía con M'mère.

Amalie se sostuvo con una sola mano y ayudó a Robert a poner a su tía de pie entre ambos. La anciana hizo un valiente esfuerzo por sujetarse, pero no podía levantar un brazo; vaciló sobre la barra, sin poder resistir el vendaval, que le arrancó el chal y se lo llevó a las nubes. De no contar con el brazo de Robert, que la rodeaba, hubiera caído.

Un relámpago se encendió en el cielo. A su breve resplandor. Amalie y Robert se miraron. Sin decirse nada, ambos comprendieron que M'mère había sufrido otro ataque y se les estaba escapando, arrebatada también por el frío y la furia de la tormenta; pero no le importaba vivir.

El tiempo perdió sentido. La lluvia los castigaba, el viento reducía lentamente sus ropas a hilachas. Otro hombre se aferró del tiovivo. Después fueron dos hombres más, y una pareja, y una mujer con una niña, hasta que fueron catorce las personas subidas al recio artefacto. El agua seguía ascendiendo. Les cubrió los tobillos, las pantorrillas. El tiovivo, anclado por su carga humana y por un banco de arena formado a un lado, se mantenía en pie.

En eso, unas formas oscuras flotaron hacia ellos. Eran troncos arrancados por las olas. Pasaron raudamente por entre las barras, y ellos tuvieron que apartarse, so pena de verse arrebatados como pájaros por una flecha. Sin embargo, el peor peligro era que un tronco golpeara directamente contra el poste, quebrándolo.

Los troncos desaparecieron tan súbitamente como se habían presentado Después de un breve respiro, el viento cambió de dirección y se convirtió en un pequeño tornado. El banco de arena que ayudaba a mantener el tiovivo en pie se fue deshaciendo y el artefacto comenzó a girar lentamente, tomando velocidad, como en una cruel parodia de juego infantil. Sus ocupantes, en el silencio de un sombrío terror, buscaban asidero en las estrechas barras, siempre deslizándose hacia los extremos, barridos por la fuerza centrífuga.

Pasaron sólo unos pocos segundos antes de que el viento cesara y el tiovivo se detuviera. Fue una suerte; de lo contrario, uno a uno habrían ido cayendo al agua.

Fue tras ese incidente cuando Amalie, al mirar a M'mère, notó que tenía los ojos abiertos y fijos. Alargó una mano para tocarla: su piel estaba fría y no tenía pulso.

Permaneció inmóvil por un largo instante, con el pecho oprimido y un dolor de lágrimas en los ojos. Por **fin** se acercó más a Robert y buscó la mano con que sujetaba a su tía, para tratar de abrirle los dedos. Con voz áspera de dolor y agua salobre, gritó hacia el viento:

-¡Suéltala!

-¿Qué?

No había comprendido.

-M'mère ha muerto. Debes soltarla.

El bajó la mirada hacia la mujer por quien tanto había luchado. Sus facciones se endurecieron y un músculo se hinchó en su mentón. La apretó aún más.

-Era lo que ella quería, lo que necesitaba -aseguró Amalie, lamentando tener que gritar esas palabras-. Es mejor así. Déjala ir.

Robert permaneció inmóvil, en pétrea resolución. Luego soltó el aliento en un suspiro y, con los ojos cerrados, besó en la frente a su tía. Por fin se inclinó hasta donde pudo y bajó a M'mère hacia las olas hambrientas. Las aguas se cerraron sobre ella.

Robert irguió la espalda y alargó una mano hacia Amalie, que se apretó contra él. Juntos resistieron al viento, sintiendo el fluir de la sangre cálida en las venas, la alegría y la culpa de abrazarse. Por fin Amalie buscó a Isa con la mirada y le tendió la mano. Así, de espaldas al viento, siguieron resistiendo.

Poco después, hacia la hora en que hubiera debido oscurecer, el viento cesó y la lluvia se convirtió en una llovizna. Las nubes se abrieron. Hacia el oeste se encendió un rojo fúnebre, con toques verdes. El agua comenzó a retroceder, aunque todavía estaba alta.

Los empapados espantapájaros que compartían el tiovivo se movieron. Dos mujeres se echaron a reír incontrolablemente. Un hombre rezó una plegaria de gratitud al Señor, mientras otro miraba en derredor, buscando algún rasgo distintivo en el paisaje.

Había muy poco. No se veía una sola casa, ni un árbol. Sólo esa extensión de agua y, más allá, el ***Star,*** elevado como una moderna arca de Noé.

Amalie miró a las mujeres, todas con la ropa pegada al cuerpo o deshecha en jirones. Los hombres sólo estaban algo más presentables por la mayor resistencia de las telas que usaban. Ella y Robert estaban en iguales condiciones, pero no importaba: no había tiempo para vanidades ni pudores.

-Voy hacia el vapor -dijo el hombre a quien acompañaba su esposa.

-No creo que sea conveniente --respondió Robert-. Tal vez estamos en el ojo del huracán, en el centro en calma. Los vientos pueden cambiar de dirección. En ese caso no tendrían tiempo de llegar.

El hombre gruñó:

-Prefiero correr el riesgo a seguir colgado aquí, como de una horca.

Uno de los hombres más maduros meneó la cabeza.

-Nada se pierde con esperar un poco, sólo para ver.

La pareja, sin prestar atención, se dejó caer al agua y comenzó a vadear en dirección a la embarcación, cubierta hasta el cuello.

-Sugiero que equilibremos un poco el peso -dijo Robert-. Tres a cada lado de la estructura.

Lo hicieron, cambiando también de posiciones para que los más pesados compartieran la barra con los de menos peso. Robert, Amalie e Isa, que ya estaban bien compensados, no necesitaron moverse. Los otros apenas acababan de ocupar sus nuevos lugares cuando el viento volvió a soplar, ahora desde el sudoeste, y la oscuridad se cerró nuevamente.

Fue una noche interminable, una prolongada lucha por la vida. En cierto instante, Amalie se maravilló por la tenacidad del niño que llevaba: ni

los malos tratos de Patrick Dye, ni los horrores presenciados, ni los rigores de la tormenta parecían afectarlo; se aferraba a ella con tanta firmeza como ella al tiovivo.

Por fin amaneció. Hacia medianoche el viento había amainado y el agua comenzaba a retirarse, aunque la lluvia seguía cayendo. Sólo con la pálida luz del alba vieron que, debajo del tiovivo, no había agua sino arena. Demasiado exhaustos para festejarlo o hacer comentarios, bajaron uno a uno y echaron a andar en la dirección en donde debía hallarse el *Star.*

La tormenta había pasado. Los elementos, después de agotar su furia, volvían a asumir sus sitios correspondientes: a la derecha la bahía, a la izquierda el golfo. Y en derredor, la devastación: algas marinas y corteza, mezcladas con astillas, botellas vacías, una taza de porcelana perfectamente sana. Vieron un caballito de balancín y, más allá, un pequeño de unos cuatro años, tirado muerto.

Los cadáveres de jóvenes y viejos, amos y criados, yacían por igual a lo largo de la costa, devueltos por el mar. Algunos estaban al borde del agua: otros, sepultados en la arena; sólo una pierna o una mano indicaban su presencia. Robert y Amalie pasaron casi sin mirar. Nada podían hacer.

Los atrajo el olor de la comida, al acercarse al vapor: tocino frito, el aroma más apetitoso del mundo. Muchas personas les salieron al encuentro, mirándolos fijamente, como si esperaran reconocer a los seres amados perdidos, y los llenaron de preguntas ansiosas: a quién habían visto, dónde, cuándo. Alguien les puso en la mano pan y tocino, una copa de champán para aliviar el *shock.*

-¡Mam'zelle! ¡M'sieu Robert!

Amalie se volvió hacia el grito: Tige venía hacia ellos, con Lally a su lado. Los seguía Marthe, con un delantal sobre el vestido desgarrado y un gran tenedor de cocina en la mano. Se abrazaron riendo y llorando hasta que, más tranquilos, pudieron hablar de quienes se habían perdido: Pauline y M'mère.

Según transcurría la jornada, la misma escena se repitió cien veces en derredor, con la llegada de más hombres y mujeres. Algunos se habían refugiado en el fuerte corral anegadizo donde el propietario del hotel retenía a las tortugas para sopa. Uno había pasado la noche aferrado a un poste; una madre con varios hijos dijeron que, con los brazos entrelazados, habían resistido con firmeza, inclinándose ante cada ola. Todos lloraban la pérdida de parientes, amigos y criados. Una pareja, con voz quebrada, dijo haber perdido a un bebé y un niño; sin embargo, al levantar la vista, vieron que un sirviente se acercaba a ellos llevando al niño de la mano. No eran muchos los afortunados.

Comieron y se refugiaron de la lluvia en el casco del navío. El capitán Smith y su tripulación salvaron el pudor repartiendo sábanas, mantas y el contenido de sus baúles. Se vendaron unos a otros, atendiendo lo mejor posible a los pocos que, habiendo sido heridos gravemente, estaban aún con vida. Por fin emprendieron la búsqueda de los desaparecidos.

Las hileras de cadáveres iban creciendo bajo la lluvia. Entre los primeros descubiertos estuvieron los de Augustine y Mary Ida Magill, Francés Prewett, en cambio, no apareció. Al avanzar la tarde dieron con M'mère, pero de Pauline no había señales. Ya oscurecía cuando hallaron a

Patrick, con un gran agujero en la cabeza, como si lo hubiera golpeado un tablón.

Al anochecer se suspendió la búsqueda, aunque durante toda la noche se vieron antorchas en la oscuridad. Por la mañana llegaron inquietantes relatos de saqueo entre los cadáveres.

Así terminó el lunes, 11 de agosto. El martes, el sol se abrió paso entre las nubes. La provisión de agua comenzaba a mermar y había varios casos de insolación, debido a la falta de sombra. Como las moscas se estaban amontonando, se decidió sepultar a los cadáveres en tumbas superficiales. Muchos montaban guardia ante la bahía, esperando el rescate. Si no llegaba pronto, nadie viviría, pero ¿sabia alguien el apuro que se estaba pasando en Isla Dernière?

La búsqueda de cuerpos continuó. Robert y otros dieron con un par de saqueadores. Nadie supo qué vieron ni qué hicieron, pero en ese punto quedaron dos tumbas superficiales.

Con el miércoles llegó el vapor *Majar Aubrey.*

De los cuatrocientos visitantes que estaban en la isla, aproximadamente, ciento setenta habían perecido; las víctimas entre los residentes no fueron calculadas. Por lo tanto, eran doscientos los que debían ser rescatados: demasiados para un solo viaje. Los que tenían hijos fueron designados para zarpar primero, junto con los heridos y las mujeres solas. Entre los demás se echaron suertes. Robert rechazó su turno, prefiriendo esperar, y Amalie, descartando sus objeciones, hizo otro tanto. El capitán zarpó entonces después de prometerles la llegada de otro barco cuanto antes.

Habían tenido mucho que hacer como para pensar, mucho menos hablar. A partir de ese entonces no hubo nada. Robert se alejó hacia el golfo. Amalie lo siguió un momento después, y lo alcanzó entre las ruinas del hotel. El le echó una mirada y se volvió hacia el mar.

Había otra capa de bronce en su rostro y nuevas arrugas alrededor de sus ojos entre las ojeras oscuras. Ella le tocó el brazo con la punta de los dedos.

-No fue culpa tuya.

-¿No?

-Tú no hiciste a Julien así ni provocaste la pena que mató a M' mere.

-No es tan sencillo -adujo él, levantando una mano para apretarse la nuca.

-Pero no tienes motivos para castigarte por demás.

-Si no te hubiera dejado sola con M'mère, a merced de Dye... o si nunca te hubiera tocado, para empezar, todo esto no habría empezado nunca.

-Eres humano. Hiciste lo mejor que cabía en cada momento. ¿Qué más se podía pedir?

-Que pensara en otras cosas, y no sólo en mis deseos. Pero hasta cuando lo intenté, hasta cuando me fui de la isla, me equivoqué.

M'mère había dicho la verdad: Robert había dejado la isla por el bien de ella, pero no tenía tiempo para saborear la alegría.

-Ya acabó todo, y tal vez del mejor modo posible. No puedes seguir atormentándote.

-No, no acabó. Todavía hay gente como madame Callot, que puede insultarte en tu cara, mientras las viejas murmuran cuando pasas.

-A lo hecho, pecho. No podemos dejar que el pasado rija nuestra vida.

-No quiero seguir siendo causa de dolor y humillación para ti.

Hablaba con voz seca, remota. Al mirarlo, Amalie vio a un extraño; no parecía el mismo que la había abrazado con tanta ternura, con la pasión que ella recordaba bien.

-No sólo yo sufrí dolores y humillaciones. También dije algunas cosas que... eran imperdonables. Sé que todo eso no era cierto. Creo que lo supe desde siempre, pero...

-Olvídate de eso. Yo ya lo olvidé.

-¿De veras? -preguntó ella, en voz baja.

La respuesta fue inmediata.

-Hace tiempo. Eso no tenía importancia, pero esto sí. Quiero que vuelvas a Belle Grove. Ahora es tuya; puedes hacer lo que gustes: venderla, irte; buscar otro sitio donde vivir sin recuerdos. O vivir allí. El huracán dará tema de conversación para que se olviden de ti. Con el tiempo, si no pasa nada más, podrás vivir tranquila.

Tranquila, sola. ¿Lo hacia él como sacrificio o era un modo de expresarle que ya no se sentía obligado hacia ella?

-¿Y qué me dices del niño que llevo?

-Ponle el nombre de Julien. A él le habría gustado. Y es lo que corresponde.

En Belle Grove reinaba el caos. Los cañaverales habían sido arrasados, y sólo dos terceras partes escasas se levantaban otra vez. Las zanjas estaban llenas de agua estancada, donde los mosquitos se criaban por millones, sembrando la fiebre y la disentería en las barracas. El establo estaba sin techo y había árboles caídos, daños en los tejados. Al parecer, sólo los arbustos de George habían salido indemnes, beneficiados por la lluvia.

Naturalmente, nada se podía hacer sino después de los funerales de M'mère y Pauline, desenterradas de sus primeras tumbas y devueltas a Belle Grove. Después hubo que pasar horas con los abogados de la familia, leyendo, firmando y tratando de comprender incontables papeles. Había que estudiar la situación financiera después de la tormenta, conseguir otro capataz y hacer planes para la cosecha futura, además de pensar en el niño.

Y también en Isa. Algo había que hacer por su talento. Escribiría a los parientes que tenían los Declouet en Francia para preguntarles si estaban de acuerdo en recibirlo dentro de uno o dos años, cuando fuera mayor, a fin de que estudiara arte en París, donde el color de su piel importaría menos que su genio. Así, una vez fuera del país, sería libre.

Por fin terminó el papelerío y Amalie pudo dedicarse a la saludable tarea de devolver a la plantación la normalidad. Lo primero fue atender la salud de los criados, ordenando una estricta cuarentena, y buscar un capataz que se encargara de ejecutar la labor más pesada.

Eso último no resultó fácil, pues nadie quería trabajar a las órdenes de una mujer. Estaba próxima a la desesperación cuando Robert le llevó a un

joven escocés una mañana. Hacia mediodía, los peones ya estaban dedicados a las reparaciones.

A partir de entonces, Robert visitó la plantación casi todos los días, si bien pocas veces entraba a la casa. Si ella necesitaba alguna ayuda, debía consultarlo en la galena frontal, sin que él avanzara más allá de la escalera. Aceptaba una taza de café en la cocina, pero rechazaba todo lo ofrecido por Amalie, y no entró siquiera para estudiar los daños de la casa.

Ni George ni Chloe daban señales de captar la tensión entre ambos. Amalie, sabiendo que la antigua Chloe no habría tenido reparos en preguntarle qué pasaba, llegó a la conclusión de que el matrimonio la había hecho discreta o de que el abismo entre ella y Robert no era tan evidente como le parecía.

Las cosas llegaron a su culminación con la visita de un sacerdote itinerante. Como los habitantes de la zona habían sufrido graves daños, la iglesia enviaba a los curas para que oficiaran funerales, bodas y bautismos entre quienes no podían llegar fácilmente a la ciudad. Se consideraba un verdadero honor recibirlos en la casa a comer o a pasar la noche. Pere Francis. un joven que había recibido las órdenes poco tiempo antes, prometió quedarse para ambas cosas y decir misa en la capilla de la plantación.

Amalie, que había visitado el hospital de las barracas con el padre, iba a bañarse como medida higiénica cuando vio, por la ventana, que Robert pasaba por la casa, con el caballo al paso rumbo a la ruta trasera. Tenía intenciones de invitarlo a cenar, puesto que tenían un huésped, pero no había hallado oportunidad de hacerlo. Aunque ya se había quitado la ropa, se puso una bata y salió a la galería.

-¿Robert?-llamó, inclinándose desde la barandilla.

El se detuvo lentamente y levantó la vista. Al ver lo que llevaba puesto, su cara perdió toda expresión.

-¿Qué? -dijo, con voz dura.

-Quería invitarte a cenar con Pere Francis, esta noche.

El acercó su caballo y se puso de pie en la montura para mirarla otra vez, desde la suave redondez de los pechos hasta la pierna que asomaba por la abertura de la bata. El bronceado de su cara tomó un color más oscuro al preguntar:

-¿Y para invitarme sales medio desnuda?

-Me has visto con menos ropa -replicó ella, tocada en lo más vivo por su tono condenatorio.

-¿Por qué no se lo dices al mundo entero, ya que estás?

-No me avergüenzo de eso, aunque tú sí.

-No es vergüenza, Amalie, sino miedo.

Y se alejó al galope, como si lo persiguieran sus peores enemigos. Amalie lo siguió con la vista, en suspenso. Luego, con un lento y dulce movimiento de los labios, sonrió.

Al oscurecer ya tenía trazados sus planes. Había hablado con Pere Francis y, tras confesarse, tenía su absolución y una promesa. Cuando Lally le hubo preparado el traje de montar, la envió a los establos para ordenar que le trajeran un par de caballos después de la cena.

Durante la comida apenas probó bocado, aunque el sacerdote, que conversaba con sereno encanto con George y Chloe, compensó su falta de apetito. Pasaron un rato en el salón, con sus copas de vino, hasta que Amalie se disculpó, echando a Pere Francis una mirada rápida, casi medrosa.

Cuando bajó, vistiendo su traje de montar, el sacerdote la esperaba.

-¿Habló con ellos?-preguntó el padre, con voz ronca.

-Nos seguirán en el carruaje, dándonos una hora de ventaja.

Ella asintió y se acercó a su caballo. Cuando el sacerdote también hubo montado, ambos se alejaron lentamente de Belle Grove.

Los Sauces se erguía por delante, oscura y silenciosa. No se acercaron por la puerta delantera, sino que detuvieron los caballos en la oscuridad, bajo la sombra de un viejo roble, y allí desmontaron. Amalie tendió su mano al cura.

-Gracias, Pere Francis.

-Me darás las gracias cuando todo esté hecho, hija mía. Hasta ese momento, estaré rezando por ti.

Y le soltó la mano, tras un breve apretón.

Amalie sintió el ataque de los remordimientos. Ese buen hombre no conocía los métodos que ella pensaba emplear para conseguir su propósito, pero tampoco era posible revelárselos. De todos modos, no tenía malas intenciones.

-Por favor -respondió, antes de volverle la espalda.

Avanzó hacia la casa, sombra entre las sombras, con pasos silenciosos y seguros. Al pie de la escalera que llevaba a la galería superior se detuvo a escuchar. Luego subió con cuidado. La puertaventana que buscaba estaba abierta. Se acercó con cautela, pues no deseaba despertar todavía a Robert.

Se acercó a la cama paso a paso; las facciones bronceadas contrastaban con el hilo blanco de las sábanas. Estaba tendido de espaldas, con un brazo sobre la cabeza y el otro estirado; la sábana lo cubría por debajo de la cintura. En el cuarto flotaba un leve olor a coñac, proveniente de una botella y una copa que estaban sobre la mesita más alejada. Eso era conveniente; podía facilitar la tarea de Amalie.

Con las palmas húmedas y un nudo de aprensión en el estómago, Amalie se quitó el sombrero y el traje de montar, poco a poco, dejando caer las prendas al suelo. Después se despojó de botas y ropa interior. Por fin liberó su cabellera, sacudiendo el largo satén perfumado en el aire de la noche.

Se aproximó subrepticiamente a la cama y levantó el mosquitero; en tanto se dejaba caer poco a poco en el colchón se le ocurrió preguntarse si así habría ido Robert hacia ella: con las venas palpitantes de excitación y el dolor del amor en el pecho.

El no se movió cuando Amalie se tendió a su lado ni cuando le puso una mano en el pecho. Envalentonada por esa inmovilidad, deslizó lentamente los dedos por entre el vello y dejó que su pelo le tocara el brazo.

Apoyó los labios en los de él, siguiendo con la punta de la lengua esa línea sensitiva, mientras su mano descendía por los planos duros del abdomen hasta hallar algo suave y rígidamente erguido.

En ese instante su muñeca quedó atrapada en un puño de hierro. El tensó los músculos y la puso de espaldas contra la cama, inmovilizándola.

-Por todos los santos, ¿qué estás haciendo?

El corazón de Amalie latía con unos brincos espantosos, pero su voz sonó segura al responder:

-Devolviéndote un favor.

El se echó hacia atrás, sorprendido por la respuesta.

-¿Qué?

-Viniste a mí en la noche. Ahora yo vengo a ti.

-No puedes -afirmó él, decididamente.

-¿Por qué? ¿Quién me lo impedirá?

-Yo.

-¿Cómo? Vendré cuando menos lo esperes, cuando estés dormido y sin defensas. Vendré una y otra vez, hasta que todo el país resuene con el escándalo: el pobre Farnum, asediado por la viuda de su primo. No sabes cuánto siento haber dudado de ti, haberte herido. Te amo con todo mi ser, sólo a ti. Te deseo como jamás desearé a otro hombre. Te necesito conmigo por la noche, abrazándome. Te necesito a mi lado mientras lleve dentro a tu hijo. Necesito que me tengas de la mano cuando envejezca. ¿Puedes negarte?

La prueba de que él no podía estaba entre ambos, acalorada y palpitante. El trató de ignorarlo.

-Te preocupa muy poco el escándalo, pero no voy a permitir que vuelvas a pasar por eso debido a mí.

-No seas tan noble, maldición -replicó ella, enfurecida-. Todos nosotros: tú, yo, Julien, M'mère, todos tratamos de vivir según los demás pretendían. De otro modo, tu tía y tu primo podrían estar aún con vida. Respeto tu sentido del honor, que quiere salvarme de la censura, pero el precio de la respetabilidad es demasiado alto, No voy a pagarlo ni permitiré que lo pagues por mí, Robert Famum. Te quiero. A ti te corresponde decidir si ha de ser dentro del matrimonio o así, sin él.

-Estás muy segura de tus encantos, ¿no? ¿Y qué puede impedirme que te eche fuera, así?

Se levantó con dura gracia, levantándola en brazos en tanto giraba hacia la puertaventana. Ella, al adivinar sus intenciones, se aferró de él, rígida.

-¡No! Oh, no, por favor, Robert. Allí afuera hay un'sacerdote. El se detuvo como si lo hubieran enlazado por atrás.

-¿Qué?

-Un sacerdote-repitió ella, entrecortada, tentadora-, y tal vez también estén George y Chloe... los testigos.

Aquellos brazos la estrecharon más.

-¿Qué es esto?

-Una... boda.

-¿Tan segura estás?

En la voz de Robert había un dejo extraño, curioso, pero sin enojo.

-Nunca he estado más segura en mi vida.

El la dejó de pie en el suelo, aunque sin soltarle los brazos. Le acarició la piel con los pulgares, casi como si no pudiera impedir ese leve movimiento.

-El hombre por quien me tomaste una vez hubiera aceptado.

-Y también el hombre que eres en realidad, si realmente quieres salvarme de la burla general, si al decir que me amabas no mentías por compasión.

-No mentía, *chère* Amalie. Te amo, te amé desde que entraste en la salita de M'mère, aquel día, chorreando agua. ¿Por qué crees que acepté una comedia tan dura? ¿Por qué. si no, esta desesperada necesidad de protegerte? Eres como vino en mis venas, recorres mis sueños por la noche, me persigues con la dulzura de tu recuerdo. Sin tí no tengo más meta que sacrificarme por tu bien.

-No necesito sacrificios, amor mío. No los quiero.

-Pero parece hacer falla uno.

El corazón de Amalie se detuvo. Había albergado la esperanza, muy cierta, de que él aceptaría.

-Fue un error tomarte en mis brazos en este momento-dijo él, con voz melancólica-. Ahora va a costarme dejarte, siquiera por el tiempo que demande la ceremonia.

Ella le echó los brazos al cuello con los ojos llenos de lágrimas, y sepultó su cara en la curva de aquel cuello. Robert la estrechó, meciéndola con suavidad.

Un momento después. Amalie tragó saliva.

-Tal vez tengamos tiempo -dijo, con un nudo de lágrimas de alegría en la garganta-. George y Chloe debían seguirnos, a Pere Francis y a mí. Ha de faltar al menos media hora para que podamos iniciar la ceremonia.

El pecho de Robert se elevó en un profundo aliento, que escapó lentamente, en forma de suspiro. En sus ojos había una respuesta risueña, una serena promesa, al apartarla con suavidad.

-No es suficiente. Ese tiempo no alcanza.